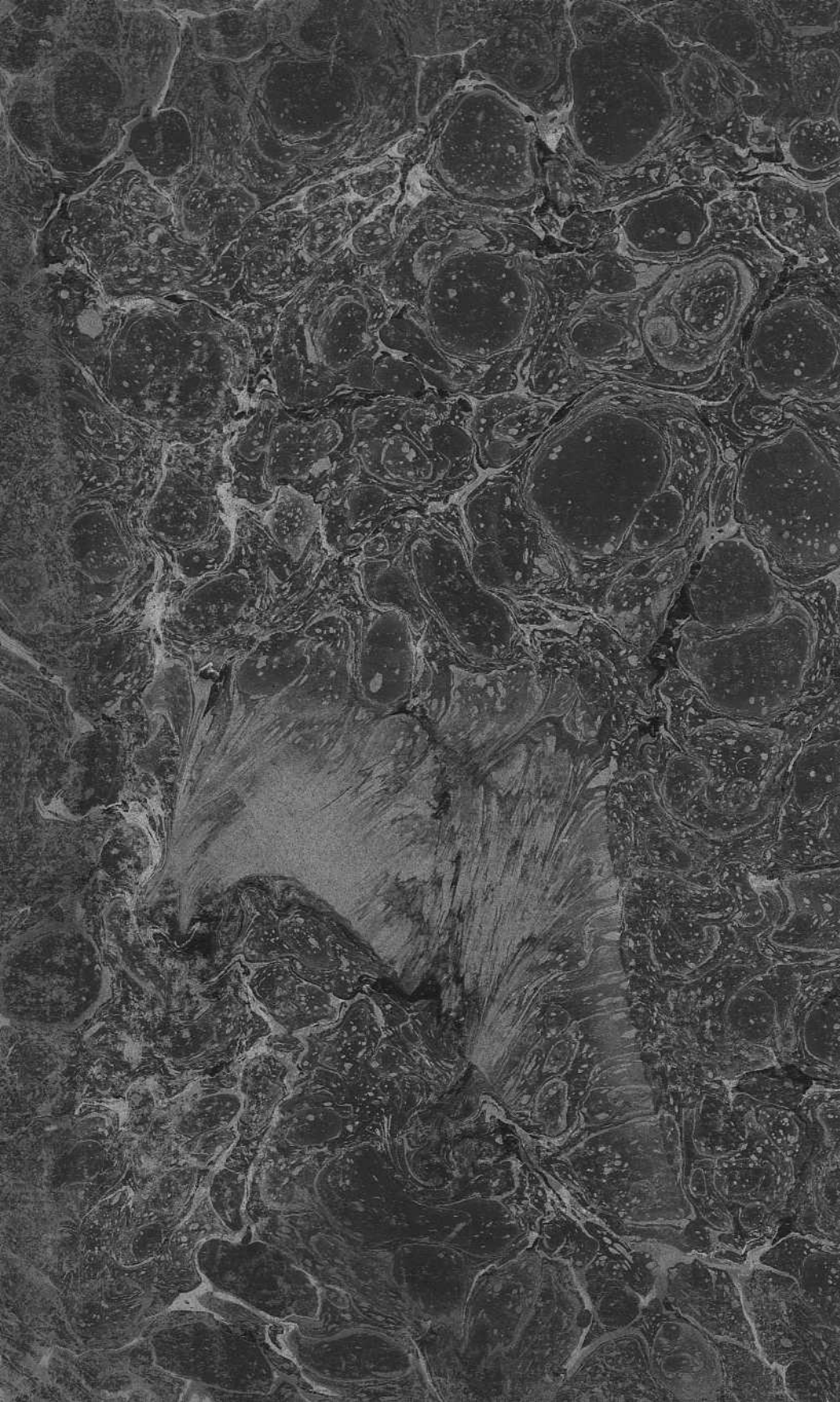
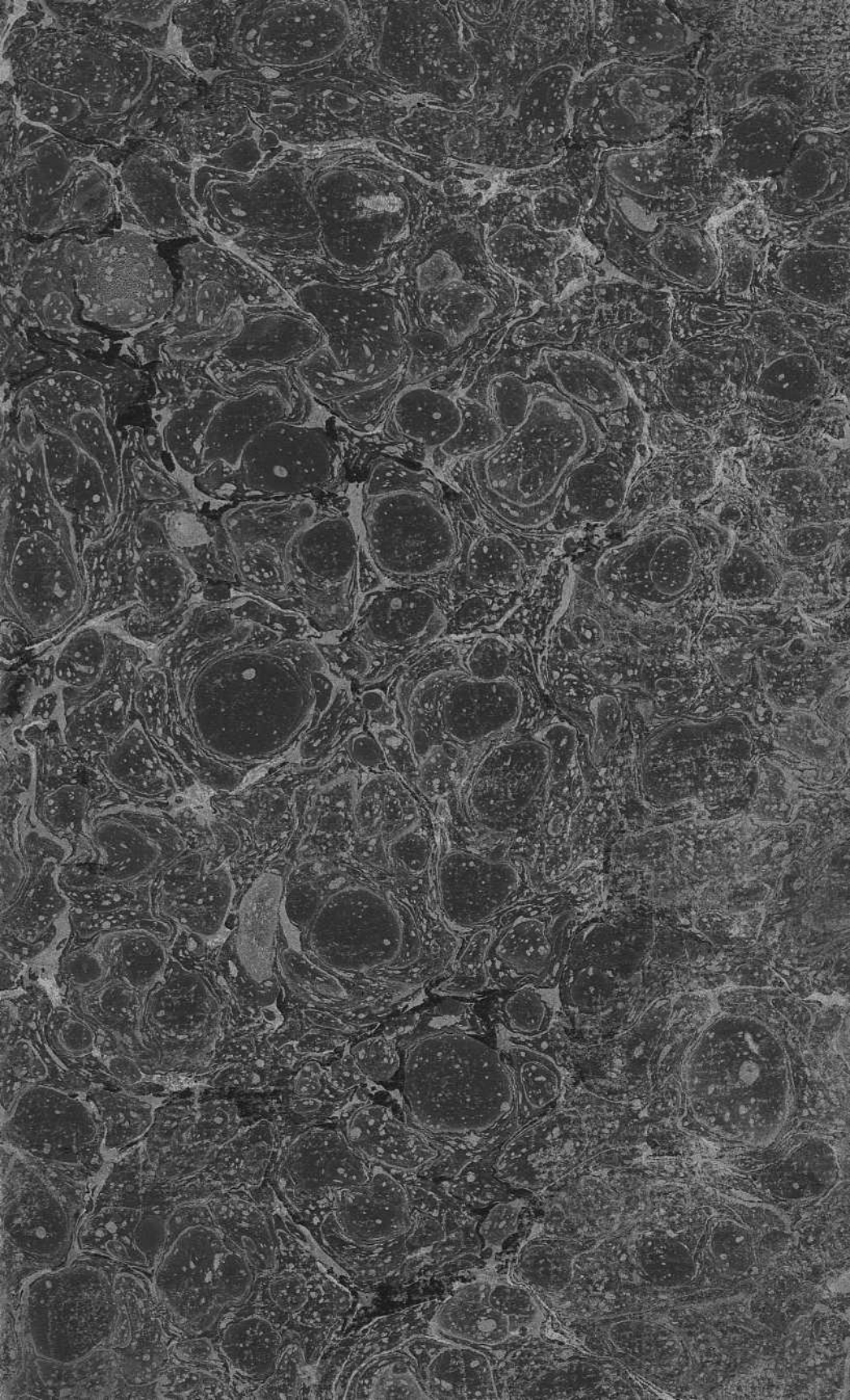








D G C L
A

t-130186

CB 1159865

LOS CABALLEROS DE LA BANDA

6

LAS REVUELTAS DE CASTILLA.



R. 96190

LOS CAVALEROS DE LA BANDA

LAS REVUELTAS DE CASTILLA

—



LOS CABALLEROS DE LA BANDA

Ó LAS REVUELTAS DE CASTILLA.

Novela histórica, caballeresca del siglo XIV.

ORIGINAL DE

D. JOSÉ M. DE ANDUEZA.



MADRID.

Librerías de Leon Pablo
Villaverde, calle de Carretas: José Cuesta
calle Mayor y José Simon, Olmo,
num. 12, principal.

BARCELONA.

Librerías de los hermanos Sala:
Viuda Mayol: Jaime Subirana: Isidro Gerdá:
Imp. Hispana de Vicente Castaños,
Asalto, 20.

204

CABALLEROS DE LA BANDA

1856

REVUELTAS DE CASTILLA

Novena edición, con el fin de servir a la memoria de los señores de la BANDA

Propiedad de J. Basols y V. Castaños.

D. JOSE M. DE ANDRÉS.



BARCELONA MADRID

Imprenta Hispana de Vicente Castaños, calle del conde del Asalto, núm. 20.

1856.

INTRODUCCION.

El autor se prepara á entrar en materia.



ARA que nuestros lectores puedan comprender fácilmente los sucesos que vamos á relatar, es necesario que no se nieguen á acompañarnos un brevísimo instante por el laberinto de discordias, que hacen notoriamente interesantes, en la historia de nuestra nacion, los primeros años del reinado de D. Alfonso *el Justiciero*.

Pasarémos en silencio el grande acrecentamiento y señaladas victorias de los moros, debidas al desórden y turbulencias de aquellos años, en que, dividido el gobierno del reino á merced de tres poderosos magnates, corria á su total ruina, impelido por los mismos que debieran salvarlo. La libertad que

todos tenían de obrar á su antojo, el escarnio con que eran mofadas las leyes, los robos, los incendios, los asesinatos de semejante época, ocuparían una voluminosa historia, agena al carácter, que al escribir estas páginas hemos adoptado como mas humilde. Y supuesto desde ahora que nos proponemos desenterrar de entre el polvo de antiguos cronicones unos sucesos, parte verdaderos, parte falsos, pero unos y otros verosímiles, suplicamos á los aficionados á aquella clase de cuentos, introducidos en nuestro suelo por algunos imitadores del tétrico Ernesto Hofman, que cierren este libro, seguros de no encontrar lo que mas mueve sus deseos. Por lo mismo, nada de castillos encantados, nada de subterráneos, nada de extraordinarios y nunca vistos fantasmas, ni un espectro siquiera para adorno de algun frio capítulo.... Confesamos nuestra incapacidad para semejantes composiciones y nos es mas gustoso, sino tan fácil, escribir cosas que han sucedido, ó podido suceder.

Las revueltas de los nobles impedían llevar á cabo en Castilla la reunion de fuerzas disciplinadas; y efectivamente, segun andaban los hombres y las cosas, no solo en los ejércitos, sino en todo el régimen del gobierno, habia grande necesidad de reformas, cuando subió al trono el hijo de D. Fernando *el Emplazado*.

Procedía el descontento de muchas causas, hijas de los desórdenes y maldades de los años anteriores, y se esplicaba con mas ó menos violencia, segun eran de mayor ó menor peso las quejas, en que cada noble, ó cada vasallo se apoyaba. Muchos habia, que al mas frívolo pretesto, se lanzaban á la palestra de la rebelion, á fin de contentar las inclinaciones de su espíritu turbulento, animados por la esperanza de derribar á sus rivales, y encumbrarse con sus despojos; otros, para quienes la afrenta inferida á un pariente ó amigo, era señal segura de combate, embrazaban al punto la rodela, reunían sus vasallos, talaban y robaban las tierras; hasta que, acosados en sus propias villas por otros vecinos enemigos, se retiraban á defenderlas ó á prepararse para nuevas correrías, que terminaban del mismo modo; sin que esta guerra desoladora produjese mas resultado, que efusion de sangre y aniquilamiento de sus propias fuerzas, las cuales, si hubieran permanecido unidas y coopera-

do la voluntad general á los vivísimos deseos, que los buenos tenían de continuar la guerra contra los moros de Granada, ganáran para la posteridad eterno renombre, dando lágrimas amargas que verter á los infieles, y al castellano Monarca muchos siglos de gloria.

Tales eran los heroicos intentos de Alfonso *undécimo* de Castilla: púsolos por obra repetidas veces, mas siempre tuvo que abandonar sus nobles proyectos, por atender á la pacificacion del reino, cada dia mas trastornado. Érale fácil apaciguar los alborotos, castigar á los culpados, si se apoderaba de ellos; reprimir á los malcontentos, y hacerse respetar ó temer de todos; pero la desmesurada ambicion de los grandes, que nunca pudo satisfacer, le suscitaba asechanzas, armaba contra él al rey de Aragon, amotinaba á sus tributarios, y era el dique que se oponia á sus mas bien combinados planes. Acostumbrados á deberlo todo á la punta de su espada, los *Ricos-homes* no doblaban la cerviz, ni aun ante los mismos reyes, porque sus inmensas riquezas y la posesion de muchos castillos y villas, los constituian en otros tantos soberanos, que podian hacerse independientes, cuando la soberbia de sus privilegios se veia atacada, ó ajado el lustre de su alcurnia. De aquí los continuos desastres que afligieron á España en los siglos del feudalismo. Todos pretendian para sí ó para sus allegados los primeros empleos y gobiernos; para conseguirlos, se entregaban sin rubor á las traiciones mas vergonzosas, á luchas crueles y á venganzas sangrientas. El dolo, la adulacion, y la perfidia, no tenían necesidad de ocultarse bajo una máscara artificiosa, sino el tiempo preciso para ponerse á salvo del enojo del indignado Alfonso, que hoy tenía por fieles defensores, á los que mañana le era preciso perseguir como enemigos, ó contentar en bien de la pública tranquilidad.

Era el rey jóven y valiente, de corazon piadoso y de aventajada prudencia en el gobierno. Jamás destruian sus esperanzas los reveses, antes le alentaban, teniendo en mas vencer los mayores obstáculos, en pró de sus pueblos, que solazarse en zámbras y festines. No por esto era menos aficionado á la diversion y al lujo, antes bien participaba de los regocijos públicos, ataviándose con ricos vestidos cuajados de perlas y oro, que realzaban mucho mas su noble porte

y graciosas maneras. Cuando la guerra no le aquejaba, sentíase inflamado de ardiente deseo de manifestar la fuerza de su brazo, volaba á los torneos cubierto de lucidas armas, y mas de una vez hizo besar la arena á esforzados paladines, sin que los cariñosos alhagos de la reina doña Constanza bastasen á llenar un corazon, formado para mas fuertes sensaciones. Lamentábase esta jóven y desgraciada esposa de la indiferencia del Rey, á quien amaba con indecible ternura, no obstante los consejos del señor de Villena, cuyas secretas intrigas tenian por objeto malquistar á Alfonso con el pueblo, para reinar en su nombre, y miraba en su propia hija el mas adecuado instrumento de que tenia necesidad, para sus atrevidos cuanto pérfidos planes. Pero la tierna Constanza desechó por entónces con indignacion unas proposiciones tan ajenas de su lealtad, protestando que no daría un paso, en menoscabo de la gloria de su Rey y señor, aunque de él dependiese toda la felicidad de su propio padre. Léjos de renunciar éste, por aquella negativa, á las altas miras que largo tiempo habia avasallaban su pensamiento, solo trataba de realizarlas, pues confiaba en que el mismo carácter benéfico de Alfonso le presentaria favorable coyuntura, sin preveer las funestas consecuencias, en que sus tramas podian envolver al reino, y á pesar de la positiva declaracion que habia escuchado de doña Constanza.

Grande azigo de este magnate era el infante D. Juan, cuyo padre murió sofocado en frente de los muros de Granada. Como deudo de Alfonso, obtenia mucha parte de su privanza, y la Vizcaya le reconocia por señor. La arrogancia y menosprecio, con que trataba aun á los nobles de mas alta gerarquía, le habian constituido en una especie de tirano aborrecible á todos, pero á quien todos temian por su desmesurado poder. Tiempo hacía que su corazon abrigaba ódio mortal contra el Rey, á quien nunca perdonó la preferencia que habia merecido en el amor de la Reina, y su altivo y turbulento carácter solo esperaba ocasion propicia para descubrir toda la ponzoña de su pecho. Permanecia entre tanto pacífico espectador de los acontecimientos, é introducíase insensiblemente en la confianza de D. Juan Manuel; quien veia, y no sin razon, en la amistad del

infante, un recurso poderoso para llegar esclusivamente á mandar sin límites. Buscábanse por consiguiente estos dos hombres, instigados por la necesidad de ayudarse mutuamente; pero resuelto cada cual á sacrificar á su amigo, cuando su propia utilidad lo aconsejase, andaban ambos recelosos, y no se descuidaban en reforzar sus respectivos bandos con los nobles que por interés les eran adictos.

La inconstancia de estos grandes no se ocultaba á las penetrantes miradas del Rey, quien justamente habia desconfiado del señor de Villena y empezaba á negarle su confianza, poniéndola toda entera en el conde Alvar Nuñez Osorio, caballero de grande ingenio y valentía, que á pesar de haber contribuido como los demas nobles á devastar el reino, durante la menor edad de Alfonso, se habia mostrado siempre muy adicto á su causa y á la de su tio el infante don Felipe. No despidió enteramente sin embargo á D. Juan Manuel, porque le eran de suma importancia sus ausilios y tranquilidad, mayormente cuando todo presagiaba nuevo rompimiento con los moros.

Acababan de dar éstos en Granada una prueba lastimosa de la inestabilidad de los imperios, cuando no son regidos por prudentes y justas leyes, lo que no podía suceder en unos tiempos semi-bárbaros y entre guerreros acostumbrados á no obedecer otra autoridad que la del mas fuerte. Su rey Ismael fué asesinado alevosamente en el palacio de la Alhambra, en los brazos de la Sultana favorita, por el rebelde Ozmin y sus partidarios: todavia se holgaban sus verdugos con indecente algazara en arrastrar el mutilado cadáver por el famoso patio, que algun tiempo despues se llamó *de los Leones*, cuando el intrépido Abdallá penetró en él, al frente de las guardias, degolló á cuantos cayeron en sus manos, y ayudado del gobernador de Granada, proclamó por nuevo rey al jóven Mahomad, hijo del desgraciado Ismael.

Temia Alfonso de Castilla y deseaba al mismo tiempo que aquellos inquietos vecinos le diesen ocasion de renovar las hostilidades; congetura que hacía muy probable el carácter del príncipe que empezaba á mandarlos. Habia heredado éste de su padre aquel inven-

cible ánimo y cortesanía, con que al paso que robaba los corazones, se hacía respetar de sus enemigos. Su gusto mayor era escuchar los romances de las sangrientas batallas del *Guadalete* y las *Navas de Tolosa*, que le cantaba el anciano Alí: á la voz del bardo enardecíasele el pecho; empuñaba el alfange, y apellidaba á Morayma, dama de singular belleza, cual si se encontrase luchando en medio de apiñados escuadrones de cristianos. Pasados los instantes de belicoso entusiasmo, sabia admirar la bravura de los guerreros castellanos, que á pesar de las funestas discordias que los trabajaban, revolvían sus armas contra los estados granadinos, cuando mas descuidados estaban éstos de temerles, y complaciase especialmente en encomiar las prendas del rey D. Alfonso, primer caudillo de esclarecidos aventureros, á quien llamaba su hermano y deseaba vencer en campo abierto.

Hé aquí un débil bosquejo del estado de los negocios públicos en Castilla, poco tiempo antes del principio de esta historia.

LOS CABALLEROS DE LA BANDA,

6

LAS REVUELTAS DE CASTILLA.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

Muévese la corte.



E hallaba el Rey en Valladolid, y figuraban á su lado, no solo los tres personajes de quienes particularmente hemos hablado, sino tambien otros muchos señores y prelados, que ansiaban granjearse por medio de servil adulacion, nuevos cargos y dignidades. Distinguíanse entre ellos, el arzobispo de Toledo, grande enemigo de don Juan Manuel y Canciller Mayor, empleo que contaba muchos envidiosos, y Garci-Laso de la Vega, á quien el Rey honraba con estremado afecto. Estos dos señores eran dos sombras de mucho estorbo para el de Villena, y mientras Alfonso

recibia en el régio salon de su palacio los homenajes y las protestas de vasallage, que le prodigaba la nobleza, paseábase él con ceñudo rostro por la espaciosa galería inmediata, en cuyo centro se veía una ancha escalera de piedra, que conducía á las habitaciones inferiores.

Inmediatos á su persona pasaban los palaciegos con riquísimos y variados trages, para dirigirse á la real estancia, haciendo singular contraste su estremado lujo con el sencillo porte, que ostentaba la estudiada modestia del favorito. Irritábase éste, no obstante, cuando alguno de aquellos señores, ya por inadvertencia, ya por no conocerle bajo un traje desusado en tales dias, ó por ajar un tanto su vanidad, atravesaba la galería sin cumplimentarle con los saludos que por su elevada clase le eran debidos; pero reprimia su despecho, contentándose con morderse los lábios y dirigirles sinietras miradas de cólera, que pronosticaban cruel venganza. No fué, sin embargo dueño de contenerse, cuando vió que Garci-Laso entraba en las habitaciones, despues de haberle concedido, al pasar, una leve sonrisa.

—Por los estados que poseo, gritó el señor de Villena, juro que no se ha de alabar el muy judío de tamaña afrenta. No: yo arrancaré de su galan sombrerillo, una por una, las plumas que tan alto lo levantan, y he de empapar el blanquísimo color de tan recamada capilla en la negra sangre de cien heridas, que han de abrir en su robusto cuerpo cien dagadas mias.

—Feo desaguisado os hicieron, D. Juan, que tan colérico os pone, le respondió el señor de Vizcaya, que á la sazón subia, y acababa de oir las amenazas, con que se desahogaba el furor de su amigo.

—Feo en demasía, replicó éste; mas pésia á mi alma, sino siente antes de mucho tiempo no haber muerto al filo de morisca cimitarra, allá en la jornada de Martos.

—Yo os daré la ayuda de mi brazo, si me nombraís al que hizo armas contra vos.

—¡Armas! ¿Y me viérais, D. Juan, tan reposado, teniendo enemigos que combatir?

—O al que incendió vuestros castillos.....

—Ya veo que no acertareis en el blanco de mis quejas. No es ya furioso contrario, que tala mis ricas tierras de Villena, ni esforzado campeón, que en campo me reta á duro combate, el que hoy provoca mi justa indignacion. Mayor y mas profundo es el ultraje, si no tan manifesto.

—Ahora digo, que alguno de esos hinchados hidalgos os ha insultado, con despreciativos ademanes y descortesés razones.

—El mas presumido de todos; D. Juan; el que con astutas mañas procura adelantarme siempre en el ánimo del Rey; el que, sin respeto ni miramiento á mi grandeza, desaprueba los consejos que doy y las disposiciones que tomo, en pró de la tranquilidad de Castilla; el mismo que no há dos años se arrimó al partido de D. Felipe, por darme enojos, cuando aquello de los alborotos de Toledo...

—No digais mas.... vive Dios, que es Garci-Laso, le interrumpió el Infante, añadiendo luego con traidora intencion: bien conocí al principio que era el buen Garci-Laso, porque no há mucho le ví pasar por medio de los alabarderos, haciendo gentil alarde de su inmenso poder; y os aseguro que si no le cortamos los vuelos, se ha de encumbrar tan alto, que no le alcancen todas las flechas que se fabrican en Vizcaya. Buena caza es Garci-Laso, y no le vá en zaga el infante D. Felipe.

Soltó al concluir la frase ruidosa carcajada, que repitieron los ecos del largo corredor; pero serenándose al punto su siniestro semblante, prosiguió diciendo:

—¿No os parece difícil embotar el olfato de ese sabueso, que huele el fin de estas revueltas? O para que mejor me comprendais, ¿conoceis acaso alguna traza, que de una vez para siempre nos libre de ese aborrecido espantajo?

—¿Pues á vos en qué os ofendió? le preguntó el privado con bastante inquietud, temiendo descubrir otro rival en el señor de Vizcaya.

—¿En qué! voto á San Millan! ¿No fué el que aconsejó á Alfonso, que se encargase del gobierno de sus estados? ¿No me privó, por esta maldita ocurrencia, del influjo y poder, que mi bando tenia en

casi todas las villas de Castilla? ¿No pretende ahora apartar de mi proteccion á ese esqueleto de Jucef, tan solo porque, con su buen manejo, veo mis arcas abastecidas de sonantes doblas? Y lo que es mas, ya que me obligais á decirlo, ¿no hizo alarde de su pujanza sobre la mia, en presencia vuestra?

—Verdad es, y á los dos nos importa atajar tan récios desafue-
ros. Hoy hablaré al Rey, y si esto no bastase, castillos tengo y va-
sallos, que sostendrán mi demanda.

—No hagais tal, sino quereis que Castilla murmure de que á
vuestro antojo armais nueva guerra. Otros medios hay seguros,
para salir de la apretura en que nos pone ese soberbio enemigo.

—Decid mas bien que solo á mí me estorba, porque mientras
permanezca al lado del Rey, no podré alcanzar mis pretensiones:
pero vos.... nada pedís.... ¿No es cierto?

—Ciertísimo, contestó el infante, con mal disimulada turbacion,
que no se ocultó al sagacísimo señor de Villena. Nada mas quiero,
que serviros contra todos y cualesquiera rivales que tengais, ayu-
dándome vos, empero, á conseguir la mano de la bellísima heredera
de Almazan, segun hemos concertado.

—Hagamos al tanto solemne juramento de reunir nuestras fuer-
zas, cuando fuere menester, con esas condiciones, dijo D. Juan Ma-
nuel con algun recelo.

—Por el ojo que me falta, respondió el otro enfurecido, que no
me fiaré mas de semejantes alianzas ni promesas. Acordaos sino de
la que no ha mucho hicimos en Cigales, con grande ostentacion y
aparato: pues ahora decidme ¿me libró aquel concierto, que el diablo
confunda, de pasar por la afrenta de ver á vuestra hija doña Con-
stanza entre los brazos de Alfonso? Bien echo de ver que os hicieron
fuerza, prosiguió mas sosegado, observando que en el rostro del
magnate se pintaban la confusion y el despecho de que estaba po-
seido; en esa razon, no me he separado de vuestro partido, y lo se-
guiré, á pesar de Garci-Laso, de Alvar Nuñez y de cuantos nobles
empuñan lanza en las dos Castillas.

—¿Y qué hemos de hacer ahora? preguntó el de Villena. ¿Per-
mapecerémos ociosos, cuando todo parece convidarnos á un levanta-

miento? Las pocas tropas están en Andalucía, ocupadas en defenderse contra la morisma: el reino dividido en bandos y parcialidades; los ánimos inquietos; las villas de todo punto disgustadas por la privanza del de Osorio.....

—Todo lo sé, D. Juan, pero no basta. Hemos menester un punto de reunion, donde, sin ser molestados, concertemos el plan y tomemos nuestras medidas para llevarle á cabo: porque si ahora os levantáseis y corriéseis la tierra con vuestra mesnada, y el Rey os prendiese dentro de Villena, y os mandase degollar como vasallo rebelde, ¿qué me diríais cuando os llevasen por las calles de Valladolid, maniatado entre lucida comparsa de guardias, y escuchando las santas amonestaciones de compasivo agonizante? ¿Y qué luego, al divisar un encumbrado patíbulo, y en lo alto descamisado jayan, preparando el mohoso filo del hacha para cortar.....

—Alto ahí, señor infante, que aun no he llegado tan arriba, para que pueda sufrir esos desatinados pronósticos, le interrumpió don Juan Manuel. Cuenta no os alcance á vos mismo el desastrado término, que os complaceis en anunciarme; porque, voto á mis espuelas, D. Juan, que gastais unas burlas, que no parece sino que vuestra alma se divierte con las zozobras de vuestros mejores amigos.

—Sea así; pero al fin son cosas que tarde ó temprano, debe esperar todo aquel que, como nosotros, anda alborotando los pueblos en su pró. ¿Y qué os asusta? Hallais por ventura diferencia, entre acabar la vida junto á los muros de Granada, lo que no dejará de aconteceros en algun encuentro con esos perros infieles, ó despedir el aliento, á fuerza de repentino golpe, sin sentir dolorosas agonías y saludado por las imprecaciones de vocinglera canalla?

—Dejemos para tiempo mas sosegado esta plática, dijo D. Juan Manuel, lleno de congoja por los desagradables anuncios, con que fatigaba su imaginacion el satírico génio del infante.

—Dejémosla, repitió éste, si os place; aunque poco me costaria convenceros de que hace al caso mas reposado valor, para perecer de ignominiosa muerte.....

—Estoy de todo punto convencido, le interrumpió el privado con

aspereza. Trátase ahora de acordar, como antes digisteis, un sitio á propósito, donde se reúnan nuestros caballeros y hombres de armas. Yo propongo á Toledo.

—Y yo os digo, replicó el maligno infante, que en Toledo os alcanzá el mismo aciago fin, que os he pronosticado para Valladolid, si os prendiesen en Villena.

—Al diablo con tus vaticinios, murmuró el primero. Esa ciudad obedece mis órdenes, desde que D. Felipe, vos y yo nos repartimos el gobierno de los estados. ¿Creeis acaso que no me guarda fidelidad?

—¿Y pensais vos que la guarde, cuando Alfonso ponga en orden su gente de guerra y la tome por asalto? No hay remedio; es menester retirarnos á Aragón.

—Entiendo, entiendo, dijo el palaciego; Almazan cae en la raya de ese reino.

—Y es parage seguro para urdir atrevidas empresas, contestó sin inmutarse el señor de Vizcaya.

—Y mientras el guerrero afila la punta de la lanza, que ha de derribar cincuenta enemigos, tal vez alguna celestial doncella...

—Rica sobre todo, señor de Villena.

—Consolará con deliciosos alhagos la fastidiosa soledad de aquellos bosques....

—Encantadores, D. Juan, si á las posesiones de Almazan, se añaden las de Alcócér.

—Mala sierpe te envenene el corazon, exclamó el favorito, despues de despedirse de su falso amigo. Pensaba vengarme de sus crueles sarcasmos, y nada he logrado sino conocer á punto fijo, que tiene su corazon una armadura impenetrable.

Quedóse el Infante en lo alto de la escalera, orgulloso como si acabase de conseguir señalada victoria, y desde allí observó los turbados pasos de D. Juan Manuel, con aquella infernal sonrisa, que hacía mas horrible su ojo único, brillante y traidor, que sin cesar giraba hácia todas partes, y era el fanal que alumbraba sus lívidas y desencajadas facciones. Horrible era en efecto la catadura de don Juan el Tuerto, y á las muchas desventajas, que á primera

vista ofrecia su estatura colosal, juntábanse en el orgulloso *rico-home* un corazon perverso, deseos siempre renacientes de odio y de venganza, en los cuales incluia á sus propios amigos y defensores, y sed brutal de sangre y de riquezas; pero lo que mas á las claras demostraba sin el menor respeto ni miramiento, era una insufrible propension á la sátira amarga, con la cual adornaba sus mas pequeños discursos.

Largo rato habia que, sin separarse del sitio en que acababa de dejarle el señor de Villena, se divertia en recordar á su sabor la difícil situacion de este presuntuoso cortesano. Resuelto á empeorarla, por cuantos medios pudiese, y á fingir al mismo tiempo constante adhesion á todos sus intereses, maquinaba felicísimos enredos, á fin de perderle, no solo en el ánimo del Rey, sino en la estimacion de todos los nobles que le eran allegados: aplazaba no obstante la ejecucion completa de sus designios, hasta que el mismo favorito le ayudase á conseguir los estados de Almazan y Alcocér, que la tierna doña Blanca habia heredado de su padre el infante D. Pedro.

Acostumbrado á todo género de intrigas, costábale muy poco el disimulo, y frecuentemente se le veia adular y guardar el lado de los mismos personajes, á quienes se proponia sacrificar. Para que ningun borron faltase á tan odiosa pintura, las inmoderadas pasiones habian corrompido su alma hasta tal punto, que no vivia con sosiego, si no las satisfacía á todo trance. Muchas fueron las trovas, que en aquel tiempo se cantaron, sobre las desgracias de algunas doncellas, robadas por los satélites de D. Juan *el Tuerto*, y aun existen no lejos de Betoño (1) restos de ruinas que, si se ha de dar crédito á un antiguo romance, fueron de una fortaleza, donde aquel bárbaro señor de vidas y haciendas tuvo encerrada á la infeliz Inés, hija de Ruy-Perez, aunque una de las coplas, que narra su prematuro fin, cuando fué arrojada á los fosos desde lo alto de la torre, no concuerda con las demás, pues asegura que el castillo, en que Inés estuvo, existia en las inmediaciones de Guetaria. Sea

(1) Pueblecillo de la provincia de Alava, inmediato á Vitoria. En el catálogo que se formó de los de dicha provincia, corriendo el siglo XI, se le dió el nombre de *Betonin*, y obtuvo tambien el de *Aldea Vieja*, por ser una de las primeras que adquirió Vitoria.

de esto lo que fuere, tanto la tradicion, como nuestros historiadores, convienen en pintar con los mas feos colores las acciones de aquel mal caballero, que por tanto tiempo abusó de la confianza del monarca de Castilla.

Un confuso ruido, que procedia de los aposentos interiores, le sacó de la especie de meditacion á que se habia entregado, interrumpiendo uno de los infinitos planes, que su incansable imaginacion fraguaba á cada paso. A pocos momentos se presentó el Rey, cercado de brillante comitiva de grandes, con el rostro encendido, y hablando en tono de incomodidad al arzobispo de Toledo. Llegado que hubo á corta distancia del Infante, se adelantó éste y le pidió la mano para besarla: mas el Rey le preguntó, sin dársela:

—Don Juan, ¿me seguireis á Vitoria?

—A Vitoria y á todas partes, señor, contestó *el Tuerto* con desembarazo, y sin dar muestras de estrañar que la corte se moviese tan repentinamente de Valladolid.

—Basta, añadió Alfonso; alzádel suelo y cabalgad; porque seis mi amigo, cuando me probeis el deudo que conmigo teneis.

Dicho esto, bajaron todos de palacio, y pocos instantes despues salieron de la ciudad.

Grande admiracion causaron á D. Juan *el Tuerto* las palabras del Rey, y no sabia como interpretarlas. Unas veces le parecia que, sabedor Alfonso de los malos conciertos en que andaba, habia querido reconvenirle de un modo indirecto, para traerle á partido; considerábase otras alejado para siempre de la confianza, que hasta entonces le fuera concedida, y las mas concluia pensando, que encerraban sus frases algun misterio, que únicamente el tiempo podria descubrir; por lo tanto debia estar prevenido para cualquier acontecimiento. Meditaba además en aquel viage del Rey tan inesperado; pues si bien era propio de su carácter caballeresco, no dejaba de aparecer como intempestivo, cuando la atencion general se hallaba en expectativa de los primeros encuentros, que sin duda se preparaban entre los guerreros del nuevo monarca granadino y el ejército castellano. Por otra parte, las últimas razones, *sereis mi amigo*, pronunciadas en presencia de todos los nobles, ajaban su vanidad,

no dejando de dar pábulo á la rencorosa enemiga y contento de sus contrarios, que viendo al Rey mal enojado contra él, aprovecharian tan favorable coyuntura para perjudicarle. Pero lejos de manifestar abatimiento, ni hacer ver los recelosos pensamientos que le ocupaban, erguía mucho mas la altiva frente, y parecia desafiarlos con la calma de su imperturbable serenidad. De vez en cuando, sin embargo, murmuraba entre dientes terribles amenazas contra los caballeros *de la Banda*, á quienes suponía autores de todas las asechanzas, que le armaba la mala voluntad de Garci-Laso; y era fácil notar que no se entregaba, como de ordinario, al diabólico prurito de las inectivas, que tan familiar le era.

La posicion de este personage, á quien mas adelante conocerá mejor el lector, se iba haciendo demasiado penosa durante la primera jornada, y no sabemos como hubiera concluido esta, si Alfonso, ya mas comunicativo, no le llamára á su lado para preguntarle, quien era entre los caballeros alaveses el mas valiente y esforzado.

—Difícil será decirlo, señor, le respondió el Infante, guiando su corcel hácia la izquierda del Rey. Muchos de ellos dieron pruebas de indomable ánimo, el dia que vinieron á las manos con los moros, junto al rio Guadaluza. Hable por mí D. Juan Manuel, que los condujo al enemigo; pero, segun lo que por ahí se cuenta, el señor de Vendaña es la mejor lanza de esa gente.

Pareció bien al monarca la contestacion, y siguió conversando familiarmente con el de Vizcaya todo el resto del dia. Dióle parte de sus proyectos y de cuanto le habia ocultado hasta entónces, por recelarse de él, con lo cual quedó D. Juan *el Tuerto* tranquilo, y libre del cuidado en que le habia puesto la primera entrevista con el Rey en la galería, creyéndose en salvo para proseguir tramando desleales empresas, y resolviendo en su ánimo no desperdiciar el mas frívolo pretesto ni coyuntura, para fomentarlas.

Supo entonces que Alfonso, justamente alarmado por los traidores manejos de los grandes, emprendia aquella caminata, con el objeto de reunir en la parte de Alava suficiente número de gente de guerra, á fin de sujetarlos, habiendo antes de partir dejado sus ór-

denes, para que D. Juan Manuel, señor de Villena, partiese á la frontera de Andalucía, so color de contener al moro, si alguna entrada hiciese; pero en realidad por apartar de Castilla á aquel soberbio magnate, y acabar despues con el numeroso bando que le seguia.

La rebelion de los grandes tomaba verdaderamente tan rápido incremento, que era necesaria una resolucion mas que heróica para contenerla. Todos los malcontentos de los desgraciados años anteriores volvieron á encerrarse en sus villas, indignados de que el Rey se dejase gobernar por los antojos del de Osorio; decian que el nuevo privado y el Merino de Castilla solo pensaban en acrecentar sus haciendas, á espensas de los tesoros reales, y que ayudados del almojarife Jucef, habian dado hechizos al Rey, para que no pudiese apartarse de su alianza; añadiendo que no depondrian las armas, mientras el judío no fuese públicamente quemado, y los otros castigados con las penas que hubiesen merecido.

Tambien se decia que el primogénito de D. Alonso de la Cerda, á quien daban el nombre de *el Desheredado*, habia llegado de Francia, con crecido escuadron de buenas lanzas, á disputar los derechos de su familia. Gozaba aquel jóven guerrero merecida reputacion de valiente, y los trovadores cantaban con entusiasmo los laureles que habia conquistado, peleando como aventurero, en la guerra de Flandes, bajo diferentes nombres. Mas estos rumores, esparcidos probablemente por los enemigos de la pública tranquilidad, solo encontraban acogida en la necia credulidad del vulgo, ó en las cabezas de aquellos que, no teniendo nada que perder, ansiaban ver trastornado el país, con la esperanza de medrar á rio revuelto.

Acrecentáronse los temores con un escrito, que recibió el Rey dos dias antes de su salida de Valladolid, en que le avisaban no se fiase de los magnates que componian su corte, cuya mayor parte estaban conjurados contra él, especialmente el señor de Villena, quien pretendia para sí el cargo de Canciller mayor, dignidad y honra que desde tiempo antiguo disfrutaban los arzobispos de Toledo. Añadiase tambien que D. Juan de Haro, señor de los Cameros, se habia confederado con Alburquerque, quien desde su retiro

de Portugal atizaba la discordia entre el Rey y los grandes, juntándose á todo esto la desobediencia del alcaide del castillo de Iscar. Háblale ordenado Alfonso que entregase la fortaleza á sus tropas; pero no solo se negó á ello, sino que le desafió á él y á toda Castilla, por medio de un mensaje atrevido é insultante, pues confiaba en las fuertes murallas que le defendian, y en la ventaja de tener la plaza bien abastecida de provisiones y de hombres interesados en conservarla á toda costa. ¿Y qué mucho, si era la madriguera de donde salian á correr y talar los campos? Indignado el Rey, determinó apresurar su partida por consejo de Álvar Nuñez, y reunir, tanto sobre la marcha como en los estados de Treviño y Vitoria, fuerzas que oponer á aquellos intentos, y que hiciesen respetar la magestad de la corona.

Á este fin, despachó repetidas cartas á los caballeros de la órden de *la Banda*, que él mismo habia instituido hacia pocos meses, mandándoles le saliesen al encuentro, como así lo verificaron aquellos ilustres campeones, acompañándole en seguida hasta Vitoria, donde le festejaron á la usanza de sus mayores, con brillantes torneos, ingeniosas danzas y lidias de salamanquinos toros.

CAPITULO II.

El brío del rey D. Alfonso, la manopla del enlutado y los apuros del infante D. Juan.



o léjos del camino real de Arriaga, y en el sitio en que una doble hilera de encinas disputaba al sol el paso entre sus ramas, se apeaba un guerrero y entregaba las riendas del fogoso corcel á su criado. Tenia echada la visera de un casco de acero empavonado de negro, y eran del mismo color todas sus armas: un enlutado crespon cubria el mote del triangular escudo, y ondéaban sobre la cimera de su yelmo plumas largas y negras.

El talante de este campeón revelaba intrepidez y osadía, así como las inquietas miradas que lanzaba, al través de las barras de su visera, hácia el inmediato y prolongado puente de piedra del Zadorra, indicaban su deseo de acometer arriesgadas proezas ó de llevar á cabo comenzadas aventuras.

Bien podia su pujante brazo escoger digno enemigo, con quien probar la suerte de un encuentro; porque ¿quién hubiera sido capaz de enumerar los timbres de tantos y tan nobles caballeros, como ostentaba orgullosa aquella dilatada campiña? ¿Ni quién, á los belicosos ecos de cien clarines, al rónico estruendo de pesados atambores, no hubiera sentido palpar su corazon con el heróico entusiasmo de la gloria?

Un gallardo guerrero, cubierto con rica armadura de escamas, y reluciente yelmo sembrado de flores de oro, que brillaban mas sobre su erguida frente que la estrellada bóveda del cielo en una apacible noche de primavera, era el primero que atravesaba la hermosísima vega; muchos caballeros le seguian, pero á todos eclipsaba con su majestad, semejante á la orgullosa palma del desierto, que se alza altiva y humilla la soberbia de las que pretenden igualarla en lozanía.

A su lado fatigaba los hijares de brioso alazan, cubierto de jaspada piel de leopardo, el invencible Vendaña; su brillante coraza de bruñidísimo acero, las plumas blancas y rojas que adornaban su casco y la doble rodela pendiente de su nervudo brazo, ostentando dos espadas cruzadas con este mote, *Siempre reto al mas fuerte*, daban á entender que aquel guerrero era el primer campeon, entre los mas bizarros de las llanuras alavesas, y que ningun obstáculo contenia la fiera espresion de su denuedo.

Mas atrás ostentaba el claro lustre de esclarecida alcurnia el animoso Gonzalo de Mendoza, terror de los hijos del Imao: vestia una cota milanese ribeteada con perfiles de oro; su blanco y adornado cútis no espresaba la probada bravura de su pecho, y la rubia cabellera, que le caia en desiguales rizos realzaba su noble continente y las formas graciosas de su contorneado cuerpo. Al otro lado, y sobre el mismo corcel que en las orillas del Guadaluza oprimia la pujanza del terrible Ozmin, se sonreia el animoso Mendibil, siempre el primero para romper una lanza con adversarios dignos de su valor. No muy lejos de éste... pero ¿cómo presentar por órden los nombres y altos hechos de mil aventureros, que ocultaba á lo largo de la calzada una polvorosa nube?

Arrimado al tronco de corpulenta encina, apoyada la lanza en el derecho brazo y colgado su escudo de pelada rama, contemplaba el caballero negro con ojos de placer la brillante escena de tan imponente alarde; pero ninguna señal de impaciencia, ningun deseo de alcanzar merecidos lauros dejaba traslucir su hidalgo pecho. Contento espectador del magnífico espectáculo que tenia á la vista, diríase, á juzgar por su inmovilidad, que no circulaba por sus venas imperceptible gota de pundonorosa sangre, ó que grandes desgracias habian enervado la fuerza de su espíritu, sino centelleasen sus ojos con todo el ardor de la juventud y del valor, cada vez que se fijaban en el cristalino Zadorra, que sosegadamente murmurando, á merced de mansa brisa, parecia calmar con el susurro de sus leves ondas los belicosos ímpetus del desconocido.

Tres personas separadas de la comitiva de Alfonso XI se entretenian entre tanto, sentadas á orillas del rio y á dos tiros de ballesta de la arboleda, que el caballero de las armas negras habia elegido para su descanso. Segun lo que éste podia traslucir, por sus trages y espresivos gestos, desde la distancia que de él los separaba, comprendió que debia ser gente, si bien principal, mal intencionada y dispuesta acaso á armarle alguna celada.

Engañáronle por esta vez sus conjeturas, porque dos de ellos pertenecian á la perseguida tribu de Israel, segun demostraban sus riquísimas túnicas de seda bordadas de oro y plata, y los puntiagudos casquetes que ostentaban pendientes borlas, cuyo amarillo color convenia perfectamente al de sus rostros, aunque de cuando en cuando se dibujaban sobre las mejillas del mas jóven algunos tintes de encarnado, por efecto de la vehemencia con que se entregaba á la discusion, que les ocupaba entónces. En cuanto al otro personage, se divisaba al primer golpe, que era un guerrero armado de punta en blanco. Hablaban con interés acerca de los públicos trastornos, y lamentábanse del estado de sus propios negocios, como hombres que estaban al corriente de todas las novedades; y con efecto, pocos habia en aquella coyuntura, dentro del reino, mas instruidos de ellas, si se atiende á que hacian un papel importante, por los altos empleos que egercian en la casa real.

—Sí, decia uno de ellos apretando los puños; de nada sirve á nuestra proscripta raza la proteccion del Rey, mientras el mas vil de los vasallos nos escupe á la cara impunemente. Maldicion á Hernán Rodríguez y sus secuaces. ¡Oh! fuera yo Alfonso de Castilla y vieras, hermano Jucef, á la mitad de los nobles colgados de las puertas de sus castillos.

—No dices mal, Samuel, respondió Jucef, no dices mal. Las tribulaciones de nuestros padres nos persiguen. Sí: los hijos de Abraham, errantes y odiosos á moros y á cristianos, pueden contar bien poco con las promesas de los príncipes; porque hé aquí que la buena maña de nuestros favorecedores.... Dios los premie, añadió acalando con despreciable reverencia al tercer interlocutor.

—Déjate ahora de esas humildes ceremonias, solo permitidas en los régios alcázares, le interrumpió Samuel, y acaba por Isaac lo que tenias comenzado, porque en verdad te digo que me cuesta sumo trabajo haber de sufrir tanta flemma.

—Digo que á pesar de mi cargo de tesorero general, y el tuyo de primer médico del Rey, es de poco valimiento nuestra privanza, gracias al descontento de los pueblos.

—Y añade que ella no nos librará de alguna mala ventura, si se les antoja á esos pícaros amotinados de Zamora.

—¿En tan poco teneis el esfuerzo de los buenos? dijo el guerrero.

—No, ilustre D. Lope: bien sabemos mi hermano Sâmuél y yo que un encuentro de los caballeros de la Banda pondria órden en todo; pero estos campeones pierden un precioso tiempo en divertir á su Maestre con magníficâs fiestas, al paso que los impíos amalecitas trastornan el imperio.

—¿Sabeis, noble Vendaña, que el de Haro y D. Juan de Lara son poderosas lanzas? añadió el discípulo de Esculapio.

—Por mis espuelas, le contestó el caballero, espadas hay en Arriaga de mejor temple, y si no, dadme acá esos señores uno á uno ó cuatro á cuatro, que ya os dirán despues de qué lado sopla el viento.

—¿Y qué me direis del poderoso señor de Alburquerque?

—Ese es un pérfido, tan astuto para urdir enredos como inútil en el campo de batalla.

—No, pues fíaos de él... ¡Mala víbora! Apuesto cincuenta doblas á que no desprecian tanto los señores alaveses á D. Juan el Tuerto.

—¿Al de Vizcaya? replicó enojado D. Lope. Vive Dios que si pudiera, le atravesára el pecho de tres lanzadas; pero vino con el Rey, y esto solo detiene mi cólera, cada y cuando se me pone delante.

—Dicen que se entiende con el de Lara, y sino mienten lenguas, le ha enviado buena provision de dinero. Tú sabrás alguna cosa de tal negocio, hermano Jucef.

—Hé aquí, como nosotros mismos nos llagamos el corazon, y destruimos la obra mas perfecta del Templo, exclamó el almojarife con visibles muestras de alteracion. ¿Qué harán los enemigos de Israel, cuando sus hijos se destrozan?

—Por el dios de las doce tribus, no te entiendo, dijo el médico.

—¡Ah Samuel, hijo de Abenuez! Qué herida tan dolorosa has abierto en mi alma! Sabed pues, intrépido D. Lope, que si yo he prestado pequeñas cantidades á ese mal infante, que cual otro Holofernes, se complace en las angustias de Betulia, solo ha sido para sus propios apuros, y no de modo alguno instigado á tomar parte en los ruines manejos, que hacen llorar á mis ojos lágrimas de sangre y de....

—Pero aquí.... nadie te acusa, le interrumpió el de Vendaña.

—Tal vez su conciencia, murmuró Samuel.

—¿Qué dices de mi conciencia, hermano? cada uno tiene la suya, y lo que á mí me parece justo y conveniente podrá desagradar á los demás. Y sino, decidme, valiente señor ¿cómo podria yo dejar de socorrer á un caballero de ilustre sangre, con las doblas que me pidiese, para mantener su hidalguía? bien entendido bajo un interés razonable y arreglado.... eh! por supuesto; y luego añadió acercándose mas á D. Lope: os aseguro que el interés es grandísimo, una verdadera usura, que me propongo dejar con el capital á beneficio de las arcas reales.

—Raro ejemplo de generosidad, respondió aquel. Ahora digo que mienten los que se hacen lenguas de la avaricia de los señores judíos. Pero yo supongo que ese aumento al tesoro del Rey será hecho, cuando el Tuerto te entregue las mil doblas; no dijiste que son mil doblas las que te debe?

—No dije tal, caballero, no dije tal, por todos los patriarcas de Israel. Mas ya que así sea, pasará por ello, y las pondré fielmente en las arcas, donde antes tenía guardadas las alhajas de la corona.

—¿Dónde tenías.... señor Almojarife? pues qué ¿han desaparecido acaso entre los descarnados dedos de algun usurero de tu maldita raza?

—No todas, buen señor, pero sí el rico collar del difunto rey D. Fernando y algunas otras....

—Por qué no dices que todas, hermano Jucef? replicó Samuel. Bien sabe D. Lope que si el Príncipe lo ha mandado, no debes temer ningun cargo, aunque por otra parte, no sé cómo ha podido suceder que ese collar precioso que dijiste, se halle ahora mismo en poder del conde Osorio.

—¡En poder de Alvar Nuñez la mejor alhaja del reino!! repitió admirado el señor de Vendaña.

La confusion ocupó el lugar de la calma en el semblante del judío, pero duró un breve instante. Acostumbrado á verse en situaciones mas apuradas, cuando Alfonso en persona le pedia cuentas del real Tesoro, y á quedar triunfante de los cargos que continuamente le hacían sus enemigos, no tardó en responder con aquella serenidad, que habia turbado un momento la indiscreta declaracion del médico.

—¿De qué os admirais, D. Lope? yo empené la cadena al Conde por la suma que el Rey habia menester.

—¿Sábelo el Rey? insistió el caballero.

—A buena cuenta venís con eso. ¿Tan menguado me haceis que enagenára esa lucida prenda sin su noticia? Nó: no es tan bobo Jucef.... Pero me diréis si el enlutado campeón que nos observa pertenece al séquito de D. Alfonso....

Don Lope y Samuel se pusieron á mirar en la direccion que se-

ñalaba el dedo índice del Tesorero, y vieron con efecto al guerrero de la negra armadura, arrimado al tronco de un árbol.

—No lo conozco, dijo el primero.

—Ni yo....

—Ni yo, repitieron consecutivamente los dos judíos.

El sol cubierto de una nube parda había rato que empezára á declinar, y el vientecillo imperceptible hasta entónces tomaba nueva fuerza, á medida que disminuía la influencia de sus rayos, que todavía coloreaban las cimas de los lejanos montes. Aunque varias tintas de rojo y púrpura hacían brillar todavía la escarpada cresta de Arlaban, era fácil distinguir que una capa de vapores mas espesos iba ocupando poco á poco los espacios, que algunas horas antes llenaba la diáfana claridad del día, anunciando la hora en que la terrible lechuza de las bóvedas de Santa María sale á inquietar el reposo de los antiguos protectores de Vizcaya, sepultados bajo los arcos de góticos panteones.

Levantóse D. Lope y seguido de los dos judíos en breve se reunió á la comitiva del Rey, que fatigado de correr por la dilatada vega se disponía á entrar en la ciudad.

La cortesana amabilidad de este Príncipe tenía entusiasmados á aquellos animosos aventureros, y mucho mas aun la generosa prueba de confianza que les daba, poniéndose en sus manos en circunstancias tan críticas. Pero Alfonso conocia cuanto era amado de los nobles, cuyos servicios y adhesion premiára con la *banda carmesí*, y sabia que fieles en las borrascas que le suscitára su esforzado competidor el rey de Aragon, siempre se opusieron á las entradas de sus tropas en el territorio de las Castillas. ¿Ni como el hidalgo pecho del que mas adelante eternizó su memoria en las riberas del Salado, pudiera temer traicion de los mismos que acababan de elegirle por Señor?

Resuelto á abatir el orgullo de los grandes, sin mas auxilio que su propio valor y el amor de los héroes que le acompañaban, se dirigia hácia el puente del Zadorra, lleno de las agradables esperanzas que presagiaba para su reinado. Llamábale el deseo de acudir á la guerra de Granada, donde el infante D. Felipe se defendia

con trabajo, y brillaban sus ojos con todo el prestigio de la gloria, cuando imaginaba ver á su terrible rival, al valiente Mahomad vencido y despues ayudado por su mismo brazo, porque nunca le permitieron sus pundonorosos sentimientos recrearse en el espectáculo de humillar para siempre á los enemigos, que la política ó diferencia de religion armaban contra él. Holgábase tambien en pensar cuál resonaria su nombre en las edades venideras, si los trovadores, pulsando sonorosos laudes, celebraban las famosas conquistas, que se proponia ejecutar, y el susto del de Aragon al oir que Gibraltar y Algeciras, plazas que le robaban el alma, habian caido bajo las armas de Castilla, ya sosegada de todo punto.

Enagenado con tan gloriosos como difíciles proyectos, no observó que varios caballeros, que iban como á la descubierta, habian detenido sus corceles á la entrada del puente; y hubiera tardado mucho tiempo en notarlo, segun caminaba á paso corto, si D. Lope de Vendaña no le dijera:

—Mirad, señor y mi Rey, que no há mucho me hallaba enfrente de aquella fila de encinas, con el Almojarife y el sábio Samuel, y hemos visto entré la espesura un caballero negro, armado de todas armas, que nos acechaba; cosa que debe dar cuidado, porque védle allí ahora, á la salida del puente, cabalgando en arrogante caballo de batalla, y á guisa de desafiar á los nuestros.

—No os inquieteis, respondió Alfonso; será tal vez algun mensagero que me envia la Reina.

—Siguiera entonces su camino, sin entremeterse á testigo del desagradable embarazo del buen Jucef, replicó el malicioso hijo de Abenez.

—¿Qué embarazo?

—Nada, Señor, dijo D. Lope, que juzgó inoportuna la ocasion de descubrir sus recelos; ciertos cargos de poca monta, que Samuel ha hecho al Almojarife en mi presencia.

—Jucef es un leal vasallo, y retaré en campo abierto al que sostuviére lo contrario, exclamó Alvar Nuñez.

—Lo creo, lo creo, señor caballero, repuso Samuel; como que el premio del torneo ha de ser una preciosísima cadena....

—Dá un nudo á esa lengua, perro judío emponzoñador, le gritó el de Osorio, ó vive Dios, que te la arranque, para mezclarla en menudos trozos con los malditos brevages que compones.

—Y á cuya virtud he debido mi salud mas de una vez, le interrumpió el Rey. Vamos, Conde, deponed la ira, y no os enojeis mas por una chanza de mi doctor.

No, respondió el Conde; pero lanzó al atrevido judío una mirada tan terrible y amenazadora, que á no hallarse inmediato al Rey, no se tuviéra por seguro.

En esto el agudo sonido de una trompetâ guerrera hirió los oídos de los caballeros, que inmediatamente picaron los fogosos corceles, llevando á su cabeza al Rey. Cuando llegaron á la inmediacion del puente, dijéronle los descubridores:

—Señor ¿pasarémos?

—¿Quién lo estorba? respondió Alfonso impaciente.

—Mi lanza, gritó el caballero negro.

—¿Tu lanza?... débil esfuerzo contra pechos hidalgos, señor bravo, replicó el Monarca, que queria dar tiempo para recobrarse de la carrera. ¿Cuántos moriscos ha derribado tu lanza?

—La empuña un noble, y Dios y mi dama la protegen, exclamó el desconocido, sin responder directamente á la pregunta.

—El sol te es contrario, repuso Alfonso. Si realmente eres caballero, llégate á mi campo, y dos reyes de armas nos partirán el terreno.

—Despues de vencerte, dijo el Negro: entre tanto conserva esa ventaja.

—¿Qué harás de mí si me venciéres, arrogante campeon?

—Si solo te hiriere, siendo tú quien yo me figuro, te daré el golpe de gracia, introduciéndote *la misericordia* hasta el corazon; mas si al primer encuentro te matáre, arrojaré tus despojos al Zadorra.

Todos los guerreros rodearon á Alfonso, cuyos ojos brillaron repentinamente de placer, al oír las resueltas razones del valiente enlutado; pero notando que el heredero de Urbina y el maestre de Santiago se preparaban á castigar aquellos arrogantes propósitos

contra su Rey y señor, mandóles éste imperiosamente que se mantuviesen quedos, y haciendo sentir espuelas al espumoso bridon, enfiló el ancho puente, calóse la visera del reluciente yelmo, embrazó la rodela, y apellidando en alta voz, *honor y amor por los Caballeros de la Banda*, esperó á su contrario.

Avanzó también éste hasta razonable distancia, y observábanle los impacientes servidores del héroe castellano, á quienes costaba penoso trabajo volver del asombro, en que les habia puesto su osadía. Parecíales esta un imperdonable desacato hecho á la majestad, juzgándolo por lo mismo digno de mortal castigo, al paso que admiraban el reposado continente y marcial denuedo del provocativo adalid; ni es de estrañar que unos guerreros, acostumbrados á los mas difíciles encuentros, sintiesen á la vez estos dos opuestos sentimientos, si se atiende á que, desafiar un solo aventurero, sin mas ayuda que su brazo, á todo un rey de Castilla, seguido de tan lucido acompañamiento, era para ellos proeza de mas alto y famoso nombre, que todas las que á buen término llevaron los ilustres paladinos de la *Tabla redonda*; esto no obstante, el inváritable juramento que sus labios habian pronunciado, de fidelidad á Alfonso XI, les hacía mirar con aborrecimiento al mismo, por quien sentian desconocido interés.

Fábula absurda pareceria á nuestros ojos el suceso que vamos refiriendo, sino leyésemos en las crónicas de aquellos tiempos heroicos repetidas hazañas de la misma naturaleza, en que los caballeros aventuraban todo, menos la gloria, y sacrificaban sus vidas, por un inútil y mal entendido pundonor, ó hacian alarde de acometer los mas arriesgados lances, á trueque de obtener una amorosa mirada de la dama de sus pensamientos.

Parten al galope los dos bizarros combatientes á una señal dada por D. Lope de Ventaña, que con los demás nobles se habia colocado en la entrada del puente. Provócanse ya desde léjos con los movimientos de las lanzas puestas en ristre; relinchan de corage los corceles; llegan al fin con furioso ímpetu, y van sin duda á deshacerse en tan terrible choque.... De repente se desvía de la recta direccion el caballo del desconocido, hácese á un lado, se para y esclama su dueño afianzado sobre los estribos:

—¡Cómo, Señor! Sois realmente el maestro de la *Banda*! Sí... no hay duda.... Caballeros, es una equivocacion; yo me confieso vencido.

Pero Alfonso no le ha oído; la violencia de la carrera le lleva hasta el extremo opuesto del puente; corre todavía á rienda suelta, hasta que un árbol corpulento, que se halla precisamente á la salida de la calzada, recibe en su tronco el acertado bote del desesperado monarca. No bien lo hubo descargado, calmóse el corage de su pecho, y solo pensó en retroceder, no ya para volver á la pelea, como caballero, sino como Rey insultado, á castigar los desmanes de un cobarde, que tan seguro encuentro había evitado con mañosa destreza.

En esto observó que hacia él se dirigia sosegadamente y desmontado el mismo Negro campeón, sujetando el caballo por la brida; y queriendo ahorrarle mas de la mitad del camino, fuese para él y le gritó con voz de trueno:

—Abajo la lanza, infame; quien no sabe sostenerla, no es ni puede ser caballero.

—Mi Rey y señor, respondió el desconocido hincando la rodilla en tierra; soy noble, mas que todos vuestros nobles, y tanto como vos. Infame.... voto á Santiago, que si tú no fueras Alfonso de Castilla y yo tu mas fiel servidor, me darias aquí mismo satisfaccion de tamaña injuria.

—Aquí, D. Juan, aquí, señor de Vizcaya, gritó mas alto el irritado Alfonso; y luego que aquel se hubo acercado, continuó: ¿Qué castigo merece el vil pechero, que injuria al Rey y le desafía?

—¡Yo pechero!..., vive Dios, rey de Castilla, que hombres de mi pró no sufren tales demasías.

—¿Qué castigo merece, señor Infante? volvió á preguntar el Rey.

—Un misionero y el verdugo, contestó D. Juan.

—Y dígame yo, D. Tuerto, D. Villano y D. Traidor, que tú eres el verdugo, y el tigre y el vil, que yo andaba buscando. Rey de Castilla, mira una prueba de mi nobleza.

Quitóse, dicho esto, la manopla, y mostró á Alfonso un brillante anillo, que en el primer dedo de su blanquísima y robusta mano



D. Juan, alzádmímanopla.

traía, y en el cual estaban grabadas las armas y flores de lis de Carlos el Hermoso. Arrojó en seguida su forrado guante al medio del puente, por donde ya llegaban los guerreros y dijo:

—Sed testigo, poderoso príncipe de Castilla, y vosotros valientes campeones, hidalgos, y todos los aquí reunidos, como yo, conocido con el nombre de caballero Negro, acuso al infante D. Juan, señor de Vizcaya y nunca de Almazan, de traidor é instigador de maldades en contra del Estado y del público reposo; y en prueba de lo dicho, y de que lo sostengo, le desafío á lanza y espada, á pié ó á caballo y á todo trance. Don Juan, alzad mi manopla.

—¡Perro, tú á mí!.... respondió el Infante rechinando los dientes. Pero llamando inmediatamente en su auxilio su natural serenidad, de la que hemos presentado una débil muestra en el precedente capítulo, añadió: mal hago en irritarme, porque un villano mal nacido nunca puede empañar el lustre de mis acciones. Como antes dije, el hacha del verdugo.....

—Tenéos, D. Juan, le interrumpió el Rey; juro por mis espuelas que el que acaba de desafiarte, aunque vencido por mí, es caballero principal.

—No lo hemos visto todavía, replicó el de Vizcaya; que se descubra el rostro; que nombre los timbres de su familia. Sin eso, no levantaré la manopla.

—Es un guerrero de la corte de nuestro hermano el rey de Francia, contestó Su Alteza con algun descontento. Acaso su doncel..

—No lo creo; y en todo caso, tócame averiguarlo de cierto.

—¿Soy yo caballero, D. Juan? volvió á replicar Alfonso, echando fuego por los ojos.

—Señor, sí, el primero de los caballeros de las dos Castillas.

—Pues entonces, dígolo yo, y basta.

—Y basta, repitieron á una voz todos los guerreros.

El Infante, sin embargo, no se movia, lo que empezó á escitar sospechas en los ánimos de todos los que presenciaban tan singular escena. Murmuraban unos, golpeaban otros la tierra con los cuernos de las lanzas, y no faltó quien echase su puntada sobre la pu-

silanimidad de D. Juan, con razones bastante claras para que pudiesen llegar hasta sus mismos oídos.

El maestre de Calatrava, cansado de aquella tardanza, dijo resueltamente, que si aquel desconocido no era caballero, era muy digno de serlo por su valor y habilidad, de que acababa de dar relevante prueba, hurtando el cuerpo al inevitable encuentro del Rey, por medio de una evolucion difícil y poco sabida en el arte de justar; que el Rey podia armarle cuando quisiese, y aun encumbrarle tan alto, como el que mas allí presente; y finalmente, supuesto que el Rey habia jurado por sus espuelas que le reconocia como tal caballero y principal, declaraba él y todos los de su orden, guerra abierta al que tal negase. Otros repitieron lo mismo, pudiéndose afirmar que todos los que callaron, consintieron en ver cumplidas estas amenazas, pues deseaban ver humillado el arrogante desprecio y altivez, con que aquel Infante aborrecido de los pueblos trataba aun á sus mas adictos partidarios; concluyendo de aquí, que si no aceptaba el combate presentado por el caballero Negro, debia despojársele de los honores y prerogativas, que á su elevada clase correspondian, y publicarse su deshonor en todas las cortes de Europa.

Permanecia no obstante el de Vizcaya en su obstinado propósito de no trabar pelea, si primero no publicaba el desconocido aventurero su verdadero nombre; y pasáralo mal su terquedad, segun eran de fieras y amenazadoras las miradas que le dirigian el de Mendoza, D. Lope de Vandaña y el primogénito de Urbina, si el Rey, conociendo aquellos síntomas alarmantes, no hubiera acudido al remedio, proponiéndose al mismo tiempo atraer enteramente á su partido, por medio de blandas razones, á un hombre tan turbulento y temible, de cuyas tramas hacía tiempo que habia concebido vehementes sospechas.

—Don Juan, le dijo: en vano te acusan cuando yo te defiendo. Tu negativa es noble; pero si algo debes á la gloria de tu Rey, si probarme deseas el deudo que conmigo tienes, hé aquí la ocasion de merecer mi amistad.... Alza ese guante, y rechaza con la punta de la lanza las increíbles acusaciones de ese atrevido contrario.

—Obedezco, Señor, respondió con mal reprimida cólera el Infante, cogiendo del suelo la manopla, mas no de temor; sí por probarte que soy tu fiel vasallo. ¿Qué día elige tu Alteza para el combate?

—Pensaré en ello, dijo Alfonso, y el desafío se publicará por reyes de armas en las tierras de mis dominios. Mas primero es preciso igualar á los combatientes. Señor caballero Negro, no puedo dar crédito á las razones, con que tu lengua ha ultrajado al Infante en mi presencia; sin embargo, suspenderé mi juicio, hasta que el de Dios se manifieste, pues es inevitable que la muerte de uno de vosotros asegure la justicia ó falsedad de tan fuertes acusaciones. Entre tanto ¿qué merced pides al rey de Castilla? Debo primero advertir que no siempre te será fácil evitar el trance de una carrera.

—Siempre, Señor, siempre que mi mala estrella me guie á levantar mi brazo contra mi Príncipe, le contestó el desconocido. Dad con todo las gracias á esa magnífica banda, que os rodea el pecho.....

—¿Cómo! ¿Negarás tambien que te he vencido?

—No: antes bien lo he confesado, sin esperar el choque.

—¿Temblaste de mi afilada lanza?....

—Jamás. ¿Temblar yo de lanza alguna!.... Apartéme al conocer al gefe de los caballeros de *la Banda*, á mi Rey, que yo defendiendo contra todos y cualesquiera enemigos.

—¿Tu me defiendes?.... ¡Tú!.... Así pues, lo que yo llamo torpe miedo, no ha sido sino la mas bizarra manifestacion de habilidad y respeto.... Mas ¿por qué me nombras tu Rey? Un valiente guerrero francés tiene en su patria sobradas ocasiones de desenvainar el acero.

—Admiro la pujanza de los héroes que siguen al magnífico Carlos, mas no he olvidado que Gil Oñiz y los vizcainos los desbarataron en el asalto del castillo de Gorricia. ¿A qué, pues, buscar en ageno país modelos de indomable brío, cuando tantos abundan en el propio?

—Serias castellano....

—Mi patria es Treviño; no léjos de aquí se divisa. Mi nombre

ilustre, mis títulos bien conocidos en Castilla, y el objeto de mis deseos la defensa de mi dama y el estermínio de los enemigos de Alfonso XI. Un voto secreto me impide levantar la visera y vestir otro color, hasta dar fin á desconocida aventura... Tal vez se acerca el momento... la del puente del Zadorra. Cuando venza al Infante, sabreis quien soy.

Dijo, montó el ligero corcel, y saludando al Rey, partió á toda brida por el camino de Vitoria.

—Síguele, Vendaña, gritó Alfonso y dñle de mi parte que esta rica banda, que él ha sabido respetar, ceñirá sus hombros, dentro de tres dias, en el convento de los dominicos.

No habia concluido aun, y D. Lope voló como un relámpago tras del incógnito, que galopaba envuelto en una nube de polvo, imperceptible apenas á los ojos del Rey y de sus caballeros. Siguiéronle estos con lentitud, y cuando llegaron al palacio, la noche cubria con su misterioso manto las silenciosas encrucijadas de la ciudad.

CAPITULO III.

En el cual no hacen mas que presentarse en escena tres nuevos personajes.



RECLINADO al día siguiente Alfonso XI en uno de los asiáticos almohadones, que adornaban la magnífica habitación que ocupaba en el palacio del *Campillo*, revolvía en su imaginación quién podía ser el desconocido aventurero de las armas negras, perdiéndose en un laberinto de conjeturas sobre su aparición, bizzarría y denuedo, sin que de tantas reflexiones sacase otro fruto, que desear con impaciencia la llegada de algunos nobles, á quienes habia encargado que rastreasen el paradero de tan animoso incógnito. Deshacíase sobre todo por ver al de Vendaña, pues opinaba que habiéndole alcanzado éste en su precipitada partida del puente, tal vez habria descubierto alguna cosa de su misteriosa conducta.

Dejémosle unos instantes entregado á estos pensamientos , á fin de dar á conocer al lector nuevos personajes, que empiezan á reclamar distinguido puesto en los acontecimientos de esta fidedigna relacion.

Al efecto, nos introduciremos , sin mas ceremonia , en el átrio de la parroquia de *Santa Marta*. Formábalo una nave elevadísima, sostenida por seis gruesos pilares , que al mismo tiempo servian de pedestales y nichos á igual número de imágenes , que representaban la mitad del apostolado. Sobresalía en la fachada un magnífico sepulcro de mármol de Calatras, sobre el cual se veian trabajadas de la propia piedra las armas y blasones de la casa de los señores de Haro, y en lo alto de la bóveda habia modelado diestro artífice graciosas formas de serafines , amontonados sin orden entre multitud de palmas , coronas , mitras y otros trofeos sagrados.

Los mas costosos é inútiles trabajos llenan todavia con profusion las columnas de aquel pequeño templo, digno recuerdo de los tiempos antiguos , aunque ya no sea fácil conocerlo por esta descripcion. Por ejemplo, la grande puerta de encina , pintada de verde, que ahora le sirve de punto de comunicacion con la iglesia , no existia entónces , ni tampoco los groseros bancos de piedra colocados al pié de los pilares , para que los muchachos se diviertan al juego de las bochas , cuando van y vuelven de la escuela. En recompensa, el piso era mas alto y no habia necesidad de bajar al recinto, por las escaleras que en el dia son indispensables , pues el terreno estaba al nivel con la parte de la plazuela ó escampado que mira al Norte, lo que impedia que se estancasen en el átrio las aguas , impelidas generalmente por el viento hácia sus respetables ruinas.

Paseábase entre ellas con agitado semblante un hombrecillo de corta estatura y delgadísimas piernas , dando de cuando en cuando récias patadas , que repetian los ecos de la sagrada bóveda. El aire de incomodidad pintado en su encendido y flaco rostro, al cual daban particular espresion unos retorcidos bigotes , y el casquete de durísima suela que cubria su cabeza, le hubieran podido hacer pasar por el génio de aquella soledad , si algunos juramentos escapados de su boca , y ajenos , á nuestro entender, de la cortesanía de los

habitantes aéreos, no mostrasen claramente que era un sér mortal. Por lo demás, su traje correspondia convenientemente al sugeto: era el que usaban los escuderos hidalgos, á escepcion de la espada que no llevaba, y sí en su lugar un puñal corto, escondido entre los pliegues de la ropilla.

Nueve veces habia dado la vuelta alrededor del pórtico, y otras tantas parádose al llegar á la entrada, creyendo distinguir algun rumor, que le asegurase la proximidad de las personas que, al parecer, esperaba; mas saliéndole siempre vana su diligencia, maldecia tan intempestiva tardanza, aunque con un sonido de voz calculado, para que nadie pudiese oírle de la parte de afuera.

—Válgame, por Judas, decia; no parece sino que todo el mundo se ha empeñado en desesperarme. Sobre que estoy tentado de volverme á Aragon, y dejar ignorar á estos descuidados las buenas nuevas, que sin duda encierran mis pergaminos: además que, bien mirado todo, no puede durar mucho esta comedia, porque, voto á tal, los alabarderos de Castilla, me andan á los alcances, y mas quisiera dar de hocicos en el barranco de las Calaveras, que caer en sus manos.... No; no me engañarás mas, maldito Infante; así cumpliré yo tus mensajes como llueven torreznos.... y á propósito de viandas, no me vendría mal ahora un razonable trozo de puerco, despues de tan largo camino.

La llegada de otro personage interrumpió su soliloquio. Representaba ser como de cuarenta años, y vestia traje guerrero con espuela de oro, señal de caballero: su porte era noble, y todo el aire de su rostro revelaba una especie de magestad, que un fisiognomista hubiera calificado de soberbia, si atendia á que su lábio inferior, tal vez á fuerza de mandar, habia contraído la costumbre de sobresalir algunas líneas mas que el otro, cuya falta era compensada, con notables ventajas, por la fiereza é ingénua espresion de unos ojos negros y brillantes.

—Mala cita has escogido, Pero Calvillo, dijo al encararse con el descontento paseante. Todas las brujas de la ciudad van á llegar dentro de poco á la misa del arzobispo.

—Malo, malísimo, contestó aquel. Vámonos de aquí, no sea

que, por desgracia, venga el Rey con los hombres de armas.....

—Ahora acabo de dejarle en esa intencion, despues de haber andado de su órden toda la noche, como un perro sabueso, olfateando la madriguera del caballero Negro.

—¡Qué caballero Negro, ni qué demonio! Vámonos de aquí, repito, antes que me vea Cañete.

—Mucho temes al gefe de los Maceros; no es empero tan diablo como parece.

—Oh! no lo digo por tanto, sino que hay ciertos puntos, acerca de los cuales ese señor gefe y mi persona no están muy de acuerdo. Yo ignoro su pensamiento; pero el mio es hallarme, en cuanto me deis vuestra licencia, dos mil leguas de esta maldita villa, tan solo por no tropezar con él. Por otro lado, si supiérais las noticias....

—De Aragon siempre son interesantes, mas no les irán en zaga las que has de llevar á D. Juan Manuel. ¡Ah! dime, Calvillo ¿dónde está ahora este señor de Villena?

—En Santolalla, haciendo leva de gente.

—Segun eso, ¿se ha revelado ya?

—El se dará traza para hacer ver lo contrario, si le conviene.

—Es que el Rey le ordenó antes de salir de Valladolid....

—El Rey le ordenará siempre cuanto quiera, sin que el de Villena deje de hacer por eso cuanto se le antoje; pero por el alma de Cain, huyamos de este sitio. ¿Quereis verme degollado?

—Tenemos en nuestro favor una buena media hora, para practicar.

—Afuera, señor.... ¿media hora? ni cinco minutos me detengo. Vosotros los grandes podeis comer con el Rey, y maquinár contra el Estado: mas los que servimos de bajo instrumento á vuestras maldades, hemos menester buenas piernas y largo olfato.

—Siempre te tuve por menguado, desde que las amenazas de ese perro Abenueza te arrancaron el secreto de la cadena del Rey, que á estas horas estará á buen recaudo, y ahora veo bien que, á mas á mas, te precias de nécio malicioso.

—Y ¿qué quisiérais de mí en aquel estrecho? ¿Fué mi culpa que sus ojos de gato montés conociesen aquella brillantísima prenda?

Albricias debiérais darme por haber callado la parte principal del mensaje. ¿Supo, por ventura, que tan lucida alhaja la destinábais á don Juan Manuel?

—Preciso es confesar que en eso anduviste cuerdo. Cuéntame ahora las buenas nuevas.

—No aquí, Conde; no aquí, por todos los demonios del infierno. ¿No reparais que cuanto mas permanezco en este bendito átrio, mas me voy acercando á la horca? Y ¿qué será de vuestro bando, muerto Pero Calvillo?

—De importancia te crees, segun eso. Pero sea lo que quieres, puesto que á vosotros es preciso contentaros como á niños mimados, para que no deis al traste con las mejores obras. Subamos á la torre, que allí no te alcanzarán las garras de Cañete.

—Que me place, dijo Pero Calvillo con muestras de muchísimo contento; y sin mas razones se dirigió hácia la puerta interior de la capilla seguido de su compañero.

La escalera de caracol, que conducia á la torre, era estrecha, y tan oscura en muchos parages, que se necesitaba el mayor tiento para no romperse la cabeza contra la muralla circular que la rodeaba, recibiendo la escasa luz, que con trabajo se percibia, por unas angostísimas aspilleras, de trecho en trecho practicadas en la pared. La falta de muchos escalones hacía mas difícil la subida, estando á cada momento espuestos los atrevidos que se arriesgaban á tal empresa, á ser precipitados desde lo alto por las enormes piedras y escombros, que se desprendian al menor esfuerzo. El aire caliente que en aquella bóveda se respiraba, sofocaba al caballero, al paso que el miedo á los alabarderos de Castilla inspiraba bastante valor al estenuado Calvillo, para despreciar los obstáculos, que á cada paso tenia que vencer.

La mitad del peligro habia pasado, poco mas ó menos, cuando deteniéndose de pronto, exclamó:

—Por mi alma, señor Conde, que no estamos solos en este trisísimo lugar. Y oyendo que el Conde, sin responderle, seguia subiendo, le tocó en la espalda y dijo:

—¿No veis aquel bulto que parece cerrarnos el paso? Mejor sería volvernos atrás.

—¿Y Cañete? respondió el caballero. ¿Tan presto olvidaste al capitán de los Maceros?

—No, por mi abuela; y voto á mis pecados, que estoy metido en una ratonera. Abajo los alabarderos que no tardarán en llegar, y arriba ese esforzado enemigo. ¿Quereis descargarle furibundo mandoble sobre la armadura? Tal vez dareis con él en tierra.

—¡Quién vá allá! gritó una voz áspera de lo alto.

—Hombres de armas, caballeros, respondió el Conde, que desean solazarse un rato por esas elevadas bóvedas.

—¡Maldito capricho! murmuró la misma voz. ¿Os faltan por ventura en Vitoria hermosísimos prados, frondosas arboledas y magníficos paseos, salpicados por las limpias aguas del Avendaño? Pero diz que los castellanos son amigos de acometer difíciles aventuras y penetrar en encantados castillos. Mala pascua para mí, sino pudiera yo haceros rodar hasta la iglesia, mas aprisa que corre la presa del Zadorra; y no faltan aquí arriba armas mas fuertes que las armaduras que os cubren, capaces al menor empuje de moleros todos los huesos, ni mas ni menos que las ruedas del molino de Betoño muelen el trigo.

—Y tú ¿quién eres, que tan valientemente desafías? replicó el Conde. ¿Sabes que somos de la comitiva del rey D. Alfonso de Castilla?

—¿Y que podemos cortarte la cabeza sin el menor cumplimiento por tus fanfarronadas, añadió Pero Calvillo, á menos que seas algun fantasma ó alma en pena, que hayas abandonado tu guarida, por tomar un aire mas fresco sobre la torre?

—Yo no soy nada de lo que dices, ni fantasma ni alma en pena. Con solo el trabajo de menear esta piedra que estoy tocando, es mas fácil que tú quedes convertido en uno de esos nombres, con que á tu placer me bautizas; y realmente lo hiciera para enseñarte á tratar de otro modo á un hombre honrado, que nada tiene de moro ni de judío, á no mirar que contigo vienen gentes que valen mas que tú. Suban pues vuestras mercedes, señores castellanos, y sepan

que puedo mandar en este parage como el rey en sus dominios, porque soy campanero de *Santa María* y sepulturero del inmediato cementerio.

—Bien imaginé yo que nada teníamos que temer, dijo Calvillo. Adelante, señor Conde, supuesto que no es mas que un miserable sepulturero.

Avanzaron dicho esto con alguna mayor seguridad, porque á medida que se acercaba el término de la escalera, era esta mas igual, y la luz de la torre empezaba á penetrar por ella, pudiéndose divisar con bastante claridad todos los objetos que les cercaban. Era, sin embargo, peligroso detenerse á contemplar la profundidad de que acababan de salir, pues los fétidos vapores, producidos por el aire condensado en aquel encajonado y estrechísimo caracol, que solo daba cabida á una persona, trastornaban la cabeza, en términos de ocasionar fuertes desvanecimientos, que acababan por precipitar en el abismo al curioso, que se esponia á semejante prueba, arrastrando consigo á cuantos encontraba al paso.

No sin grandes dificultades llegaron nuestros aventureros á una especie de sala en forma cuadrada, aunque irregular, á causa del ángulo saliente que formaba el costado del lado del Norte, por donde no penetraba la claridad del dia. Los otros tres lienzos de muralla eran muy elevados, y contruidos, segun su solidéz, con el objeto de que resistiesen á los estragos del tiempo y de las tempestades. Dividian á cada uno en partes iguales dos anchas aberturas, en que se veian colocadas igual número de campanas, á cuyos enormes badajos acababa de amarrar el campanero varias cuerdas que, cruzándose en todas direcciones, iban á unirse con otra mas gruesa en un agujero proporcionado á sus dimensiones y practicado en el piso; conducia esta cuerda hasta la iglesia, evitando este sencillo mecanismo, que aun se usa en la mayor parte de nuestros templos, muchas molestias al campanero, quien no tenia necesidad de subir á la torre, cada y cuando le acomodaba regalar á la ciudad con el desagradable y destemplado sonido de su media docena de inarmónicos instrumentos. Una escalera de madera, que toda se bamboleaba, era la única por donde se subia al piso segundo de la torre, semejante al primero en todas sus partes; mas no se lograba llegar

á el, sin agarrarse firmemente á un tosco y grueso madero, que hacía el oficio de pasamano: finalmente, un callejon estrecho y oscuro, cuyo término, al parecer, nadie habia osado medir hasta entónces, comunicaba con las infinitas bóvedas, sepulcros, cuevas, pórticos y ruinas, de que aun se vé lleno el interior de tan anti-
guísima torre, y por los cuales era fama se paseaban de noche, al pálido reflejo de la luna, espíritus aéreos, blancos fantasmas, y toda la turba de duendes, aparecidos y encantadores, que tanto ruido meten en las antiguas leyendas.

Hízose á un lado el sepulturero, cuando el Conde y Pero Calvillo llegaron á lo alto: y entrando en el piso, que hemos apenas bosquejado, contemplaron por un momento las pronunciadas facciones y grosero ademan del que con tanta bravura les habia amenazado. Éste los miró á su turno con cierto aire de sorpresa maliciosa, y bajando en seguida algunos escalones, con mas presteza de la que al parecer prometia el mal estado de los mismos, observó hácia abajo con cuidado, como queriendo saber si no subia mas gente, sosteniendo el peso de su cuerpo con una mano apoyada sobre el caracol, y agarrando con la otra una súcia montera de pieles, que adornaba su cabeza.

—Me he engañado, dijo volviendo á subir, y acaso por la primera vez de mi vida; el ruido de sus pasos ha llegado á mis orejas muy abultado. Está visto que no son mas que dos.

—¿Esperabas á alguno, buen hombre? le preguntó Calvillo.

—Buen hombre.... ¡hum...! ¡bah! respondió el campanero, recargando los dos últimos monosílabos con tal desenfado, que el preguntador hubo de hacerse algunos pasos atrás. ¿Piensas acaso que estoy obligado á satisfacer tus impertinencias? Ya os he dejado subir.... ¿qué mas quereis?

—No hay que amostazarse, amigo, dijo el primero. O somos, ó no somos; vamos claros. Aquí tienes, delante de tus barbas, al muy famoso señor D. Alvar Nuñez Osorio, conde de Trastamara, de Lemus y de Sarriá, que no cede en poder y nobleza al mas alto magnate de estos reinos, y gran privado del muy poderoso rey de Castilla D. Alfonso XI, y á tu aficionadísimo servidor y compañero, cuyo nombre no me tiene cuenta declarar, hasta saber á qué partido

perteneces. Con que así, sus.... pelillos á un lado por lo de la escalera y vengan esos cinco.

—Quita allá, repuso el hombre de la torre. ¿Cuándo has visto juntarse al leon con el gato montés? pues tal me parece tu estrujado cuerpo, con esos ojos verdes y traidores, que te sirven de linternas.

—Demonio.... no dijera mas Cañete, si me cogiera entre sus uñas; con todo, menester es que seamos amigos. Y no está bien que desprecies á un aliado y protegido de este caballero, del primer conde creado en Castilla.

—Bien puede ser criado en Castilla ó en Flandes; nada me importa. Por lo demás, yo á nadie desprecio, y solo quiero que me dejes en paz, y no me canses con tu maldita jerigonza. Que por Dios vivo, se me vá subiendo el tufo á las narices.... y al decir esto se adelantó un paso.

—Paz, paz, señor entierra-muertos, gritó Calvillo refugiándose detrás del Conde.

—Eso te valga, malhechor, canalla, dijo deteniéndose el campanero; bueno es tener á mano un sagrado á que acogerse; mas júrote por todos los esqueletos del Campo-Santo, que no te valga ese sagrado, y que te desuelle vivo, y haga de tu pellejo tamboriles para vender á los muchachos en la feria, si....

—Habladle alguna cosa, señor Conde, dijo á éste Pero, en voz muy baja; no veis como me mira.... nada.... pareceis de mármol.... si digo que es cosa de hacer perder los estribos al mas pintado.

—¿Todavía murmuras, ladron descomulgado? le interrumpió el de la torre. Cesa de una vez, sino quieres que con una de estas sogas te saque á tomar el aire por esa ventana de la campana mayor, y te deje jugando al columpio entre el cielo y la tierra, hasta que te coman los grajos.

Dicho esto, sentóse tranquilamente sobre una descomunal piedra, que generalmente servia para este uso; sacó de los bolsillos de su raída y parda zamarra varios mendrugos de pan de centeno, y un regular trozo de carne de puerco, estiró las piernas, y puesto el codo en el suelo, empezó á mascar con tanta ligereza y apetito, como si en toda su vida hubiera hecho otra cosa.

CAPITULO IV.

En el cual se vé que D. Lope de Vandaña era hombre de
malísimas pulgas.



EJEMOS por un instante á Pero Calvillo habérselas con el hombre de la torre, porque otros acontecimientos mas importantes están reclamando nuestra atención.

El tiempo no habia permanecido ocioso, desde que Alvar Nuñez recibió aviso de la llegada de su espía, y mientras se preparaba para saber las noticias que éste debia comunicarle, ocurrían en el palacio del Campillo sucesos de distinta naturaleza.

El Arzobispo habia dicho ya su misa en *Santa María*, en menos tiempo que el que tardaron los aventureros de la torre en reponerse del susto, que les infundió al principio el sepulturero; y aunque el Rey no habia asistido á ella, no por eso estuvo sosegado cinco mi-

nutos. Aquejábale el cuidado de los pueblos revueltos con los continuos alborotos y desmanes, en que los traían empeñados los mismos que rodeaban su persona, recibiendo de su largueza distinguidas honras y cargos principales, y meditaba interiormente un medio de poner fin á tantas y tan repetidas rebeliones, aunque fuese esponiendo una corona que sobremanera le pesaba, mientras no podía revolver las fuerzas contra los moros de Andalucía, único blanco de sus deseos, despues del reposo y paz que habían menester los pueblos. Conoció que jamás sosegarian los grandes, sino se armaba contra ellos de toda la justicia que le asistia para castigarlos, descubriendo sus maquinaciones y haciendo rodar las cabezas de los mas culpables. No siendo capaz de temer á ninguno y acosado de todos, determinó saltar la valla y hacerse respetar, humillando á los malcontentos con un golpe bien dirigido.

Esta necesidad en que le pusieron las intrigas de los nobles fué la que le valió para la posteridad el dictado de *Vengador y Justiciero*, debiendo á su firmeza, y tal vez al esceseivo rigor de algunos castigos la tranquilidad del reino y las victorias, que mas adelante le immortalizaron.

Entusiasta al mismo tiempo hasta heroicidad, sabía premiar el valor dó quiera lo encontrase, no habiendo, en su concepto, mayor gloria, que vencer en campo abierto á formidable contrario, y arrostrar con sereno corazon los mas arriesgados lances. No podía desechar de la memoria la imágen del desconocido del Zadorra, y pesábale amargamente haberle dejado partir, sin obligarle á pelear y rendirle á lanza ó espada como caballero, y no á fuer de Rey, tranquilizándole algun tanto la seguridad que tenia, de volverle á ver, cuando se verificase su singular combate con el infante don Juan, cuyo dia habia prometido disponer y juraba no retardar sino el tiempo preciso que permaneciese en Vitoria, pues queria se efectuase en Valladolid.

Teníale tambien inquieto el empeño de la Reina, que cediendo en fin á las sugeriones de su padre, empezaba á mezclarse en los asuntos del gobierno, y se habia declarado enemiga irreconciliable de Garci-Laso, Merino mayor de Castilla, á quien Alfonso distin-

guia con su favor, al mismo tiempo que D. Lope de Vandaña, Gonzalo de Mendoza, y el lucido escuadron de caballeros de la *Banda* animaban á Alfonso en la venganza, que pensaba tomar de sus contrarios.

Esta órden de caballería que el mismo Alfonso habia formado, segun hemos dicho, y de la cual era Gran Maestre, contaba pocos pero escogidos guerreros, fieles á su gefe y enemigos de las intrigas cortesanas. La nobleza de Vitoria y Treviño siempre fiera, pero honrada, leal, valiente y pundonorosa, se habia apresurado al llamamiento del héroe, que tantas veces la guió al combate, y al paso que aborrecia los vicios y disturbios de los señores castellanos, peleaba con ardor contra sus traiciones, brazo á brazo y en el campo, no á la sombra de ruines manejos.

Una rica banda ancha de cuatro dedos, de color rojo ó carmesí, que como dice cierto escritor demasiado conciso en muchas partes oscuras de la historia, *por encima del hombro derecho, y debajo el brazo izquierdo les rodeaba todo el cuerpo y era el blason de aquella caballería y señal de honra*, distinguia á primer golpe los mas intrépidos campeones, las mejores lanzas de Alfonso XI en los primeros encuentros, en las mas peligrosas escaramuzas, ilustrando con increíbles hazañas la esclarecida órden, que muchos y muy distinguidos caballeros de Castilla y Aragon anhelaban merecer. No á todos era concedida, y ni bastaba para obtenerla descender de noble alcurnia, ni alegar importantes servicios de enterrados deudos, sino que real y positivamente la habian de alcanzar con su lanza y fidelidad los que á ella aspirasen, antes de entrar al goce de los privilegios y justas mercedes, que la hicieron tan célebre en el corto periodo de su duracion. Consistían estas en poder levantar gente sin mandato del Rey, para su propia defensa; en sentarse con él á la mesa; en cubrirse con el casco y mantener calada la visera delante de los mas poderosos señores y del Rey mismo; en alzar pendon propio, y hacerse abrir un solo caballero las puertas del mas murado castillo; ausentarse de la corte; volver á ella cuando quisiese y llevar el lado del Rey en todas las correrías á que asistían, con otras muchas prerogativas desconocidas en nuestros dias,

y de las cuales, aunque hablan empolvadas crónicas, ignoramos el objeto y hasta la significacion de los nombres que las distinguen, á despecho de consumados anticuarios y comentadores, que piensan convencer al público, engañándose á sí mismos con voluminosos *in folio*, llenos de inútiles memorias, olvidadas antigüedades y ridículas versiones.

Volviendo á nuestro cuento, permaneció D. Alfonso largo rato, sumido en encontrados pensamientos, sobre el modo de reprimir la insolencia de los grandes, y no saliera tan presto de su cavilacion, á no entrar en el régio aposento un caballero de alta talla, cubierto de luciente armadura de acero, y el yelmo del mismo metal, adornado de plumas rojas y blancas. La banda carmesí cruzaba su pecho, y por su marcial continente, cierto poeta, á quien mas adelante conocerá el lector, no titubeára en compararle al imponente Dios de la guerra.

Hecha reverencia al Rey, se adelantó con paso firme, y llevando la mano al pecho, exclamó:

—Por la órden que profesé el dia en que Vuestra Alteza me honró armándome caballero en Compostela, juro que ha llegado el momento de ajustar cuentas á los alborotadores, y luego que sepa Vuestra Alteza.....

—Todo lo sé, D. Lope, todo, respondió el Rey, haciendo señas al guerrero para que se sentára á su lado.

—¿Y tambien las intrigas del de Villena? dijo Vendaña despues de haberle obedecido.

—Sí, y las de otros muchos.....

—¿Y que en Santolalla reune tropas?..., repuso D. Lope.

—Eso no, gritó el Rey: vive Dios que le dí órden de marchar á Andalucía, para que ayudase al infante D. Felipe.

—Y se ha burlado de ella, y á la hora de esta, sus partidarios todo lo llevan á fuego y sangre en los alrededores de Toledo, añañó el caballero.

—No hay remedio, es preciso hacer un escarmiento, aunque sea mi suegro, dijo Alfonso á media voz.

—Y acabar de un solo golpe con esa caterva de reyes tiranos

que devastan las Castillas. Envíeme Vuestra Alteza con una docena de caballeros á su encuentro, y le prometo que haga tal destrozo en ellos, que se arrepientan muy de veras de haber abandonado la madriguera, que los ocultaba.

—Sea como has propuesto, noble Vendaña, dijo el Rey despues de corta pausa; mas quiero que sean veinte los guerreros que te acompañen, y no doce.

—Voy á avisarles, exclamó Vendaña, levantándose con el rostro encendido de placer y de entusiasmo. Desgraciado el rebelde que nos espere.

—No; aguarda, repuso el Rey, deteniéndole por el brazo: conviene que salgais de noche y con cautela, no sea que los amotinados reciban aviso de vuestra marcha....

—¿Y cómo? respondió D. Lope: yo encontraré al espía que tal recaudo lleve en el camino, y he de ahorcarle de un árbol, aunque sea mas alto que el pico de Arlaban.

—En la corte hay malcontentos, replicó Alfonso, y desde que huelan preparativos de partida, destacarán á toda brida algun ginete. Déjalo hasta la noche, y entonces será mas seguro el secreto.

Volvióse á sentar el caballero, y el Rey prosiguió diciendo:—Estas desavenencias de los grandes me traen harto desazonado, y no dejan de inquietar mi ánimo algunas pesadumbres domésticas. Por ejemplo, la Reina apoya á D. Juan Manuel... al fin es su padre....

—Sí, mas primero es Vuestra Alteza.

—Hablemos de otra cosa, D. Lope, que bastante tiempo nos queda para lo demás. ¿Descubriste algo del caballero de la negra armadura?

—Mala ventura le dé Dios por la carrera que hizo pegar á mi fiel *Salta-peñascos*: creo que á no internarse entre las encrucijadas de la ciudad, hubiéramos seguido los dos galopando, hasta el fin del mundo, él huyendo, y el diablo sabe por qué, y yo dándole alcance, sin conseguirlo nunca.

—Lástima me dá no poder hacerle merced. Es valiente y desinteresado.... Tambien, segun sus palabras, ha hecho algun voto secreto. ¿Qué dicen los caballeros de la *Banda*?

—Si su parecer se cumpliera, ya no levantaria el chillido ninguno de esos ambiciosos aduladores, que rodean el trono de Vuestra Alteza.

—No digo eso:... te pregunto ¿qué piensan del desconocido?

—Admiran su bizarría, y repútanlo por intrépido caballero y principal. Digno es por cierto de colgar á su cuello la *banda-roja* quien se atreve á desafiar á Vuestra Alteza, delante de los demás nobles aventureros de esa órden.

—Ahora me acuerdo de su arrogancia, cuando dijo que era tan noble como yo, y mas que todos los allí presentes.

—Juro por el timbre de mi familia, que si alguna vez lo encuentro cara á cara, he de obligarle á desdecirse de tan ridícula fanfarronada. Por lo demás, de buena gana le jurára amistad, como hermano de armas. Justa cual pocos campeones, y no deben de ser pocos los encuentros que habrá sostenido.

—Mal lo pasára con mi lanza á no desviar el golpe con destreza. ¿No te parece, D. Lope, que le hiciera perder los estribos en el choque?

—Antes creo que Vuestra Alteza hubiera sufrido la mala suerte.....

—No dijo eso Garci-Laso, y es hombre entendido en esto de acometidas.

—Garci-Laso es un adulador, dijo D. Lope apretando los puños con ira, solo su nombre hace hervir mi sangre, mas un caballero ha de decir verdad, aunque le cueste la vida, y mis antepasados siempre hablaron este lenguaje á los reyes de Castilla. Vuestra Alteza tiene sobrado brío al acometer, pero lleva muy levantada la lanza, y á poco que el contrario sea diestro, le desarmará. Es menester por tanto ser muy cortesano, para afirmar que Vuestra Alteza pudiese derribar al desconocido del puente. Si tal oyese yo á Garci-Laso, juro por mis espuelas que le arrancára la lengua.

—Hé aquí toda mi gloria por tierra, exclamó el Rey con ojos encendidos, cuando yo me contaba por uno de los mejores campeones de Castilla. No me lo dirás, D. Lope, á caballo y en el palenque, cuando se presente ocasion.

—Sí diré, respondió el de Vendaña con respeto, aunque en ello disguste á Vuestra Alteza; que mas quiero perder su amistad, que empañar mi nobleza con una mentira.

Sintieron ruido en la antesala, y el caballero se puso en pié, pues no deseaba hacer testigo á nadie de la familiaridad con que el Rey le trataba, raro ejemplo de moderacion que entónces y despues tuvo tan pocos imitadores.

Una voz delgada, y dulce como el primer beso de amor, les anunció la llegada de la Reina, cuya circunstancia recordó á Alfonso el firme propósito hecho en su interior, de reprimir el orgullo de los revoltosos, y á D. Lope la nueva obligacion que con él acababa de contraer, de salir á castigar las insolencias cometidas en Santolalla. Dirigiéronse ambos hácia la puerta con estos pensamientos; mas advirtiéndole que la Reina no venía sola, antes al parecer hablaba amigablemente con la persona ó personas que la acompañaban, puesto que desde el aposento no se podía conocer todavía si era una ó eran muchas, Vendaña se caló el yelmo, y bajó la visera, para no ser conocido, temiendo comprometer, si le veían, su importante comision, echando primero una mirada al Rey, que aprobó con una señal afirmativa aquella prudente precaucion.

—Ahora podrás salir sin que te vean, le dijo en voz baja.

—A lo menos, sin que me conozcan, respondió el guerrero en el mismo tono.

—No te escaparás á los ojos de la Reina, repuso el primero, pero poco me importa. Lo principal es evitar hasta la noche, las asechanzas de los traidores que me venden; despues.... hagan lo que quieran; no me cogerán desapercibido.... Ya llegan; puedes partir, y.... y silencio sobre todo... Ah! te prevengo que en caso de coger vivo á D. Juan Manuel....

No prosiguió porque D. Juan Manuel y la Reina se presentaron delante de sus ojos. Habiendo llegado á sus oidos las últimas palabras de Alfonso, se detuvieron asombrados á la entrada de su habitacion. Hízose atrás D. Lope y llevó la mano al puño de la espada, y el Rey, pesaroso de su indiscrecion, pero resuelto á aprovecharla, en desagravio de sus ofensas, desenvainó la daga,

presentando estas cuatro personas un cuadro digno del pincel de consumado artista, y resaltando en sus semblantes el sobresalto, la sorpresa, el desprecio y la indignacion, de que respectivamente estaban poseidas sus almas.

El señor de Villena conoció la nube que iba á descargar sobre su cabeza y trató de conjurarla en daño ageno, por lo que diestro en el disimulo, y sin darse por entendido del extraño recibimiento que se le hacía, adelantóse con desembarazo hasta el Rey, y besándole la mano con respetuoso cariño.

—Vengo, le dijo, á poner en conocimiento de Vuestra Alteza, que los malcontentos de Valladolid intentan negarle la entrada, cuando dé la vuelta la corte: mas cara les ha de costar la osadía, porque en Santolalla tengo prevenido buen golpe de gente de á pié y de á caballo, para burlar sus intentos. La Reina sabe mis intenciones, y solo aguardo órdenes de Vuestra Alteza, para hacer venir mis tropas á esta ciudad.

Miróle el Rey cara á cara mientras hablaba, pero era sobrado artificioso el magnate, para que su rostro dejase traslucir sus designios, y ya iba Alfonso, nuevamente engañado, á recibirle en su gracia, cuando un gesto del caballero de Vendaña, mudando su resolucion, le hizo responder:

—Ya es tiempo de que yo solo reine en Castilla, y vive Dios que he de reinar, ó he de morir á lanzadas. Señor de Villena, yo os dejé orden, cuando me ausenté de Valladolid, de que tomáseis la vuelta de Andalucía, á proteger á nuestro tio el infante D. Felipe.

—¿Y cuál es antes, replicó D. Juan Manuel, seguro del triunfo por la salida del Rey, el infante D. Felipe ó la vida de Alfonso XI?

—¿Mi vida...?

—Sí, vuestra vida que he venido á proteger con riesgo de disgustaros. Yo supe en Santolalla los intentos de los sediciosos de Valladolid, que se han unido estrechamente con los de Zamora, y sin cuidarme de otra cosa, hice leva de gente en mi villa, para pelear en pró de Vuestra Alteza.

—¡Y qué! exclamó la Reina entrando en el salon, ¿no debia atender mi padre mas bien á nuestra seguridad, que á todo lo demás?

pero.... ¡qué veo! añadió reparando en D. Lope. ¡Un caballero encubierto en el cuarto del Rey....!

—Nuestra seguridad nunca es tan completa, como cuando nos hallamos rodeados de aventureros, como ese que estais viendo, respondió Alfonso, señalando hácia el guerrero.

—Tambien hay traidores en Vitoria, dijo el de Villena, pero valientes son los caballeros de *la Banda*; yo los tengo en alta estima.

—Y ellos os desprecian como mereceis, gritó D. Lope alzándose la visera. Don Juan Manuel, juro á Dios que aquí mismo os matára porque vos sois el traidor y el fementido que hay en Vitoria, si el Rey no me atára las manos. Mas ya nos veremos en Santolalla: tú á la cabeza de un ejército de salteadores, y yo con mis amigos los de *la Banda*.... Adios.... engaña si puedes al Rey con el favor de tu hija, tan villana como tú....

—Detente, D. Lope, exclamó Alfonso, que insultas á la Reina.

—Muera el infame embustero, dijo furiosamente D. Juan Manuel.

—¡Guardias! gritó la Reina, respirando venganza.

—Vengan, vengan, replicó con orgullo el de Vendaña; así purgaré la tierra de mas traidores: todos lo sois; todos los que rodeais el trono de Castilla, menoscabis el reino, y solo fundais vuestra gloria en la rapiña y los trastornos. Yo os desafío á que probeis lo contrario; aquí me teneis; pero cuenta, que es mi pecho el que habeis de traspasar, no el del Rey... Y vos, señora, añadió con desprecio, retiraos de una lucha, que en parte habeis provocado, sin miramiento á la honra de vuestro esposo y Rey, porque si una vez se enciende mi sangre, acaso no repare en que sois Reina, sino hija de ese vil adulator.

Y diciendo y haciendo, desenvainó la espada y se preparó al combate. No esperaba Alfonso tan extraño desenlace, y no pudo menos de afear en aquel momento los arrebatos del colérico don Lope, por mas que conociese que se dirigian á su defensa. Hallaba empero tan verosímiles las excusas del señor de Villena, que le parecia, no solo no tener nada que perdonarle, sino mucho que agradecerle. Supo aprovechar el magnate tan favorables disposi-

ciones con tal arte, que antes de acabarse el día, habia logrado que le volviese á admitir el Rey en su gracia, y que le colmase de nuevas mercedes.

Centelleaban no obstante los ojos de la Reina de indignacion y rabia; mordíase los labios; maltratábase el bellissimo semblante con los puños, y acabára rindiéndose á mortal desmayo, si sus damas no acudiéran á los gritos, llevándosela á una señal de D. Alfonso, que aturdido, sin saber como remediar la imprudencia de Vendaña, y deseando libertarle del mal paso en que se habia metido, permanecia inmóvil, mirando á todas partes, como quien buscaba alguna salida en aquel laberinto.

Pero antes de pasar adelante, nos vemos en la precision de recordar á los que esta verídica historia lean, que en el campanario de la iglesia de *Santa María* hemos dejado á tres personajes, como abandonados á su propia suerte. Uno de ellos sin embargo tuvo demasiada intervencion en la comprometida escena que nos ocupa, y nos es imposible, por esta poderosa razon, llegar al término que tuvo, sin volver la vista hácia el sepulturero de la torre y sus dos nuevos huéspedes.



CAPITULO V.

El Caballero y el Espía.



IRABA Alvar Nuñez de hito en hito al campanero, sin acertar á creer que aquel rústico gañan manifestase tan poco comedi-miento, que amenazase á Calvillo en su presencia, y mucho mas le pasmaba que, al escuchar de boca del mismo sus títulos y grandeza, no le acatase y pidiese humildemente perdon de sus arebatos, antes bien se arrellanase sobre el duro sillón que

le sostenia, poniéndose á engullir con descortés y nunca visto desenfado sendos bocados de grasiento tocino. Esta indiferencia de parte de un villano tan poco comunicativo ajaba sobremanera el desmedido orgullo de un magnate, acostumbrado á ver obedecidos sus menores caprichos por una turba de criados y aduladores, sobre quienes ejercía despótico dominio, y mas de una vez estuvo

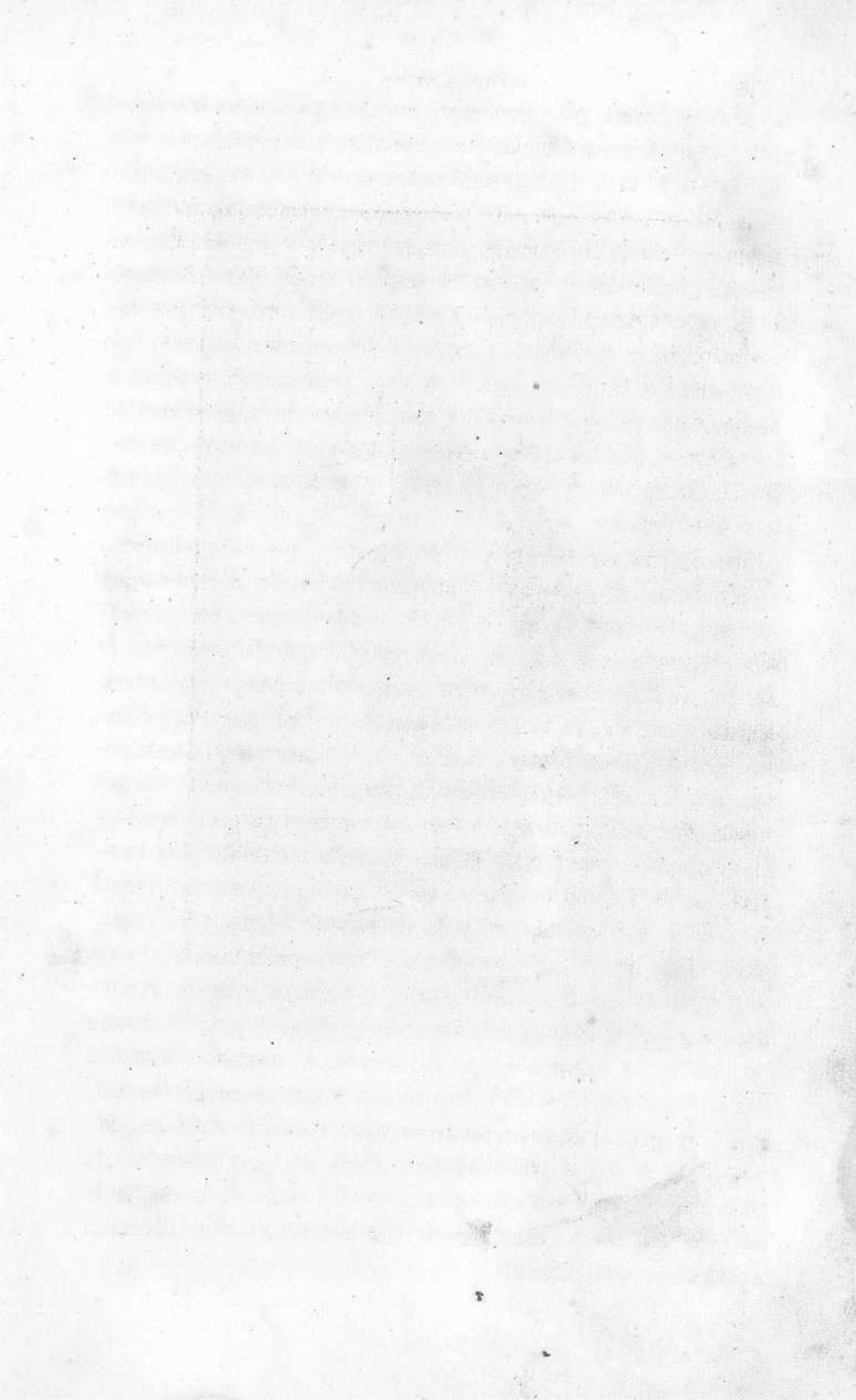
á punto de desenvainar la daga y clavarla en el corazon del que así se atrevía á faltarle al respeto, si no aplacára su furia el envilecimiento y borron de que en su concepto cubriria el lustre de su nobleza, poniendo las manos en hombre de baja ralea y mal nacido. Por otro lado, no estaba exento de preocupaciones el poderoso conde de Trastámara, quien como la mayor parte de los nobles y plebeyos del siglo XIV, pagaba su contingente de supersticiosa credulidad á la ignorancia, dando completo asenso á las ridículas historias de aparecidos espectros y mágicos embustes, que entonces corrian en voga, y entretenian las veladas del invierno alrededor del fuego de las cocinas.

El hombre de la torre, reuniendo al oficio de campanero el sagrado cargo de dar sepultura á los cadáveres hacinados en el cementerio que desde allí se divisaba, como él mismo lo habia anunciado, debía inspirar necesariamente algun recelo á hombres, que no habiendo aun roto las cadenas del fanatismo, ni gustado siquiera el esquisito dulzor de la ilustracion, que hoy marca la cultura de la adelantada nacion española, acogian con ardor aquellas absurdas relaciones, para trasmitirlas en herencia á sus hijos, tan poco civilizados como ellos, entre los ruidos pergaminos de su nunca olvidada gerarquía; y siendo Alvar Nuñez uno de tantos, nada extraño parecerá si afirmamos, que entre los encontrados pensamientos que agitaban su fantasía en aquel momento, de castigar por su propia mano, á falta de otra, al que sin embargo temía, á causa de su rozamiento con los cuerpos de los habitantes del otro mundo, ó sacar de tan dudosa posicion el mejor partido, dejando á un lado, por entonces, la soberbia arrogancia de sus timbres, abrazó este último como mas acomodado á las circunstancias, para él estrordinarias, en que se encontraba respecto al ser temible, quien sin imaginar de cien leguas la clase de pavor que infundia, seguia inalterable satisfaciendo la necesidad de su estómago.

Tomada esta prudente determinacion, volviósse hácia Pero Calvillo que, oculto detrás de él, acechaba con traidores miradas todos los movimientos del sepulturero, que le causaban hambrienta envidia; pues recobrado del susto que primeramente le infundiéra,

y viendo que nada tenia que temer, empezó á reflexionar con bastante sangre fria las ventajas que resultarian á su desfallecido estómago, si la suerte le deparase alguna vianda con que repararlo de las fatigas de su largo viaje y abstinencia. Complacíale interiormente el ruido de las quijadas de aquel rústico y poco obsequioso huésped, resonando en su corazon, cual si fuesen dulces palabras de enamorada doncella; y aunque acostumbrado á saborear mas ricos manjares en las cocinas y antesalas de suntuosos palacios, y á remojarlos con el pintado jugo de la uva, hubiera dado entonces á buena cuenta parte de los regalos que esperaba de la liberalidad de los Grandes, por los manejos en que intervenia, á trueque de poder hincar un solo diente en los mugrientos trozos de puerco que tenia á la vista.

Mas de una vez esperó, y esperó en vano, que el sepulturero; olvidando su resentimiento y mudando de humor, á medida que disminuian sus dentelladas, le convidase á tomar parte en la refaccion, y acordándose del bien sabido estribillo, *de la panza sale la danza*, no dudó que, á lo menos, una buena armonía, ya que no amistad completa, restableceria la paz entre ellos, paz que por entonces le era tan necesaria, atendido el poco caso que el Conde ponía en favorecerle, como acallar la voraz hambre, que le roía las tripas. Mas hallóse burlado en sus esperanzas, porque el incansable campanero devoró hasta el mas pequeño mendrugo, sin acordarse de él ni de las ansias de su estómago, y cuando se levantó del poco mullido asiento, despues de haberse limpiado la grasa, esparcida en sus lábios y barba, con el revés de la mano, fué para trastornar de nuevo con amenazas el poquísimo valor de nuestro flaco mensajero. No dejó éste sin embargo de notar que, de cuando en cuando, las miradas de su adversario se dirigian á la ancha daga, que el Conde llevaba pendiente; y por un exceso de vanidad, mas bien que por el deseo de atemorizarle, sacó de entre los pliegues de la ropilla el puñal hasta entonces oculto, y pasándolo de una mano á otra con estudiada negligencia, hizo de modo que lo notase; pero estaba decidido, que tan despreciado habia de ser el puñal como sus palabras.





¡Hola! dijo al ver relucir la hoja, no viene desprevénido
el hombrecillo.

—¡Ola! dijo al ver relucir la hoja. No viene desprevenido el hombrecillo. Algunas cosas de esas he visto yo por allá abajo, y señaló hacia el Campillo, por el hueco de una campana. Pero desde que habito en el aire acompañado de la lechuza, no me han pasado por los ojos semejantes juguetes, á no ser los que he encontrado tal cual vez en los bolsillos de algunos hombres de armas, cuando los llevaba á la huesa. Dame acá, prosiguió alargando el brazo; veamos esa maravilla.

Calvillo no supo que decir, ni se decidió á entregar su arma con tanta facilidad. Era tan particular la espresion del semblante del de la torre, al pronunciar las últimas palabras, que no pudo darse razon de si las habia producido la sencillez, ó eran dictadas por la mas amarga ironía; pero un gesto del mismo individuo, que demostraba curiosa impaciencia y deseo de ser obedecido, puso fin á su incertidumbre; y ya iba á contentar su sombrío genio, ó como decia despues de esta aventura, á rendir la inespugnable plaza al sitiador, cuando Alvar Nuñez se interpuso entre los dos, y deteniendo la accion de Calvillo, miró al sepulturero con inflamados ojos, que á lo menos esteriormente demostraban no temerle, y le dijo:

—Basta ya de burla: cualquiera que seas, sepulturero ó sacristan, capaz de armas llevar, ó de huir á la vista del enemigo, ora esté á tu cuidado avisar á los devotos habitantes de esta ciudad la ora de misa y oraciones, ora te deleites maligno en cubrir sus huesos de tierra y cascajo, cuando ha llegado su última hora; basta ya te digo.

—¡Y qué! respondió el sepulturero. Yo nada tengo que hacer con vos ni con vuestra grandeza, sino con este espantajo de horca, semejante á un hijo de Lucifer.

—*Ave María Pmrisima*: exclamó Calvillo retrocediendo: Dios me libre de tal cosa. Y empezó á santiguarse.

Alvar Nuñez hizo también la señal de la cruz, dirigió sus miradas á un lado y otro, pasóse la mano por la frente y se puso á escuchar con atencion.

—Nunca se debe mentar al enemigo malo, dijo despues de larga pausa: demasiado se acuerda de nosotros, sin que le llamemos...

—paréceme oír un ruido así como de cadenas.... Dime sepulturero ¿á dónde conduce ese pasadizo?

—Al infierno, respondió éste con ira, y al volver la espalda repentinamente, para dar mas fuerza á la espresion, tropezó en el brazo, que el Conde tenia estendido, señalando la entrada del estrecho callejon, de que antes hemos hablado. Hízose atrás el último, sobrecogido como si le hubiera tocado un espectro, erizósele el cabello, y algunas gotas de sudor frio asomaron á su frente.

—Huyamos, gritó despavorido: realmente es el infierno. Sí, el infierno.... Jesus, Jesus, y este hombre....

—El diablo sin duda, tartamudeó Pero Calvillo, asiéndose al vestido del Conde. Huyamos, señor, huyamos.... pero ¿por dónde?

—Por donde habeis subido, dijo friamente el campanero, que tenia sus motivos para desear que abrazasen aquella idea.

—¡Quién! ¡Yo! ¡Por esa maldita escalera que me ha molido todos los huesos del cuerpo! Ni lo creas.... *Abrenuncio*: y si verdaderamente eres el príncipe de las tinieblas, lo cual es muy posible, sin que el decírtelo te sirva de afrenta, ¿quién sabe si te vendrá en humos cumplir la amenaza que nos echaste, cuando subíamos, de hacernos rodar hasta la iglesia? y luego.... válgame Dios. Cañete abajo, y los alabarderos....

—No le hables Pero, dijo Alvar Nuñez, desasiéndose de éste y acogiéndose al rincón mas apartado. Déjale que dé á entender sus intenciones.

—Mis intenciones.... ¿por vida de mi abuela! las vuestras son las que yo quiero saber. ¿Quién os ha dicho que estoy obligado á responder á todas las preguntas, de cuantos tengan el diabólico entretenimiento de venir á impacientarme en mi nido? Pero á fé que no me mamo el dedo. Algun oculto proyecto os ha traído por acá arriba.... acaso pensareis que hay tesoros en ese oscuro pasadizo que Dios confunda, y quereis apropiarlos en vuestro provecho.... Paréceme, con todo, que son harto menguados para arriesgarse en las bóvedas, murmuró entre dientes y nunca serán capaces de penetrar hasta el ignorado retiro de.... Vamos, añadió dirigiéndose á Calvillo ¿qué haces ahí mirándome con esos ojos tan chillones y es-

pantados? ¿Soy acaso algun lobo de tan poco instinto, que me contente con la chupada armazon de tu esqueleto?

—No, no; no eres nada de eso: pero mira, hombre, si es que lo eres, respondió aquel con temblor convulsivo; pones á veces una cara que... no quisiera ofenderte... mas... no lo puedo remediar... se me figura que vas á despedazarme y... ten compasion de nosotros, por el alma de tu padre, que supongo habrá muerto ya, en particular de ese acongojado señor, pronto á rendirse á mortal desmayo.

Volvió los ojos el sepulturero dulcificándolos lo posible, y al reparar en el trastorno de Alvar Nuñez, que en efecto manifestaba visiblemente lo mucho que padecía su espíritu, hizo cierto movimiento con la boca, significativo y repugnante, que pudiera muy bien compararse á una sonrisa irónica de Satanás. Meneó en seguida con fuerza, como para cerciorarse de su estado corriente, la gruesa cuerda, que como se ha dicho, al describir el sitio de esta escena, llegaba hasta la iglesia y reunia todas las demás del campanario, y despues de repetir varias veces;—ellos bajarán: si; no hay cuidado; ellos bajarán,—se metió por la peligrosa escalera, y desapareció entre las revueltas del caracol. Sus pasos resonaron al principio con mucha claridad; dejáronse de oir en breve; sucediéndoles un eco, que gradualmente se fué alejando: á poco rato nada se percibia.

—Mientes bellaco, gritó Alvar Nuñez, enderezando su larga talla, luego que conoció que no podia ser oído desde la escalera; mientes, te digo, tú, y cuantos tal dijeren... ; Yo rendirme á mortal desmayo! ; Yo hallarme acongojado!... ; Vive Dios! ;Y por quién? Por un salvage, que á no mirar por mi honra, estaria á estas horas haciendo compañía á los que duermen en ese campo. ¿Tal era el miedo que te sobrecogió, hablador deslenguado, que no hallaste otro camino para disimularlo sin deprimir la buena fama de quien te sostiene? Ah! señor Calvillo, no es esto lo prometido.

—¿Qué habia de hallar en lance tan apurado? respondió éste; fuera de que yo creia haceros señalado servicio, rogando por vos á ese condenado en carne humana; y luego, como os ví tan agaza-

pado allí.... ah! creedme, teníais el mismo color que la luz de una lámpara medio consumida, y temblábais....

—Temblaba de corage, nécio embustero, le interrumpió el Conde. Sí; de corage, porque no podia castigarle.

—Con efecto, vuestros golpes hubieran herido en el aire, porque los espíritus.... ved ahí; por lo mismo no quise acometerle con el puñal, cuando aquello de *venga ese juguete*.

—No es eso, villano, no es eso; sino que mi nobleza....

—¿Le habeis visto bajar la escalera? preguntó Calvillo, con intencion de mortificar al Conde, aunque él mismo no estaba libre de supersticiosa aprension.

—Tal al menos me pareció, dijo el Conde.

—Pues yo jurára que ha bajado por el aire, á guisa de caballero, montado sobre el badajo de una campana. Ya me figuré yo que el tal campanero era una alimaña del otro mundo, y á fé que á saberse esta aventura....

—A saberse esta aventura, replicó el de Osorio, te haria yo ahorcar del nogal mas corpulento entre los muchos que hacen sombra á los aposentos del Rey. ¿Has olvidado que, apenas se susurre en la ciudad tu llegada, olfatearán el rastro los maceros, y....

—No digais mas por vuestra vida, que yo callaré como un muerto por vos y por mí; ni me place tener que ajustar cuentas con Cañete. Pensaremos ahora lo mejor. ¿No os parece que hallaré enemigos, si salgo de la ciudad antes de la noche?

—Cierito que sí, dijo el Conde, y para tí sería mejor quedarte en la torre hasta que oscureciese, aunque á decir verdad mucho contento me darias en bajar conmigo esas malditas escaleras, que así parecen de oscuras, como rincones del Purgatorio.

—Ya: será que solo no os atreveis....

—¿Qué hablas de atreverme impertinente? todavia no estás libre de que te arroje de una bofetada hasta el *Campillo*.

—Oh! no lo hareis.... no lo hareis, dijo Calvillo entre satírico y humilde; entonces quedaríais solo, sin mas compañía que esos sucios cuervos, que revolotean alrededor de las cuerdas.

—¿Y á mí qué me importa quedar solo? Mi espada es de buen

temple, para sosegar me en la soledad lo mismo que entre el bullicio de la corte.

—Ah! no lo digo por tanto, sino que.... muchas veces.... el valor, y en semejantes parages.... Mas si os tentase el diablo para enviarme volando hasta allá, lo que, á caer en blando y mullido, sería hacerme merced de los trabajos, que aun me quedan por pasar bajando con ayuda de mis piernas, ¿quién os contaría las buenas nuevas de Aragon, y de vuestros amigos?

Esta inesperada salida, recordando á Alvar Nuñez el objeto de su subida á la torre, dió á sus ideas el impulso natural, que siempre habian seguido, de acrecentar su poder, y hacerse superior en fuerzas á todos los bandos de Castilla, desde que su íntima privanza con el Rey le habia puesto en camino de conspirar á man salva en perjuicio de los intereses del Reino. Despertóse pues, con la indicacion del mensajero de sus parciales, la ambicion desmesurada que formaba la base de su carácter, y venciendo la repugnancia que sentia, de permanecer mas tiempo en aquella torre, donde acaso por la primera vez de su vida acababa de ser accesible al miedo, acercóse mas al malicioso Calvillo, y con voz lisonjera, peculiar solo á los cortesanos, cuando interesa al logro de sus intrigas.

—Bien esperaba yo, dijo, del digno enviado de nuestro poderoso aliado el de Aragon algun contento en este dia; y no sin poderoso motivo te recomendó á nuestro favor el señor de Villena. Deja que las cosas de Castilla se asienten, que yo te juro, á fé de caballero principal, colmarté de mercedes y favores por tus buenos servicios; entre tanto no dejaré de presentarse ocasion de que, al través de las discordias y aborrecimientos que dividen los ánimos de los grandes, puedas enriquecerte y medrar.

Hubiera podido añadir *á río revuelto*, frase conocida en todas las épocas y que aun no se ha desterrado del Diccionario de nuestra lengua; pero se esplicó lo suficiente para que Pero Calvillo creciese una cuarta de contento.

—¡Ah! señor D. Alvar, no merezco tan claras muestras de proteccion, respondió con hipócrita ademan; solo os pido en nombre

de esa sagrada órden de caballería que profesais que me saqueis de entre las largas uñas de Cañete, si alguna vez.... Por lo demás, os protesto que á verme libre de este descomulgado herege, yo me daria maña de vivir holgadamente en estos benditos tiempos; bien entendido, Conde, á la sombra de vuestro amparo y salvaguardia.

Este que, en nuestro pais, sería insulto al parecer de algunos mandatarios, sirvió de mas satisfacción á Alvar Nuñez, quien solo recataba sus intentos lo puramente necesario á su seguridad, que la mas baja adulacion.

—Todo se hará como pides, replicó, y dentro de dos horas nada tendrás que temer del Capitan de los maceros. Una órden le hará salir de la ciudad á desempeñar reservada comision, y encontrarás el camino de Aragon mas liso que la palma de la mano. Dí ahora el mensaje que para mí te ha dado el Rey de esa tierra.

—Ved en ese escrito, respondió Calvillo, sacando un enrollado pergamino del casquete de cuero, y presentándolo al Conde, las condiciones con que D. Jaime de Aragon se compromete á ayudar, con todas sus fuerzas, vuestras pretensiones. En cuanto al estado de los negocios, os lo haré conocer de palabra, segun se me ha encargado.

—Habla pues y sé breve, dijo Alvar Nuñez, abriendo el pergamino con trabajo, como hombre no acostumbrado á tales cosas, pues juro por la mejor lanzada recibida en el encuentro de las Navas de Tolosa, que estas letras deben estar escritas en latin, y mal haya amen si las comprendo: cuéntame á buen recaudo lo que los malcontentos te hayan dicho; yo haré mas tarde que el infante don Juan me ponga en lenguaje corriente esta misiva.

—A mala aldaba os agarrais: creo que el Infante tampoco entendiendo esos garabatos.

—Si entenderá, que en su mocedad aprendió á formar lo que se llaman letras, y me acuerdo del tiempo en que regalaba los oídos de las damas con ingeniosos romances. Pero esto nada hace al cuento; algun caballero habrá en la corte, á quien sean familiares semejantes ocupaciones, ajenas de nobles pechos, y así no tardes en referirme lo que ha poco digiste.

—Cierto, señor Conde. Habeis de saber pues, que D. Juan Manuel, á quien el Rey dejara orden en Valladolid para marchar contra los moros de Andalucía, se halla á estas horas en Santolalla, reclutando gentes, y diz que tiene crecido número de partidarios, por ser villa que le pertenece, y además con los socorros que le enviásteis, inclusa la cadena del Rey, podrá formar en breve un ejército respetable. Ya han empezado á moverse sus hombres de armas, talando los campos á bandadas, y asaltando los caminos de Talavera y Toledo, sin dejar hombre á vida de los del partido de Castilla. Ese señor de Villena tiene sobrado arrojo y trata de malquistarse con el Rey de todo punto, y ¿por qué pensais? porque le pican en lo mas débil de la armadura. El de Aragon anda en tratos, para que la reina Constanza vaya á un claustro, á llorar gustos pasados, y quiere dar por muger al Rey á doña María, hija del de Portugal. ¿Nada habeis oido de este concierto?

Un tinte de encarnado, que coloreó en aquel momento las mejillas del Conde, probaba no le era desconocido este golpe de política contra un rival temible.

—Hé aquí la causa, prosiguió Calvillo, del enojo de D. Juan Manuel, que está pronto á sostener las pretensiones de los grandes, por vengarse de tamaña afrenta; y no para en esto, sino que ha prometido al Infante hacer de modo que se case con su prima.

—¿Con quién? ¿qué infante? exclamó bruscamente el Conde.

—¡Qué! ¿no sabeis esa bella historia? El infante D. Juan á pesar de no tener mas que un ojo, ha mirado muy despacio á la hermosa heredera de Almazan y Alcocer, y pretende su mano. Sin embargo, hay quien asegure que solo desea casarse, por hacerse dueño de los estados de esta señora, y añaden que ella le aborrece de muerte, por su fea catadura. Susúrranse además ciertos amores de la tal dama....

—No basta, dijo el magnate, como respondiendo á sus ideas: desde allí podria inquietarme mucho.... es preciso á toda costa hacerle renunciar á doña Blanca. El proyecto que propuse al Rey allana todas las dificultades.

—Mirad que el de Vizcaya es terco en demasía

—Es el único medio de que ceda, sin desnudar la espada, continuó el de Osorio, como si hablase solo. Sí.... al paso que de este modo me hago dueño del cariño de Alfonso *el oncenno*, quito al otro sus mayores recursos. Ella clamará contra tal injusticia, mas no será la primera vez, y al fin tendrá que resignarse á su suerte, como muger desvalida y sin amparo.... ¿qué se ha de hacer? No muriéran su padre ni su tio bajo las murallas de Granada. Ya pensaremos lo que mejor convenga, despues de dado el golpe, y á mal andar, la resarciremos de otro modo, segun permitan las circunstancias. ¿Nada mas hay de nuevo por allá? añadió, dirigiéndose al enviado.

—Todavía queda lo mejor del cuento, dijo éste. El señor de los Cameros se ha ligado con D. Pedro de Castro y el de Alburquerque, para apoyar el casamiento de D. Alfonso con la Infanta de Portugal, todo encaminado á abatir el orgullo del de Villena. A estos se opone D. Juan de Lara que, como sabeis, es grande amigo del favorito, y hay quien añade que el primogénito de La-Cerda ha entrado en España, y anda en confederacion con los nobles de Aragon, para disputar la corona de Castilla, que el diablo sabe si le pertenece ó no. El único que camina derecho en esto de revueltas es D. Juan Ponce, que ha jurado conservar la fortaleza de Cabrera, á despecho del Rey y de los caballeros de Calatrava.

—Preciso es adelantarme á todos, para que todos me acaten, pensó Alvar Nuñez; y poniendo á Pero Calvillo una mano sobre el hombro, en señal de proteccion, le dijo: volverás á Aragon, despues que tengamos otra corta plática en mi gabinete, donde quiero probarte que agradezco los servicios que se me hacen. Yo soy el eje de esa máquina que trastorna el reino. Deja que obren á sus anchuras los malcontentos, en tanto que yo con menos trabajo y mas diligencia, manejo las cosas de modo, que unos queden burlados y otros felices, pero todos debiéndome su desgracia ó su fortuna.

Diciendo así este orgulloso cortesano, digno de ocupar en nuestros tiempos una silla ministerial, se dispuso á bajar de la torre, haciendo seña al espía, si tal nombre puede aplicarse al mensa-

gero de un Rey, para que le precediese. Obedeció con peligro de quebrarse una pierna en aquellos lóbregos escalones, y seguido de su protector, se hundieron ambos en el caracol, no sin encomendarse primero á todos los santos de su memoria, á fin de que los amparasen en semejante peligro y mala-andanza contra el enemigo de su salvacion, y al cabo de largo espacio, con mas fortuna de la que se habian prometido, se hallaron otra vez en el átrio de *Santa María*.

—No veo á Cañete, exclamó Calvillo alegremente.

—Por ahí puedes ocultarte; yo en tanto le alejaré de la corte, dijo el Conde, señalando una salida estrecha entónces, que al presente forma un arco espacioso, hácia la pequeña cuesta contigua, llamada *Campo de Lorza*.

—Dios os guarde, Conde, respondió el primero. Si de esta escape, yo me meteré en buena madriguera. Agazapándose entónces cuanto pudo, para no ser visto, escurrióse como una lagartija por la cuesta, con ánimo al parecer de ganar el campo, ó esconderse hasta la noche en las cercanías de la ciudad. El Conde miró á todas partes, y seguro de que nadie le observaba, salió del pórtico y se dirigió al *Campillo*.



CAPITULO VI.

De cómo el caballero Negro sabia presentarse cuando hacia falta,
para repartir tajos y reveses.



RECIA entre tanto la confusion en los aposentos y galerías de palacio. La voz *han querido asesinar al Rey* corrió de boca en boca como el relámpago, y todo fué movimiento y alboroto. Subieron los maceiros, que guardaban la puerta del *Campillo*, atropellando á cuantos encontraban en las escaleras, dejándose oir á cada instante la áspera voz del gefe, que les intimaba no dejasen salir á nadie: corrian desalentados los caballeros por los interminables corredores, huyendo unos de los que tenian por enemigos del Rey, ufanos estos con la esperanza del triunfo, y atónitos los mas, no sabiendo á qué partido atenerse. Algunos nombraban al señor de Villena; otros con mas descaro clamaban que se llamase al infante D. Juan; los nombres de don

Juan de Haro y D. Alfonso de Alburquerque volaban de boca en boca, y no faltaba quien asegurase que el ejército de Aragon entraba por tierras de Castilla, llevando todo á sangre y fuego.

El ruido, los gritos y alboroto que reinaba en los corredores sacaron á Alfonso de su letargo: desnudó la daga, empujó con ira la puerta medio cerrada del aposento, y precipitándose en la galería principal, hubiera tal vez perecido á manos de los revoltosos, que hormigueaban en ella atizando la discordia, si D. Lope no le siguiera, repartiendo tajos y reveses sobre los que mas se acercaban.

—Que cierren todas las puertas, que prendan al Infante, gritaba el Rey desatinado; pero una nube de espadas impedía el paso á Garci-Laso, que en vano pugnaba por llevar á efecto aquellas órdenes.

—Llamad al Arzobispo, decia D. Juan Manuel. ¿En dónde estará ahora ese señor Canciller?

—A mí los de *la Banda*, clamaba Vendaña, peleando sin cesar al lado de Alfonso, que cubierto de sudor inmolaba á cuantos se le ponían por delante.

Aumentábase el estruendo, el motin cobraba fuerza, por la llegada de nuevos enemigos, pero ningun guerrero conocido los acaudillaba. Diríase que todos combatian por vicio y sin saber por qué, si de cuando en cuando las voces de *muerá Alfonso el oneeno* y otros gritos sediciosos no resonáran por los corredores, animando á los cobardes que, al oirlas, volvian á la carga con nuevo encarnizamiento. Solo D. Lope y el de Villena acompañaban al Rey, que llevaba la peor ventaja por aquella parte, aunque Cañete con los maceros defendía valientemente el otro extremo de la galería, que comunicaba con las habitaciones de la Reina, en las cuales mas de una vez intentaron penetrar los amotinados.

Muchos de estos habian dejado ya de existir, traspasados por las afiladas picas ó aplastados con las enormes mazas; mas el Rey habia recibido una herida, que aunque leve, escitaba el furor de la muchedumbre, y Vendaña cubierto de sangre, oponia solo una débil resistencia, cuando el intrépido Capitan de los maceros inter-

poniéndose entre ellos y los contrarios, empujó á Alfonso con fuerza hasta el aposento, y arrastrando del brazo al caballero, le arrojó sobre el Rey, y cerró la puerta con no vista prontitud, y á pesar de los esfuerzos de la muchedumbre, que intentaba penetrar para apoderarse de tan nobles víctimas.

Bramaron de corage, al ver que por entónces se habian librado de su furór, pero redoblaqan en actividad, seguros de que el triunfo era completo, y que á lo mas se habia retardado cinco minutos. Garci-Laso habia logrado salir hasta el *Campillo*, ocultándose en seguida, como hombre prudente, hasta ver en qué paraba la refriega; cuyo ejemplo imitaron no pocos cortesanos, de aquellos que prefiriendo su seguridad al bien comun, desaparecen repentinamente en las grandes crisis de las conmociones populares, asomando poco á poco la cabeza, desde su escondite, á medida que aquellas van pasando.

Alvar Nuñez que, como sabemos, estaba ocupado, no muy agradablemente, en la torre de *Santa María*, ignoraba completamente las desagradables ocurrencias de palacio, y por lo mismo no podia darse prisa á tomar parte en ellas, siendo por entónces el único magnate, que no estuviese comprometido más ó menos directamente en tan impensados sucesos.

No sucedia lo mismo al sepulturero, que con tan poca ceremonia habia tratado á Pero Calvillo; pues á pesar de su baja gerarquía, pudiera reclamar con fundamento el honor de haber conservado, en tan arriesgada empresa, los dias de Alfonso XI, para que mas adelante adquiriese muchos siglos de gloria; jamás este Monarca hubiera imaginado, que semejante personage pudiera atajar los males que amenazaban á su persona y á sus pueblos de Castilla.

Pero como el cielo se complace en humillar la soberbia de los grandes, y no repara en títulos, cuando escoge los instrumentos de sus inmutables decretos, dice un antiguo pergamino, del cual hemos copiado el desenlace de este acaecimiento, poco conocido en la historia del décimo cuarto siglo, y sin por eso salir garantes de su verdad, que así como el hombre de la torre se halló en el átrio de *Santa María*, despues de haber dejado arriba llenos de espanto

al primer Conde que hubo en Castilla y al enviado de Aragon, oyó gritos tumultuosos, y vió muchas gentes, que corrian por la estrecha calle, que directamente conduce desde el campo, en que está edificada la iglesia, hasta el real palacio. Dióle mala espina esta novedad, y mucho mas que, atendiendo con cuidado, el viento llevó hasta sus oídos el choque de las armas, y estrépito de puertas que se abrian y cerraban, semejante al que produce, allá á lo léjos, horrorosa tormenta en medio de los bosques.

No hubo menester mas, para cerciorarse de que acababa de estallar alguna conjuración contra el Rey, en cuya suerte se interesaba mas de lo que pensará el lector; por lo que tomando su partido, abrió con mucho tiento una pequeña puerta, practicada por la parte del *Campillo* en el muro principal, desapareció por ella y á corto trecho se halló en el cementerio de la iglesia.

Una multitud de cruces é inscripciones, que la piedad habia colocado sobre las tumbas de los que allí yacían, montones de huesos humanos esparcidos en desórden sobre una tierra estéril, salpicada, cuando mas, de escasa porción de menuda y amarillenta yerba, que moría antes de crecer, multitud de lechuzas que infestaban el ambiente con su álito asqueroso, y un religioso pavor, que inspira siempre la morada de los muertos, aun en las conciencias mas puras, eran las primeras impresiones, que herian los ojos y el corazón, al penetrar en tan tétrico recinto: mas nuestro sepulturero se hallaba demasiado familiarizado con aquellos objetos, para que le ocasionasen la menor sensación, y así pasó sin detenerse ni vacilar por enmedio de los destrozos de las *Parcas*, dirigiéndose á la reja de hierro de la capilla, en la que sacudió tres golpes con una calavera. No tardó en presentarse un caballero, que abriéndola de par en par, se precipitó fuera de la capilla.

—Ha llegado el momento de que abandones estos sitios, tan poco convenientes á tu clase, dijo el extraño campanero.

—¿Qué ha sucedido? ¿Hemos sido descubiertos? preguntó con viveza el guerrero.

—Peor, mil veces peor, respondió el primero. La vida del Rey está en peligro: arde el palacio del *Campillo* á gritos y á estocadas.

Date prisa, y vean sus amigos y enemigos que la sangre de...

—Basta, basta; no digais mas, señor. *Relámpago*, gritó el caballero:... ¡ah *Relámpago*! volvió á gritar con voz mas fuerte.

A la derecha de la capilla habia una pequeña cerca, que ocultaba un montecillo, coronado de césped, único sitio de aquel melancólico asilo, destinado á la vegetacion. El relincho y la presencia de un hermoso caballo de batalla fué la respuesta que recibió el campeón. Sacólo por la brida el sepulturero hasta el *Campillo*, sin que el bruto opusiese la menor resistencia, y cabalgando gentil y resueltamente su dueño, calóse la visera, empuñó la espada y partió al galope. A pocos momentos oyó el sepulturero los ecos bien conocidos de una corneta guerrera, y un instante despues divisó á muchos caballeros, que á escape se dirigian al sitio de la pelea.

—El Rey nada tiene que temer con semejante refuerzo, murmuró entre dientes. Y tranquilo en medio de tanta agitacion, volvió á internarse paso á paso en la morada lúgubre de los muertos, cerrando antes la puerta por dentro.

Cuando el conde Osorio y Pero Calvillo bajaron de la torre, ya estaba de todo punto concluida la refriega del real palacio.

El caballero Negro del Zadorra la terminó gloriosamente. Apurado se hallaba Alfonso dentro del régio aposento á donde le empujára el Capitan de los alabarderos, pero en mas tenia la crítica situacion del caballero de Vendaña, que su propia vida. Yacía el intrépido D. Lope sobre los ricos almohadones, que decoraban el salon, cubierto de heridas, sin conocimiento; y el Rey sin moverse un punto de su lado, restañaba la sangre que por ellas derramaba, á pesar de los innumerables porrazos, que los amotinados descargaban sobre la puerta.

—Os doy de término, el tiempo que tarde este fiel guerrero en reconocerme, villanos, gritaba con todas sus fuerzas: luego sabreis lo que vale el brazo del Rey de Castilla. Y tornaba solícito á prodigar sus cuidados al mal parado Vendaña.

Entre tanto no se descuidaban los del corredor. Los golpes de hacha se sucedian unos á otros, y el pesado descargar de las mazas presagiaba la poca duracion de la débil barrera que los separaba

de sus víctimas; mas en mala hora imaginaron acometer tal empresa. Descuidados se entregaban á todo el furor, que sabian inspirarles los traidores caudillos de la rebelion, y ya se saboreaban algunos magnates con la dulce idea de ensangrentar la innoble espada en el pecho de su Monarca, cuando las pisadas de un tercío de caballería y las voces de *viva el Rey*, resonaron como por encanto hasta el último rincon del palacio.

Terrible fué la consternacion de los sublevados; poseidos de terror empezaron á huir despavoridos en todas direcciones: precipitábanse unos á los patios, rodaban otros las escaleras, empujados por sus mismos compañeros; quien pateaba el suelo con furor, y revolvía toda su rábía contra los que le pusieran en tan duro aprieto; quien imploraba con humildes alharidos la clemencia del Rey. Algunos nobles de poca fortuna, únicos cabecillas que figuraban en tan tumultuosa escena, aunque fuera preparada por los mismos que rodeaban á D. Alfonso, luchaban en vano por restablecer algun orden entre aquella turba amedrentada, con el único fin de abrirse una salida. Por último, la llegada de sus contrarios, que abandonando los caballos subian la escalera principal espada en mano, les obligó á defenderse, y mientras algunos pusilánimes procuraban esconderse en las habitaciones mas distantes, otros juraron vender caras sus vidas. Inútiles empero fueron sus esfuerzos; lanzóse sobre ellos el caballero Negro, seguido de media docena de los de *la Banda*, y su espada inmoló cuanto se le presentó delante. Cayeron á sus piés los mas fieros que le disputaron el paso del primer corredor, mientras sus compañeros perseguian sin descanso á los desbandados, que no hallaban donde guarecerse de los furibundos tajos que llovian sobre sus cabezas. Huian todos hácia la escalera interior, esperanzados de poder alcanzar á tiempo la puerta trasera del palacio, pero Cañete á la cabeza de los alabarderos defendia aquel punto é hizo en los fugitivos horrorosa mortandad.

Pocos escaparon con vida en tan corta, pero terrible batalla y pocos instantes bastaron para el completo triunfo del caballero Negro. Corria éste furioso en busca del Rey, y reprendíase con ira su quizá culpable tardanza. Daba rabiosas voces, y desahogaba la

angustia de su corazón con amenazas de guerra y esterminio contra los nobles de Castilla, al punto en que, penetrando por el corredor principal, ofrecióse á sus ojos uno de los rebeldes, que arrojándose á sus piés, le pidió misericordia.

—¡Qué habeis hecho del Rey, infames! le gritó el Negro, cogiéndole con extraordinaria fuerza por el pescuezo.

Aquel miserable le señaló la puerta casi destrozada de la estancia, pues los dedos del caballero le impedían articular una palabra.

—¿Vive? ¿Está fuera de peligro? volvió á preguntar éste levantando la espada en alto y soltando la presa.

—Sí, poderoso caballero, vive, por la gracia de Dios, y la de vuestro brazo.

El desconocido no se detuvo. Dirigióse á la puerta del real aposento, donde acababan de llegar sus compañeros cansados de matar. Hízolos apartar un trecho, y descargando una récia patada, derribó la puerta vacilante y dijo:

—Adios, esforzados guerreros: tranquilizad á D. Alfonso de Castilla; en cuanto á mí.... no hago falta en la corte. Si vive, me verá en mejor ocasion; si ha muerto.... no necesito contemplar su cadáver para saber vengarle.

Dijo y salió del Palacio. Media hora despues se hallaba tranquilo en el cementerio de *Santa María* acompañado del imperturbable sepulturero.



CAPITULO VII.

De cómo el almojarife Jucef contaminó á un religioso,
sin pensar en ello.



ARDIA secreta conjuracion en Vitoria, instigada por el vengativo génio del infante D. Juan. La repentina llegada del señor de Villena hizo creer á muchos que era llegado el momento de obrar, y el hallarse solo el Rey en su aposento, la mejor coyuntura de darle muerte. Acaso con menos precipitacion lo hubieran conseguido, pero el polpe se habia desgraciado de una manera, que hacía presentir grandes peligros para aquellos que lo habian intentado.

Si D. Juan Manuel no estorbó de todo punto el rompimiento, á lo menos hizo cuanto entonces pudo para evitarlo, y aun le pesó sobremanera, pues no dudó, al ver el empeño de los amotinados, que su fin era asesinar al Rey, cosa en que jamás le ocurrió pen-

sar y aun menos habia imaginado estarle reservada la misma suerte. Quería sí amedrentarle á fuerza de conspiraciones y de peligros; trataba de discontentar al reino, para que recayese la culpa sobre Garci-Laso, Merino mayor de Castilla, gran privado de Alfonso, y sobre el arzobispo de Toledo, cuyo empleo de Canciller mayor anhelaba, y era el alma de todos los bandos y partidos, que tenían por objeto debilitar la autoridad real, pensando ver próximo el momento, en que dividida la nacion en civiles revueltas, exhaustos los pueblos á fuerza de contribuciones, acosado por los moros y destituido de recursos el Monarca, se echaría en sus brazos, cediéndole las riendas del gobierno, como á único hombre capaz de remediar tantos males, plan que en esta misma desgraciada España se ha repetido, no ha mucho tiempo, con la misma obstinacion y con un fin tan secreto, tan diabólico, y mucho menos asequible que el de aquel ambicioso magnate.

Las heridas del caballero de Vendaña no eran peligrosas. La mucha sangre que habia derramado causára su desvanecimiento; mas confiado á los cuidados del primer médico de Alfonso, esperaba éste verle pronto en disposicion de manejar la lanza. Habia aprendido Samuel del sábio Abenez, su padre, secretos raros en el arte de curar; poseía la ciencia oculta conocida con el nombre de mágia, y era buscado y consultado con ánsia en la corte, por los corifeos de los opuestos bandos, que en ella hormigueaban. De allí provino la estrecha amistad que alcanzó con los principales señores, amistad que le valió, algun tiempo despues, una muerte cruel y poco merecida.

Entre las ricas alhajas de la corona de Castilla, que estaban al cargo del almorjefe Jucef, habia una riquísima cadena cubierta de diamantes, que escedia en hermosura y valor á todas las demás. Raras veces se viéra en aquellos tiempos joya tan preciosa, cuya adquisicion costó á los antecesores de Alfonso XI el valor de una ciudad, con que se hizo rico y noble el diestro artífice sevillano, que la trabajára: por eso era tenuta en grande estima, y habia la costumbre de conservarla, guardada cuidadosamente en una caja de ébano, primorosamente dispuesta, en el mismo dormitorio del

Rey, quien llevaba siempre pendiente del cuello una de las llaves, y la otra estaba en poder del judío tesorero.

Ya hemos visto en el segundo capítulo de esta historia que Samuel echó en cara á éste, haber entregado el collar al conde Osorio, impidiendo al caballero de Vendaña la inesperada vista del de las armas negras, una averiguacion que ardientemente deseaba: mas si el noble aventurero hubiera sabido, como nosotros, que aquella joya se hallaba á la sazón en poder del señor de Villena, no necesitáramos mas, para sacar en limpio que esta era una nueva perfidia del astuto magnate, para acrecer los apuros del Rey.

Era, pues, muy cierto que Jucef habia robado la prenda mas custodiada y querida del reino: mas cómo se habia gobernado para sustraerla, sin conocimiento del Rey, era un misterio que solo el tiempo podia descubrir. Así, la disculpa que dió á D. Lope, de que la habia empeñado, fué producida por el temor que le inspiró la declaracion de su poco caritativo compañero. Ni le parecia menos sorprendente que Samuel se hallase enterado de un asunto, en que le iba nada menos que la vida, lo cual bastó para dar al traste con toda su firmeza, imaginando con fundamento, que tan importante secreto, conocido ya de cuatro personas, y sobre todo del señor de Vendaña, á quien temia mas que á ningun otro, no tardaria en publicarse y llegar á oídos de D. Alfonso. Creyó desde luego que la fuga era el mejor partido en tan apurado trance; mas no tardó en prever que de ello se valdria el Conde para achacarle toda la culpa á mansalva, sin que pudiese justificarse ó arrastrarlo en su ruina, acabando de afirmarle en este pensamiento el miedo de verse cogido por las partidas de alaveses, que al servicio del Rey recorrian las campiñas.

No sabiendo como ponerse en salvo, discurría lleno de sobresalto por el patio principal del palacio, creyendo á cada instante oír los pasos de los que iban á prenderle; y era tal la angustia de su corazón, que á pesar de su insaciable codicia, hubiera voluntariamente renunciado los importantes cargos de su destino, y las riquezas que por ellos gozaba, á trueque de verse libre de la ira del Monarca. Divisábase sobre las arrugas de su estenuado y cetrino ros-

tro un temblor convulsivo, que crecía á medida de las tristes reflexiones que hacía, sobre el funesto fin que iba á tener su grandeza. Colmado de distinciones, favorito del Rey de Castilla ¿quién diría que Jucef solo esperaba un suplicio horroroso, por término de los honores, á que le eleváran sus manejos y la fortuna?

Tales eran sus melancólicos sentimientos el dia mismo, en que Alfonso hubiera perecido á manos de una turba sediciosa, sin el brazo del intrépido D. Lope y la llegada del caballero desconocido. Mas nada de esto habia sucedido todavía. El primero acababa de subir al aposento del Rey, los alabarderos platicaban descuidados á la sombra de los árboles del *Campillo*, y nada presagiaba el tumultuoso desórden, que pocos instantes despues llenó los corredores y cuadras del palacio.

De repente se presenta á los ojos espantados de Jucef el infante D. Juan. Cual, si tropezasen sus pies sobre dormida sierpe, quedó clavado el judío con tan impensada vista, sin atreverse á retirarse, ni á proseguir la centésima vuelta alrededor de los arcos del patio. Don Juan, al contrario, pareció alegrarse á tal encuentro, y en la especie de gesto ó risa, que animó por un momento todas sus facciones, adivinó el almojarife, que se le preparaba otra nueva desgracia.

—¡Hola, buen Jucef! Rafo hace que te ando á los alcances para un asunto de la mas alta importancia, fueron las primeras palabras del señor de Vizcaya.

Jucef por única respuesta se inclinó profundamente.

—Vamos, despacha.... manos á la obra, prosiguió aquel y déjate ahora de reverencias. El tiempo urge, se prepara un gran golpe.... dentro de una hora.... antes.... pocos instantes mas, y el Rey de Castilla habrá ido á unirse con sus abuelos.

—¡Cómo! ¡Qué oigo!... ¡Será posible! exclamó Jucef, al escuchar tan terrible novedad.

—Sus: calla, y sal conmigo; mas procura serenar tu semblante, no sea que las guardias entren en sospecha. Te digo que dentro de breve rato, este palacio ahora tan tranquilo, se convertirá en un infierno.

—Huyamos, huyamos, por el Dios de mis padres de esta tierra maldecida, gritó de nuevo el tesorero, poseído de espanto: yo haré lo posible por salir de aquí tan tranquilo, como se hallaba el rey David en medio de los leones, y os seguiré al fin del mundo.

—;Miserable! murmuró D. Juan, no irás muy lejos.

Hizo una señal al judío, que le siguió inmediatamente, y pasando la puerta principal, doblaron el paso, y se dirigieron, por largos rodeos, hácia el convento de los Dominicos. Antes de llegar á él, encontraron á muchos hombres de armas, y á algunos nobles, que se acercaron al Infante y le hablaron al oído, prosiguiendo despues su camino, lo que acrecentó mas y mas el terror pánico de Jucef, que no sabía á donde irían á parar aquellos misterios. Por lo pronto se juzgaba seguro, ó á lo menos á cubierto del castigo que tenia merecido, no tan solo por el hurto de la famosa cadena, mas tambien por los lucrativos manejos que estaba acostumbrado á dirigir, en provecho suyo, con menoscabo de las rentas reales: pero no era su confianza tan ciega, ni tan limitado su entendimiento, que dejase de preveer las consecuencias del paso que acababa de dar, saliendo del palacio con el Infante, en el momento que peligraba la vida del confiado Alfonso.

—Si yo me hubiera escapado de este enemigo de Dios, pensaba sin dejar de acelerar el paso, y contára al Rey punto por punto lo que de su boca he oído, tal vez pudiera conseguir mi perdón, salvándole con mis avisos de la muerte que le amenaza. Pero ¿cómo huir de las garras de tan terrible filisteo? Semejante á Holofernes, solo cuida de satisfacer sus antojos, y luego tiene un gesto.... y me causa tal miedo con su penetrante mirada... hé ahí que se vuelve á observar si le sigo. Por la casta Susana, que semblante mas horrible no lo tuvo el mismo Cain.

Interrumpió sus reflexiones la vista de un vasto edificio. El lúgubre sonido de una campana anunció su llegada: no habia cesado aun, cuando los dos fugitivos ya se hallaban dentro del convento de Santo Domingo.

Al extremo de una larguísima sala, en la que fueron introducidos, estaba colocado un disforme sillón, cuyo respaldo ostentaba

esculpidas de colores las armas del santo fundador de la orden. En él tomó asiento D. Juan *el Tuerto*, pasando por en medio de multitud de frailes y caballeros, que á su entrada le saludaron con regocijo. A una palabra cesaron los cuchicheos particulares, que por largo espacio sirvieran de entretenimiento á aquellos nobles, reunidos por un acontecimiento, en que no habian de tener parte personalmente, y á quienes importaba muy poco que España se redujese á pavesas, con tal, empero, que fuera en su provecho. Todos callaron, despues de haberse colocado en dos filas á lo largo del salon, y esperaron que hablase el Infante.

La elocuencia parlamentaria de aquella edad no consistia en estudiar frases, desenvolver ideas, ni rebatir argumentos especiosos. Lisa y llanamente esponia el orador los hechos, mandaba lo que se habia de ejecutar, y hé aquí una ley del siglo XIV. El que queria la observaba, el que no, era tenido por enemigo y perseguido de muerte. En esta ocasion, el señor de Vizcaya usó de un laconismo espartano, lo que nos hace creer caminaba sobre seguro. Púsose en pié; echó mano al puño de la espada, y dijo en alta voz:

—Caballeros, esta nos ha de librar de ser esclavos: un tirano hay en Castilla; venga abajo.

—Abajo, abajo el Rey de Castilla, exclamaron á un tiempo todos los nobles.

Y los frailes decian:

—Nosotros bendecimos tan santa causa.

No se sabe si los buenos religiosos aludian á la del Rey, ó á la de los grandes.

—Esta es la ocasion, gritó de nuevo D. Juan. Vayan los hombres de armas á palacio y acaben con él.

—Los de *la Banda* tendrán tomadas las salidas, observó un representante.

—Caigan con él, replicó el Infante.

—Está solo, dijo una voz chillona desde el último rincon de la sala.

—Está solo, está solo, repitieron en coro otras veinte: acabémosle nosotros.

—¡Ah! Sí, buen Jucef; ya te hemos visto y nos acordaremos luego de tí, dijo el gefe de la reunion.

En esto entró precipitadamente un caballero en la sala.

—¿Qué hay de nuevo? le preguntaron.

—Don Juan Manuel acaba de llegar á Vitoria, respondió, y ahora mismo queda en el aposento de la Reina. Ea, tened cuenta con lo que haceis, porque me ha encargado os advierta que no precipiteis los sucesos, hasta que él disponga lo conveniente.

—¡Otro tirano mas! exclamó *el Tuerto* enfurecido, sin pensar en su propio despótismo. Ya nos quiere imponer leyes. ¿Lo sufriréis castellanos?

—No, por mis espuelas, respondió cierto señor, que continuamente hacía degollar los prisioneros en el patio de su castillo.

—Pues bien, repuso el primero; que perezca el de Villena. Y viendo que aun dudaban muchos, continuó: ese soberbio magnate quiere gobernar el reino á su antojo, acumula tesoros para unirse á Mahomad, y ha hecho alianza con los caballeros de *la Banda*.

—Y tambien contigo, para invadir los estados de Almazan, dijo Jucef entre dientes. Dios me libre de tus uñas.

Las últimas palabras del Infante causaron todo el efecto que deseaba. Varios nobles salieron del aposento para dar sus órdenes á un grupo de aventureros asalariados, reunidos no léjos del convento, los cuales partieron al punto á atacar al Rey, ansiosos de repartirse sus ricos despojos: tentativa que produjo para algunos funestos resultados.

Mientras tanto no permanecieron ociosos D. Juan y sus satélites, y al paso que en el palacio real se sucedian los golpes á los gritos, los juramentos á las estocadas, mezclándose en la refriega las maldiciones del Rey, los insultos de los amotinados y los furibundos tajos de D. Lope, los del convento se entregaban con menos riesgo de sus vidas á mas segura especulacion.

Despues de la salida de los pocos que iban á pelear, ó mejor dicho, á cometer un regicidio, se restableció el silencio en el salon de Santo Domingo, sin que señal alguna lo ordenase. Cual mejor,

cual peor, todos los nobles calcularon de un golpe el mal paso en que se habian metido, si por desgracia salia frustrado el proyecto, y no hubo entre ellos uno á quien antes de empezár el combate, no pesase en el alma haber contribuido á acelerarlo. Yacían pensativos, con los ojos fijos en tierra semejantes á inmóvil grupo de estátuas, ó con mas propiedad, parecian reos que esperaban la sentencia de muerte. El remordimiento, primer castigo que el cielo fulmina contra los criminales, espantaba sus almas, y sus antes indómitos corazones latian apenas de temor, de susto y de ansiedad.

El señor de Vizcaya, desde su sillón, conoció aquellos principios de arrepentimiento, y se propuso ahogarlos, antes que acabasen de desenvolverse. A ninguno estimaba de cuantos tenia delante, y no hubiera titubeado un segundo de tiempo en deshacerse de ellos á cualquier precio, en otra ocasion; mas éranle entónces necesarios para el logro de sus designios, contando poco con el celo de don Juan Manuel, á quien odiaba, á pesar de sus protestas de alianza. Imaginó pues divertirse un rato y disipar los tétricos pensamientos de aquellos medrosos caballeros á costa del pobre Jucef, cuyos cequies anhelaba, no siendo la codicia el último de los vicios de tan famoso señor.

—Ven acá, judío, le dijo con voz entre grave y risueña. Nada temas; aquí nadie te quiere mal; antes bien debes agradecerme el servicio, que poco há te hice en sacarte de palacio. No habrá mala danza allí á estas horas.

—Y yo aseguro á vuestra merced, que el reconocimiento mas profundo ha entrado en mi alma al recibir tan grande beneficio. No; jamás se ha dicho de mí que soy ingrato....

—Perfectamente, así me gusta: haces de tripas corazon, pero no importa: ya sabes que te conozco y es preciso que nos compongamos bien. Aquí teneis, continuó, dirigiéndose á los caballeros, nobles señores, al señor Jucef Ben-Alí, almojarife de Castilla, gran privado del Rey y su mayor amigo.

—¡Qué horror! exclamó un fraile, dejando caer la capucha. ¡Un rey cristiano tener alianzas con los israelitas! Ha merecido el anatema. *Anatema sit.*

—¿Es de nuestro partido? preguntó un noble.

—Espiren en las llamas los enemigos de Dios, dijo el religioso con santo fervor.

—Pronto lo sabrémos, contestó pausadamente el Infante.

Hízole adelantar en seguida hasta el centro de la sala, y dió orden á dos flecheros apostados en la puerta, para que se colocasen á su lado. La sangre se heló en las venas del judío, aun antes de adivinar el objeto de estas demostraciones; mas no duró mucho su incertidumbre, porque abriendo D. Juan una arca de regular tamaño, colocada no léjos de su asiento, le tomó por la mano y con mucha bondad le preguntó:

—¿Cuántas doblas te parece, hermano Jucef, que se necesitan para llenar el hueco de esta caja? Responde con claridad, porque tu opinion es para nosotros de mucho peso, en este punto, como hombre acostumbrado á manejar tesoros.

El corazon del tesorero se oprimió con fuerza, y no pudiendo resistir mas, dejó escapar un profundísimo suspiro. En la pregunta que se le acababa de hacer veia escrita su sentencia irrevocable. Tratábase de robarle una parte de lo que él habia robado á los pueblos, y este infortunio, el mayor de todos cuantos pudieran sobrevenirle, anonadaba enteramente su espíritu. Pedia en su interior al Todo-poderoso bastante resignacion, para sobrellevar tan cruel calamidad, y en vano llamaba en su socorro alguna de las muchas trazas, con que otras veces se habia libertado de apuros semejantes, aunque no tan apretados, si se atiende á la clase de gente con que se hallaba.

—Vamos, señor almojarife, le dijo uno de aquellos señores, mirándole con ojos de tigre, echad vuestras cuentas y decidnos despues lo que hayais pensado. El Infante os deja un breve espacio para vuestros cálculos....

—Un breve espacio.... no por mis estados de Vizcaya, interrumpió el Infante, sino que ahora mismo ha de responder á mi pregunta, y eso sin rodeos ni disculpas. ¿No veis que los del Campillo están ahora acuchillándose sin compasion, y que á la primera señal de triunfo hemos de ir todos á tomar parte en el destrozo?

¡Ah santo padre! añadió dirigiéndose á un religioso, que rezaba sus oraciones en un enorme *in folio* forrado de pergamino. ¿Se ha colocado un centinela en la torre, para que nos avise el momento en que las llamas salgan por encima del palacio?

—Todo está dispuesto como habeis prevenido, contestó el fraile,

—¿Y no valdria mas, observó un noble, adelantarnos ahora, y salvar en provecho nuestro las muchas riquezas, que dentro de pocos minutos ha de consumir el fuego?

Bien se conoce que este caballero contaba, como suele decirse, sin la huéspedea, mas no así el Infante, que caminaba sobre seguro. Notando, sin embargo, que algunos opinaban por la ida al *Campillo*, y que una parte de su plan iba á dar al traste, los contuvo diciendo:

—¿Quién de vosotros asegura que el Rey haya perecido á manos de los nuestros? ¿Aventurarémos, tal vez, nuestras vidas por apropiarnos los dorados y las pinturas del aposento de Alfonso? ¿Ó envidiarán sus recamados almohadones guerreros acostumbrados á dormir en el campo, á velar al pié de enemigo castillo y á tenderse sobre la yerba?

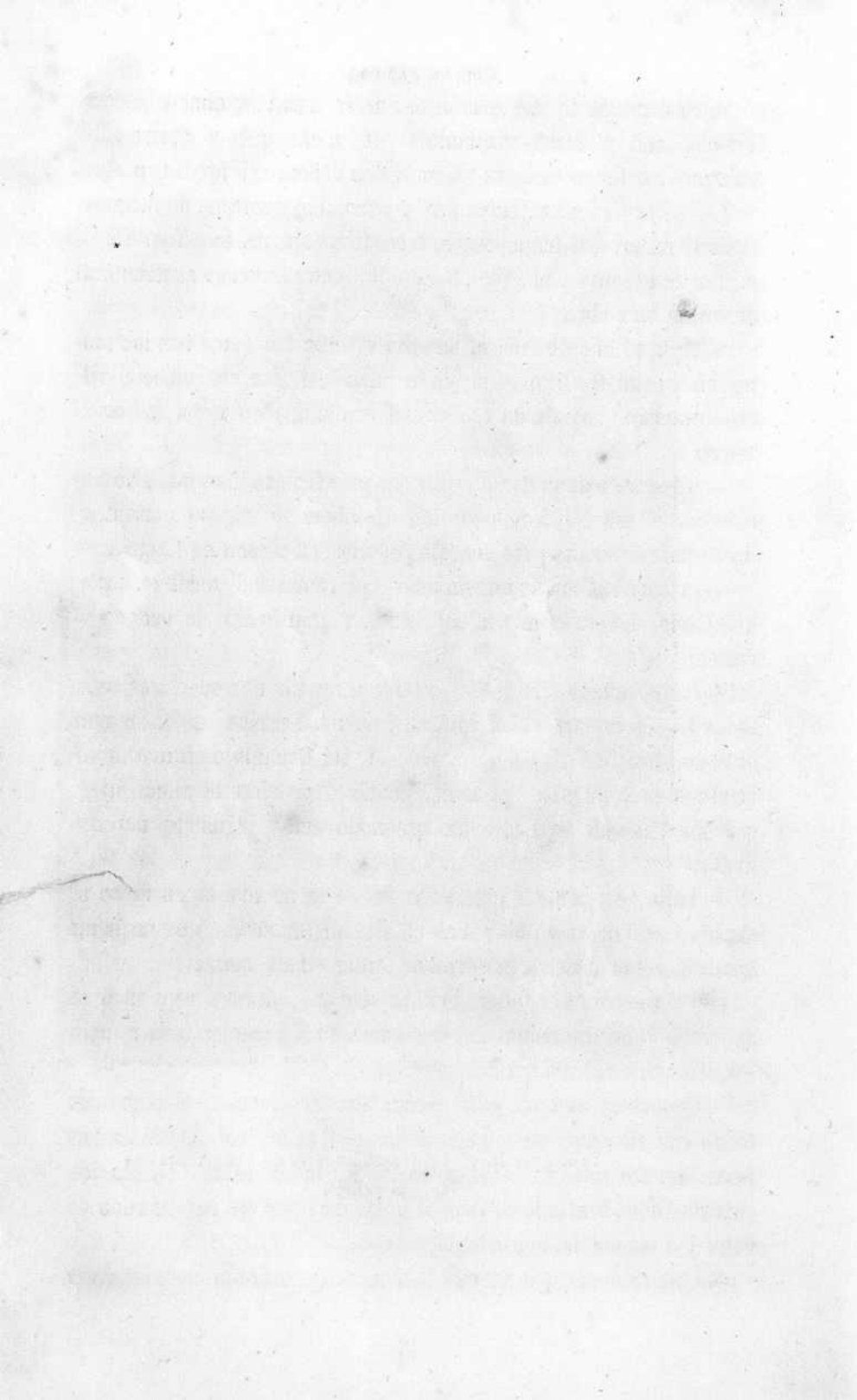
Los pocos que apoyaban el proyecto de robar el palacio quedaron estáticos, y por todos se difundió tal espanto al oir las razones de D. Juan el Tuerto, que hubieran desaparecido del convento y de Vitoria, si este intrigante caudillo no ofreciera de nuevo, sin riesgo á su ambicion, nuevo estímulo en la persona del judío.

—Aquí teneis, dijo señalando hácia él, el que nos ha de vengar del Rey, si se libra de los áceros que le acometen. Arranquémosle los tesoros que tiene acumulados, en daño y menoscabo del Monarca y de los pueblos. Ya lo oyes Jucef; ó entregas las riquezas, ó te arrancamos el pellejo.

—Poderoso Dios de Abraham! ¿Qué me pedís? exclamó el judío con amargura. La maldicion del Eterno ha fulminado sobre mi cabeza.... ¡Yo tesoros....! ¡Yo riquezas....! ¿Por quién me teneis, hidalgos de Castilla? Ved que estais engañado, señor Infante; que no hay mas oro ni plata que la que se llevaron el Arzobispo y el de Villena, para atender á la guerra del infante D. Felipe.



Ya lo oyes Jucef: ó entregas las riquezas ó te arrancamos
el pellejo.



—Reniego de tí, del Arzobispo, de D. Juan Manuel y de don Felipe, gritó el *Tuerto* airadamente. He dicho que no quiero disculpas, sino buena moneda. Mira si nos despachas pronto, porque se me vá la paciencia. Haya paz y buena compostura; no me suba tanto el enojo, que haga contigo terrible y saludable escarmiento, si tan osado eres, tú, vil gusano del muladar mas asqueroso, al provocar mi cólera.

—Pero mi buen señor, mi protector, clamaba Jucef con las manos en actitud suplicante, si yo os hago ver por vos mismo, que absolutamente hay en mi poder un triste *alfonsí*, que pertenezca al tesoro....

—Silencio, lengua de Satanás, dijo el religioso rezador. ¿No has oído que el señor Infante no quiere disculpas? Si no hay plata acuñada, habrá buenas prendas: alhajas tiene la corona de Castilla.

—¡Alhajas! ¡Dios de mis padres! ¿Ignora acaso el señor D. Juan, que todas se custodian con cuidado....? ¿Quién ha de poder sacarlas?

—Calle, infame embustero, volvió á repetir el fraile: eres como todos los de tu raza proscripta. ¿Cómo no tiemblas, al hallarte en este santo lugar? ¿Sabes que podemos, sin escrúpulo alguno, arrojarte por una ventana? ¿Sabes, continuó poseído de santo furor, que infestas con tu hedionda presencia estos claustros privilegiados?

—Ya lo sé, ya lo sé, pecador de mí, que no soy digno de besar el polvo de vuestros piés; mas confío, sin embargo, que un santo hombre, como vuestra paternidad, intercederá por mí.

—*Vade retro: exi foras*, gritaba el fraile, á cuya ropa talar se agarraba Jucef con ansia, sin que bastasen á hacérsela soltar todos los esfuerzos del reverendo.

—Quitadme de aquí este compañero de Lucifer, clamaba con todas sus fuerzas: su ceguedad merece la muerte. ¿Qué tardais pues, amigos míos? Acabemos con todos los de esta tribu maldecida de Dios. Y al mismo tiempo forcejeaba por desasir su ropa de entre las manos del angustiado hebreo.

—Que calienten las barras, y sentémosle desnudo encima, decia

un desalmado y si aun así no deja la presa, sentarémos con él al Reverendo, y se asarán ambos, en honra y gloria de Dios. ¿No será esta una diversion diabólica, valientes caballeros, digna verdaderamente de ser esculpida en nuestros escudos de armas?

Estrepitosas carcajadas resonaron por el salon, respondiendo á tan profana como infernal proposicion, oyéndose entre ellas muchas voces de *las barras, las barras; quememos al fraile y al judío*. En un momento presentó aquella reunion la horrenda imágen del cáos. Unos se apoderaron del infeliz almojarife, quien mas muerto que vivo habia por fin soltado el hábito del dominico y ni aun aliento tenia para defenderse. Otros corrian dando voces y órdenes de preparar el fuego, para calentar aquellos instrumentos de hierro, que abrasaban los pies de los infelices destinados á pasearse sobre ellos: suplicio atroz desconocido en nuestros dias, pero reemplazado por otros no menos bárbaros, de que há muchos años nos vemos libres, y que constituían el mayor mérito y edificacion de los hombres de paz y caridad evangélica, de los que por medio de tormentos, cuya idea sola hace estremecer, enviaban al cielo, á centenares, las almas de los pecadores, cuidándose poco de su conversion, con tal de procurarles el martirio.

El dominico se defendia á puñadas de los atrevidos, que pugnaban por sujetarle, y sus mismos compañeros imitaban á los nobles en la lucha, protestando á gritos, que á ellos les inducia el celo de la religion, profanada en su hermano, por las sacrílegas manos de un enemigo de Dios. El Infante habia bajado de su poltrona, y repartia sendos manoplazos indistintamente sobre yelmos y capuchas, arrojando espuma de corage y jurando acabar con todos, sino atendian á sus razones. Pero léjos de oirle, aumentábase el desórden y algazara, sucediéndose sin interrupcion los lamentos del acometido religioso, las sacrílegas maldiciones de sus contrarios, los exorcismos de los frailes y los ahullidos del aporreado Jucef, quien por último, molido y medio descoyuntado, dió consigo en tierra, arrastrando en su caida un largo tapiz de damasco, mal seguro, que cubria de alto á bajo una de las paredes de la habitacion. Ni por eso cesó el tumulto: arrojáronse todos sobre el pobre dominico, que

viendo sobre sí el nuevo refuerzo pensó evitar el nublado, acogéndose detrás de la poltrona, que antes ocupaba el Infante. Tentativa inútil. La poltrona fué hecha pedazos, sin respeto á las armas del santo fundador, y el fugitivo agarrado y arrojado sobre el pavimento, cubierto de sangre y contusiones.

Era de esperar, que tendidos ya é imposibilitados los dos únicos contrarios de aquellos revoltosos castellanos, se restableciese la calma; mas no fué así, porque habian saltado la valla, y dado el primer paso hácia el desórden, no era empresa fácil tenerlos á raya. No sabemos á qué extremo los hubiera conducido su espíritu turbulento y desorganizador, si cuando mas enjaezados se hallaban, celebrando la cobarde victoria que acababan de conseguir, y formando proyectos de nuevos alborotos, no se viéran repentinamente precisados á pensar en su propia seguridad. La noticia de la derrota que habian sufrido en el palacio del *Campillo*, corrió de boca en boca como una exhalacion y llegó hasta el convento. Sosegáronse al punto las pasiones de los que dentro de él estaban, convirtiéndose en pusilánime temor toda su rábía, y trataron de adormecer el susto, imaginando los medios de conjurar la tempestad, pronta á descargar sobre sus cabezas: mas ni aun para esto tuvieron lugar, porque la llegada de algunos fugitivos heridos, que confirmaron la terrible verdad, y los gritos de *viva Alfonso el oncenno*, resonando por calles y plazas, acabaron de trastornar la poca serenidad que les quedaba, dándose á la fuga unos, escondiéndose otros en las laberínticas revueltas del convento, é implorando los mas su perdon cuando se vieron rodeados de una pequeña tropa de arcabuceros, que el Rey envió para prenderlos.

CAPITULO VIII.

Don Juan el Tuerto vé visiones y los religiosos de Santo Domingo meditan despues de haber conspirado.



LEGNOS dias despues de los sucesos que dejamos referidos en los capítulos anteriores, un caballero completamente armado se dirigia solitario hácia las fronteras de Aragon, al parecer no muy satisfecho de sí mismo, si se ha de juzgar por el abandono con que cabalgaba. El sol habia llegado á la mitad de su carrera, y reflejaban sus rayos perpendicularmente sobre

el acerado yelmo del campeón, que aparecia á lo léjos como un globo de fuego, no contribuyendo poco al cansancio que á su dueño fatigaba, porque de cuando en cuando se apretaba las sienes con ambas manos, dando muestras de padecer agudos dolores. La coraza que le ceñia el cuerpo, trabajada con esquisito primor, deslumbraba la vista, si bien desde luego se echaba de ver que era

mas á propósito para lucirse en un estrado; que para aguantar en desesperada refriega acertados botes. Descansaba la lanza en la cuja y se habia desnudado las manoplas; en una palabra, era un guerrero, pero estaba á la sazón poco aperebido para pelear contra repentino enemigo. La talla del caballero era desmesurada; mas acosado de las dolencias que le aquejaban, llevaba la cabeza inclinada hácia el pecho, y el cuerpo encorvado, de modo que aparentaba ser mas pequeño y de mas edad que la que tenia, á lo cual contribuia tambien el macilento color y las arrugas, que pasiones violentas imprimieran en su áspero semblante. Caminaba al paso, con las riendas flojas sobre el cuello del corcel, lo que daba á entender no hallarse muy distante del sitio á que se dirigia, ó que sus males no le permitian movimientos mas acelerados, si de cuando en cuando no se volviese á mirar hácia atras con cuidado, como esperando la llegada de alguna persona.

Poco trecho anduvo desde el momento en que nuestros lectores lo han encontrado, pues al revolver un recodo del camino, hizo alto, tornó á mirar en la direccion opuesta y lanzando del hondo de su corazon un juramento, revolvióse con impaciencia sobre la silla y clavó en tierra el regatón de la lanza; un momento despues sacó los pies de los estribos, se apeó haciendo fuerza sobre el asta, y dejando el caballo pacer á su sabor, la menuda yerba, fué á sentarse con ademan tranquilo y desembarazado paso, en una enorme peña, colocada á corta distancia. Desde allí observó de nuevo el camino, y no viendo sin duda lo que deseaba, aflojó las correas del casco, dejando flotar al viento una hermosa madeja de pelo negro como el ébano, que en rizadas hebras le cayó por los hombros, haciendo notable contraste con la fealdad de su rostro, que era aun mas horroroso, faltándole una de las principales prendas que lo hermosean.

No sabemos si en este mal formado retrato habrá reconocido nuestro complaciente lector á D Juan el Tuerto; mas en obsequio de la verdad, debemos confesar que no era otro el caballero, que hemos querido presentar á su vista.

Cuando los sublevados del convento de Santo Domingo tuvieron que abandonarlo, con la precipitacion y susto que les infundió el mal

éxito de su conjuración y la repentina aparición de los arcabuceros del Rey, se puede creer muy bien que no fué de los últimos el Infante en hurtar el cuerpo á la borrasca. Por lo pronto tuvo que ocultarse, como mejor pudo, en una bóveda á donde le condujo la caridad de varios religiosos, compadecidos de los peligros que le rodeaban, y á esto se debe el que por entonces no cayérase en manos del irritado D. Alfonso, quien habia jurado castigar con la muerte á cuantos cayesen en sus manos, lo que no dejó de suceder á todos los que, creyendo posible la fuga, huyeron por las puertas y ventanas del edificio.

Ignoraba el Rey que el señor de Vizcaya, olvidado de sus promesas y sin respeto á sus obligaciones, habia sido el principal móvil del terrible desacato, que acababa de sufrir su autoridad, aunque bien sabia que dentro de los muros de un asilo consagrado á la religion, se fraguaban por los nobles algunas maquinaciones contra el Estado. La certeza de que la última conjuración era hija de una reunion tenida en aquel sitio, pocos momentos antes de estallar, aunque urdida de antemano, le incomodó en tanto grado, que mandó degollar sin distinción á todos los que pudo coger, comprometidos en aquel complot. Las memorias que hemos consultado sobre este suceso no esplican el medio de que se valieron los religiosos de Santo Domingo para que no recayese en ellos la misma pena; solo sí tenemos averiguado que no solo no pereció ninguno de ellos, pero ni aun perseguido fué ni molestado en manera alguna.

La indignación, que en los ánimos de los habitantes habia causado la noticia de los recientes sucesos, se habia ido debilitando poco á poco, como acontece siempre despues de pasados los momentos de crisis en los grandes acaecimientos políticos, y algunas horas despues presentaba Vitoria la misma tranquilidad y sosiego, que si este no hubiese sido alterado. La plaza del mercado estaba llena de gente, ocupada en sus propios negocios, y casi no atendia á las exageradas fábulas, que algunos charlatanes se complacian en ir publicando sobre el levantamiento, pues como todos lo sabian y acababa de suceder á su vista, nadie lo estrañaba ya.

—¿Sabes que han querido matar al Rey? decia uno al oido de su amigo.

—¡Bravo discurso! respondia éste. ¿En cuánto estimas la noticia? y volvía á sus quehaceres.

El caballero Negro esquivando la presencia del Monarca, que solícito preguntaba por él á cuantos le hablaban, habia vuelto á guarecerse en el ignorado asilo del osario de Santa *María. Relámpago* rumiaba tranquilo la escasa yerba de aquel triste hospedage, y el hombre de la torre ejercia otra vez el oficio, en que le encontró Alvar Nuñez. Todo habia vuelto al estado de inaccion y quietud primeras, y solo D. Lope de Vandaña se quejaba amargamente de los dolores de sus heridas, que le privaban guardar al Rey, y enristrar la lanza, por mas que el estudioso hijo de Abenuez se mortificaba en sosegar su espíritu, representándole cuan necesario le era el reposo, para lograr un perfecto restablecimiento. La guardia del palacio se habia reforzado, olvidando sin duda el Capitan de los maceros, que no hay camino mas seguro que aquel en donde se acaba de cometer un crimen, y desconociendo el dicho inventado siglos despues de *á burro muerto, cebada al rabo*. Don Juan Manuel como si nada hubiera sucedido, aseguraba á la Reina su hija, que no tardaria mucho en vengarse de D. Lope y de todos los caballeros de *la Banda*, y el merino de Castilla, el buen Garcilaso, apareciendo sobre la escena, felicitaba á Alfonso, por haber escapado de la muerte.

Veinte y cuatro horas habian transcurrido, sin que el señor de Vizcaya probase alimento de ninguna especie. Agazapado en la oscura bóveda que le servia de asilo, daba á todos los diablos la necesidad que le obligaba á ocultarse de aquella manera, tan indigna de quien, como él, se decia caballero; y mas de una vez hubiera probado fortuna, saliendo del escondite, á no temer la mala andanza, en que se vería, si caia en poder del Rey. Maldecia unas veces de su suerte, que tan mal le habia servido en aquella ocasion, y juraba vengarse, si escapaba con bien, de los traidores que con tan poco seso y discernimiento habian ejecutado sus órdenes: mordía otras desesperado el puño de la espada, y descargaba récios porrazos en las paredes de la bóveda, acusándose á sí mismo de poco precavido y animoso, en dejarse arrinconar por miserable turba de arca-

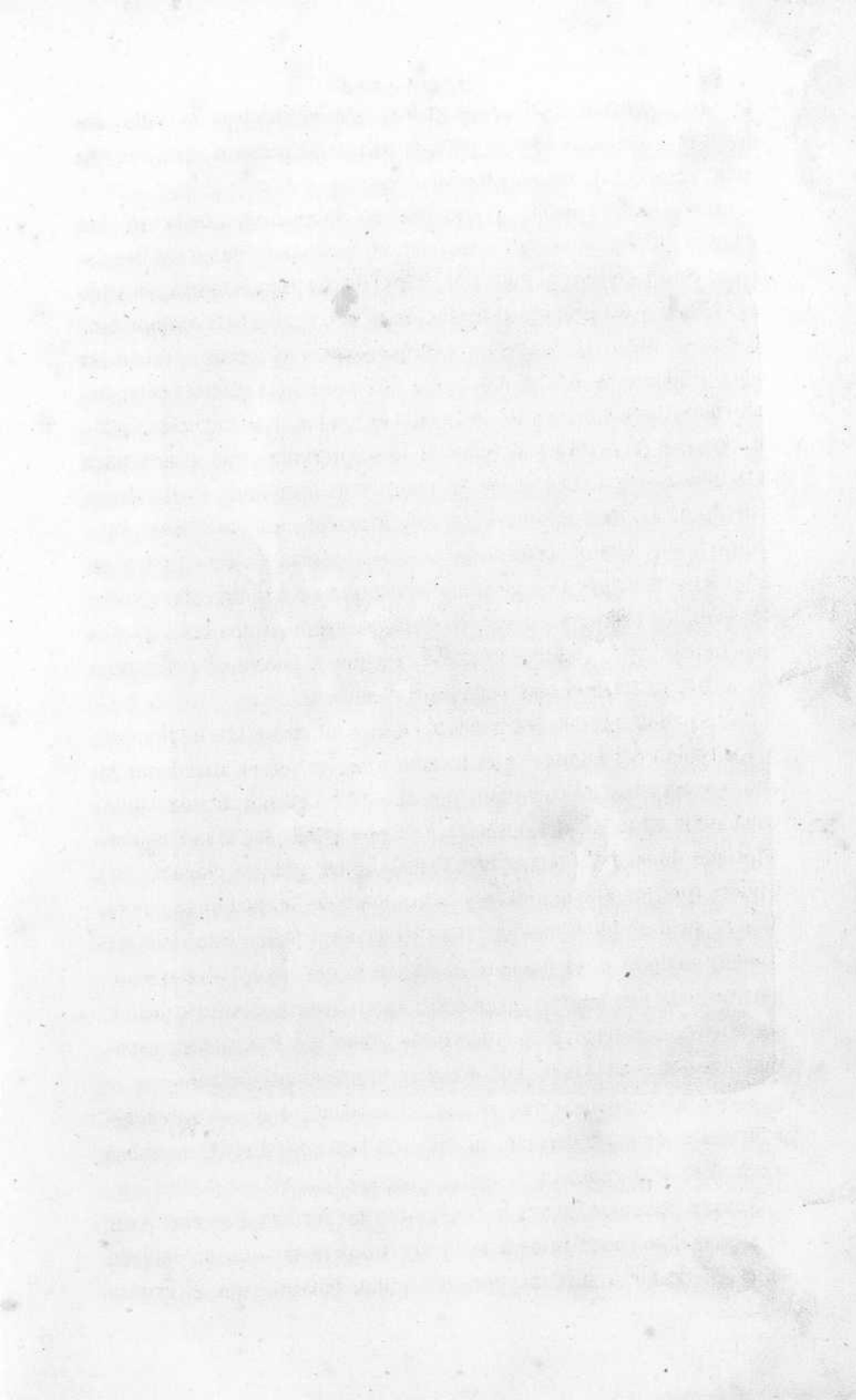
buceros, y pedia frenético á gritos; que le quitasen la vida, sin tener el esfuerzo necesario para arrostrar los peligros, que una vez vencidos, debian conservársela.

Acercábase la noche, y con ella se dobló la angustia de don Juan, representándole su débil cerebro escenas de sangre y desolacion. Supersticioso y malvado, temblaba de una sombra, cuando la soledad y su propia cavilacion, mas bien que el arrepentimiento, le hacian entrar en sí mismo y reconocerse. Las inocentes víctimas sacrificadas á su brutal lubricidad, los asesinatos cometidos en sus castillos, tantos planes de venganza formados, sus intrigas y perseverancia en revolver el reino, todo se presentaba de tropel para atormentarle y aumentar las ansias que le oprimian. Hasta el recuerdo de la hermosísima Blanca de Almazan, que mil veces dulcificára sus tétricos pensamientos, solo servia entónces para su nuevo matirio, por la imposibilidad en que se hallaba, de apoderarse de las ricas haciendas, en cuya posesion cifraba las mayores esperanzas, y la lúgubre estancia, en qué se encontraba, infundia en su imaginacion el mas espantoso desórden.

No siéndole posible permanecer en una situacion tan intolerable, y molestando del hambre que le aquejaba, resolvió abandonar su retiro y registrar el convento, por si lograba encontrar una salida, calculando en medio del desarreglo de sus ideas, ser mas llevadero y propio de su persona, acabar degollado en pública plaza, si era cogido, que perecer ignorado y hambriento en tan hedionda cueva. Mas no bien se hubo movido, para poner en práctica esta determinacion, cuando unos quejidos lastimeros, que oyó distintamente, helaron toda su sangre. Permaneció inmóvil, erizados los cabellos, sin atreverse á respirar y cubierta la frente de frio sudor, esperando que alguna vision horrorosa se le presentase delante.

—Son los demonios que vienen á buscarme; dijo entre dientes. Y despues de corto espacio, añadió con risa convulsiva; no saben que aun es temprano....

Nuevos lamentos fueron la respuesta que recibió. Parecian salir de alguna habitacion inmediata, y ser de persona que se hallaba en grave riesgo de la vida, porque algunas palabras que el grueso





Os traigo algun alimento, señor Infante.

del muro impedía oír con claridad lo daban á entender así; pero el Infante no estaba en disposicion de hacer estas reflexiones. Firmemente persuadido de una aparicion sobrenatural, esperaba con el oído atento, pero en el mayor trastorno, nuevas luces sobre aquel suceso.

—¡Misericordia! ¡Piedad! decia repitiendo las palabras, que llegaban hasta él. No es... no... no es Alfonso: aquellos cobardes han huido delante de su espada, y me han dejado solo. El diablo cargue con ellos. ¿Qué oigo? prosiguió, despues de haber escuchado de nuevo: es Inés. ¡Oh! La bella Inés, hija de Rui Perez, á quien saqué los ojos por su indiscreta curiosidad.... bien hecho.... pero ella.... ella era inocente y me amaba... mentira, mentira, gritó furioso. ¿Quién me ha dicho que me amaba? No puede ser: nadie me ama; por eso la he arrojado á los fosos del castillo....

Detúvose aquí y volvió la cabeza, porque creyó haber sentido un pequeño ruido: puso mas atencion... eran pisadas de una persona, que se acercaba á la bóveda pausadamente: por último una luz alumbró los arcos góticos de aquel sepulcro, y un religioso dominico con la capucha sobre la cara, se presentó en la sombra.

—¿Vienen á buscarme ya? exclamó D. Juan. ¿No dije que era temprano?

—Os traigo algun alimento, señor Infante, dijo el fraile, poniendo en el suelo una cesta con provisiones; pero asombrado del gesto amenazador del guerrero, echó pié atrás y le preguntó:

—¿Qué os altera el ánimo, D. Juan? ¿Por ventura, tan fria acogida merece el amigo, que os ha librado de la muerte?

—Muerte.... replicó el de Vizcaya; siempre hablándome de muertes y de cadalsos.... Vete en paz y déjame; no ha llegado tu hora. ¡Ah! puedes decir al pasó á tus compañeros, que no he de ir solo. Todos me han de acompañar; todos. ¿Lo has oído?

—Sosegaos, señor Infante, por todos los santos del cielo, que no soy lo que pensais, dijo el dominico temblando y santiguándose. ¿No conocéis ya á vuestro amigo D. Fray Pero comed alguna cosa, que con eso cobraréis fuerzas, para resistir esas malignas tentaciones, y yo os llevaré despues á donde podais descansar á vuestro sabor.

— ¡Sí! exclamó *el Tuerto* con voz lánguida: sacadme de aquí, libradme de estos malditos espíritus, si por ventura no sois uno de ellos.... oigo voces, gemidos, ruidos de cadenas.... escuchad... no.... son espadas, que me amenazan.... es Alfonso, que viene á pedirme la vida.... yo no le he matado, no.... es una impostura...

— Válgame Dios, dijo el religioso. ¡A qué situacion se vé reducido el mejor caballero de Castilla! Mirad, D. Juan, que el Rey no ha muerto; y así, vivid sin cuidado en cuanto á eso; aquí no hay cosa alguna, que pueda daros miedo, sino las ideas mal compuestas de vuestra imaginacion. Venid conmigo y....

— ¡Ola! ¿Qué dices? ¿Con que no ha muerto el Rey? le interrumpió el Infante, pasando repentinamente de aquel estado de terror al de la mas loca alegría.... Ahora puedo comer sin recelo.... Inés no se acuerda ya de mí.... hace mucho tiempo.... y sin aguardar otra cosa, se arrojó con ansia sobre las provisiones y las devoró en breves momentos.

Esto último, que tal vez en otra ocasion hubiera ocasionado su muerte, produciéndole alguna peligrosa enfermedad, contribuyó poderosamente á sacarle del penoso letargo mental que padecía, restaurando sus debilitadas fuerzas y tornándole al recuerdo de los objetos, en los cuales por su posicion tenia que pensar seriamente. Vuelto en sí, aunque fatigado por el violento trastorno, que sus ideas acababan de sufrir, abrazó á su caritativo compañero, rogándole en seguida que lo condujese á donde, con mas comodidad, pudiese entregarse al reposo, de que tanto habia menester.

Aprobó su deseo el dominico con mucha complacencia, tomóle por la mano, y llevando en la otra la bujía que les alumbraba, empezó á caminar por una dilatada caverna sostenida por multitud de arcos de piedra, en cuyas revueltas se hubiera perdido el mas diestro conocedor de laberintos. Pasaron una reja de hierro que hallaron abierta de par en par, despues otra, á cuyo frente vieron una especie de altar, compuesto de una mesa y un crucifijo de madera toscamente labrado, á cuyos piés se postró el religioso, doblaron luego á la derecha, subieron un tramo de escaleras, y al cabo de nuevos rodeos y nuevas puertas, se encontraron en una habitacion

lujosamente distribuida , en la cual nada se habia olvidado de cuanto la comodidad exige para los gustos del hombre.

Ricas alfombras cubrian el pavimento y damasquinos tapices las paredes. Enormes sillones, semejantes al que sirvió de presidencia á D. Juan y de mal refugio á un dominico, el dia antes , adornaban los dos lados del aposento , á cuyo estremo se descubria un mullido lecho, que probaba el principio de la relajacion monástica de aquella órden mendicante , á pesar de no contar mas que un siglo, desde su fundacion en España. Hasta una docena de religiosos de varias fisonomías, que no manifestaban muchas señales de abstinencia, cubiertos de alto á bajo con sus ropas tálares blancas y negras , y con los ojos fijos en un objeto inanimado al parecer , formaban silencioso círculo, sin que bastase á distraerles de su meditacion la llegada del Infante. Pero lo que á éste sorprendió sobremanera fué, que dirigiendo una mirada sobre aquel objeto, colocado en medio de la habitacion, vió un cuerpo humano sin movimiento ni señal de vida. Creyó, pues , comprender desde luego el motivo de la indiferencia con que se le recibia, por lo que acercándose al coro, púsose á orar devotamente por el alma de aquel hermano.

Era en efecto un fraile, ó al menos estaba vestido de tal, aunque se hacía imposible conocerle á causa de tener el rostro contra el suelo. Notábanse en su cabeza largas trenzas de pelo rubio, mezclado con mayor cantidad de color ceniciento, que el desórden de sus últimos momentos habia tal vez esparcido sobre la ancha capucha, por cuya señal se venia en conjetura , de que no pertenecía á la clase de profesos de primer órden , y sí solo á la de los hermanos aspirantes , que despues se llamaron donados.

—¿Cuánto há que este individuo ha dejado de padecer? preguntó D. Juan, con acento compungido , por acomodarse al estilo de aquellos varones.

Ninguna respuesta le fué dirigida: todos permanecieron en la misma postura, sin dar la menor señal de haberle oído, lo cual produjo un movimiento de impaciencia por parte del magnate.

—¡Es cosa bien extraordinaria! volvió á decir. Despues de tenerme un dia entero encerrado sin comer en una maldita cueva,

privado de comunicacion, llevo aquí por milagro, y las primeras criaturas vivientes que encuentro, ni aun se dignan mirarme. ¿Con que no podré saber quién sea ese religioso, ni cuando ha muerto?

El mismo silencio fué la única contestacion. Mordióse los lábios el preguntador y exclamó, no pudiéndose contener mas tiempo:

—Juro á Dios, que esto pasa de mofa, señores míos: ¿Pensais acaso que he venido á esta sala, para serviros de entretenimiento? ¿Estais por ventura embrujados? Pues á fé que algo se me alcanza en esto de deshacer encantos. Y sin mas razones, asiendo con fuerza por el brazo al dominico mas inmediato, le dijo: veamos ahora, si me oye vuestra paternidad. ¿Cómo se llama ese hombre que se halla ahí tendido?

El fraile arqueó las cejas sin responderle. En esto llegóse á él por detrás su conductor, y le dijo al oido con voz apenas perceptible:

—Señor Infante, no interrumpais á los santos padres.... están en *meditacion*.

—Al diablo con su meditacion, respondió el primero. Bien pudieran hablarme, y meditar despues hasta la hora del juicio final....

—Advertid, señor D. Juan, que alejados del mundo en esta hora, solo tienen su pensamiento en Dios.

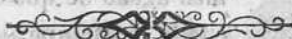
Nada replicó á esto el Infante, sino que conformándose, pues no tenia otro remedio, á menos de ocasionar un escándalo; se apartó de allí y fué á tenderse cuan largo era sobre el lecho, de que poco há hicimos mencion.

Lo que no pudo lograr con su impaciencia, se consiguió por un movimiento que hizo el cuerpo, por cuya alma oraban los padres con tanto fervor: mas al notar que se meneaba, no fueron dueños de sostener mas tiempo su gravedad. Llenáronse de espanto, y no hubo santo en el Paraiso celestial á quien no se encomendasen: sin embargo, nadie interrumpió el silencio, hasta que un ¡ay! profundísimo acabó de trastornarlos.

—Ha resucitado, ha resucitado, decíanse unos á otros, acogién-dose á los rincones de la habitacion.

Apretábanse en ellos, santiguábanse y cubrian sus rostros con

los hábitos como si realmente tuviesen delante alguna espantosa vision, en tanto que el cuerpo de aquel infeliz tendido comenzó á sacudir el mortal letargo, sentándose primero, y poniéndose despues en pié, cuidándose muy poco del sobresalto de los religiosos que le observaban, sin atreverse á huir ni á respirar. Separó con mucha calma las trenzas de pelo, que casi le ocultaban la cara, y con ojos de gato montés registró todo el aposento. Detúvose un momento á considerar aquel monton de frailes silenciosos y turbados, y llevando una mano á la frente, se puso al parecer á recoger sus ideas, despues de haber contemplado con atencion el vestido que lo cubria.



CAPITULO IX.

En que se manifiesta la desinteresada proteccion que el infante

D. Juan dispensaba á los desvalidos.



ORMIA en tanto D. Juan á pierna suelta, bien ageno de que el muerto habia resucitado, hasta que al contacto de una mano fria, como el hielo de las tumbas, despertó despavorido y lo vió junto á la cama. Creyó ser ilusion de su fantasía, que volvia á atterrarle con las visiones que tanto le habían asustado en las bóvedas, hasta que abriendo enteramente el único ojo, de que podia disponer, no le quedó la menor duda de que efectivamente tenia delante el mismo objeto, que poco antes habia visto boca abajo en medio de la sala. Un agudo grito fué todo lo que pudo articular su garganta, anudada por el pavoroso miedo, que le inspiró tan impensada aparicion, pero tan lastimero, que el mismo resucitado dió dos pasos atrás, imaginando si el Infante se habia

vuelto loco. No tardó, empero, en desengañarse, notando que á toda prisa se santiguaba, al paso que los frailes decían:

—No hay duda, eran amigos y Dios castiga al caballero, por haberse asociado con los réprobos. Pronto lo verémos volar por el aire, seguido de esa alma en pena, si antes no se hunde el piso y desaparece con ellos en el abismo.

—Nada creais, señor Infante, dijo el espectro con melosa y dolorida voz: vivo estoy todavía, aunque bien molido de los golpes, que he recibido en todo mi cuerpo. Vos lo sabeis bien.... pero así consigais reposar un día en el seno de Abraham, dejaos de santiguar, si es que lo haceis por mí, y ayudadme á salir de este convento, donde nunca debí haber entrado, aunque diez veces me ahorcase el Rey de Castilla.

Maravillado quedó D. Juan, de oír al muerto tan concertadas razones y mucho mas le chocaron las últimas palabras, por lo que se detuvo á mirarle con mas atencion. Incorporóse en el lecho, clavó en él la vista y exclamó:

—¡Pecador de mí! ¡Virgen Santísima! ¡Misericordia....! Es el dominico, que he visto yo mismo morir en la sala larga á mano de los nobles, y que ha tomado la figura de Jucef, para espantarme.

—Es el alma del mismo judío, que viene á llevaros, señor, y quien sabe si á nosotros tambien, dijo un fraile temblando.

—Eso no puede ser, gritaba el Infante, cubierto de frio sudor: que me traigan agua bendita.... yo no quiero un muerto por guia... yo iré, cuando Dios me mande comparecer á sus juicios.... pero ahora.... ahora.... es imposible: vete en paz.... yo te conjuro: vete en paz ó dí pronto á qué vienes; y si deseas alguna misa, esos padres te dirán mas de las que creas necesitar. Yo no puedo hacer mas, sino rogar por tí.

—No lo necesita, ni misas tampoco, contestó el mismo fraile, porque está ardiendo en los infiernos.

No pudo menos que sonreirse burlonamente el que por muerto tenían, al ver tanta ignorancia, y á todos pareció aquella sonrisa la de Satanás. Sin embargo se dirigió al de Vizcaya, diciendo:

—Ved, Infante, y tocadme, para convenceros de que soy de

carne y huesos, á pesar de tenerlos bastante maltratados ; tales porrazos han llovido sobre mí, no sé en donde, puesto que no era en esta habitacion, en la cual sin duda me dejaron olvidado ó creyéndome muerto. No soy, pues, el dominico, que tanta parte tuvo en mi desgracia, ni el alma de Jucef. Soy el mismo Jucef, servidor fiel de Vuestra Alteza, á quien sacásteis de palacio y obligásteis á venir á estos sitios, para ser estropeado, magullado y asesinado por vuestros nobles ; no lo digo porque os ofendais de nuevo contra mí, sino para sacaros del error en que estais, así como esos santos padres que me contemplan con esos ojazos tan abiertos.

—Precisamente hay en esto alguna equivocacion, dijo el Infante: mas dime ahora, si realmente estás vivo, lo cual empiezo á creer en vista de tus razones, ¿cómo saliste de la sala, en que yo mismo te ví caer de hocicos tan mal parado, que ni movimiento hacias?

—Eso es lo que yo no podré explicar, mi respetable protector, respondió el judío frotándose la frente: por mas que quiero traer á la memoria lo pasado, solo puedo acordarme de que allá caí, ó con mas verdad, me tendieron sin sentido aquellos furiosos caballeros y que al salir de mi letargo, me levanté y hallé encerrado en este hermoso aposento, donde viéndome sin amparo, comencé á sollozar y á quejarme amargamente de mi suerte.

—Ahora ya no me queda la menor duda, dijo saliendo de su rincon el religioso que sirvió de guia á D. Juan en la bóveda ; mis hermanos trajeron aquí á ese hebreo, como á sitio retirado, donde no fuese visto por las tropas del Rey.

—Así será, añadió Jucef, y yo al sentir las pisadas de estos reverendos padres, juzgando que los enemigos asaltaban el convento, quise hacerles creer que estaba realmente muerto, y volvíme á echar por tierra.

—Y nosotros, repuso el mas grave de los padres, para hacer ver que uno de nuestros hermanos habia fallecido de muerte natural, le pusimos ese santo hábito, que ya otras veces ha servido de mortaja.

—Isaac me ampare, gritó asustado á su vez el judío. ¡Yo amortajado....! Y empezó á desnudarse á toda prisa de la ropa fatal.

—Dichoso tú, sacrílego infiel, si ahora mismo fueses enterrado con ese bendito escapulario, replicó el fraile, quien seguido de todos los demás se fué acercando á la cama de D. Juan, luego que estuvieron bien seguros de que Jucef no era un aparecido. ¿Crees, por ventura, que tus hediondas carnes hubieran manchado la ropa nupcial de los escogidos, si el temor de la persecucion no nos hubiera obligado á hacerte pasar por uno de nuestros hermanos en Dios?

—Es decir, contestó el Infante con diabólica sonrisa, que pretendíais cubrir un asesinato con el hábito de la órden. La invencion es hija del mismo diablo. ¡Ah! y el dominico que tambien sucumbió á los golpes, allá junto á la poltrona.... ¿ha resucitado tambien?

—*Requiescat in pace*, respondió el mismo padre: ha espirado, sin proferir un solo quejido.

—¡Lástima! dijo D. Juan poniéndose en pié; era digno de mejor suerte. ¡Con cuánta valentía se defendió de sus contrarios! Buenos puños!.... sí... y buenos hígados! Descuidados anduvisteis en no darle socorro, y....

—No teneis razon, Infante: le hemos ayudado fraternalmente en todas sus necesidades, le interrumpió el religioso, bajando la cabeza; por mas valiente que tuviese el corazon, no hubiera podido sostenerse solo en la hoguera, sin nuestro auxilio.

—¡Qué oigo! gritó Jucef horrorizado....

—¡Cómo! ¿Será cierto que habeis quemado vivo á vuestro hermano? preguntó el Infante con sobresalto.

—Nosotros no, ni tenemos esas facultades. El tribunal lo ha declarado *contaminado*. Hijos mios, *requiescat in pace*.

—*Amen*, dijeron todos: judío, preparaté á presentarte al Santo tribunal.

—No, no, exclamó Jucef fuera de sí.... no seréis tan bárbaros.... señor Infante, socorredme, salvadme de estos tigres sedientos de sangre....

—Nuestro hermano, le replicaron, un siervo de Dios á quien tus pecados habian ensuciado, ha comparecido delante del tribunal. ¿Crees, israelita, que contigo tengamos menos caridad? No; la ne-

cesitas mas, y la emplearemos, para que tu alma no se pierda en este mundo y en el otro. Mucho sufrirás aquí.... mas en el Paraíso serás afortunado.

—Señor, en vos confío, decia el perseguido hebreo al Infante, desecho en lágrimas. ¿No veis la horrorosa suerte que me espera? Compadecedme de mí.... estos no son hombres.... no tienen entrañas.... ¡Ah! ¡Desgraciado Jucef! Todas las calamidades de Israel se han acumulado sobre mí.... Don Juan.... Don Juan.... nada: tan insensible como ellos.... ¿No me oís señor Infante....? ¡ah! vedme arrojado á vuestros pies.

—Muerde, muerde la tierra, judío: en valde quieres huir del justo castigo de tus crímenes, dijo un dominico; voy á avisar al tribunal: en breve volveré. Y salió del aposento.

Don Juan parecia indiferente á las amenazas de los frailes y á los ruegos del judío; mas no lo era por su propio interés, y no tardó en calcular el buen partido que podia sacar, librando al último de aquel nuevo peligro, partido infinitamente mas provechoso, que el que le resultaria de su muerte. Dispuesto así á favorecerle, ya que no por piedad por avaricia, pues jamás se paraba á examinar sus acciones, sino el producto de ellas, ó la satisfaccion de sus inmoderadas pasiones, alzó del suelo á Jucef, y tomándole la mano le intimó al oído esta sentencia:

—Nada temas si me abres tus tesoros, pero te abandono á la primera negativa. Echa tus cuentas: ó ser generoso, ó morir tostado por estos demonios vestidos de dominicos.

Sintió el judío desgarrarse sus entrañas al escuchar esta proposicion; mas no tenia remedio: el peligro era inminente, y no habia alternativa entre espirar en las llamas, para satisfacer el celo religioso de sus perseguidores, ó ganar á fuerza de oro la proteccion del mismo, que le habia metido en aquel laberinto, por lo que se decidió, no sin mortales angustias, en favor del último partido, como el mas prudente en tan desesperado aprieto.

—Disponed de mí, D. Juan, prorumpió entre sollozos que ahogaban sus palabras. Sí... podeis estar seguro de mi agradecimiento, mientras viva.... contad desde luego con.... y aquí se deluvo.

—Vamos, despacha pronto, dijo el magnate suavizando la voz y abriendo ambas manos, cual si fuese á apoderarse de los tesoros de todo el universo. ¿Cuánto pones á mi disposicion?

—Decid mas bien á qué precio os compro mi miserable existencia. ¡Bienaventurado Abraham! esto es un verdadero robo.... pero ¿qué he de hacer? no veo otro camino.... bien.... sí.... yo... os daré todas las alhajas del tesoro del Rey.

Brilló de alegría el ojo único del señor de Vizcaya al oir las últimas razones, y deteniendo á dos religiosos, que ya se adelantaban á apoderarse del judío, para conducirle al tribunal, desnudó el acero, é impuso á los demás exclamando:

—Ténganse todos, y nadie sea osado á tocar á este hombre, que tomo bajo el amparo de mi espada, si antes no quereis ver vuestras cabezas en dos partes divididas. A cuya amenaza, temerosos los dominicos, hiciéronse á ambos lados, abriendo paso al caballero.

—Sígueme, dijo éste á Jucef, tomándole de la mano, á tiempo que separándose de sus compañeros el mismo religioso, que le sacó de las bóvedas, se obligó á conducirlos de nuevo, por las revueltas del convento, hasta la primera salida: cuyo ofrecimiento admitido, atravesaron la habitación, bajaron á los claustros, y entraron en la sacristía. Empujaron allí una puerta y se encontraron en la iglesia.

—¿Cae muy cerca de la cueva, en que me escondisteis, el aposento que hemos dejado? preguntó D. Juan al fraile, mientras atravesaban la nave del templo.

—Encima justamente, contestó éste, haciendo la señal de la cruz.

—¡Ah! ahora caigo, volvió á decir el primero, mirando atentamente al judío. Tuyos eran los lamentos, que tanto me atemorizaron, cuando este santo padre llegó á sacarme del escondrijo.

—Así habrá sido, Infante, respondió el judío, pesaroso del enorme precio de su libertad.

Llegaron á la puerta principal del edificio. Jucef salió á la calle el primero, detúvose un instante D. Juan y le siguió: en este momento sonó la campana, que llamaba á los religiosos al rosario y exclamó el dominico:

—Van á bajar; esto es hecho.

Y poniéndose en la calle, cerró tras sí la puerta con estrépito.

La conducta de este fraile llamó entonces la atencion de ambos fugitivos. Parecia natural que desde la iglesia se hubiese vuelto á reunir con sus compañeros, en lugar de asociarse al destino de dos hombres, que por su arriesgada posicion se veian en la necesidad de ocultarse; para salvar sus vidas; lo que dió motivo á don Juan de sospechar, si seria algun espía del Rey. Destruia no obstante este mal pensamiento el servicio que del mismo habia recibido en las bóvedas, no siendo probable que allí le hubiese alimentado y favorecido, pudiéndolo apresar impunemente, para despues entregarlo con perfidia á sus enemigos.

Pero no tardó el fraile en desvanecer todos sus escrúpulos, pues viendo que tomaba una direccion, que conducia al interior de la ciudad, colocóse al lado del Infante y á media voz le dijo:

—¿Os empeñais, pues, en correr á vuestra perdicion? ¿Quién os impide, cuerpo de mí, el salir fuera de la ciudad, y tomar despues atravesando los prados, el camino de Aragon? ¿No pensais ya en doña Blanca de Almazan?

Esta indicacion escitó toda la curiosidad del magnate, al paso que el consejo, á que iba unida, le hizo conocer que tenia un amigo en aquel disfrazado, pues ya no dudaba que el hábito, con que se cubria, nada tenia que ver con su profesion, y así deteniéndose delante de él, le preguntó con ahinco:

—¿Quién eres, que tan señalados favores me has hecho, en tan corto espacio? ¿Has llegado acaso de la frontera de Aragon?

—No há muchos dias que salí de ese reino, le contestó el desconocido: pero, sus... silencio, que me importa no ser conocido, tanto como al que mas; porque, gracias á Dios, tambien tengo pescuezo. Seguid mi aviso y no os descuideis, pues solo en Almazan puede haber hoy seguridad para vos. En cuanto á mi nombre, para nada lo necesitais, despues de lo que ha pasado. Básteos saber que soy dueño de muchos secretos y os soy adicto. Adios Infante... no os fieis de ese maldito judío, que os venderá á la primera ocasion. Adios, ¡Ah! Se me olvidaba deciros, que en el pri-

mer bosque de la derecha, antes de llegar al Zadorra, encontraréis un caballo, que os tiene uno de vuestros escuderos.

Dicho esto, y sin esperar respuesta, separóse el fraile de ellos, dejándolos llenos de admiracion, que se aumentó de todo punto, cuando haciendo puntualmente cuanto les habia prevenido, hallaron en el sitio designado uno de los propios caballos de D. Juan, amarrado á un árbol y no léjos de allí al criado que lo guardaba.

Montó el Infante, despues de haber sabido por este escudero, que un hombre de mala traza le habia asegurado hallarse su señor encerrado en el convento de Santo Domingo, previniéndole le tuviese el caballo pronto en aquellas inmediaciones, donde no tardaria en presentarse. Esto fué todo lo que D. Juan pudo descubrir, acerca del fraile misterioso, pues por mas preguntas que hizo al criado, nada averiguó de sus relaciones con la bella dama de Almazan, ni de los negocios que le hicieron salir de Aragon, segun él mismo habia dado á entender.

Llegados los tres á Valladolid, dejó don Juan en esta ciudad al escudero con el judío, para que éste le entregase las joyas que habia prometido, tomando él la ruta de Almazan, con la resolucion de solicitar la mano de la heredera de aquellos estados, ó penetrar en Aragon y tomarlos á viva fuerza, ayudado del señor de Villena, si sus propios negocios le permitian acudir al socorro de su amigo. El judío que no tenia suerte mejor á la mano, prometió unírsele en el camino, llevando todas las alhajas y pedrería, que el Rey habia puesto á su cuidado, esperando en su interior que se le presentaria en lo sucesivo favorable coyuntura de salvarlas de las garras del Infante, y le pidió algunas horas de detencion. Dióselas D. Juan, haciendo que su escudero, hombre forzado y brutal le acompañase, pues el aviso del fraile desconocido encerraba la advertencia de que no confiase mucho en las promesas de Jucef.

Estos fueron los motivos de hallarse solo nuestro *Tuerto* campeon cerca de la raya del vecino reino, algunos dias despues de haber salido del convento de los dominicos de Vitoria. Los sustos pasados, las privaciones sufridas, su orgullo contrariado por el mal éxito que hasta entónces habian tenido sus planes, y los ardores de

un sol abrasador, habian casi agotado sus fuérzas físicas. Atorméntábale además la idea de su propio peligro, del que no se creía exento, mientras no penetrase en Aragon, y aun allí temia no ser bastante poderosos los lazos que le unian al rey D. Jaime *segundo*, para impedirle de cometer una traicion, si convenia á su política entregarlo al de Castilla.

Acosado de tristes presentimientos, y empeñado por otra parte en luchar contra el torrente de su destino; arrastrado por una ambicion que no conocia límites, desconfiando de todos sus parciales y hasta de sí mismo, acrecia el magnate sus sufrimientos con su misma impaciencia y le era insoportable la soledad. Muchas veces se habia detenido á esperar la llegada del judío y su criado, acusando con juramentos una tardanza que le desesperaba, hasta que fijándose en su imaginacion el pensamiento de que Jucef podia muy bien burlar su confianza faltando á lo prometido, resolvió detenerse, sentándose al efecto á un lado del camino, para pensar seriamente el modo de castigar un delito, que le iba á sumir en los mayores apuros, faltándole las preciosas alhajas, con cuya adquisicion no dudaba vencer la repugnancia, que Blanca opondria para rendirse á sus deseos.

La llegada de los que esperaba no tardó en sacarle de tan cruel embarazo, llenándole de contento, así como la noticia que le dieron de que todas las joyas se habian vendido, produciendo una considerable suma de oro, que Jucef llevaba en una rolliza mula, le hizo olvidar todos los reveses de su vida, presentándole la fantasia cuanto de risueño y agradable puede idear un hombre dispuesto siempre á satisfacer sus pasiones, y á crearlas nuevas, si era preciso, una vez apuradas todas.

Ya nada le pareció dudoso: con tantas riquezas era imposible que la heredera de Almazan, desamparada en aquel desierto de Aragon, privada de la proteccion de D. Alfonso, y obediente solo á las órdenes de una madre bondadosa, que no costaria deslumbrar, se resistiese á darle su mano y á hacerle dueño de los ricos estados que codiciaba. ¡Qué fortuna si al título de señor de Vizcaya añadía los de Alcócér y Almazan! Este último castillo, sobre todo,

le pondria en el caso de no temer ningun contratiempo. Desde él desafiaria al Rey, entraria por tierras de Castilla y atizaria la rebelion con mas empeño que nunca lo habia hecho, consiguiendo á fuerza de armas, nuevas honras y sangrientas venganzas de sus contrarios. El cariño de la desgraciada Blanca entraba por nada en estos cálculos, considerándola bastante pagada con la parte que debia corresponderle en el goce de las grandezas que él alcanzase con su lanza. Poseído de placer con la perspectiva de tan halagüeño porvenir, no quiso dilatar mas tiempo la llegada al teatro de sus futuras glorias; por lo que ayudado de Jucef, y del escudero, subió sobre el corcel y continuó el viage formando mil agradables castillos en el aire, al paso que el judío suspiraba tristemente, cada vez que sus ojos se encontraban con los repletos talegos, prendas queridas de su amor, cuya separacion debia serle mas dolorosa que la muerte.



CAPITULO XX.

Interrompe nuestra historia nuevamente la aparicion
de otros personajes.



FLEVÁNSE hácia las montañas de Aragon, no léjos de la famosa sierra de Albarracin, las arruinadas torres de un antiguo castillo, cuyas respetables ruinas sirven de guarida á los innumerables lobos y á algunos osos y ciervos, que buscan en ellas un asilo, cuando el nebuloso Moncayo arroja sobre el enmarañado bosque sus horrorosas tempestades. Magníficos arcos esparcidos sin órden en un espacio de cerca de media legua, rotas columnas, almenas desmoronadas, lienzo enteros de murallas derribadas, donde aun se notan, casi destruidas por el tiempo, considerable número de aspilleras ennegrecidas, largos corredores descubiertos y sin techumbre, pero que manifiestan la grandeza y objetos á que fueron destinados en los pasados siglos, todo presenta

á la imaginacion del curioso viajero asunto digno de profunda meditacion, recuerda el orgullo del feudalismo y conduce el pensamiento hácia aquellos tiempos de barbárie, de cortesanía, de supersticion y de heroísmo.

No siempre estuvieron condenados al silencio los anchos patios y cuadras de tan solitario castillo, y en la época de los sucesos que vamos refiriendo, ostentaba tal magnificencia y solidéz, que con razon tenia derecho á esperar mas larga duracion. Un ancho foso, defendido por enormes puertas de hierro, altas almenas que levantaban con altivéz sus gigantescos picos, á despecho de los árboles de la vecina selva, rodeaban la fortaleza y dominaban una estension de llanura considerable; defendidas murallas, pozos subterráneos y un puente levadizo del mismo metal que las puertas, sostenido desde dos torres triangulares por gruesas cadenas, daban á entender, por la parte exterior, la importancia de su fortificacion, completando lo que entónces se llamaba un castillo inexpugnable. Era con todo difícil, sin ser práctico en el país, acertar el parage que ocupaba, estando como queda dicho, circundado de espesos bosques, y oculto en cierto modo, bajo la sombra de la dilatada cordillera de montes, que se pierde en los confines de Navarra y las dos Castillas.

Lo interior del castillo hacía singular contraste con las belicosas obras, que desde afuera lo hacian tan temible, y se conocia desde luego el lujo y delicado esmero, con que sus dueños habian atendido á la comodidad y al regalo. Atravesando el patio principal ó plaza de armas, habia á la estremidad una espaciosa escalera, que conducia á las primeras habitaciones. Ocupaban estas el remate de una galería larga y no muy clara, á causa de la corta luz que penetraba en ella, por la elevacion desproporcionada de las ventanas y sus vidrios de colores, y en la cual se paseaban algunos criados de mayor confianza, esperando tal vez algunas órdenes de sus señores. Una puerta de dos hojas, que en esto se distinguia de las muchas practicadas á lo largo del corredor, daba á conocer que el aposento á que correspondia estaba destinado para las personas de mas consideracion; pero jamás se hubiera uno imaginado que tan

formidable castillo, tantos hombres de armas como recorrian las cuadras y atronaban con su algazára los oídos menos delicados, el vigilante cuidado, con que los faccionarios guardaban sus puestos, y la rigurosa disciplina observada escrupulosamente en todo lo que oía al servicio militar, tuviesen por único objeto proteger la seguridad de dos damas.

Las bellas que esto lean, podrán si gustan llenarse de vanidad y exclamar entusiasmadas: *hé aquí nuestro imperio*. Mas si condescendiendo un momento su reflexion á considerar, que este imperio se ha debilitado mucho, que los hombres creciendo en ambicion, en ódio, en adulacion, en descortesía, si se quiere, y en otros vicios no menos detestables, derraman con más placer su sangre por un empleo, por hacerse un amigo poderoso y aun por otras causas menos nobles, conocerán que lo que han adelantado en siglos, lo han perdido en influencia, asegurando esta asercion los pocos ejemplos, que la civilizacion moderna presenta de desafíos, guerras y trastornos, debidos á la posesion de una hermosura; á lo que tambien ha podido contribuir la diferencia de temple entre las damas de ahora y las antiguas, ánhelando éstas ser conquistadas á punta de lanza en desesperados encuentros, al paso que las primeras solo ceden al altivo desden á almivaradas palabras y constantes suspiros.

Sea de esto lo que quiera, el aposento mencionado era magnífico y probaba el esquisito gusto del arquitecto empleado en su construccion. Adornaban las paredes floreados tapices de damasco, entre los cuales pendian á trechos de dorados clavos algunos mal acabados cuadros de los antiguos reyes de Aragon, que indicaban hallarse todavia en la infancia el arte de la pintura. Sobre un entarimado incrustado de piedras blancas y azules, adornaban los costados de la habitacion ricas alfombras, que representaban bordados en sedas y con bastante propiedad todos los azares de una cacería, formando gracioso juego con los toscos sillones de madera de encina, sobrecargados de adornos y cubiertos de tela carmesí: una disforme semejanza de araña de plata maciza, en la que ardían á su tiempo siete bujías, despidiendo azulada luz y deliciosa fragancia, colgaba

del techo, matizado de guirnaldas sobre un fondo claro, y una mesa de mármol de Calatrao, de color negro con venas rojas, ocupaba la testera de la sala.

Tal era el aposento mas agradable del castillo de Almazan, donde la bellísima Blanca, víctima de una turbacion deliciosa, pasaba largos dias y tristes noches, al lado de su cariñosa madre. En vano esta señora, respetable por sus virtudes, empleaba el mayor esmero en disipar las sombrías nubes, que oscurecian el corazon de la doncella: inútilmente se habian llamado los mas afamados trovadores, que recorrian el país, para que con alegres baladas ahuyentasen sus melancólicos pensamientos. Complaciase Blanca en recorrer los mas solitarios sitios de la fortaleza, dando pábulo al interior desasosiego que la consumia, ó bien desde la torre mas alta fijaba sus hermosos ojos, preñados de lágrimas, en el camino de Castilla, por el cual habia desaparecido, pocos dias antes, enlutado aventurero llevándose la paz y el cariño de la enamorada heredera de Almazan: y suspiraba entónces tiernamente; y pesábale haberle dejado partir, ó arriesgarse contra los enemigos de su bando, luchando consigo misma entre el deber, la esperanza y el agradecimiento, no sin sobresaltarse horrorizada, al imaginar que quizá, á aquella misma hora, su intrépido campeón habria encontrado la muerte, en premio de los importantes servicios, que eran el blanco y motivo de su partida del castillo.

Gustábale otras veces perderse en las enredadas vueltas del bosque cercano, seguida del fiel mastin que el caballero Negro la habia dejado en prenda de su constancia; y mientras *Bravo* perseguia sin descanso al hambriento lobo, que osaba disputarle el paso, Blanca sentada sobre la verde alfombra, alimentaba la peligrosa llama de su pecho con amorosas cavilaciones. Pensaba en aquel jóven guerrero, como en una encantadora vision, creada por ardiente fantasía, y cuya halagüeña imagen colma de dulzura los floridos años de la vida, ó cual se representa, á merced de blando sueño, animada idea llena de amor, de ternura y de belleza, dejando al despertar agradable ilusion, que permanece en el pensamiento y la memoria. ¡Cuántas veces anhelaba volver á contemplar

aquel objeto, que ella se complacia en adornar con los mas seductores atractivos! ¡Cuántas suspiraba por verle aparecer de nuevo á sus ojos, como la vez primera, rodeado de todo el prestigio del valor y de la gloria! Y cuando la severa realidad se abria paso por el tumulto de deseos y esperanzas, que sin cesar le combatian, cubria de mil dudas é imposibles el lisonjero porvenir, sin borrar, empero, la profunda impresion, que aquel aventurero hiciera en un corazon tan sensible, tan tierno y tan enamorado.

—Acaso no le veré mas, exclamaba en la soledad; prendado de mas brillante hermosura, y olvidado de sus promesas, recibe tal vez en este instante los cariñosos halagos de una rival, dejando á la pobre Blanca recuerdos demasiado gratos.... mas ¿qué digo? ¡Insensata! ¿Tan pronto he olvidado su rendimiento, su hidalguía, su amor? No; no es posible que el caballero mas animoso de las dos Castillas abandone con tan fea traicion la causa de una dama, que á su brazo ha confiado su destino, que le adora con indecible ternura....

Seguia á Blanca como su sombra el viejo Rodrigo, antiguo escudero, que acompañó á su padre, el infante D. Pedro, á la guerra de Granada, y vió despues de la batalla el sofocado cuerpo de este caudillo, tendido sobre la arena: á pesar de un génio bastante propenso á impacientarse, profesaba el mayor afecto á la esposa é hija de su esclarecido amo, y era asimismo el criado de mas suposicion en el castillo. Entre varias manías que le eran peculiares, tenia este escudero la original de no poder sufrir que otro alguno conviniese con sus propias ideas, ni se diese por satisfecho de sus discursos, antes al contrario, contaba por mayores amigos á aquellos que, conociendo su flaco, contradecian á diestro y siniestro la menor proposicion que soltaba; siendo de notar que ni doña Blanca, ni su madre estaban exentas de esta especie de guerra continúa, que era preciso sostener contra el buen Rodrigo, para tenerle propicio. Por esta causa, Artal, otro criado de la fortaleza, no de tantos años, y gran fabricante de romances y baladas, poseia en alto grado su amistad y consideracion, sin que ninguna novedad ocurriese dentro ó fuera de casa, al alcance del viejo escudero, que no la comu-

nicase inmediatamente á este favorito, siempre opuesto á sus planes, al paso que mantenía implacables hostilidades contra el capellán, hombre adulator y pacífico, que no podía concebir las causas de una contradicción tan sorprendente, entre la vanidad humana y la indescifrable modestia de aquel hombre.

Cerrada se veía la puerta de la habitación de las castellanas de Almazan, y el sol brillante de un día de primavera empezaba á disipar las tinieblas del corredor inmediato, donde largo rato hacía conversaban amigablemente Rodrigo y Artal, asomados á una de las ventanas abierta de par en par. Sus palabras pronunciadas con fuerza y espresion, segun el grado de calor que les animaba en la discusion, perdíanse con un sordo susurro entre el ramaje de la selva, y manifestaban que el asunto de su plática era de poca importancia.

—Hermosa mañana, señor Rodrigo, decia el poeta, contemplando las nubes: los céfiros embalsaman el aire.

—No estamos en ocasion de gastar el tiempo inútilmente en esas vaciedades, replicó Rodrigo. Por otro lado, la noticia me parece imposible. Sí: imposible. ¿Pues no ha de ser...? ¡Pobre amo mio! Si vivieras no sucederia nada de esto.

—Hasta ahora nada ha sucedido, murmuró el primero.

—Pero sucederá, Artal, sucederá á menos que Dios haga un milagro. Bien se ve que no conoces los enredos de la corte de Castilla.

—Los conozco mejor que vos y toda vuestra casta, respondió Artal.

—Puede ser, hombre, puede ser, y no lo decia yo por tanto. Noble hay allí, que piensa él solo reunir para sí todos los estados de sus amigos. Eso sí... devastar el reino, cuanto se quiera: pero arremeter á la morisma, con mas tiento. No era como ellos el infante D. Pedro. Me acuerdo de aquel día horroroso... era la víspera del bienaventurado San Juan Bautista, cuando los moros capitaneados por Ozmin acometieron nuestra retaguardia.... Antes que se me olvide ¿has compuesto la cancion, que habla de esta batalla sangrienta?

—Acabada la tengo, para regalar con ella al señor Rodrigo, cuando sea menester y lo pida.

—Pues mal hecho, y peor pensado.

—Puede ser....

—No hay mas puede ser que lo dicho, gritó Rodrigo, á quien el poeta no contradecía quizá por la primera vez en su vida.

—Pues ya se ve, dijo este último distraído. ¿Quién niega que tengais razon?

—¡Demonio! ¿A mí con esas....? volvió á gritar el escudero con mas fuerza. No señor; no se ha de componer el romance mal que les pese á todos los menestreles nacidos y por nacer.

—Yo digo que sí, repuso con fingida ira Artal, y que no tiene pizca de entendimiento el señor Rodrigo. La cancion ya está escrita de mano del capellan, y la cantará el que yo quisiere, con tal que no sea mudo.

—Hombre, de todo puede haber, dijo el viejo sosegado con la respuesta de su amigo. Has hecho bien en darle la última mano, pero eso de escribirla debo decirte que es ocupacion de gente villana, y tampoco me gusta que en este negocio haya metido su guante el padre capellan.

—¡Oh! Es hombre para el caso, indicó el poeta, y agradó mucho á su reverencia.

—A su reverencia agrada cuanto ve y oye: así te digo, que no anduviste cuerdo en fiársela..... seguro estoy, que habrá trocado algunas voces; porque estos hombres de Iglesia todo lo revuelven patas arriba.

—¿Cuántas veces he de decir, seor escudero, que me dió la gana de hacerlo así, y que el capellan no es hombre que se muerda el dedo en esto de la gaya ciencia?

—Habláras claro de una vez, por San Judas: ahora digo que estoy conforme con ello, en todo y por todo, y no hay que mentar mas el asunto. Tratemos del rey D. Alfonso y su cuadrilla. ¿No te parece infamia esa de querer despojar á doña Blanca de estos estados que le dejó su padre? Voto á Barrabás, que si él viviera, se las habian de pagar tan infames caballeros.

—Esta nueva es por sí sola capaz de quitar el sueño á doña Blanca, á quien yo llamo en mis trovas *la Diana de esta encantada floresta*, sino fuera porque ya anda sobrado desvelada con tiernas memorias.

—¡Diablo! ¿Tenemos mas, sino ir y avisar al caballero de las armas negras, para que vaya matando uno á uno á esos malsines de Castilla? Yo te aseguro que despues que su brazo arranque de la silla una media docena de ellos, incluso el rey Alfonso, se avengan los demás á partido.

—Cierto, exclamó el poeta; y es preciso alentar en esta idea á la *virgen de Almazán*, como la nombré en aquella cancion, que compuse espresamente para ella.

—Y que no vale un cornado, gritó Rodrigo, incomodado al oír que Artal apoyaba su pensamiento: ya estoy cansado y fastidiado de tus malditas coplas, que las brujas maldigan.

—Y á mi me tiene vuesa merced hecho una criba con esa detestable prosa, semejante á una nube de flechas, replicó Artal. Digo y repito que solo el caballero oscuro ó *Negro*, ó del color que se llame, es quien puede hacer que doña Blanca resista las pretensiones del Rey de Castilla; y se me antoja decirlo así, y se lo diré á ella misma, cuando venga á pleito.

—Eso es hablar, como pudiera el mismo arzobispo de Toledo. Vamos; no hay mas, sino tomar la vénia de doña Blanca y despa-
char un mensajero á....

—¿A dónde? señor Rodrigo ¿á dónde? ¿Os dejó dicho por ventura el de las armas negras el parage á que iba, cuando salió de este castillo? ¿O pensais encontrarle acosando las fieras del *bosque umbroso*, mientras impaciente espera ver aparecer entre el espeso follage á la *Diosa* que lo guarda?

—Siempre he dicho, Artal, que tu estraña cabeza solo servia para urdir cuatro coplas mal enhiladas y peor dichas; pero no te tuve por menguado, de todo punto, hasta ahora, que me haces tal pregunta, que no la pensára el mas novicio doncel de estos tiempos. ¿Imaginas acaso que doña Blanca ignora dónde pelea su caballero? Y yo supongo que pelea, porque debe hacerlo siempre un guerrero

al parecer tan animoso. Acuérdomelo ahora de mi querido amo el Infante, que muchos días antes del de su muerte, sostenía que todo buen caballero ha de morir, primero que confesar hallarse fatigado de mortal combate. Dígame, pues, que nuestra joven señora ha de saber por precisión el sitio, en que podemos encontrar al valiente aventurero.

—No hay más que decir, maestro Rodrigo, y este es asunto terminado. Yo la propondré buscar al campeón, que tanto se agradaba de mis trovas, por lo que siempre le tuve por hombre entendido, y no dejaré sin registrar camino ni vereda en Aragón y Castilla.

—¡Oh! él vendrá con la lanza en ristre, apenas sepa los apuros de mi señora.... ¡Qué gusto entonces! Mira, Artal; esta fortaleza se convertirá en una plaza de armas, abastecida de todo lo necesario á la defensa; quiero decir, se alzará el puente levadizo, y por una medida prudente pegaremos fuego al *bosque umbroso*, y desaparecerá, por mas que tus rimas lo hayan inmortalizado....

—Eso será lo que yo no consienta, interrumpió furioso el poeta, y juro por las barbas de mi padre, que el *sagrado recinto* ha de permanecer intacto, como la madre que me parió.

—Bueno, bueno, respondió el escudero; así será como tú dices, aunque nos espongamos á una emboscada, lo cual no dejará de suceder en el largo cerco que nos pondrá el Castellano. También teníamos circumbalada á Granada, ó poco menos, la víspera de San Juan Bautista, y no dejó por eso de ser un día fatal para los cristianos. Éramos nosotros seis mil infantes, y nueve mil ginetes; pero el calor insufrible, la pelea.... aquello era repartir tajos y reverses.... parecía el infante D. Pedro al Ángel exterminador....

—Alto ahí, señor Rodrigo, que segun veo, vais á repetirme por centésima vez la relacion de tan famosa jornada.

—Pero hombre, si fué un encuentro y una destruccion....

—Aunque fuese la destruccion del mundo entero, no quiero oírla mentar otra vez. No señor, no quiero. ¿Hay tal manía?

—Callaré como un difunto, sin que por eso deje de estrañar el poco interés, que te llevan los sucesos de aquella guerra. Como

antes te decia, será menester que registremos con detenimiento las obras exteriores del fuerte, antes que el rey D. Alfonso y sus bandoleros, que así llamo yo á los caballeros de *la Banda*, vengan á embestirnos. ¡Ah! Verás, verás que diferencia entónces. Cada torre tendrá su centinela, y el servicio se llenará debidamente. Yo apuesto á que el capitán Fortuna piensa, cuando llegue ese dia, hacer afilar las picas de sus soldados y no emborracharse con ellos, como ahora; y eso que siempre le estoy instruyendo acerca de sus obligaciones... pero sí... pedir corderos al lobo: habladle del jarro y de las viñas, y saltarán sus ojos de puro contento. Es un cuero sin principio ni fin, como dice el padre capellan, y es lo único bueno que he oido de su boca.

En esto estaban de su conversacion, cuando repentinamente fué interrumpida por el agudo sonido de la corneta, que se dejó oir desde la torre mas alta del castillo: el eco se repitió tres veces, pero ningun movimiento interior, ni en los patios, correspondió á la señal.

—¿Habrà cosa semejante? exclamó Rodrigo con impaciencia: no parece sino que tienen los oidos tapados con cera esos malditos arcabuceros. Tal vez la borrachera de esta otra noche los habrá puesto sordos: sobre que nada se puede alcanzar del Capitán, para que destierre ese vicio de entre su gente. No há muchos dias se le antojó acercarse á doña Blanca en la plataforma grande para hablarla de sus buenos servicios, con lo cual tieneapestadas las almas de todos los habitantes del castillo: yo iba con ella, como tengo costumbre, siempre que sale de su cuarto; y á propósito, esta costumbre la contraje, desde que su buen padre y amo mio, que espiró en lo mas récio de la pelea de la víspera de San Juan Bautista, á las seis en punto de la tarde, si no mienten cálculos, me pidió y me ordenó que, á fuer de buen escudero, mirase por ella y no la abandonase nunca: ya ves que yo cumplo fielmente sus órdenes, como si él mismo estuviese aquí presente y me las repitiese todos los dias. Calla.... otra vez la corneta..... sí.... pero ya puede el de la atalaya hacerla cantar hasta el dia del juicio, que yo le aseguro no se muevan los soldados; y dígotelo que, ó están todos muer-



tos, lo que no dejaria de ser un grande favor para nosotros , ó el sueño del vino que , dicen , es azas pesado, los tiene sepultados.

—Decid mas bien, replicó el poeta, que el dios de las uvas ha sacudido los ojos del Capitan y de su cuadrilla con hojas de parra empapadas en mosto, como antiguamente aseguran los trovadores que habia un rio en el infierno, donde el sueño mojaba su baston, para hacer olvidar las penas de los condenados.

—Sea eso, dijo el escudero; pero vamos á la caserna, y yo haré que sacudan la pereza y el vino y el sueño, para que sepamos la novedad que el atalayero nos anuncia; que vive Dios, déjalos roncar, y te prometo que los enemigos embestirán el castillo y lo tomarán por asalto, primero que Fortuna abra los ojos y haga formar su tropa.

—Vamos, respondió Artal, y sin hablar mas palabra, bajaron al patio grande y se encaminaron á la caserna ó cuartel, que ocupaba una compañía de aventureros, de aquellos que, en las guerras intestinas, que por tantos años asolaron la España, inundaban las fortalezas feudales, vendiendo sus servicios, por tiempo determinado, al que mas daba, y ejercian mil atrocidades y violencias en los caminos públicos, so pretexto de las luchas en que estaban frecuentemente empeñados los grandes de Castilla.

CAPITULO XI.

Pruébase de una manera irrecusable que D. Juan el Tuerto
había nacido para asustar á todo el mundo



A gente soez y acostumbrada al pillage, que tenia su madriguera á la otra parte del patio principal, era mirada con desprecio y aversion por los pacíficos habitantes, y aun por los mismos señores que la pagaban; mas éstos últimos, poco escrupulosos en los medios, con tal de conseguir ventajas sobre los demás, se veian en la necesidad de valerse de aquella plaga de la sociedad, en la que por otra parte el valor y temeridad sobrepujaba muchas veces, y hacía olvidar sus excesos y tropelías. Llamábanse sus reuniones *cuerpos francos*, y estos se componian generalmente de pequeñas partidas ó grupos, al mando del capitan que los alistaba, recibia ó desechaba á su libre antojo, y cuya mayor parte eran estrangeros, que las revueltas de los castellanos

atraian, para impunemente entregarse al oficio de la guerra, que en ellos era ocupacion indispensable. No tenian disciplina ni subordinacion, y si seguian á sus gefes en los mas arriesgados lances, era por temor á éstos unas veces, y otras por su propio provecho, pues era refran entre ellos, que *donde habia peligro habia botin*. Para no fastidiar al lector con la descripcion de estos aventureros, que semejantes á la langosta, destruian nuestros campos, y robaban cuanto á mano les venia, diremos que en ellos eran hasta cierto punto disculpables los delitos, pues que su institucion estaba, en algun modo, dentro de las leyes, como lo atestigua la certeza de que los mismos soberanos tenian á sueldo *compañías francas*, para servirse de ellas, cuando las habian menester.

Al acercarse á la cuadra de la compañía Artal y Rodrigo, extrañaron no sentir el menor ruido, y examinándola con cuidado, la hallaron desierta. Miráronse uno á otro con sorpresa; pero ambos guardaron silencio un buen espacio hasta que el poeta exclamó trágicamente:

—Aquí fué Troya! todos han perecido.....

—Sí, dijo el escudero, y el demonio de los borrachos ha cargado con sus cuerpos por el aire. No.... pues voto á Santiago, hétélos allí sobre la muralla formados, y hé aquí que cuanto he hablado acerca de su descuido y pereza me ha salido á la cara por esta vez. Preciso es que haya sucedido algo extraordinario, para que el capitán Fortuna se haya calzado las botas tan temprano.

La llegada del mismo Capitan interrumpió su discurso. Era un hombre alto y flaco, de mirar vizco y retorcidos vigotes. Brusco en sus maneras, solo sabía cumplir su oficio y esto á la perfeccion: robar haciendas, quitar vidas y reclutar gente para su compañía. Por lo demás buen camarada, si se trataba de desocupar razonable zaque de vino, ó de seducir alguna incauta doncella, dándosele lo mismo asistir al asalto de murado castillo, que entonar báquicos himnos, en medio de la mas libre francachela. Su traje consistia en una mezcla de modas de varios tiempos y naciones, y sus armas en una lanza formidable y el hacha, que siempre llevaba colgada á la cintura.

—Buenos días, señor Rodrigo, dijo encarándose con el escudero, aunque uno de sus ojos se dirigia al poeta. La corneta nos ha hecho abandonar el nido, y mucho temo que el de la atalaya haya querido divertirse en espantar los grajos de la torre: mas yo le juro que como así sea, ha de probar el agua diez veces al dia. Sobre que ya tengo ganas de que se presente un lance así... un encuentro á lo scita, ó como decia *Mediacara*, un par de horas de refriega; y esa maldita corneta me ha causado el primer gusto que he tenido hace dos meses, pensando que nos atacaba el enemigo.

—Dios nos libre de semejante calamidad, respondió el poeta. ¡Cuánto mas vale roncar á pierna suelta, bien repleto el estómago de sazonado trozo de puerco, remojado con un par de tragos del jugo de la uva!

—¡Hola! ¿Con qué el coplista tiene miedo? replicó el Capitan con buen humor; peor para él: siempre cantará romances propios para entretenimiento de niños y abuelas. Has de saber que la vida que ponderas nadie la goza con mas descanso que el soldado aventurero. Libre en todas partes, come y roba, bebe y mata, pega fuego á un castillo, se apodera de una dama, enciérrala en otro, lo sitian, se defiende y hace el amor al mismo tiempo; y cuando se cansa de un reino, se vá á otro, y despues á otro y en todos repite ó aumenta sus proezas. Si esta no es vida de santo, no sé quien la tenga en el mundo.

—Eso de robar damas, y matar á troche y moche no entra en mis libros, Capitan, dijo Rodrigo: y no lo digo porque tenga miedo.... Yo he llevado las armas en mas de un encuentro, y puedo hablar del asunto. Dígalo sino la víspera de San Juan Bautista del año de mil trescientos diez y.... yo quisiera, capitan Fortuna, que hubiéseis visto con vuestros mismos ojos á mi desgraciado amo el infante D. Pedro, en aquel lance. Así repartia estocadas y mandobles sobre los moriscos, como gotas caen de las nubes, cuando el Moncayo se deshace en lluvia.

—Téngase quedo, señor Rodrigo, exclamó el Capitan, y dígame si le place ¿cuántos moros acometieron á los cristianos ese dia?

—Cinco mil ginetes y pocos menos peones, contestó sencillamente el escudero.

—¿Y cuántos instantes tardásteis en hacerlos pedazos? volvió á preguntar el primero con calma.

—Ellos á nosotros, respondió el poeta en tono lamentable.

—Burlaos cuanto querais, D. Fortuna ó D. Demonio, gritó Rodrigo enfurecido, tan luego como conoció la pulla, pero sabed que aquello fué lo que se llama una batalla, de campo á campo, y de lanza á lanza. Nadie pensó en robar un cequí en tan sangriento día, sino en pelear á fuer de castellanós, ni tampoco en probar una sola gota de agua, porque no la habia, ni tiempo para ello; y si los dos infantes no hubieran muerto allí cubiertos de heridas y sofocados, como yo mismo los ví y palpé, hubiéramos entrado en Granada, segun debia suceder, y esa compañía de diablos en carne humana y vuestra larga persona estarian ahora en Flandes ó en los infernos, y no comerian el pan de la hija de mi amo.

Dicho esto le volvió la espalda, mientras Fortuna y el poeta celebraban con estrepitosas carcajadas el chasco que acababa de sufrir por su sencillez.

Estaba no obstante decretado que no se separarian tan pronto. La corneta sonó por tercera vez: un movimiento extraordinario sucedió entonces en toda la fortaleza á la calma de la mañana; cruzaron muchos hombres de armas el patio en distintas direcciones: abrióse una ventana de la habitacion de doña Blanca, y una voz dulce como el primer pensamiento de amor, suave como el lloro de la Aurora, profirió las siguientes palabras:

—Rodrigo, Artal, leales vasallos, veamos que nuevo insulto tenemos que sufrir del Rey de Castilla.

—Valientes, á la muralla, gritó el escudero, apenas hubo oido pronunciar su nombre por la dama. Ocupad todas las troneras, para hacer cara á esos bandoleros que nos vienen á robar, y no olvidarse de apuntar bien. Bueno, bueno, añadió, al ver que sus órdenes se cumplian: váyan otros á la parte de atrás, por si el enemigo aprieta el cerco, que yo le aseguro ha de sudar sangre antes

de entrarnos. Oid todos: al primero que asome por el bosque.... trás.... un flechazo, y que vaya á contárselo á sus antepasados. Los demás pueden bajar al patio, para formar lo que se llamaba, no sé por quien, una falange sagrada en caso de apuro. ¿Dónde estais vosotros, canalla...? ¿No habeis despertado todavía....? ¡Eh! aguardaos un poco, y ya os dirán los castellanos si se puede dormir á pierna suelta en un asalto. Quedaos, os digo, al lado del puente, y al que toque las cadenas, aunque sea el mismo hijo de mi padre, cortadle las manos con vuestras hachas. Silencio y ojo al enemigo. ¿Qué tal, Capitan? dijo volviendo hácia éste y frotándose las manos. ¿Diréis luego que no entiendo en esto de ordenar una defensa?

—Dios me libre de tal cosa, buen Rodrigo, contestó Fortuna, y para uno que huyó delante de los moros cuando aquello de Granada, no es de mal principio este aparato. Solo siento que los preparativos sean en pura pérdida.

—Mentís como un bellaco, Capitan, replicó airado Rodrigo; yo no huí de la batalla, sino que en ella me mantuve peleando leal y bizarramente, y ayudé despues á llevar el cuerpo frio de mi señor el infante D. Pedro á Toledo. Pero veamos por qué razon no sirven de nada mis preparativos, y sepamos tambien per qué no disponeis otros mejores de allá.... de vuestra invencion.

—Porque acaba de enviarme el de la atalaya recado, de que la gente que se descubre es de paz, y de ningun modo á propósito para poner sitio á un castillo. Solo ha podido distinguir á un guerrero de aventajada talla seguido de algunos criados.

—¿Qué decís, Capitan? esa noticia me causa mas placer que pensais.... ¡Vive Dios! Es él.... y no lo digo, porque no desee medir mis fuerzas con las de esos hambrientos perros de *la Banda*, sino que mi jóven ama.... presentar una mortandad horrorosa delante de sus ojos.... y así, tan de repente; si á lo menos estuviese preparada.... ¡Ah! ¡Qué gusto! ¿Cuántos escuderos decís que trae ese buen caballero?

—Yo no sé si es bueno ó malo, respondió el Capitan, ni he dicho que sean cinco ni siete los criados que le acompañan.

—¡Oh! Cuántos mas mejor, exclamó el viejo: gracias á Dios no tendremos que estrecharnos mucho para hospedarlos, porque el castillo es bien grande. No se me oculta á mí quien es ese campeón, señor capitán Fortuna, y apuesto un par de alfonsis á que no lo habeis imaginado siquiera. Dijo esto último en tono, como de quien está al corriente de los mas oscuros secretos, y comenzó á pasearse por el patio con mucha flemma.

Encogióse de hombros el Capitán haciendo un gesto de desprecio, y se retiró á la caserna, dando primero orden á su compañía de despejar la muralla.

—Firmes ahí vosotros, gritó Rodrigo á sus hombres de armas, que se disponian á seguir el ejemplo de los otros. El Capitán puede recoger su gente, si tiene miedo de que se le constipe: en cuanto á mí, no se dirá que el viejo Rodrigo se olvida de recibir á tan valiente guerrero como corresponde.

Acercóse entónces á Artal, y le encargó subiese al aposento de doña Blanca para comunicarle la alegre nueva.

—Dile que el caballero Negro, con un lucido y numeroso acompañamiento, se acerca al castillo y aguardo sus órdenes.

Sin detenerse un punto mandó echar el puente, y salió de la fortaleza con el gozo pintado en su semblante, mirando á todas partes, y queriendo dar á entender á todos la perspicacia, con que habia adivinado tan importante acaecimiento.

En esto apareció á la salida del bosque, ó como lo llamaba Artal, *del sagrado recinto*, un caballero armado de todas armas, sobre aderezado corcel y seguido de tres únicas personas, con grande asombro de Rodrigo, cuya imaginacion se habia prometido mas numeroso séquito. No le pesó, empero, mucho haberse equivocado en este cálculo, á trueque de no verse precisado á consumir tantas provisiones de boca, como serian necesarias á los nuevos huéspedes que fraguára su idea. Lo que desde luego le dejó parado causándole una sorpresa difícil de pintar, fué que le pareció divisar, á pesar de la distancia, notable diferencia entre el personage que se dirigia al castillo, y el aventurero de las armas negras, á quien esperaba reconocer. No solo dejó de suceder así, sino que la desi-

gualdad saltaba á tiro de ballesta. Era el caballero Negro de gallarda apostura y marcial continente, ágil, desembarazado y diestro en la carrera; en lugar de que el nuevo advenedizo, enjuto de carnes, un tanto encorvado hácia adelante, y llevando las armas como á su pesar, cabalgaba pesadamente, lo que daba á entender que tenia mas años, ó era poco diestro en aquel ejercicio, tan útil y necesario al que se preciaba de caballero, que podia llamarse con razon en aquella época el *sine qua non* de todas las condiciones.

Cuando llegó muy cerca del foso, uno de los que le acompañaban sonó tres veces una corneta, á cuya señal contestó el soldado de la atalaya, y adelantándose el viejo escudero, le señaló la entrada hasta el patio. Ayudáronle á desmontar en él sus criados, mientras el poeta, que habia vuelto de su comision, decia á Rodrigo:

—El jóven Marte no hubiera consentido que otro tocase la corneta, estando él á la vista de una fortaleza, ni menos tardaria tanto en desembarazarse de su caballo. No es malo el chasco que nos ha dado este mal encarado y peor servido señor.

—Eso es lo que ni tú ni yo podemos decir todavía, respondió el viejo, puesto que su reverencia, porque mas parecè obispo que caballero, no ha levantado la visera. Acaso no nos crea dignos de tanta honra.

—Hace bien, replicó Artal: en cuanto á mí, ningun deseo tengo de examinar su cara, y creo os suceda lo mismo.

—Pues no me sucede, voto á tal, gritó enfadado el escudero, tal vez porque el otro no le contradecia; y juro y rejuro que me la ha de mostrar, tal como la tiene, antes que se separe de aquí. No sé quien te mete, en eso de aconsejarme siempre lo que he de decir ó hacer. Cada uno tiene bastante con su pellejo, seor coplero, sin enredarse en dibujos ajenos, y así dejémonos de historias y á otra cosa. Lo que importa es advertir á doña Blanca de nuestro yerro, no sea que.... Dios sabe cuanto me pesa haberla engañado... y luego anduviste tan ligero.... sobre que á todos nos ha tocado el diablo para equivocarnos.... hasta el Capitan, que parece un lince...

—No hilemos tan delgado, maese Rodrigo, dijo con calma el

poeta. Aquí no ha habido mas que uno, que ha interpretado las cosas á su talante, y ese uno es vuesa merced. Así, no hay que mentar al diablo, ni al coplero, ni al Capitan: El primero tiene bastante ocupacion con esperar el hermoso dia, en que cargará con el alma de algun habitante del castillo, que no quiero nombrar: el segundo, y ese soy yo mismo, no ha hecho sino cumplir un mandato vuestro, contando á *la virgen de Almazan* las vejeces, que teníais atestadas en la mollera; y en cuanto al Capitan, que es el tercero, andad con tiento, que no es hombre de aguantar pulgas, y nada he urdido en semejante tela.

—No es cosa para irritarse tanto, dijo Rodrigo, alargando la mano al poeta: confieso que anduve poco cuerdo en eso de adivinar quien era el forastero, y que yo soy el nécio y el asno y el equivocado. Pero hombre, de nada te compadeces; ves el terrible aprieto en que estoy metido de cabeza, y no sufres que me desahogue siquiera.

—Aquí no hay aprieto que valga, replicó el otro, sino confesar á doña Blanca eso mismo que vuesa merced acaba de decir.

—¿Y yo mismo he de apellidarme loco, y borracho, y poco mirado? ¡Y eso en presencia de mi querida ama!

—No veo otro remedio, amigo mio, porque pensar que yo he de ir ahora á desdecirme en sus barbas, y á jurar que el caballero Negro no ha puesto los piés en el castillo, es creer que me comen moros y me asaetan endriágos.

—Sea lo quieras, Artal; pero por el alma del infante D. Pedro, sacrificado delante de Granada la víspera del Santo Precursor, te afirmo y juro, que primero me harán pedazos, que presentarme á doña Blanca con semejantes necedades.

—Y yo repito y sostengo, por las súcias aguas que diz se encuentran á la bajada del infierno, y por mis insignias de poeta, que mas quiero verme acosado de foragida cuadrilla, ó en poder de bullicioso escuadron de brujas en la mas fria y transparente noche de enero, que subir al aposento, á echar por tierra la alegria de esa hermosísima doncella, y todo por daros gusto y por....

No sabemos en que paró esta porfía, á lo menos entónces, á

causa de haberse separado los dos tercios interlocutores. Uno de los forasteros se acercó á donde hablaban, y dió á entender á Rodrigo, que su señor estaba impaciente por rendir su homenaje á la bella castellana.

—No lo digais de burla; respondió el escudero, mientras su amigo se dirigia á la caserna de la *compañía franca*. Es doña Blanca la mas linda y discreta dama de las dos Castillas, y quien lo dudare las habrá conmigo.

Examinóle de alto á bajo el reciénvenido con aire de maton y le respondió:

—Mi amo es noble y caballero principal, y por tanto no acostumbra á hacer mofa de la hermosura, cuando se encuentra en doncellas de alto linaje. Pasad recado á doña Blanca, buen escudero, que albricias tendreis por endé.

—¿Cuál es el nombre de ese guerrero, preguntó éste, ó que título lleva en los combates?

—El nombre nada hace al caso, y un voto secreto no le permite descubrirlo. Sus enemigos le conocen por el caballero *de la Torre*, y la heredera de Almazan bendecirá la hora de su llegada al castillo.

—Si eso es verdad, no se le retardará el gusto mucho tiempo, dijo el escudero, y sin añadir mas, atravesó el patio con ligereza, y llamando á un criado desde la escalera, le mandó que anunciase á las damas el arribo del caballero *de la Torre*. Volvió inmediatamente á donde éste acababa de apearse y haciéndole una profunda reverencia, le condujo á las habitaciones.

Hallábase la tierna heredera ocupada en amistosa plática con su cariñosa madre doña María, y tal vez era objeto de ella el enlutado campeón, cuya ausencia dejara en su corazon un vacío imposible de llenar, cuando se abrió la puerta y entró en el aposento un lindo paje, que siempre hacia compañía á doña Blanca. Su cabello rubio, que cayendo por la espalda en desiguales rizos, servia de juguete á la brisa de la mañana, cuando por divertir á su señora, corría desalentado por el bosque, sus ojos saltones y placenteros, y una sonrisa inocente y encantadora, que siempre erraba sobre sus labios

pudieran haberle hecho pasar por el Adónis de aquella comarca, si en aquella comarca hubiera existido entónces algun mortal bastante sábio, que tuviese algunos principios de Mitología.

—¿Con que me han engañado, Julio? dijo Blanca con tristeza. ¿No es, pues, tu caballero Negro el que ha entrado en Almazan...?

El bullicioso jóven se detuvo en medio de la habitacion: sus alegres miradas se dirigieron hácia el suelo; y cruzando los brazos sobre el pecho dió á entender haber pasado á su corazon toda la melancolía del corazon de su señora.

—¡Siempre pensando en el hermoso caballero! exclamó al fin con dulce acento. ¡Siempre triste y llorosa mi bella amiga!

—Y tú no piensas ya en él, dijo Blanca, en tono de reconvencion: presto has olvidado el cariño que te tenia.

—No, no, amiguita mia: no le he olvidado, te lo juro. Dios sabe cuanto deseo volverle á ver, para volar á la *encantada floresta*, como dice Artal, y perseguir el ciervo, y sobre todo por verte alegre. Mira; desde el día de su partida, no te has reido para mí y esto me desespera. Vamos; es cosa de rabiarse, y luego todos me abruman con preguntas, como si el caballero Negro me hubiese dicho cuando habia de volver. Hasta *Bravo* me pide á su amo en medio de sus caricias, y yo que deseo su vuelta tanto como todos, no se lo pregunto á nadie.

—Porque no le amas.... dijo Blanca y se ruborizó.

—Esa es la cancion de siempre.... que no le amo.... que no le quiero. A fé que buenas lágrimas me costó su marcha, y sino hubiera tenido que dejar á mi buena amiga, y á mi querida protectora, de buena gana me fuera con él por ese camino de Castilla.... Pero no; por mucho que yo quiera á un caballero negro ó azul, no abandonaré por él el castillo de mi madre y de mi querida.

Doña María no pudo contener su sensibilidad; abrió los brazos al jóven paje, que se precipitó en ellos, y la noble matrona cubrió de besos aquella boca, que acababa de espresar unos sentimientos tan puros de adhesion hácia ella. Aun le apretaba contra su corazon, cuando presentándose un criado, les anunció la llegada del caballero de la Torre.





Doña María dió un grito, el page huyó despavorido y doña Blanca pensó morir de espanto al reconocer á D. Juan.

—No tengo noticia de que ningun guerrero aragonés lleve ese mote, dijo doña María separando al paje, que corrió al lado de la heredera.

—Será tal vez castellano, dijo ésta ó alguno de los caballeros de la Banda.

—Y esos señores caballeros, segun tengo oido, son muy esforzados, añadió Julio.

—Sea quien fuere, pensó doña María, no podemos rehusar hospitalidad á ningun forastero. Que entre el caballero de la Torre, dijo al criado, y sea bien llegado á los estados de Almazan.

Salió el criado, y pocos instantes despues se presentó el guerrero. Su gigantesca talla y la arrogancia de sus maneras sobrecogieron á las damas. Adelantóse hácia ellas levantó la visera.... ¡qué horror! doña María dió un grito, el paje huyó despavorido, y Blanca pensó morir de espanto al reconocer á D. Juan el Tuerto.



CAPITULO XII.

De cómo el conde Alvar Nuñez llegó á saber muchas cosas
que le interesaban y llegaron á escocerle.



Las antiguas leyendas, de las cuales es-
tractamos los sucesos que vamos refi-
riendo, padecen aquí el grave yerro de
anudar el hilo de la historia, desde el
momento en que D. Alvar Nuñez Osorio
se separó del mensajero del rey de Ara-
gon en el átrio de Santa María de Vitoria,
dejando para despues el coloquio de don
Juan el Tuerto con las castellanas de Al-
mazan; y por mas repugnante que nos parezca volver á tratar de
las mismas personas conocidas ya del lector, como no hacemos
otra cosa que referir y no inventar, le suplicamos tenga á bien
trasladarse con nosotros al escampado, donde dejamos al Conde, en
el instante de separarse de él Pero Calvillo.

Cuentan pues las citadas crónicas que dirigiéndose Alvar Nuñez

por la estrecha calle de Palacio, ignorante de cuanto en él acababa de suceder, vió llegar hácia sí un caballero galopando en brioso corcel, calada la visera, y en guisa de pelear: aunque fuese muy comun en aquel tiempo ocultar su rostro los campeones, llamó la atencion del Conde el gentil talante, y color de las armas de aquel, en quien no tardó en conocer, cuando estuvo mas cerca, al desconocido Negro del Zadorra. Alegróse en el alma por el feliz encuentro, y resolvió no desperdiciar la ocasion de saber los secretos de tan valiente aventurero. A este fin detúvose en medio de la carrera que este traia, no dudando que la cortesanía, de que habia dado pruebas cuando la acometida del puente con el Rey, le obligaría tambien á detenerse. Sucedió como lo habia previsto: llegó el guerrero á todá brida; mas viendo el paso ocupado, tiró de las riendas con fuerza y el caballo quedó inmóvil.

—En grande estima debeis tener un animal, que tan diestramente ejecuta los movimientos de vuestra voluntad, fueron las primeras razones que profirió el de Osorio.

—¿Y vos quién sois para oponeros á mi carrera tan temerariamente? le preguntó el caballero Negro.

—Soy caballero y principal, contestó el primero. He admirado vuestro valor en el encuentro, que no ha mucho tiempo tuvisteis contra Alfonso XI en el camino de Arriaga, no menos que la firmeza, con que habeis acusado al infante D. Juan de traidor y embustero, y quiero proponeros el auxilio de mi brazo, para sostener á todo trance que dijisteis verdad, contra cualesquiera enemigos que se presenten del bando contrario.

—Yo agradezco como debo, oh! noble caballero, el ofrecimiento de vuestras armas en mi favor, dijo el incógnito, así como estoy pronto á emplear las mias, poco ejercitadas, en vuestro servicio: y en prueba de lo dicho por ambas partes, exijó de vos que sin perder instante junteis los nobles adictos al Rey.... bien sé que hablo con un conde de Castilla, y hagais con ellos la guardia de palacio. Por lo demás, id sin zozobra. Alfonso está en salvo, y solo me pesan las heridas de D. Lope de Ventaña.

—¿Qué es lo que decís...? ¿El Rey salvo...? ¿Herido D. Lope?

esclamó asombrado Alvar Nuñez, quien acaso era de los pocos en la ciudad que ignoraban los últimos sucesos. ¿Ha ocurrido algún trastorno? Os ruego que no tardeis en satisfacer mi impaciencia.

—Si no creyera vuestra lealtad, Conde, dijo el Negro, os acusára de haber armado á los cobardes, que han querido asesinar al Rey: pero no se me oculta de donde vino el golpe, se ha frustrado, empero, por esta vez con oprobio eterno de los que han concebido tan vil alevosía, y se frustrará otras ciento, si rodean á Alfonso caballeros de honra y pró, en vez de esa nécia turba de aduladores. Lo que ahora importa es guardar su vida de toda asechanza, y prepararnos á contrarestar las maquinaciones de los grandes. Id pues á palacio y haced.....

—Y vos, interrumpió Alvar Nuñez, ¿á dónde os dirigís? ¿Ignorais por ventura que el Rey desea manteneros á su lado? ¿Le habeis hablado?

—No era tiempo, contestó el desconocido; nada he hecho en su servicio, ni impedido el mucho mal que piensa hacer por un infame consejero.

—Nombradle.....

—Garcí-Laso. No temo publicar su nombre, como el del mas pérfido caballero despues del infante D. Juan y aun mas que él.

—Ya me lo sospeché, exclamó el Conde alegremente, al saber el terrible enemigo que se había grangeado su rival en privanza. Es el Merino hombre de mala intencion, y diestro en esto de urdir una trama.

—Pues yo le juro desbaratar sus obras, así como castigar sus palabras, si tiene la audacia de proferir algunas contra mí ó las personas que defiendo, replicó el campeón.

—Ved que son muchas sus fuerzas. Tiene con Alfonso casi tanto ascendiente como yo, y le están allegadas buenas lanzas. Además teneis un desafío pendiente.

—Sí, ya me acuerdo, con el Infante. Si veis al Rey, decidle que el caballero del puente no le pide otra gracia por lo pasado, sino que apresure el dia, en que pueda medir sus armas con ese orgulloso magnate. Ya le hubiera yo encontrado, á no mediar el Rey en este negocio.

—¿Quién sois, pues, esforzado aventurero? le preguntó el de Osorio, vivamente alarmado por sí mismo. ¿Cuáles son los designios que á la corte os traen? Os he dicho qué soy de los vuestros, y juro por las espuelas de caballero, que podeis contar conmigo en vida y muerte.

—Soy... un desconocido: mis empeños son vengar agravios ajenos..... Mal puedo llamarlos ajenos, continuó con visibles muestras de ternura, cuando tan dulcemente interesan á mi corazón.

—Permitidme al menos ver ese semblante.

—Muy curioso sois, conde Osorio, respondió el incógnito en tono chancero; mas no tengo reparo en complacer vuestro deseo.

Y diciendo y haciendo alzó la visera. Alvar Nuñez retrocedió sorprendido, no tanto de la hermosura del guerrero y del fuego que despedían sus miradas, como de ver burlada su impaciencia. El caballero Negro habia dicho la verdad: era efectivamente para el Conde..... un desconocido.

Diestro no obstante en disimular, tardó poco en reponerse de la mortificación que acababa de sufrir su vanidad, proponiéndose rastrear á fuerza de preguntas lo que se habia negado á sus ojos; mas no le dió tiempo el Negro, sino que bajando la visera, despues de haber mirado á derecha é izquierda, le dijo:

—He cometido una imprudencia en descubrirme por ser cortés, sin reparar si alguno me observaba, porque no para todos debo ser extraño en esta tierra. Adios pues, conde Osorio.

—No, no marcharéis, sin venir primero á donde, como mereceis, pueda regalaros. Seguidme y os probaré....

—Tengo hecho juramento de no comer pan á manteles, ni en lecho reposar, hasta dar fin á mis empeños: mas no sintais mi ausencia..... será corta.... nos volveremos á encontrar en breve.

Dicho esto, espoleó al corcel, pasó junto al privado, y doblando la calle, para que éste no conociese su direccion, fué á encerrarse de nuevo en la solitaria mansion de los sepulcros, donde el sepulturero, que podia agregar á este título el de fiel escudero, le esperaba impaciente.

—¡Insensato doncel! exclamó Alvar Nuñez cuando le vió partir.

No seré yo quien siga tus huellas por contentar el capricho del Rey: presumes mucho de tí, si piensas triunfar de todos tus enemigos.... Ya te he estudiado; aparentas huir de la corte, para afirmar con mas seguridad tu grandeza. En hora buena venzas al Infante y destruyas á Garci-Laso: todavia no habrás adelantado mucho. Te falta el mas fuerte estorbo....

Y despues de corta pausa añadió:

—Me ha hablado de la seguridad de Alfonso y de estar herido D. Lope de Vandaña: esto último no me importa, mas lo primero me conviene por ahora. Si el *Tuerto* anda en la danza habrá habido muertes, porque donde pone la mano, sopla su virtud el diablo. Vamos pues y suceda lo que quiera.

Dicho esto hechó á andar en la direccion del palacio.

En esto oyó gran gritería resonar por las calles, y hasta en las inmediaciones del Campillo: apresuró el paso, temeroso de alguna nueva conmocion, cuando al llegar al escámpado, se vió detenido por innumerable turba de gentes de todas clases, que al paso que victoreaban al Rey, dirigian á gritos las mas terribles imprecaciones contra los magnates de Castilla, y armaban una barahunda verdaderamente infernal. Pero no eran solamente los gritadores los únicos temibles en aquella peligrosa reunion. Veíanse de trecho en trecho varios grupos, donde se discutian con calor cuestiones, al parecer interesantes; y de los cuales salian de cuando en cuando algunos emisarios, que sin duda trasmitian órdenes á la multitud, pues la recorrian y eran los primeros á gritar. Las voces eran unánimes: *viva Alfonso el oncenno, mueran los grandes de Castilla*; lo que daba á entender habia union, conformidad de opiniones, y un plan combinado, tal vez para atemorizar á los enemigos del Rey, ó para no dejar impunes sus anteriores traiciones.

Receloso caminaba el conde Osorio, ocultando parte de sus facciones con el revés de la bordada capilla, y no sin trabajo conseguia irse abriendo paso entre el gentío inmenso que ocupaba el Campillo. Observaban su porte, sus vestidos, su modo de andar, y no faltó curioso, que separándose repentinamente de un corrillo, donde la echaba de orador, se fué hácia el y examinó su rostro tan

de cerca, que en otra ocasion no perdonára Alvar Nuñez tal desacato.

—Vive Dios, compañeros, exclamó sin détenerse, que aquí tenemos al conde de Osorio. Es de los nuestros. Acérquese todo el mundo. El será nuestro gefe. Viva D. Alvar Nuñez Osorio.

—Todos son unos, maese Diego, respondió uno de los del grupo, y así los vea yo colgados como badajos de campana.

—Calla tú, cuba sin fondo, dijo otro tercero pegando empujones á derecha é izquierda. ¿No ves, animal de siete patas, que el Conde es enemigo de D. Juan Manuel y de la Reina? Por fuerza ha de ser de los nuestros.

—¿Y sabes tú, chupa-lámparas, sacristancillo de mala muerte, que el diablo mismo no conoce cuando son amigos unos de otros estos encopetados nobles? Ahorquémoslos á todos.

—No, sino á tí, repuso el sacristan, sin dejar de sacudir con los codos á los que tenia al lado. ¿De qué sirves en el mundo? No sé como hay quien te admite en esta asamblea.... ¿Pues no aseguraba poco ha este enemigo del agua bendita, que él se pondría á nuestra cabeza, para pedir al Rey las de los nobles?

—Mientes bellaco, ladron de vinageras: lo que yo dije fué que convenia....

—Silencio, silencio, nada de disputas, le interrumpió el que primero habia aclamado al Conde, porque malgastamos un tiempo precioso. Viva el valiente D. Alvar Nuñez repito, y juro por mi bacía, que él ha de ser nuestro cabeza de motin.

—Calle el rapista, si en algo estima la vida, dijo á esta sazón un encapotado acercándose al corro: huyamos todos, y será buena cuenta. ¿A dónde os parece que se dirigen esos arcabuceros, que salen de palacio? No, sino estaos quietos y pronto os veréis presos por las tropas del Rey, que no os perdonará el haber chillado en su favor.

—Ese seria un borron en la historia de Alfonso replicó Alvar Nuñez, que conoció debia inspirar confianza á aquella gente si queria ponerse á cubierto de peligro, y no le creo capaz de semejante perfidia. Conozco bien al Rey, ama á su pueblo, y cuando éste le aplaude ¿lo mandará prender?

—No, no puede ser, es una calumnia atroz, gritó el barbero. Las tropas irán á alguna comision.... ¡ah! ya te conozco, continuó echando mano al embozado: eres un espía del rey de Aragon.... Compañeros, asegúreosle: es un espía; yo os lo juro.

—Un espía, un espía, repetían unos.

Y otros clamaban:

—Al calabozo, al calabozo; entregarlo á Cañete.

Y todos le acometieron con rabia, como si las hubiesen contra un gigante. Era, empero, si bien pequeño de cuerpo, de corazon arrojado, y desplegó tal destreza en su defensa, que hubiera ahuyentado á todos sus adversarios, si la llegada de un refuerzo demasiado conocido no le obligase primero á ponerse en salvo, desalojando el campo.

—Cañete, Cañete, gritaron á su alrededor.

A estas voces volvió la cabeza, como si un poder sobrenatural le llamase, y no dudando de la seguridad de su muerte, si llegaban los maceros, hízose atrás un trecho, bajóse con prontitud, y cogiendo del suelo cuanta tierra pudieron abarcar sus puños, la arrojó á los ojos de los que mas le acosaban, y emprendió la fuga hácia donde mas hormigueaba la multitud, entre la cual no tardó en desaparecer.

—Donde está ese perro, llegó diciendo pocos instantes despues el Capitan de los maceros.

—Léjos de aquí á estas horas, le respondió el Conde, separándose de sus nuevos conocidos. Mejor harías en abrirme paso hasta el palacio: tengo precision de hablar al Rey.

—Yo acompañaré á vuesa merced, respondió Cañete, haciendo una cortesía del siglo xii, pero sea luego, porque no quiero privarme del gusto de ver como acaban la vida esos que van á degollar.

—¡Cómo! ¡Empieza Alfonso á ensangrentar el cetro! dijo el magnate.

—Empieza á ser justiciero, D. Alvar, observó Cañete, y echaron á andar, el primero pensativo, y el otro como hombre acostumbrado á las vicisitudes de la suerte. Al separarse á la entrada del edificio, preguntó el favorito á su acompañante.

—¿Quiénes son los desgraciados, que van á perecer en un patíbulo?

—Dos conocidos vuestros, Conde, respondió aquel sin dar muestras de haber notado la turbacion de D. Alvar. Pocos dias há llegaron á la ciudad escoltados, y el Rey quiere hacer ver á sus nobles la senda que han de seguir todos, si no se avienen á partido. Pero voyme, no sea que llegue demasiado tarde á la fiesta; y repitiendo otra reverencia igual á la que hizo al principio, se fué, seguido de sus temibles maceros. Alvar Nuñez subió melancólico á las galerías, y media hora despues estaba asomado á una ventana, con los ojos fijos en el cielo, apoyada la barba en una de sus manos y cubierto el rostro de mortal palidéz.



CAPITULO XIII.

En el que se trata de la justicia que sabía hacer don Alfonso
el oncenno de Castilla.



ABIA desaparecido ya la multitud agrupada en el Campillo, noticiosa y espantada á un tiempo con la idea del terrible espectáculo porque tanto tiempo habia vociferado; y puede asegurarse, sin temor de equivocarse mucho en la cuenta, que todos se habian trasladado apresuradamente á la gran plaza, para presenciar la justicia de dos hombres, cual si corriesen á un torneo; tan cierto es que las mayores impresiones, causadas por agenos males, llegan muy poco al corazon del que no los padece semejantes.

Es verdad tambien que ya nadie gritaba *mueran los grandes*, acaso porque los mas iban á ver satisfechos sus deseos, ni disputaban unos con otros los que tanto alborotáran pocos minutos antes:

pero notábase generalmente mas alegría en los rostros, mas atrevimiento en las miradas, que lo que el caso requería, y no es dudoso que muchos se hubieran retirado de mal humor, si la diversion que aguardaban no se hubiese consumado.

Levantábase en el centro de la ancha plaza del mercado frente por frente de la que hoy es parroquia de San Miguel, y entónces era pequeña capilla dedicada á Nuestra Señora de los Dolores, un espacioso tablado cuadrilongo, al que daban subida dos escaleras, una para el reo y la otra para el sacerdote agonizante y demás personas del acompañamiento. En medio del tablado se veía colocado el fatal banquillo, donde el delincuente esperaba el golpe que terminaba sus ansias, aunque esta vez era mas prolongado que lo que en tales aparatos se acostumbraba, en razon á ser dos las víctimas que la ley iba á ofrecer á la vindicta pública, y algo mas apartados se alzaban fijos dos palos de la altura de diez piés cada uno, y á sus estremos clavados unos gárfios, que á su tiempo debían servir para colgar en ellos las cabezas de los ajusticiados. La formidable hacha del verdugo afilada con esmero brillaba á lo último del pasamano herida por los débiles rayos del sol, que marchaba con lentitud á esconderse detrás de los bosques de Alí..... finalmente, cubría todo el piso del cadalso gran porcion de tierra y cal, con el objeto de estancar la sangre, que iba á derramarse.

Una lúgubre campana anunció á los sentenciados sus últimos instantes. Hallábanse encerrados en el mas oscuro calabozo de la cárcel real, rodeados de numerosa guardia y maniatados con esposas. Ambos habian pasado de la edad, en que las pasiones violentas causan la desgracia del hombre, y sin haber perdido todo el ardor de la juventud, tenían madurada la razon por la esperiencia y los reveses. Una hora antes de su muerte, no la creían tan próxima, pues confiaban en la natural bondad del Rey, de que tantas veces habian abusado, é ignorando por otra parte los recientes sucesos, cuya relacion no penetrára la doble puerta de su encierro, saboreábanse con la esperanza de algun trastorno, de alguna maquinacion de los nobles, que no dejaria de facilitarles la deseada libertad.

Es, empero, indispensable, para la buena inteligencia de este

capítulo, informar al lector de los crímenes de estos reos, á des-
pecho de las crónicas, que no los esplican, hasta despues de hacer-
nos ver su castigo.

Don Juan Ponce, caudillo revoltoso del partido de D. Juan, ha-
bia tomado por asalto el castillo de Cabra, en ocasion que los ca-
balleros de Calatrava, sus legítimos dueños, se hallaban empeña-
dos contra los moros de Granada y no lo podian defender. Su
intencion era dar mayor pábulo al desórden, en que estaba el reino
envuelto por las orgullosas pretensiones de los grandes, y asegu-
rarse una posesion rica é independiente de los gobernadores de
Alfonso, entónces niño, y de todos los bandos opuestos. Salió con
su intento, pues no solamente nadie se atrevió á inquietarle, sino
que acrecentó su poder entrando en tierras de los nobles, talando los
campos y haciendo tributarios suyos á muchos pueblós de la corona
de Castilla.

La fortuna pareció favorecer todas las empresas del usurpador,
mientras vivió la reina doña María; pero proclamado Alfonso rey,
le hizo intimar que entregase á la órden de Calatrava la fortaleza,
y eximió á los pueblos conquistados del juramento de vasallage que
habian prestado á tan desleal caballero. Éste por única respuesta,
hizo colgar de una almena por los piés al enviado del Rey, quien
se irritó tanto con tamaña afrenta y barbárie, que juró no perdonar
medio ni descanso hasta castigarlas como merecian, y así le envió
recado con uno de sus mismos parciales intimándole que si en el
término de tres dias no cumplia su primer mandato, lo haria de-
gollar en pública plaza, y entregaria á las llamas el castillo de Ca-
bra y cuantos lo defendiesen. Atemorizóse algun tanto Ponce con
estas amenazas, sabiendo bien que si irritaba de nuevo al Rey,
era su perdicion segura; por lo cual trató de ganar tiempo y le en-
vió á decir que á los tres dias haria su voluntad, y satisfaria com-
pletamente á todos los cargos que se le hiciesen. Pero en lugar de
pensar en cumplir como caballero lo que acababa de ofrecer, trató
de prepararse á la defensa, introduciendo en Cabra, ayudado se-
cretamente de D. Juan *el Tuerto*, refuerzo de víveres y gente.

De poco le hubiera valido su obstinacion, si el Rey acosado por

todas partes con los disturbios y revueltas de los inquietos nobles, no se hubiese visto precisado á luchar con una guerra civil, que una vez apagada, renacia con mas fuerza, sin dejarle reposar un instante. Fió pues al tiempo el cuidado de reducir á la obediencia aquel rebelde vasallo, y convirtió toda su atencion al manejo del gobierno, poniendo en manos de señores adictos á su persona, ó que por tales tenia, los cargos principales y empleos de la casa real.

Por este tiempo recibió en Valladolid el aviso de que D. Juan de Haro, señor de los Cameros, andaba en tratos con el de Alburquerque y el infante D. Juan, lo que hizo apresurar su marcha á Vitoria, hablando al salir al señor de Vizcaya en términos algo fuertes, si bien disimulados, por no disgustar á tan poderoso caballero, que si hubiera seguido el bando del Rey, no tuvieran mucha vida las disensiones intestinas, que por mucho tiempo agitaron á España. Supo tambien entónces que el alcaide del castillo de Iscar habia despreciado sus órdenes, reducidas á que entregase el fuerte y se sometiese á partido, respondiendo con altivéz que *si el Rey queria vencerle, se llegase con su gente á ponerle cerco*. Despreció esta baladronada, y dió sus disposiciones de tal manera, que bastaron cuarenta flecheros para apoderarse del castillo, habiendo ganado de antemano las guardias, é introduciéndose con el mayor secreto en los patios principales, al abrigo de la noche. Metieron al alcaide en una torre de la misma fortaleza, juzgando que la sumision ocuparia en su ánimo el lugar de la jactancia, de que habia hecho alarde; mas no pudiendo conseguir de su entereza que implorase un perdon, que no se pensaba rehusarle, fué conducido á Vitoria, como sitio mas seguro, á donde no tardó en seguirle tambien preso el usurpador del castillo de Cabra.

Es de creer que el Monarca se hubiera contentado con esto, pues habia conseguido interesar en su favor á los caballeros de Calatrava, devolviéndoles una fortaleza, que mas adelante debia ser arruinada para siempre por los moros, merced á la traicion de su gobernador, al paso que para los descontentos de Castilla era un golpe mortal haberse apoderado de Iscar, que por hallarse situado

no léjos de Cuéllar, cuyo señor feudal seguia el partido del Rey de Aragon, servia de refugio y depósito de los continuos robos que ejercian en aquellos contornos: pero la última tentativa de los rebeldes, en la cual puede decirse que no pereció D. Alfonso por milagro, enfureció á éste de tal modo, que juró no perdonar á ninguno de los que pudiese haber á las manos, y ordenó que D. Juan Ponce y el alcaide fuesen inmediatamente degollados.

Descuidados ambos caballeros, y bien agenos de pensar el funesto fin que les aguardaba, platicaban amistosamente sobre sus pasadas proezas, comunicándose, como sucede siempre entre seres unidos por una misma desgracia; los mas secretos pensamientos, y alentándose mutuamente con la esperanza de ver terminar en breve su triste cautiverio. Volviéronse de pronto sus miradas á la puerta, al sentir que se abria, y se estremecieron al ver entrar á D. Lope de Urnizar, que hacia entónces veces de Justicia mayor, seguido de dos sacerdotes y de un hombre, cuya larga barba y corto sayo, no menos que las toscas maneras y nervudos brazos, que ostentaba con vanidad, revelaban su atroz ministerio.

Levantáronse para recibirlos, pero el corazon del alcaide de Iscar no pudo soportar la dolorosa impresion que sintió con tan inesperada visita: adivinó de un golpe el fatal misterio, y sobrecogido de terror, lanzó un gemido lastimoso y cayó accidentado en los brazos de su amigo. Éste, mas esforzado, olvidó por un momento su deplorable suerte, para solo pensar en la situacion del desventurado alcaide, á quien colocó sobre la hedionda paja, que hasta allí sirviera á los dos de lecho, ayudado de D. Lope, que enjugó una lágrima de compasion desprendida de sus ojos, y de los dos misiioneros, que rogaban á Dios no llamase á sí el alma de aquel pecador, sin darle tiempo para arrepentirse de sus culpas. Corto espacio permaneció sin conocimiento, pues los socorros que le prodigaron, le volvieron á la vida, para que sintiese de nuevo todo el horror de su situacion. Abrió los ojos y los volvió á cerrar con un movimiento convulsivo, deseando engañarse á sí mismo, y no creer la realidad espantosa del destino, á que su mala ventura le impelia, hasta que la voz de Ponce llamándole tiernamente, le hizo ver que no era él solo el único digno de lástima.

—Probemos, dijo en voz baja: un esfuerzo mas... y será el último.... Soy bien débil, nobles señores, continuó dirigiéndose á los que tenia delante. Perdonadme, si la sorpresa, mas que el temor, me ha sobrecogido. Podeis empezar á ejercer vuestras funciones, y vereis que sé morir como he vivido.

—Sí.... estamos resignados.... cuando antes sea.... añadió su compañero.

—Compadezco vuestro mal término, valientes hidalgos, dijo conmovido el Justicia mayor: érais dignos de mejor fortuna y..... pero yo me olvido de los deberes, que como magistrado vengo á cumplir. Oid pues la sentencia que contra vuestros desafueros ha pronunciado la justicia del muy ofendido Rey de Castilla.

Y desarrollando un pergamino acercóse cuanto pudo á la rejilla del encierro, y despues de descubrirse leyó lo que sigue:

«Y por cuanto D. Juan Ponce de Leon y D. Diego de Linares han
«resistido y despreciado las órdenes de Su Alteza, el señor don
«Alfonso XI, rey de las Castillas, haciéndose rebeldes en sus cas-
«tillos, que hubieron contra fuero y derecho en tiempos de re-
«vueltas, faltando á toda razon y justicia, cometiendo robos, ta-
«lando campos y haciendo guerra abierta á su Rey jurado en Cor-
«tes, sin haber renunciado antes el pleito homenaje, segun en ta-
«les casos se requiere, manda el Rey que estos dos traidores sean
«llevados á la plaza mas pública, y en ella degollados por mano
«de verdugo, y puestas sus cabezas en alto, para escarmiento de
«los demás rebeldes.»

Acabada la lectura, que oyeron los reos con tranquilidad, se adelantó el sayon y les sujetó las manos con pesadas esposas, despues de lo cual se salieron todos menos los sacerdotes, que comen- zaron á exhortarles cristianamente. Su firmeza no se desmintió en esta nueva y quizá la mas cruel prueba de cuantas el delincuente tiene que pasar, antes de espiar sus crímenes, y los agonizantes quedaron admirados de la resignacion y paciencia de los dos hidalgos, que á porfía se esmeraban en mostrar á cual mas valor y recogimiento. Un solo suspiro escapó del pecho del castellano de Cabra, cuando el sonido cercano de los clarines les anunció que era llegado el momento de su suplicio.

—Nada temais, hijo mio, le dijo el misionero, antes bien alegraos de dejar este suelo de crímenes y de perversidad. Dentro de pocos instantes sereis la mas feliz de las criaturas. Pedid pues al Todopoderoso que ilumine vuestra alma con su santísima gracia, y os dé fortaleza para sobrellevar tan amargo trance.

—Yo se lo pido con todo mi corazon, padre mio, respondió el reo, pero siento en mí una fuerza, que sin ser poderoso á resistirla, me arrastra á mi pesar hácia las cosas de la tierra.

—Es natural, es natural, replicó el sacerdote: nuestra carne es flaca, y el enemigo de nuestra salud eterna nos seduce, presentando á los sentidos las vanidades del mundo.

—No siento perderlas, exclamó dolorosamente D. Juan; no: al mismo Dios que pronto me vá á juzgar pongo por testigo de que ni las riquezas, ni la gloria, ni los honores despedazan mi corazon en mi última hora. Pero ¡ah, padre mio....! las amadas prendas de mi ternura.

—¡Desdichado! dijo el auxiliante.

—Sí: el mas desdichado de los mortales.... ¡ay de mí mi esposa.... mis hijos...

—Vamos, vamos; firmeza y confianza en la voluntad de Dios. Pensad que cuanto mas costoso sea el sacrificio, mas agradable es á sus ojos. No deis vuestra atencion á otros cuidados, sino al principal de vuestra salvacion. Mas hizo por nosotros Jesucristo, cuando murió inocente, clavado en la cruz.

—Teneis razon, padre, teneis razon. Debo desechar de mí esas ideas, por mas que su recuerdo sea mi mayor suplicio....

No pudo proseguir. La puerta se abrió de nuevo y entraron en el calabozo el Justicia mayor y Cañete, con su acompañamiento de esbirros, quedando á la parte de afuera los maceros. La campana de *San Vicente* repitió sus melancólicos y pausados ecos, y los clarines que estaban apostados á la cabeza de la tropa, en la cuesta de la *Cuchillería* dieron la última señal. Salieron entónces los reos en medio de los sacerdotes con paso firme y despejado rostro, sin dar señal alguna de abatimiento, precedidos del verdugo, que de trecho en trecho gritaba:

«Esta es la justicia que ha dispuesto hacer el señor D. Alfonso, rey de Castilla, en estos dos caballeros, por traidores y hombres peligrosos para la república: el cual manda que sean degollados.»

A cuyas voces prorumpia el populacho con las de «viva Alfonso, viva el Rey de Castilla.»

Desde la bajada de la cárcel, hasta el lugar del suplicio, obstruía el paso la muchedumbre de curiosos, que en tales casos acude de todas partes: así no solo se habían amontonado en la carrera y plaza del Mercado cuantos hacían parte poco antes de los corrillos del Campillo sino que de los barrios mas apartados de Vitoria corrían las gentes á porfía, á gozarse en el envidiable espectáculo de ver perecer á dos de sus semejantes. Los balcones del tránsito estaban atestados de impacientes espectadores, entre los cuales se dejaban ver apuestas damas y venerables dueñas, éstas en mayor número, lo que no debe causar extrañeza, si se considera que, por sus años y marchitos atractivos, son menos susceptibles de sensibilidad y poseen un temple de alma particular, para presenciar escenas, que requieren sangre fría, por no llamarla crueldad. Pero en donde con mayor serenidad se esperaba el fin del sangriento drama, era la plaza del Mercado, lugar destinado á la ejecucion, y donde aun hoy es costumbre ajusticiar los criminales, á pesar de la civilizacion del siglo, y de la repugnante idea que presenta la vista de uno ó muchos cadáveres, colgados por espacio de algunas horas en el sitio mas concurrido y ameno de la poblacion. Esperando que el decoro debido á la parroquia de *San Miguel* y la conveniencia pública alejen de aquella plaza espectáculos de esta naturaleza, no debe causar admiracion que en un tiempo, calificado por muchos de bárbaro, mostrasen los naturales de Vitoria tanto anhelo, tanta impaciencia de ver correr la sangre en un cadalso, cuando los que vivimos en el ilustrado siglo xix notamos á cada paso repetirse por contemporáneos este barbarismo, esta inhumana curiosidad, que tanto nos alarma en nuestros antepasados.

—¿Qué te parece de esos dos pobres diablos que van á subir

ahí arriba? decía Diego el barbero á uno de sus amigos, enseñándole el patíbulo.

—No me parece nada, voto á san Judas, respondió aquel, sino que ya deberian haber pagado su merecido sin tantas morisquetas. A lo último nos vendrán diciendo que el Rey, usando de clemencia, los ha perdonado, y habrémos corrido en valde desde el Campillo á tomar puesto.

—Pelado me vea yo, Pascual, sino hablas como un Papa, observó el primero. Sobre que no acaba de creerlo el Rey. Estos nobles todo lo revuelven.... nada.... pescuezo abajo y venga lo que Dios quisiere. ¡Ah! ¿Y no sabes á quién debió D. Alfonso su vida en el último alboroto?

—Sí, sí, á mi con esas, replicó Pascual con tono de importancia; estoy mas instruido de lo que piensas, y no se me ha ocultado que un guerrero de armas negras degolló la mitad de aquellos mentecatos, que no pudieron echar una puerta abajo, aunque eran muchos.

—Sí: pero ¿quién era el caballero....?

—¡El caballero! ¿y de dónde sabes tú que lo sea?

—¿De dónde? buena pregunta; ¿pues no iba á la cabeza de los de la *Banda*? vaya; está visto que nada sabes; apuesto que ni lo del convento.... eres un pobre hombre, Pascual, un pobre hombre. Ya te lo decía yo, cuando aquello de.... Bien venido padre, bien venido. ¿Habeis salido á ver la fiesta, eh? Aquí hablaba yo con este compañero, por engañar el tiempo.

—*Pax domini sit semper vobiscum: vivid siempre en paz, hijos míos*, respondió un religioso acercándose á ellos. Vengo de ejercer mi santo ministerio con un moribundo, y viendo tanta gente reunida, trataba de informarme de la novedad que ocurre. Pero ya veo allá á lo que se reduce, prosiguió echando una triste mirada al cadalso, y tapándose el rostro con la capucha. Sin duda van á degollar á algunos de los que pretendian asesinar al Rey....

—Nada de eso, padre, estais tan en ayunas como mi amigo Pascual, dijo Diego. Son dos nobles que se hicieron señores, tomando lo ageno contra la voluntad de su dueño.

—*Ave María gratia plena*, murmuró el fraile. *La Virgen María les conceda su gracia.*

—*Amen*, contestaron los dos amigos.

Terminó por entonces la conversacion un ruido sordo, que insensiblemente iba aumentándose, semejante al que produce el embate de las olas contra desierta playa, anuncio precursor de la proximidad de los reos á la plaza. Creció el murmullo de la gente al divisar el fúnebre acompañamiento, y toda se agolpó lo mas cerca posible del sitio, por donde debía pasar. A duras penas pudieron los guardias abrirse paso: los de atrás empujaban á los mas adelantados; éstos resistian algun tiempo los empujones, dicterios y puñetazos, pero forzados por el mayor número, traspasaban los límites impidiendo la carrera, de la que de nuevo eran lanzados con grosería por los maceros. En fin, los sentenciados atravesaron aquel mar de espectadores, y llegaron á la escalera del patíbulo que les estaba destinado. El alcaide de Iscar subió primero como menos culpable; mas antes de sentarse en el fatal banquillo, paseó sus miradas sobre la plaza, arrojó un profundísimo suspiro, y elevándolas despues al cielo, dijo al sayon:

—Hiere.

Una línea blanca, resplandeciente, se vió entonces elevarse con rapidéz por encima de la cabeza del desventurado alcaide; casi al mismo instante se distinguió apenas bajar con igual presteza un brazo y una hacha... arrojó un grito la multitud... la cabeza cayó dando saltos por el tablado.

—¿Qué teneis, padre? preguntó Diego al fraile, que temblaba como un azogado, mientras el de Ponce contemplaba con horror el mutilado tronco de su compañero. Mejor es que os vayais de aquí, Esto no es para todos.... ¡Ah! ya está allí el otro; veamos..... ¡Qué diantres! Por un poco mas, es mejor que aguardeis.... mas no me apreteis tanto, que me ahogo.

—Ten caridad, hijo, le dijo el religioso: mi corazon se estremece..... no puedo mas..... quién sabe si algun dia.... pero dices bien, es preciso que yo salga de aquí á toda costa.....

Un segundo grito repetido por los cuatro ángulos de la plaza, anunció que el usurpador del castillo de Cabra había dejado de existir.

El fraile se separó del barbero, abriéndose paso á favor del santo hábito: un mudo silencio reemplazó por algunos instantes el anterior murmullo. Recogió el verdugo las dos cabezas y las colgó, con imperturbable serenidad, de los gárfios destinados al efecto; limpió, acabada esta operacion, su hacha y se retiró con todo el acompañamiento. Media hora despues solo se veía en la plaza el cadalso ostentando sus sangrientos trofeos, habiéndose dispersado la gente con la misma facilidad que se habia reunido.



CAPITULO XIV.

De la feliz inspiracion que tuvo Pero Calvillo, para sacar
de apuros á D. Juan el Tuerto.



AMOS dejado á la viuda del infante D. Pedro y á su preciosa hija en una situacion nada agradable, por la inesperada aparicion en su castillo del magnate mas repugnante y revoltoso de las dos Castillos. La fama habia llevado hasta Almazan una fiel relacion de las indignas proezas y delitos, con que ilustrára su nombre, y los menestres le no aguardaron á que el sepulcro encer-

rarse sus cenizas, para hacer resonar en los patios de las fortalezas las trobas, que pintaban al vivo sus pasiones inmoderadas.

Los últimos acaecimientos del convento de Santo Domingo de Vitoria, en los que le faltó poco para ser víctima de sus maquinaciones, su fuga de aquella ciudad, y las angustias de un viage, cuyos resultados le eran todavía dudosos, por mas que se engañase

á sí mismo con dulces quimeras, le habian reducido á un estado de estenuacion, que hacía resaltar mas y mas la deformidad de sus facciones, cuando se presentó á las señoras de Almazan. La sorpresa con que fué recibido le demostró desde luego, que su empresa no empezaba bajo auspicios muy favorables; pero incapaz de retroceder, resolvió aprovechar el tiempo, y conseguir á la fuerza sus pretensiones, si su poca fortuna era tal, que le cerrase otro camino. Doña María, conociendo que cortésmente no podia rehusar hospitalidad á un caballero, que si bien le inspiraba declarada aversion, ignoraba las intenciones con que llegaba, procuró hacerle olvidar el primer movimiento de asombro, que no habia sido dueña de reprimir á su vista, á cuyo efecto llamó á Rodrigo y le previno que preparase refrescos al nuevo huésped y le condujese á un aposento, donde pudiese descansar y desembarazarse de sus armas.

—No las dejaré, respetable señora, respondió el Infante, ni entregaré mis miembros al descanso, del que confieso tienen bastante necesidad, hasta que tengais á bien oirme sobre un asunto que á ámbos nos interesa de todo punto, que es ocasion del incómodo viage, que me trae á vuestros estados,..... y en el cual debe decidir la bellísima Blanca, añadió al observar que la doncella, ya en pié, se disponia á salir de la habitacion.

—Decid, D. Juan, lo que os plazca, si es cosa que puedan oir sin rubor personas de nuestro sexo y dignidad, contestó doña María, mirando á Blanca, que volvió á ocupar su sitio.

Permaneció el Infante algunos segundos cabizbajo, pasó la mano por sus vigotes, y dirigiendo á la heredera una mirada de tigre, se espresó así:

—En medio de las continuas revueltas, que desgraciadamente agitan á Castilla, he conocido muchos paladines, que se han hospedado en este castillo, y todos se hacian lenguas de la sin par doncella de Almazan. Imagino ahora que anduvieron escasos en demasía, al ponderar la hermosura de Blanca, y yo declaro, y sabré sostener contra cualquiera, que la naturaleza no ha producido obra mas perfecta.

—Digíteis poco há, le interrumpió doña María, que los asuntos

que veníais á tratarme interesaban sobremanera, y por mucho que yo ame á la hija de mi malogrado esposo y tio vuestro, no es su belleza la prenda que mas le afianza mi cariño.

—Perdonad, si antes de entrar en lo principal, no he podido menos de pagar un tributo de adoracion á tantas gracias reunidas. Os hago pues saber, y á vos particularmente, mi amada prima, que el pérfido Alfonso de Castilla, cediendo á los consejos de Garcilaso, ha mandado despojaros de todos vuestros estados de Alcocér y Almazan, y que en breve recibireis orden de entregarlos á sus caballeros.

—Si el Rey de Castilla, repuso con altivéz la matrona, engañado por falsas sugerencias de villanos favoritos, y contra la hidalguía de su pecho, ha podido dar semejante orden, á la cual estamos prevenidas desde antes de vuestra llegada, dos débiles mujeres le probarán desde estos torreones, que no son indignas de poseer los dominios que su padre y esposo supo defender á despecho de las mejores lanzas.

—Sonrióse D. Juan del entusiasmo de doña María y dijo:

—No os alucineis, señora; un corazon valiente y esforzado puede á lo mas dilatar una derrota, si pelea contra fuerzas superiores; pero al fin caerá, no lo dudeis. ¿Qué será pues de esta fortaleza, terrible en verdad, pero defendida por dos damas y algunos escuderos, si se vé atacada por las fuerzas reunidas de las dos Castillas? Sabed que Alfonso, por mas que yo le aborrezca, es valiente y el envilecido escuadron de los caballeros de *la Banda*.....

—Si yo creyese un momento, señor Infante, contestó Blanca haciendo un esfuerzo sobre sí misma, que esos guerreros que acabais de infamar viniesen á atacar el castillo de la hija de D. Pedro, de su hermano de armas en la guerra, dejaría de creer en el pundonor, en la hidalguía, en la nobleza que siempre ha de distinguir al que verdaderamente se llame caballero.

—¿Creeis pues, incauta jóven, que os defiendan contra un Rey, que los colma de mercedes, al paso que por engrandecerlos mira con desden á toda la principal nobleza de Castilla?

—Creo, señor Infante, que los caballeros de *la Banda* darán fin

á las turbulencias del reino, é impedirán que Alfonso manche con una mala accion su glorioso reinado. Paladin hay entre ellos, continuó cubierto el rostro del mas vivo encarnado, que sin haber ceñido la banda roja, romperá la mejor lanza en defensa de Alfonso y de las moradoras de este castillo.

—¿Será tal vez D. Lope de Vandaña? gritó el Infante levantándose con ira. ¿Le habeis visto alguna vez? Pero no: perténece ya á la órden detestable.... Tal vez el hijo del presuntuoso señor de Salinas.... ¡oh...! ¡no se atreveria...! yo te conjuro, ó Blanca, por las espuelas de caballero, que me digas el nombre de ese afortunado campeon capaz de arrostrar por tí los peligros de....

—Don Juan, moderaos, le atajó doña María, y no olvideis que estais en preséncia de las castellanas de Almazan.

—Es pues preciso que yo salte la valla, dijo para sí el *Tuerto*, mientras recorria el salon á grandes pasos. Sabré á lo menos á qué atenerme, y la ventura dispondrá el resto. ¡Oidme pues, señora, prosiguió parándose de repente; y vos prima, escuchad mis proposiciones. Los castellanos no pueden tardar en llegar á estas murallas, para arrojaros de ellas y conduciros á Francia ó á un convento: es por tanto urgente mi determinacion; así, respondedme con claridad. Tengo en mi poder, no importa saber cómo, todo el tesoro de la corona de Castilla: con él levantaré en breve un ejército y defenderé estos muros contra Alfonso y todo el poder del infierno; mas exijo que Blanca, mi hermosa prima, se despose conmigo. Este será un golpe mortal para el Rey, asegurará vuestra tranquilidad á la sombra de mi espada, y Castilla temblará con el acrecentamiento de nuestro poder. El señorío de Vizcaya, unido á vuestros estados, aumentará nuestras riquezas, y á fuerza de grandezas y conquistas pondré tan encumbrada á mi bella prima, que el mismo Alfonso y el Rey de Aragon la mirarán con asombro. Dichosos ellos, sino los arrastro al carro de mis triunfos.

—Nunca tan atrevido os creyera, D. Juan, exclamó altivamente doña María. Pedís la mano de Blanca, como pudiérais la de una esclava vuestra, y olvidais que el libre albedrío de una noble dama es bastante poderoso para despreciar descortesés ofertas, y desiguales alianzas

— ¡Desiguales! ¡Doña María! gritó el Infante, dando una descomunal patada: vive Dios que mi sangre es tan ilustre, como la que circula por vuestras venas.

—No lo dudó, caballero; pero no es menos cierto que la nobleza mas esclarecida desaparece, si el honor y la virtud no la acompañan.

—Esto es ya demasiado, señora, y mi orgullo no se baja á suplicar, cuando puede mandar. Una palabra sola, doña Blanca, y vuestra suerte quedará decidida. ¿Acceptais mi mano? ¿Me haceis señor de Almazan?

—Don Juan, no, pronunció la doncella con entereza: mi corazón está de acuerdo con los hidalgos pensamientos de mi cariñosa madre, y se niega á una alianza, que serviria de justísimo pretesto al rey D. Alfonso, para declararnos la guerra.

Mordió el Infante con desesperacion la acerada manopla, al escuchar tan terminantes razones, revolvió el horrible ojo á todas partes, pateó, juró y sin miramiento á la elevada clase de aquellas damas exhaló su rabia, cual si se viese en medio de los satélites de sus soeces placeres. Nada contestó empero al corto razonamiento de la heredera: contentóse con dirigirla una terrible mirada, presagio de oculta maldad, y salióse aceleradamente del aposento.

—Poco tiempo nos molestará con su presencia en el castillo, dijo en voz baja doña María. Ven, hija mia, ven á los brazos de tu amantísima madre; mi ternura te resarcirá del disgusto, que ese mal caballero nos ha dado.

Arrojóse en ellos Blanca.... y ¿qué recompensa mas grata pudiera desear su sensible pecho? Mezcló sus lágrimas con las que se desprendian de los ojos de la respetable matrona, y las mas tiernas caricias, haciéndolas olvidar en breve las arrogantes maneras del Infante, restablecieron la calma, interrumpida por su intempestiva llegada.

El sol habia andado ya mas de la mitad de su carrera, y el *Tuerto* recostado en el mullido lecho, que Rodrigo le habia preparado, se entregaba, no al descanso que tanto requeria su situacion, sino á todo el furor que la repulsa de Blanca y el desprecio de doña

María encendian en su ánimo. Mil planes habia formado, sin fijarse en ninguno, para apoderarse á la fuerza de lo que de grado se le habia negado; pero resuelto á no dejar el castillo, sucediese lo que quisiese, hasta emprender alguna aventura que colmase sus intenciones, se habia despojado de sus armas, que yacian esparcidas sin orden por el suelo.

Abrióse la puerta del aposento, y se presentó á sus ojos Pero Calvillo. Este personage no ha vuelto á aparecer en nuestra relacion, á lo menos bajo su verdadero nombre, desde que se separó del conde Alvar Nuñez Osorio en los átrios de *Santa María* de Victoria; pero si el lector se ha echado á adivinar ciertas particularidades de poca monta en los sucesos referidos, no le habrá costado mucho trabajo conocer á nuestro hombrecillo en el *Campillo grande* de palacio, perseguido como espía por un grupo de los muchos que voceaban *viva el Rey y mueran los nobles*; de cuyo sitio y de Cañete se libró por astucia, merced á dos montones de tierra, con que oscureció los ojos de sus contrarios; le habrá visto, pocos momentos despues, asistir disfrazado de religioso al suplicio de don Juan Ponce y D. Diego de Linares en la plazuela de *San Miguel*, donde hubo de rendirse á mortal desmayo, presagiando tal vez el triste fin que algun dia habia de tener, á semejanza de aquellos desdichados caballeros. Lo que no podemos creer es, que la voz chillona, que en el convento de Santo Domingo se hizo oír, en un extremo de la sala de los amotinados, advirtiéndole á éstos que Alfonso estaba solo en su palacio, para animarlos á cometer un regicidio, hubiera salido de los inmundos lábios de este espía vendido á todos los partidos, y que no fuese otro tampoco el dominico, que sacára al infante D. Juan del mal paso de las bóvedas del mismo convento, y lo condujera despues en compañía del asustado Jucef hasta la calle. No podemos en efecto comprender como pudo representar á un mismo tiempo tan diversos papeles; mas como no hay duda en que él fué quien puso *al Tuerto* y al judío en disposicion de evitar la saña del Rey, debemos inferir que el tumulto de palacio no estaba concluido, cuando bajó de la torre de *Santa María*, á pesar de lo que antes digimos ateniéndonos á los antiguos perga-

minos que tenemos á la vista, los cuales tambien aseguran que el mencionado y astuto espía se reunió al Infante, un dia antes de su llegada á Almazan. No nos parece pues cosa estraña verle aparecer otra vez de sopeton en la escena.

Nos ha parecido conveniente hacer esta solvedad, para que el lector no nos critique de que nos contradecemos á sabiendas.

—Mal humorado os encuentro, D. Juan, fueron las primeras palabras de Pero Calvillo, despues de haberse quitado con respeto el sucio casquete de cuero. No os trata bien doña Blanca, á juzgar por vuestro semblante, y no me admiraria mucho de veros montar á caballo y enderezar vuestro paso hácia la corte del Monarca aragonés.

—Antes que tal veas, Però, replicó incorporándose el Infante, te has de calentar las manos al resplandor de las llamas de estas habitaciones, porque te juro que estoy resuelto á vengarme del desaire de estas damas y á incendiar sus haciendas.

—¿Es decir que doña Blanca no quiere ser señora de Vizcaya? ¿Y que vos tampoco lo sereis de Almazan y demás tierras de estas dependencias?

—Por Satanás, que así habrá de suceder, á menos que el diablo lo disponga de otro modo.

—Pues yo os afirmo que si seguíis mi parecer, no el diablo sino vuestro ángel bueno os hará lograr, dentro de poco, lo que juzgais imposible ahora.

—Veamos, señor espía, aunque tengo para mí que de poco fruto me han de ser tus consejos en este paso.

—Mas de lo que pensais; y sino decidme, ¿quién os impide arrebatar en el silencio de la noche á esa terca belleza, conducirla á pesar de sus gritos á un castillo de los muchos que teneis en Vizcaya? Bien sé que la empresa es algo arriesgada, estando el fuerte bien guarnecido, pero nada hay imposible á un valiente y galan caballero.

—¿Y es ese todo tu plan de ataque? replicó D. Juan, levantándose de todo punto y agarrando con fuerza el brazo de Calvillo.

—Es el mas acertado, repuso éste; pero soltad, señor Infante,

soltad por los huesos de San Millan, que me lastimais el brazo con vuestros dedos, como si fuesen colmillos de javalí.

—¿Has visto alguna vez á Blanca, miserable? volvió á preguntarle D. Juan soltando el brazo.

—Nunca, aunque he oido ponderar muchas veces su celestial gentileza y apostura.

—Pues aprovéchate del aviso que acabas de darme, si tal es tu deseo; tienes mi beneplácito para ello, y no te impediré en manera alguna. Apenas sientas la campana del castillo anunciar la media noche, vuela al aposento de esa orgullosa doncella, róbalas y tambien á su vieja madre, si una te parece poco, y corre apresurado á encontrar una salida fuera de estos muros, llévala á donde mejor te plazca, y deja á mi cuidado lo demás. Aconséjote sin embargo que te des prisa, no sea que las llamas te priven el paso, pues como antes dije, juro por la orden de caballería, que el dia de mañana aparecerá sin que el castillo de Almazan ostente reunidos dos lienzos de pared.

—Y el esclarecido infante D. Juan, respondió Calvillo resueltamente, tendrá que huir espantado á buscar un asilo, que seguramente no encontrará en la corte de D. Alfonso XI, si ya no espira abrasado y sin gloria entre las ruinas, que su intempestivo furor habrá ocasionado. Sosegaos, D. Juan, sosegaos y convenid conmigo en que el rapto de doña Blanca es el único medio de allanar todas las dificultades.

—¡Otra vez, Calvillo! gritó airado el Infante: he dicho que no quiero pasatiempos de esa especie, y que los goces en tu provecho. ¿Piensas menguado, que yo amo á doña Blanca?

—No: Dios me libre de haceros tal agravio: lo que si creo firmemente es que vuestro pecho se abraza por la heredera de estos estados..... ¿qué tal? ¿Me habeis comprendido ahora? Robadla pues, sea como quiera, y una vez en vuestro poder ¿quién será capaz de oponerse aquí á vuestra voluntad? ¿No sereis entónces el verdadero señor de Almazan? ¿No se verá forzada la misma doña Blanca, por conservar ilesa su reputacion, á daros la mano y ponerlos en posesion de sus castillos?

Parado quedó D. Juan al oír el término que la sutileza del espía había sabido dar á un paso, que le desagradaba en extremo. No era ciertamente la virtud ni el honor de su nobleza quienes le impedían cometer tan villana accion, sino que no habiendo jamás sentido hácia la hermosa heredera ningun afecto amoroso, solo se dirigian sus miras á lograr su mano, porque esta le aseguraba la posesion de los vastísimos estados y riquezas, que heredára de su intrépido padre. Contento en extremo, cuando conoció que las reflexiones del espía convenian con sus propios pensamientos, se abandonó á la alegría, dando por seguro que al dia siguiente le reconocerian por dueño todas las almenas y torres, que desde la habitacion se divisaban. Abrazó luego el plan que Pero había propuesto, y ambos acordaron la hora en que D. Juan, espada en mano, si era preciso, se presentaria á turbar el sueño de las señoras de Almazan, que tranquilas no dudaban verle partir al dia siguiente.



CAPITULO XV.

De como el sábio Samuel practicaba el arte cabalístico y se
hacia con bolsillos repletos de oro.



El día mismo que pasaban los acontecimientos referidos en los capítulos anteriores de este verdadero relato, sucedieron otros no menos importantes en Vitoria. El castigo del de Ponce y del alcaide de Iscar, si bien no contuvo á los sediciosos, les hizo al menos caminar con mas cautela, dándoles á entender que el Rey, cansado de tantas maquinaciones, se preparaba á destruirlas con inflexible rigor. Nada era mas cierto. Todos cuantos nobles cayeron en poder del ofendido D. Alfonso, cuando aquello del convento de los dominicos, pagaron con la cabeza su delito. Don Juan Manuel, cuyos manejos en Santolalla fueron descubiertos, no se atrevía á aparecer en la corte ni en público, temeroso de algun fracaso; la reina doña Constanza recibió orden de no salir de

sus aposentos y D. Lopé de Vendaña, restablecido de sus heridas, se preparaba á recorrer la tierra de Toledo á la cabeza de una veintena de caballeros de la *Banda*.

Llamóle el Rey cuando ya tenia puesto el pié en el estribo.

—Suspende ese viage, noble amigo, le dijo, pues he pensado otra cosa. Partirémos juntos á apaciguar esa canalla, y solo quiero detenerme aquí lo preciso para buscar al caballero Negro. Me has repetido muchas veces que, á no ser por su bravura, los malvados hubieran conseguido sus diabólicos fines.

—Así me lo aseguraron Mendoza y el de Salinas, que pelearon á su lado: mi mayor desconsuelo hubiera sido morir de mis heridas, sin abrazar á tan leal aventurero.

—He imaginado descubrir su retiro, por mas que lo oculten las entrañas de la tierra, prosiguió el Rey; no es razón que cuando ét se arriesga á salvarme de mis enemigos arrojando todo peligro, permanezca yo espectador ocioso de sus hazañas, sin probarle mi amistad. Vive Dios que esto es villanía, y no aguardaré mas. Venid, D. Lope, y vereis maravillas.

Salieron juntos de los patios del palacio en donde á la sazón se hallaban, y doblando un callejon, que á la izquierda del mismo habia, pasaron el portal de la *Soledad*, despues de hacer oracion á la imágen de nuestra Señora, que allí se venera todavía, y llegados á la mitad del súcio, pendiente y desempedrado canton, se detuvieron delante de una puerta de humilde aparienciá. Llamaron con tres golpes y al momento se abrió.

—Sean servidos vuestas mercedes de entrar con cuidado, no sea que tropiezen y caigan, les dijo una linda mozueta. ¡Hola! Son, á fé mia, gentiles caballeros, á lo que se traslucé por los bordados que les adornan.

—Apresúrate á poner en noticia de Abenuez que dos de sus amigos vienen á visitarle, la dijo el de Vendaña, despues que hubo hablado con el Rey al oido.

—Vuestas mercedes serán servidos, contestó la jóven.

Dicho esto desapareció en las tinieblas de un estrecho pasadizo, que comunicaba al interior.

—No sabe proveerse mal mi famoso médico, dijo D. Lope. Hé aquí una de las mas agraciadas criaturas que he visto en mi vida, sirviendo sin duda á los placeres del judío, al paso que muchos esforzados paladines se deshacen á lanzadas, por conseguir una sola mirada de altiva belleza.

—Es ciertamente hermosa, repuso D. Alfonso, y caballero hay en mi corte, que sostuviera un encuentro en honor de Zoraida.

—¿Con que segun eso es la misma que tanto he oido encomiar al conde Osorio....? lástima me dá que tan singular perfeccion pertenezca á esa detestable raza de nuestros enemigos.

—No es tan escrupuloso como tú Alvar Nuñez, y harto será que no nos dé algun disgusto con sus desatinados amoríos.

—Vive Dios, Señor, que si este fuera sitio á propósito, os probaría que el Conde, D. Juan Manuel, Garci-Laso y el infante don Juan son unos declarados traidores.

—Compadéceles, Vendaña; su suerte está decretada por el cielo.

Hé aquí compendiado en las últimas palabras del Rey el secreto de lo que poco tiempo despues sucedió á aquellos revoltosos caballeros.

Interrumpió la conversacion de D. Alfonso y su acompañante una repentina claridad, que provenia de algun aposento interior y se dilatava por el pasadizo de que hemos hablado. Al mismo tiempo se presentó el sábio Samuel vestido de ceremonia, y acercándose á los caballeros, les invitó á seguirle con las mayores muestras de respeto. Sirvióles el mismo de guia, y á poco trecho abrió una puerta y los introdujo en su laboratorio particular.

Estaba éste alumbrado débilmente por una lámpara pendiente del techo y servíale de adorno un rico sofá cubierto de damasco azul: algunos retratos pendientes de gruesos clavos de cobre y cuyos extravagantes trages alcanzaban la mas remota antigüedad, inspiraban cierta sorpresa á primera vista, que despues se cambiaba en burlona sonrisa. Pero lo que particularmente llamaba la atencion era el órden, simetría y pulidéz, con que el sábio doctor conservaba los instrumentos de su profesion. Todo el mundo sabe que la astrología tuvo en el siglo xiv y en los inmediatos muchísimos partidarios.

Los mas poderosos señores, los príncipes, los reyes mismos pagaban tributo á la nécia charlatanería de algunos estrangeros advenedizos, que sábios ciertamente en conocer el flaco de la nobleza castellana, vendian sus recetas y mentidos pronósticos á peso de oro. Samuel gozaba en la corte la reputacion de adivino, sin la cual de poco le sirviéra en aquel tiempo toda la ciencia de Esculapio, y su habitacion era frecuentada por los principales magnates, particularmente desde que los asuntos del reino andaban revueltos, pues todos ansiaban conocer su horóscopo en unos tiempos, en que las cabezas no se tenian muy seguras sobre los hombros.

Veíanse sobre una mesa de lustroso ébano varias hileras de libros y dorados pergaminos, colocados con prolijo esmero; una trasparente gasa los cubria, al paso que indicaba al profano ignorante, que antes de adquirir los conocimientos del profundo estudio que encerraban, era preciso trabajar largos años, pasar pruebas inauditas y consumir la vida en penosas lucubraciones. Dos primorosos estantes de marfil ostentaban los no menos costosos instrumentos astrológicos. Notábanse entre ellos dos esferas de mas que regular tamaño, cuyos polos y fajas de plata maciza cautivaban la vista, y á su inmediacion multitud de compases del mismo metal, aunque de diversos tamaños. Una armadura completa de pulidísimo acero y una larga y cortante espada probaban no ser agenos de Samuel los conocimientos del arte de la guerra, aunque tal vez le sirviesen igualmente para las operaciones de las ciencias ocultas, á que incansable se entregaba. Mas lo que en aquel siglo podia llamarse un prodigio y escitaba la admiracion de cuantos le consultaban, era un semicírculo graduado de oro puro, en el cual estaban representados los doce signos del Zodiaco, por otras tantas piedras brillantes.

—¿Cómo encontráis vuestras fuerzas, señor de Vendaña? dijo el sábio despues de haber ofrecido al Rey el mejor asiento. ¿Os sentís con ánimo de empuñar la lanza?

—No te hacía yo tan rico, contestó el caballero, admirado de lo que veía y sin haber entendido la pregunta.

Meneó Samuel la cabeza y prosiguió:

—Paréceme que la mucha sangre derramada de vuestras últimas heridas os tiene harto débil todavía; ya os previne anoche que hoy no saliéseis.

—Pues dá gracias á S. A., respondió Vendaña vuelto en sí, que á estas horas no me hallo galopando sobre *Salta-peñascos* camino de Toledo.

—Es una verdadera locura, hijo mio: es preciso economizar nuestros recursos, si queremos ganar una larga edad. Las locuras de la juventud solo sirven para conducirla por grados al sepulcro. Mientras gozais de robustéz, os creéis superiores á la naturaleza, á los peligros y á la muerte: todo se arrostra entónces, todo se emprende, nada hay difícil... Alháganse las pasiones brutales, satisfácense los deseos inmoderados.... y despues! ¡Triste cuadro! llega la enfermedad, el cuerpo se debilita, el alma decae de su noble ser, el que no há dos dias ostentaba con orgullo la altiva frente y desafiaba á un castillo, yace hoy consumido en asqueroso lecho, aguardando un fin doloroso y anticipado.

—Harto desesperada es esa pintura, sábio Samuel, dijo D. Lope: empero, si entre las mayores angustias, que mi cuerpo sufriera, me dijese que en tal ó cual parte maquinaban contra la seguridad del estado, vive Dios que me arrojára del lecho, con tal que fuerzas tuviese para hacerlo, y volára como un rayo á mi puesto de honor.

—En ese caso, replicó el médico....

—En ese caso, le atajó el Rey, no nos hallamos ahora. Dejad para otro dia esas lecciones y apresurémonos á poner por obra las intenciones que aquí me traen. Has de saber, Samuel, que la persona á quien confió un secreto y me vende, es mi mayor enemigo, y nunca vuelve á mi gracia: ahora bien, nuestra venida es un secreto.....

—¿Quién mas honrado que yo? exclamó el judío echándose á los piés de Alfonso ¿Hay por ventura cosa que mi humildad no esté dispuesta á hacer, en obsequio de tan alto y poderoso Príncipe? Hablad pues, señor y Rey mio, hablad y si mi ciencia, si los vastos conocimientos que poseo y raros secretos, que he sabido ad-

quirir á despecho de la naturaleza y de los mismos astros, pueden ser útiles de alguna manera á mis bienhechores, una palabra sola y vuestros deseos quedarán satisfechos.

—Levanta, sábio amigo, levanta, dijo el Rey, y óyeme con atencion supuesto que podemos contar contigo. Hay en Vitoria un caballero, que viste armas negras, por quien todo lo sacrificaría y cuyo paradero ignoro. Es el mismo, que quiso impedirme el paso del puente del Zadorra, el que en mi presencia arrojó el guante al infante D. Juan, y el que acuchilló en mi propio palacio á los traidores que querian asesinar-me. Deseo por tanto, si á tanto alcanza tu arte, que me digas donde le hallaré, ó si él mismo se me presentará algun dia, segun ha prometido.

Nada respondió el hijo de Abenúez, pero adelantándose hácia la mesa, tomó un manuscrito, levantando con cuidado la finísima gasa, y acercándose á la lámpara, abriólo y leyó varias páginas con estudiosa meditacion. Su alta estatura, á la que daba mayor magestad la preciosa túnica de seda que la cubria, sus facciones apenas iluminadas por el débil refulgor de la luz, sus pobladas cejas, y largas pestañas le hacian asemejarse á los antiguos Aruspices de la Grecia, cuando en medio de los templos predecian á los engañados pueblos los acaecimientos futuros, inspirados por la deidad que agitaba sus almas con imaginarias visiones.

—Espinosa es, oh Príncipe, dijo al fin de su lectura, la prueba á que hoy poneis mis humildes conocimientos; mas por grandes que sean las dificultades, que me ofrece el cumplimiento de vuestro deseo, mayor es aun el que me anima á no perdonar medio ni fatiga para conseguirle. Perdonadme, pues, si entretengo á Vuestra Alteza mas tiempo del que quisiera, esperando la preparacion de los instrumentos que he menester al intento.

Y sin aguardar respuesta, empezó á reunir en un lado de la espaciosa mesa cuanto le era necesario, para la revolucion planetaria que se proponia ejecutar. Examinó segunda vez el manuscrito misterioso, tomó diversas veces el compás que le pareció á propósito, describió figuras, midió círculos, trazó líneas paralelas, y satisfecho al fin de estos rasguños que denominaba *secreto máximo de*

los signos cabalísticos, enjugó la sudosa frente con un finísimo lienzo, y recostándose en el cómodo sofá, soltó las siguientes razones, como hablando consigo mismo.

—Con efecto; esta conjuncion no puede faltar. Con todo; mas segura sería, si yo pudiese aguardar á la hora fija de media noche. Pero, veamos. El sol aquí oculto, bajo la sombra de esta figura emblemática.... por otra parte, brillando con esplendor llegado á su mayor altura, como lo demuestra esta línea.... sí; no puede estar mas claro. Sin embargo, probemos que la operacion es exacta.

Cogió entónces con la mayor delicadeza el semicírculo graduado, alhaja verdaderamente admirable, con que pagára los servicios de Abenuez poderoso príncipe morisco, y lo colocó sobre las figuras, que primero habia trazado: tornó á cavilar, repasó las líneas, emborronó otras nuevas, leyó varias páginas del anterior cuaderno, y levantándose por último con aire de triunfo, exclamó dirigiéndose al Rey:

—Jamás, intrépido D. Alfonso de Castilla, jamás llegará el estudioso mortal á escudriñar los mas recónditos arcanos del destino, sin poseer las inestimables, las nunca bien ensalzadas tablas de Hérmes. Todo lo mas precioso que la naturaleza puede producir se halla encerrado en ellas, y no hay misterio sepultado en las famosas pirámides del alto Egipto, que no esté contenido en sus doradas páginas. La historia entera de la desventurada Palmira, sus calamidades, sus guerras, su ruina, las artes y maravillas que la inmortalizaron.... hasta el fatal y envidiado secreto de fabricar ese metal funesto, origen de todos los males que afligen á la especie humana; los geroglíficos mas complicados, las figuras simbólicas de mas dudosa interpretacion, la incesante revolucion de las constelaciones y su directa armonía con la fortuna ó desgracia de los séres creados, todo se esplica allí con sublime profundidad, con matemática certeza. Sin ese libro, oh mi Rey, en vano se afanára vuestro muy humilde servidor, D. Samuel Hull-Ackin, hijo de Abenuez *el estudioso*, por complacer vuestros deseos: pero, ¿qué cosa habrá en el orbe, que se resista á la portentosa influencia de tan preciosos cálculos?

—De ese modo ¿vas á decirme y eso sin rodeos, replicó el Rey, donde encontraré al guerrero de las armas negras? porque te aseguro, sabio Samuel; que ni una sola jota entiendo de las tablas de Hérmes, ni de Hérmes mismo; de modo que ignoro si fué hombre de carne y hueso como nosotros, ó alguna mómia resucitada por medio de esa difícil ciencia.

—Difícil....! bien puede asegurarlo Vuestra Alteza. La vida del hombre es corta para llegar á ser un humilde discípulo.... un aprendiz. Mas en cuanto á Hérmes, perdono, oh Príncipe, la ignorancia con que habeis hablado, en atencion....

—En atencion á que no queremos oir hablar mas de él, ni de sus tablas, sino del caballero Negro, le atajó Vendaña con viveza.

—Así son todos; contestó sin inmutarse el astrólogo. La ingratitud es su primera pasion. ¿A quién pues deberéis la satisfaccion de vuestros anhelos, sino es á ese mismo maestro de los sábios, cuya memoria ultrajais? Bien es que, si mi humilde saber no trazára con escrupuloso estudio la conjuncion, de poco serviria la aplicacion de las misteriosas tablas.

—Aunque sea Salomon, ó el Rey que rabió, el inventor de esos secretos y de esas tablas, repuso D. Alfonso, lo que yo quiero es saber del guerrero, por quien he venido á consultarte. Déjate pues de historias viejas, que solo á tí son interesantes, y vamos al asunto.

—El caballero de armadura negra, que ha salvado los dias de Vuestra Alteza en el último alboroto, con gran contento de los pueblos de Castilla, no está ya en la ciudad, ó mejor dicho va á dejarla en este mismo instante.

—¿Y tardabas tanto en declararlo? exclamó el Rey con ira. Maldito sea Hérmes y sus tablas y Palmira y el Egipto y todos los nombres bárbaros que pronunciaste, y los mamarrachos que has pintado en ese súcio pergamino. Corramos, D. Lope, quizá le alcancemos todavía. ¿Qué camino lleva? ¡ah! dilo pronto, sino quieres que me vuelva loco.

—Es tarde ya, dijo Samuel con calma.

—¿Qué camino lleva? Dilo, dilo...., replicó D. Alfonso furioso.

—No he consultado la conjuncion.

—¿No te dije ya que no quiero conjunciones ni fantasmas?

—Pero, Señor.....

—No hay señor, ni pero que valga; infame, embustero; yo te haré arrepentir presto de tus diabólicas mentiras y embelecos.

—¿Y si os presento yo mismo al caballero Negro, en la situacion que á esta misma hora le ocupa? ¿Que os pareceré entonces?

—¡Cómo! ¿Qué has dicho?

—Que mi ciencia alcanza á poner delante de vuestros ojos la figura verdadera de aquel aventurero, en la misma accion y postura que actualmente tiene, bien sea cabalgando sobre indómito corcel por esas ásperas veredas, ó requebrando de amores lindas hermosuras, en decorados sillones de magnífico castillo.

—¿Qué te parece de esto, D. Lope? dijo el Rey entre confuso y sorprendido.

—Digo que semejante operacion huele de cien leguas á magia, contestó éste, y á otra cosa peor, que no quiero nombrar.

—No hay duda, no hay duda; eso mismo pienso yo. Hablemos claros, amigo Samuel; yo tengo acá mis escrúpulos, y me precio, como el que mas, de ser temeroso de Dios. Buen ejemplo de su justicia fué mi padre, como ya debes saberlo, y á eso debió tambien que ahora se le conozca con el nombre de D. Fernando el *Emplazado*. Quiérote decir que, si en esa aparicion del caballero del puente ha de mezclarse de alguna manera el enemigo malo, desde luego renuncio al placer que me prometes con la presencia de mi defensor. Así pues, desengáname de una vez.

—De suerte es, respondió el médico, que aunque directamente nada tiene que temer Vuestra Alteza de la cooperacion de ningun espíritu infernal, no negaré que la reunion de todas las partes indispensables, para que los efectos correspondan al espinoso trabajo que se requiere, pueda ser indirectamente presidida por un génio maléfico.....

—Basta, basta, dijo el Rey levantándose, y lo mismo hizo don Lope. Nada quiero con semejante especie, aunque me valiera la tranquilidad de Castilla.

—Me persuado no obstante de que no dudareis de mi verdad, cuando os he dicho que el aventurero Negro no está ya en Vitoria, le observó Samuel.

—Preciso será que lo crea, mi sábio amigo, le contestó Alfonso depuesto enteramente el enojo, que la misma noticia le causára un momento antes. Siempre me has anticipado los importantes acaecimientos, que despues me han sucedido. ¡Ah! dime ¿cómo es que tus planetas nada te descubrieron, en cuanto á la pasada sublevacion?

—¿Lo creéis así? respondió con fingida modestia el astrólogo.... mas vale. Sin embargo, si las conjunciones planetarias, hablando en lenguaje científico, no me descubrieron la conjuracion, me inspiraron al menos el remedio. En prueba, os haré dos preguntas, á las que suplico á Vuestra Alteza que me responda como caballero.

—Empieza; yo te lo prometo por quien soy.

—¿Quién os salvó de los amotinados?

—El caballero Negro.

—¿Por quién supo el caballero Negro vuestro peligro?

—No lo sé.

Una sonrisa de triunfo asomó á los lábios del hijo de Abenueza, y parecia decir al Rey: yo soy, á quien debe la vida Vuestra Alteza. Alfonso así lo creyó, aunque el lector sabe muy bien lo contrario; por lo que tomándole la mano y apretándosela con afecto, despues de haber echado sobre la mesa un bolson bien repleto de oro, le dijo:

—No será esta la última prueba que recibas de mi largueza. Prosigue en esos nobles sentimientos de fidelidad, y yo te prometo que sobrepujarás en poderío á muchos, que hoy se ven encumbrados y mañana servirán de entretenimiento al verdugo.

Dicho esto, salió del aposento seguido del señor de Vendaña.

—Anda, anda, poderoso Príncipe de Castilla, dijo Samuel, luego que hubieron partido; poco importa que blasones de ánimo esforzado, y audaz carácter contra tus enemigos interiores, si tiemblas como un niño de pecho delante de lo que te parece un prodigio,

porque tu limitado talento es incapaz de comprenderlo. No hay duda; maneja bien la lanza; acomete las mayores empresas; trabaja y se afana sin descanso en ganar batallas y honra.... pero tiembla delante de mí cuando quiero, y lo mismo todos los caballeros de su corte. Veamos el bolsillo, que ha dejado aquí encima.... No pesa mal, y puedo asegurar que, si la paga corresponde á los regalos que de su mano he recibido, es el príncipe mas liberal de la tierra.



CAPITULO XVI.

La Reina se desmaya, el hijo de Abenuez lleva su merecido
y el señor de Villena dá el salto mortal.



AMUEL, despues de este soliloquio, vació la bolsa sobre la mesa y con ojos de avaricia calculó de un golpe lo que podía contener. Un tinte de alegría se esparció por su rostro, y recogiendo otra vez las piezas de oro, que contemplaba con afan, antes de encerrarlas quizá para siempre, pues nada gastaba aquel miserable impostor, teniendo cotidianamente á su vo-

luntad la mesa de los mas encumbrados señores y la del mismo Rey, llamó á Zoraida; la hermosa mora que Alfonso y D. Lope habian visto al entrar, y la preguntó:

—¿A qué hora ha salido de la ciudad el caballero Negro?

—Todavía es temprano, mi protector, contestó la jóven. Os he dicho que el Conde me ha asegurado haberle visto y hablado, y que

á fuerza de querer darme gusto, para ganar mis buenas gracias, ha rastreado el paradero del criado que debe acompañarle, el cual ha prometido traer á mi presencia. De todos modos, puedo afirmar que saldrán esta noche de Vitoria, pero como antes os dije, ignoro el punto de su destino.

—Nécio de mí, que aseguré al Rey no hallarse ya en la ciudad el negro campeón, y puede descubrir la impostura. Con todo, me parece que he acertado. ¿No me pediste que de ningun modo supiese D. Alfonso el paradero del que busca, aunque yo lo averiguase?

—Si, mi protector; he deseado en esto complacer al Conde, que tanto se desvela por mí.

—Y te regala tambien con prodigalidad. Esto va bien y Álvar Nuñez quedará satisfecho.

—¡Cómo! sabeis ya.....

—Nada, hija mia, nada; pero he anticipado al crédulo Monarca el solemne vaticinio de que el aventurero del Zadorra ha partido, y de este modo no puede pensar en buscarle aquí. En cuanto á la entrevista del escudero, que aguardas, no me agrada mucho, Zoraida, porque puede saberse.... y luego, adios reputacion mia de sábio, adquirida con tantos desvelos y fatigas.

—No es seguro que yo le vea. El Conde dijo que, si podia reducirle, vendria con el, y así... pero... han llamado: ¿habeis oido?

—Vete á averiguarlo.

Salió Zoraida, y á poco rato volvió y dijo:

—La Reina....

—Estraña visita por cierto, murmuró el filósofo. ¡Cuándo pondrá para mí su cruel rigor! yo hago por aprovechar los momentos, pero ella.... siempre sorda á mis amorosas palabras, siempre fiel á un esposo que ni se digna mirarla. Veremos esta vez..... Preciso es que haya alguna novedad, para venir así, sin avisarme.... ¡oh! descúidate un momento, hermosa Princesa, que yo te prometo asir la ocasion.....

Diciendo así, salió á esperarla hasta el corredor.

Era doña Constanza uno de aquellos seres que llevan sobre su

frente marcado el sello de la desgracia. Altiva por herencia, risueña por naturaleza é intrigante, como su padre, por costumbre. No era la belleza que los poetas comparan á la hechicera amante de Endimion, ni sus lábios tenían el suave colorido de la rosa: sus formas estaban léjos de ostentar la delicada finura de una deidad destinada al amor; solo sus ojos grandes y negros espresaban con miradas de fuego esta temible pasion. Por lo demás, era una estatua griega, una verdadera amazona. Alta, bien formada, podia gloriarse de reunir en sí sola el cuerpo de Minerva, el orgullo de Diana, y el corazon de Vénus.

Entró con desembarazado paso en la estancia del astrólogo, y dejándose caer lánguidamente sobre el sofá, permaneció silenciosa.

Adelantóse Samuel, y con el mayor cariño, la dijo:

—¿A qué nueva desgracia debo, Señora, la inestimable honra de recibir á Vuestra Alteza bajo mi humilde techo?

La Reina suspiró, miró al médico eternecida, y enjugando varias lágrimas con afectado desden, le respondió:

—Nada ha sucedido de nuevo, pero ¡oh padre mio! ¡cuán desdichada soy.....! sí..... bien sabes mis pesares..... ¿Hay acaso secreto en mi corazon que no te haya confiado?

—Verdad es, Señora, que puedo tener esa vanidad, contestó el sábio. Hablad sin temor, ni recelo, que ya teneis sobradas pruebas de mi adhesion y constante anhelo en serviros. Indicadme solamente el punto sobre que deseais consultarme, y yo pondré de manifesto ante esos hermosísimos ojos todos los arcanos de mi ciencia

—¿Cómo, Samuel! exclamó la esposa de Alfonso. ¿Olvidas que todavía soy la Reina de Castilla? Si mis ojos tienen algun mérito, no es ciertamente un miserable judío quien debe ensalzarlo y.....

—Perdonad, si os interrumpo, Señora, replicó el médico con respeto. Muchas veces me habeis honrado con el dulce dictado de padre vuestro, tan grato á mi corazon. Os he dirigido con mis cortos conocimientos en todos los lances espinosos de la vida, desde vuestro feliz enlace.....

—¡Feliz enlace! maldito querrás decir, gritó la Reina.

—Así es como Vuestra Alteza dice, continuó Samuel con serenidad. Tampoco ignorais, si es que os dignais conocer un poco mi lealtad y afecto sin límites, que estoy pronto á hacer, por obligaros, todo cuanto mi ciencia alcance..... todo, hasta lo imposible. ¿A qué pues ese rigor intempestivo contra un padre que os ama, contra un maestro capaz de guiaros con acierto en los mayores apuros, y que es al mismo tiempo el mas sincero admirador de vuestras gracias y escondidos talentos?

—Dejemos eso á un lado, repuso doña Constanza, y hablemos de lo que mas me interesa.

—Mia serás, desdeñosa belleza, pensó interiormente Samuel.

—Ya estás bien informado por mí, prosiguió la Reina, de la indiferencia y desprecio con que Alfonso me trata. Conocidas te son tambien las razones de política que le hacen obrar así; mas ha llegado el momento de decidirme y tomar una resolucion. Yo he podido tolerar con paciencia el desamor del Rey, sus desvíos, sus inconsecuencias, sus desaires.... pero la trama del de Osorio y de ese pérfido Garci-Laso, no; es imposible. ¡Desecharme del lecho; arrojarme del trono, para colocar en él á la aborrecida infanta doña María de Portugal.....! verdaderamente es un refinamiento de maldad, digna solo de los mónstruos que la han concebido. No deseo volver á la gracia de mi esposo, no.... le detesto tanto como le amé en otro tiempo, no sé si mas feliz ó funesto para mí. Abomino la grandeza, el fausto, el sólio mismo, y únicamente quiero.... no sé ni aun lo que quiero, Samuel, y vengo llena de ira, de furor, de desesperacion, de rábia, á consultar tu profunda experiencia.....

—No será burlada vuestra confianza, querida hija mia, dijo el médico tomando el tono de un preceptor condescendiente con una discípula mimada. Yo leo en vuestro corazon despedazado, y os presentaré un remedio único, dulce para esa desesperada situacion del ánimo. Todos los mortales padecen; á todos condenó el destino á sufrir amargos sinsabores, crueles heridas..... á todos concedió igualmente un consuelo, un don celeste, con el cual se hacen llevaras nuestras penalidades y miserias.... la venganza....

—La venganza.... sí, exclamó doña Constanza. ¡Oh amado pa-

dre! ¡cuán sábio sois...! me abandono ciegamente á vuestra direccion.... Sí: yo quiero, yo deseo vengarme.

—Tú te vengarás, hija mia, y triunfarás de tus enemigos, si sigues mis consejos. Pero.... ¡Dios de Israel! ¡Cuán agitada! ¡Cálmate; serena por unos instantes esa inquietud que destroza tu alma.....!

—Ah! vénguemé yo, y seré feliz, decía la Reina sin fuerzas para sostenerse, pues el furor que la dominaba y su desesperacion se las habían agotado. Discurre Samuel, discurre algun medio... ¡ah! no puedo mas.... por piedad, dame alguna medicina que me vuelva el sosiego, ó me mate de una vez!

El judío sacó inmediatamente de un escondido armario una curiosa botellita de cristal y llenando del licor que contenia cincelada copa de plata, se la presentó á la Reina.

—Apurad ese balsámico néctar, la dijo, y tornará la calma á vuestro corazon. Fué compuesto por el sábio Abenuez mi padre, y tiene virtudes maravillosas.

—Sí; es sabroso, respondió doña Constanza despues de haberlo bebido. Tratemos ahora.... mas... ¡Dios mio! ¿qué me has dado Samuel? Yo me abraso.... un fuego devorador me consume..... ¡ah! yo me siento morir.... yo fallezco..... ¿dónde estoy....?

—En mis brazos, Reina hechicera, contestó Samuel, acariciándola con ardor. Sí, en mis brazos; un amante tierno, apasionado, cuya firmeza y cariñosos alhagos sepan apreciar en toda su estension el valor de tus seductores atractivos, es el único que remediará todos tus males.... Reina de Castilla, orgullosa, y deseada muger, ya eres mia.

Dijo, y con los ojos encendidos, imprimió sus súcios lábios en los de aquella lánguida beldad, que por un raro efecto del licor que habia guslado, se entregaba, sin ser dueña de sí misma, á la lubricidad de su perverso director. La postura en que habia quedado era la mas propia para escitar los deseos de un amante. Reclinada sobre los almohadones del sofá, uno solo de sus piés tocaba el suelo, y la entreabierta boca despedia con trabajo su abrasada respiracion.....

Ébrio de placer contempló el astrólogo aquella obra perfecta del amor, y ansioso de apurar la felicidad que tantas veces habia deseado en vano, y entónces se le ofrecia con facilidad, iba ya á profanar torpemente el recato de la Reina, abusando de la peligrosa posicion en que él mismo la colocára; tocaba ya al término de su dicha.... nada le faltaba, sino aprovechar los instantes para consumir la iniquidad..... Abrióse la puerta del laboratorio, rindióse doña Constanza á un mortal desmayo, y el señor de Villena se presentó de repente en medio del aposento.

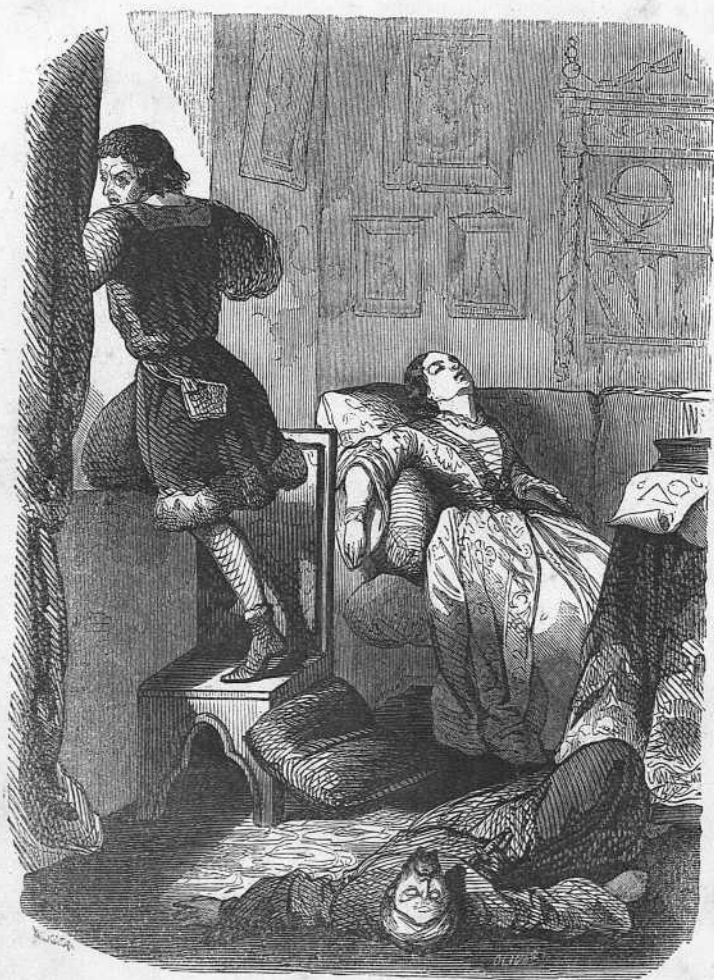
La congoja de la Reina, su desaliñada postura, la confusion, el terror, y desórden del judío, la lámpara apagada, las ventanas entreabiertas, que comunicaban al aposento débil y misteriosa claridad..... todo instruyó á D. Juan Manuel, á la primera ojeada, del peligro que corria el honor de su hija, si su hija no era criminal, y si llegaba á tiempo de impedirlo.

Quiso acercarse Samuel á la puerta en ánimo de huir, sabiendo bien la mala andanza que le esperaba, pero en vano, porque el ofendido magnate apenas conoció su intencion, le asió con fuerza por la garganta y desnudando la daga,

—¿Pensabas escapar de mi cólera? le gritó: infame seductor: ¿ignoras que el que una vez tiene la desgracia de ofenderme, no lo vuelve á contar? Ahora pagarás todas tus maldades.. Ven acá.... y lo arrastró con fuerza hasta la mesa. Una sola palabra..... responde con verdad, y será la última que pronuncies, le dijo con reconcentrada furia..... habla.... ¿La Reina ha sido cómplice de tu crimen....? ¿es verdadero ese letargo, en que la miro sepultada...? ó acaso el susto de mi venida.....

—¡Ah! noble señor, piedad para ella y para mí, clamó el judío, que creyó escapar mejor del peligro, echando un borron sobre la conducta de doña Constanza. La casualidad nos ha reunido.... vino á consultarme.... ¿Os parece D. Juan, que yo tuviera suficiente audacia para aspirar.... ¡misericordia! por Dios no me mireis así.... yo soy un pobre judío.... un esclavo vuestro.... ella..... puesto que deseais la verdad, os la diré.... Sentóse la Reina en el sofá, y yo le manifesté mi agradecimiento por la honra....





Le introdujo tres veces la daga en el corazon,
y desapareció.

—¿Y luego....? exclamó el de Villena.

—Me hizo sentar á su lado: mirad, valiente D. Juan, la infeliz se lamentaba de.....

—¿Y despues....?

—Despues, yo la consolaba con mis consejos y.....

—Vamos; despacha.....

—Pero si no me dejais.....

—Despacha, digo, ó te mato.

—No; no, tened compasion.....

—¿Acabas?

—Ah! sí, sí; ella me dijo con ternura: ven á mis brazos, Samuel; hace tiempo que te amo; véngame del ingrato Alfonso.....

—Maldicion eterna sobre tí, gritó D. Juan Manuel, sin darle tiempo á seguir, y al mismo tiempo le introdujo tres veces la daga en el corazon.

Cayó el hijo de Abenuez en tierra con estrépito, revolcado en negra sangre y salpicando con ella los vestidos de su matador, que espantado de lo que acababa de hacer, se dirigió maquinalmente á una de las ventanas del laboratorio. Abrióla de par en par, y arrojándose por ella, desapareció de la corte para siempre.



LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

Diálogo al aire libre y supersticiones
del siglo XIV.



EDIA noche poco mas ó menos sería, cuando el escudero del caballero Negro llegaba á una de las calles de encinas que cubrian todo el terreno, desde el contorno de la ciudad hasta las faldas del Arlaban. Arriado á uno de estos árboles, á cuyo tronco acababa de amarrar el freno de arrogante corcel, mientras sujetaba al brazo izquierdo las riendas de otro no tan rollizo, aunque asimismo de color oscuro, parecia entregado á desossegados pensamientos, al paso que procuraba guarecer su cuerpo de la menuda lluvia que caia, con las peladas ramas, único abrigo de aquella soledad.

En aquel instante era tambien Jaime el solo ser racional, que honraba con su presencia unas llanuras, que si bien por lo pintorescas y caprichosas cautivaban la vista, no gozaban de la mejor reputacion en el pais. Los habitantes del campo estaban muy distantes de atreverse á cruzar, despues del toque de oraciones, por las inmediaciones de la arboleda, y una antigua tradicion señalaba este sitio como teatro de una mortandad horrorosa, sucedida en reñidísima batalla de romanos y numantinos. La supersticion de los naturales habia añadido á tan vieja historia el correspondiente adorno de apariciones, inherente á todas las que en tales tiempos andaban en boca del vulgo, y aseguraban que todas las noches, cuando la luna reflejaba su pálido brillo sobre las aguas del Avendaño, se levantaban los guerreros sepultados en aquel terreno, habia mas de mil y cuatrocientos años, armando todos juntos horroroso estrépito de armas y gemidos, cual si de nuevo pugnasen por sostener los derechos de las dos naciones, á que pertenecieran. Otros eran de opinion que el desaforado gigante, á cuyo disforme brazo estaba encargada la guarda del Zadorra, que riega cubierto de espadañas y sauces esta parte de la ciudad, reposaba y secaba sus miembros por la noche entre las encinas, siendo pocos entónces los que se hubieran aventurado á perturbar su sueño, frecuentando unos sitios, que daban pábulo á tan absurdas como creidas relaciones.

De estos pocos era Jaime, quien haciendo de la necesidad virtud, no las tenia todas consigo, ni se hallaba muy tranquilo en semejante soledad; y mas de una vez hubiera dado al traste con su poca paciencia, prorumpiendo en quejas y amenazas, costumbre adquirida en la vida errante, á no temer la lanzada de esforzado héroe, si se le antojaba sacudir, para espantarle, el letargo de algunos siglos. Mas como no es dado al hombre callar eternamente, y no tenia á mano viviente con quien departir, si se esceptuan los caballos, á estos se dirigió su mal humor.

—No estarás quieto, por San Millan, maldito *Relámpago*, sin tanto batir la tierra con piés y manos.... nada; es hablar á sordos. Con todo, no ha llegado el tiempo de hacer alarde, *Moro* mio, y pluguiese á Dios, que todos fueran desafíos y batallas entre hom-

bres de carne y hueso, como nosotros: poco me importaría entonces el riesgo de mi vida, amparado por la espada de mi señor; pero ahora... despacio, despacio, *Moro*.... estarse uno con los brazos cruzados en esta hechizada arboleda, esperando á que las brujas tengan la humorada de llevárselo por esos aires caballero en un mango de escoba.... Calle.... ¿de dónde será aquella luz....? ¡Otra vez, *Relámpago*! ¡Gé....! quieto digo.... Apuesto á que las tales endemoniadas se preparan á la sagrada ceremonia.... No, pues no le arriendo la ganancia al diablo, si esta noche ha de tener tanta paciencia como necesita, y luego cata ahí que arman una zambra de los demonios, y rechinan los dientes, y se sacuden sendos golpes con huesos de calaveras desenterradas.... está visto; no cesaréis de golpear la yerba, como si en ella hubiese algun tesoro.... Mas hé aquí otras pisadas diferentes de las vuestras, continuó despues de una corta pausa; el cielo quiera que sea el caballero. Sí.... no.... pues camina con calma, por los cuernos de Satanás, y si es él no debe tener tanta prisa como enantes dijo.

En esto oyó un silvido que le era bien conocido, y alegre sobremanera respondió con otro. Relinchó tambien *Relámpago* el reconocer á su dueño, y el caballero Negro, seguido del misterioso sepulturero de Santa María, se presentó poco despues delante de él.

—Démonos prisa, exclamó el primero; quizá lleguemos demasiado tarde y entonces.... Detúvose aquí, pero los últimos rayos del astro de la noche alumbraron una mirada de furor, que dirigió hácia el pomo de la espada.

—Sí; corre, vuela, y venga de una vez tantas injurias, dijo su compañero. Yo entre tanto rogaré al Omnipotente te dé su ayuda, para purgar la tierra de semejante mónstruo.

—¿Y estais cierto de que haya ido á Almazan con ese intento?

—Tan cierto como de la sangre que corre por tus venas. Ya te dije que temiendo la curiosidad del conde Osorio y del infame espía, cuando impensadamente subieron á la torre, procuré inspirarles miedo, no dejando de tenerlo yo muy grande, por haber querido saber el favorito á donde conduciá el lóbrego corredor, que comunica con la escalera secreta, por la cual se baja á la parte del

cementerio destinada á nuestro albergue. No sé lo que respondí, mas eché de ver que la supersticiosa credulidad de Álvar Nuñez me habia tomado, sino por un ser extraordinario, á lo menos bastante poderoso en aquella torre, para hacerle temblar; y seguro de que no se aventuraria en las revueltas del callejon estrecho, me separé de ellos quedándome empero en uno de los primeros caracoles de la escalera, con ánimo de escuchar lo que hablaban.

—¡Oh rabia! gritó el campeon: á ejercer tan infame papel os obliga la injusta sentencia de dos reyes, indignos de sus coronas.

—Desde allí oí al enviado de D. Jaime *el segundo*, prosiguió el campanero, asegurar que el señor de Villena protege al Infante y le ayuda á hacerse dueño de la mano de su prima, Bien sabes que D. Juan, despues de haber dirigido el infernal complot contra la vida del Rey, buyó de la ciudad, y el de Osorio teme su retirada á Almazan. ¿Qué mas pruebas necesitas? ¿Crees por ventura que haya volado á guarecerse en sus viejas ratoneras de Vizcaya, teniendo á Alfonso tan inmediato?

—Maldicion sobre él, volvió á gritar el Negro, hiriendo el suelo bruscamente con el cuento de la lanza. Jaime, los caballos.... partamos.... ¡A qué detenerme mas....!

—Aun falta. No es D. Juan el mas perverso, aunque si el mas temible ahora. No obstante, fácil victoria se consigue de un rival declarado, pero ¡quién á sondear aprende el corazon de un intrigante cortesano!

—Esas palabras, señor....

—Solo te dicen la verdad. ¡Pudieras dudar de mí!

—¿De vos? ¡Ah! Perezca yo primero. ¿Soy acaso dueño de hacerlo?

—Pues bien; la tempestad, harto tiempo anunciada, va á descargar al fin, sino conjuramos la nube. ¿No me entiendes? Digo que los temores de la infanta doña María de Almazan están á punto de realizarse, y la inocente Blanca será pronto despojada de la herencia de su padre. Álvar Nuñez dirige el golpe con mas acierto que Garci-Laso.

—¡El Conde! ¡Qué oigo! ¡A un traidor pues, á un fementido con-

sejero encargué yo la guarda del Rey! Tal vez cuando me detuvo en la calle, despues de apaciguado el alboroto, venia de poner el sello á la mas negra perfidia.... de conferenciar con un enviado de los enemigos de Alfonso, en vez de defenderle.... y tambien contra Blanca..... ¿Dónde está, señor, la hidalguía de los caballeros de Castilla?

—Jóven eres y no acostumbrado á tan viles manejos.... pero ¿á qué buscar en otra parte pruebas de maldad, que tienes á la mano? ¿No fui despojado de todo....? yo.... nacido para empuñar el cetro?

Un récio suspiro dejó escapar á este amargo recuerdo el pecho del hombre de la torre; permaneció pensativo algunos minutos, y luego añadió:

—De nada sirve ahora entretenerse con dolorosas memorias; aquello pasó y no volverá; cada dia me felicito mas de mi irrevocable resolucion, y bendigo la sentencia inícuá de mis enemigos. Probemos sin embargo que éramos dignos del brillante puesto á que el cielo nos destinára, impidiendo las maniobras que despedazan nuestra desventurada patria. Ya no te detengo; parte, y si es preciso, muere en defensa de tu dama y de tu Rey.

—Dadme vuestra bendicion, dijo el enlutado guerrero arrodillándose; con ella y el recuerdo de Blanca no temo los peligros; triunfaré del Infante, no lo dudeis, y mi brazo le arrancará la presa de las manos, si á tanto fuere osado.... pero vos.... ¿no temeis que los emisarios del Rey descubran el melancólico asilo....?

—No pienso permanecer en él.... en Valladolid me encontrarás, si antes no nos hallamos, esperando el momento deseado de darme á conocer. Al presente sería una locura arriesgar.... pero estoy abusando de tu cariño. Vete, pues, y el cielo oiga los votos de un...

No pudo proseguir, porque el llanto ahogó su voz; estrechó al jóven entre sus brazos y éste, pronunciando un nombre demasiado grato para ambos, montó de un salto sobre *Relámpago* y seguido del escudero desapareció entre los árboles. El sepulturero volvió taciturno á encerrarse en el campo-santo de Santa María.

La luna empezaba entónces á ocultarse bajo un manto de negras

nubes, que poco á poco fueron estendiéndose por el horizonte y gruesas gotas de agua, precursoras de una tempestad, reemplazaron á la escasa lluvia, que primeramente habia caído. Dejéronse oír los rícos embates del viento abrasador de mediodía, y sus silvidos, al abrirse paso por el enmarañado bosque de encinas, que á una imaginacion poética sirvieran para describir los gemidos de las almas condenadas al Tártaro, hicieron mas imponente la oscuridad. Solo una trémula luz, la misma que habia visto Jaime, á larga distancia, erraba semejante á la mas alta de las estrellas, que en las claras noches de enero suele aparecer de cuando en cuando en el firmamento, como señal de funesto augurio, y el silencio mas profundo, interrumpido á veces por los ahullidos del extraviado lobo, reinaba en la dilatada llanura, completando la escena los desiguales ecos de la campana de los dominicos, que el viento hacía voltear, llevándolos hasta los mas apartados barrios de Vitoria. La lechuza de Santa María huía espantada á refugiarse bajo las sagradas bóvedas y el Zadorra dejaba oír un ruido sordo, que por grados se fué aumentando, hasta que el huracan redobló de golpe sus bramidos. Este fué el principio de la tempestad. Cruzáronse los relámpagos en todas direcciones, sirviendo su pasajero resplandor para hacer mas horrorosas las tinieblas que le sucedían: torrentes de agua caían de las preñadas nubes, y no tardó en retumbar el trueno, produciendo otro menos fuerte, que fué seguido de un tercero, hasta que nuevos reflejos del relámpago volvían á deslumbrar los ojos del caballero Negro y de su escudero, aterrado con tan magestuoso é incómodo cuadro.

—Buena la hemos hecho, señor caballero, dijo el último: la noche es á propósito para pasarla al raso.

—Algo mala está, pero no es esto lo que me acongoja, sino que con esta agua no pueden caminar los caballos, respondió el Negro.

—Mirad como sacude el *Moro* las orejas, señor, no, pues no digo nada del lodo que se ha formado ya. Mala tierra: mas valdria trotar por un precipicio. Si digo, que es imposible salir, en lo que resta de la noche, de semejante fangal.... ¡No me oís, eh...! Cómo ha de ser.... ni hablar se puede con este viento, que Dios confunda.

—Habla, habla, esplaya tu mal humor á tus anchuras, que eso me distraerá algun tanto de la incomodidad de la noche.

—¡Oh! si por eso es, yo tengo en mi mollera bastante caudal de bellas historias, que disiparán vuestra melancolía. ¿Quereis que os cuente la famosa batalla de Roncesvalles? ¿O aquella otra no menos reñida, cuando solo el bendito apóstol Santiago mató cien mil moros? Una hermosa historia, os lo juro, y se la he oido contar muchas veces al santo Abad del monasterio donde me criaron. O si preferís que cante el romance de D. Gayferos, que diz que jugaba á las tablas, olvidado de la sin par Melisendra, aunque hablando verdad, tengo recelo de mezclar mi tono con el del huracan, pues oido hé que acaecen desgracias.

—Esos son cuentos de viejas, Jaime. ¡Cuántas veces te tengo advertido que no des crédito á semejantes visiones! Pero tú siempre en tus trece.

—Lo de resucitar un muerto, bien lo veo, señor caballero: hártome digísteis acerca de este asunto, la última vez cuando de Francia veníamos; pero á lo menos no me negaréis que los diablos pueden andar sueltos y volar por encima de los árboles, en una noche como esta.

—Hombre ven acá. De qué materia te parecen formados esos que nombraste?

—Esa si que es pregunta. El buen Abad del monasterio, que era un bendito, decia que muchos emperadores y reyes y caballeros y escuderos, iban despues de muertos á arder en el infierno; y que los mas valientes gobernaban á los demás y se volvian diablos. Por lo que columbro, que vuésa merced, y no lo digo por ofenderle, sino por manera de entretenimiento, puede ser diablo, despues que deje de vivir.

—Ahora bien: suponiendo que tengas razon, dijo soltando la carcajada el caballero Negro ¿puedo yo volar por el aire?

—Alto ahí y no reirse tan récio ¿quién sabe qué oidos pueden estar abiertos en ese bosque? Por lo demás, bien veo que vuésa merced no puede volar, ni sostenerse dos cuartas mas arriba de *Relámpago*, pero es que en siendo diablo, hay mucha diferencia. Tic-

nen ellos sus ciertas mañas allá, y luego como Dios lo dispone, según decía el Abad....

—Dios no dispone nada de eso y el Abad mentía como un judío, buen Jaime; yo apuesto á que jamás ha visto un diablo, como no fuese soñando.

—No digo lo contrario, y en cuanto á este punto hagamos tréguas. Mas confesar habeis, que las hechiceras se pasean en sitios solitarios á la claridad de la luna. Hoy por lo menos estamos libres de ellas, si ya no damos de hocicos en su madriguera, y á mi juicio es lo que debemos esperar.

—Preciso es, Jaime, que el monasterio donde te criaste sea una almoneda de necedades, ¿De dónde te avino imaginar tantas baratijas? Yo creía que el largo tiempo, que has pasado en compañía de tantos guerreros, te había curado bastante de esas mañas; mas ya veo que nada hemos adelantado....

—¿Con que también despreciáis las brujas, eh? ¡Cuerpo de mí! Está visto que nada os hace fuerza. Sois como la armadura que lleváis puesta. Yo quisiera solamente me dijerais lo que haríais, si repentinamente se os pusiese delante formidable endriago, ó chillador ejército de magas con sus melenas destrenzadas.....

—Como no creo tus pronósticos, tampoco puedo asegurar el partido que tomaría. Únicamente afirmo que todos los duendes, trasgos, enanos y encantadores, que tienes metidos en esa vacía cholla, nunca me harán volver pié atrás.

—Bueno, bueno; ya sé que á nadie cedeis en esto de manejar espada y lanza. Dios os preserve de ellos.... ¡Ah! ¿Sabeis lo que voy pensando? que sería mejor guarecernos, hasta la mañana en alguna parte; no lo digo por mí, y ya sabeis que á vuestro lado se me hacen ligeros los mayores trabajos; pero los pobres caballos... vamos, esto no se puede sufrir. Adelante, *Moro*, adelante; no falta mas sino que ahora des en encabritarte.

—Si por mi descuido he de ser tan desgraciado, que mi enemigo tenga anchura para ejecutar su empresa, primero ver quisiera uno de esos rayos caer sobre mi cabeza, que guarecerme de la tempestad.

—No hagais tan poco favor al viejo Rodrigo.... porque yo me figuro que vamos á Almazan, al castillo de doña Blanca, y esto lo he sacado de lo poco que os oí hablar con el buen Guzman....

—¿Quién es Guzman?

—Ese que tiene á su cargo enterrar los muertos en Santa María.

—¡Ah! es verdad.... habia olvidado su nombre. Con efecto, bien entendiste, pues nos dirigimos á Almazan.

—Decia pues, señor, que el escudero Rodrigo no es tan men- guado, que entregue la fortaleza sin defenderla. Ya sabeis que ha manejado la espada en mas de una ocasion, y luego pocos le igua- lan en eso de tener apego á sus amos.

—No temo que asalten el castillo, Jaime; pero el infante D. Juan no debe andar léjos, y es mi contrario.

—¿Pues hay mas que atravesarle de una lanzada? ¿No lo desa- fiásteis junto al Zadorra?

—Sí: el deseo de hacerme notar del Rey, antes de descubrirme, me obligó á impedir el paso del puente á uno que creia de su comi- tiva; era el mismo Alfonso en persona; pero con él venia D. Juan. ¡Infame! A duras penas recogió el guante que le tiré.

—Bueno; mas al fin lo alzó del suelo, y tiene que responder al reto.

—¡Oh! Yo te aseguro que responderá. Tiene fama de valiente.

—Y apuesto á que solo por encontrarle, nos hemos arriesgado á quedar sepultados en estos lodazales:

—Dices bien; urge el peligro de mi adorada Blanca, murmuró el caballero, como respondiendo á sus propias ideas.

Aquí dió fin la conversacion. Atravesaban entónces un profundo barranco, situado á la estremidad de la arboleda, y el agua azotada por el huracan les daba de cara. Los caballos empezaban á impa- cientarse pues sus fuerzas se estrellaban contra la tempestad, y por mas que Jaime miraba hácia al oriente, cada vez que la ventisca se lo permitia, no veía mas que tinieblas. Salieron con mucho trabajo al escampado, pero creyeron ser arrebatados por el huracan, no teniendo éste el estorbo de los árboles, que antes contenian la mi- tad de su violencia, y conoció entónces el caballero que, si habia

de caminar al día siguiente y hallarse en Almazan, á tiempo de estorbar los designios del Infante, á cuyo solo recuerdo sentia hervir la sangre en todo su cuerpo, era necesario guarecerse y descansar, cuando menos hasta que amaneciese, como el escudero habia propuesto.

—¿Pero á dónde dirigirme en esta interminable llanura? exclamó inmediatamente que aquella idea se presentó á su pensamiento. Si á lo menos esa luz fuese de algun castillo.... pero no; no hay en estas soledades mas fortaleza, que ese desamparado alcázar de Betoño.

—Dios nos libre de caer en él, dijo Jaime, si son ciertas las cosas que se cuentan. Mas ya que hablásteis de esa luz, que estamos viendo toda la noche, bueno me parece acercarnos y examinar de donde sale, aunque tengo para mí, que han de andar brujas en la danza.

—Mejor creo yo tropezar con alguna caverna de bandidos. Pero sea lo que quiera, puesto que no hay mas remedio, dirijámonos á la luz. Todo será una aventura mas, y aunque no deseo encontrarla, antes de estar en Aragon, no puede en conciencia el que se diga buen caballero dejar de acometer los peligros que se le presentan. Vamos pues, y suceda lo que suceda, mejor valdrá repartir media docena de tajos y otras tantas lanzadas, que no estarse uno remojando al raso, sin adelantar camino.

—Reparad, señor y amo mio, que si son brujas, descargaréis vuestra espada en el aire, porque yo me sé que esas señoras tienen un cuerpo muy delgado y sutil.... ¡qué! Si digo; es peor, mil veces peor que el castillo de Betoño. ¿Habeis estado en él alguna vez?

—No: jamás.

—Ni yo tampoco; pero el Abad del monasterio me contó, no há mucho tiempo, tales cosas del castillo, que hacen erizar los cabellos. Sobre que el mismo Abad, que es un santo hombre, temblaba al referirlas.

—¿Otra vez el Abad y los cuentos de duendes?

—Si, señor; el Abad. Yo quisiera que le conociéseis, porque, mirad; sabe leer en esos que los judíos llaman libros, y no solo

habla como nosotros, sino que á ratos se le escapan conversaciones enteras de latin, que debe ser lo mas malo de aprender en este mundo, porque nunca me puedo hacer entender una palabra. ¡Ah! ¿Y los duendes, decís? Pues, señor, habeis de saber... ¿Supongo que deseais os diga la historia del castillo de Betoño?

— Ya que no podemos hacer otra cosa mejor, mientras llegamos á la estrella que seguimos, puedes contar esos absurdos de tu amigo el Abad.

— Dios nos libre de caer en el tipo taimo, si son ciertas las cosas que se cuentan. Mas ya que hablasteis de esa luz, que estamos viendo toda la noche, bueno me parece recordaros y recordaros de donde sale, aunque tengo paira, que han de andar brujas en la

— Mejor creo yo proponer con alguna especie de garabidos. Pero sea lo que quiera, puesto que no hay mas remedio, digámonos la luz. Todo será una averigua mas, y aunque no desee encon- trarla, antes de estar en Aragon, no puede en conciencia el que se diga buen caballero decir lo que se le dice, que se le presen- tan. Vamos pues, y sueda lo que sueda, mejor valga repartir media docena de lajes y otras tantas lanzadas, que no estarse una remojando al raso, sin adelantar camino.

— Repartid, señor y á mi mio, que si son brujas, desearé que vuestra espada en el aire, porque yo me sé que esas señoras tienen un cuerpo muy delgado y sutil. ¿Qué? Si digo: es peor, mil ve- ces peor que el castillo de Betoño. ¿Habéis estado en el mismo vez?

— Yo tampoco, pero el Abad del monasterio me contó, no ha mucho tiempo, tales cosas del castillo, que hacen creer las co- sas. Sobre que el mismo Abad, que es un santo hombre, temblaba al referirlas.

— Otra vez el Abad y los cuentos de Betoño.

— Si, señor, el Abad, yo quisiera que lo conocierais, porque mirad, sabe lo que es, que los indios llaman Niños, y no solo

CAPITULO II.

Del plan que habia formado D. Juan el Tuerto para conquistar la mano de doña Blanca.



UANDO el capitán Fortuna entró en la caserna, después de la llegada del infante D. Juan á Almazan, encontró á sus soldados alegremente entretenidos alrededor de sendas mesas, cubiertas de sabrosos tasajos de puerco.

—¡Hola, perillanes! ¿Tenemos franchela? exclamó después de saludar á una enorme bota que uno de ellos le presentó.

Me alegro, me alegro por los cuernos de Lucifer, con eso espantaréis mas pronto las mozas que topeis por el monte, porque como decíamos en Italia, *col Bacco e....* ya no me acuerdo.

Todo el mundo se puso en pié por respeto al Capitán; mas haciendo éste una señal con la mano, á manera de Rey, volvieron á sus puestos convidándole primero á tomar parte en la refacción.

—Con mucho gusto, camaradas, les dijo tomando asiento en medio de ellos; y no direis de mí que soy un mal amo. Anda, *Tigre*, á mi bodega particular y trae una docena de frascos de aquel licor, que pasó á nuestras manos desde las ancas de la cabalgadura del rico mercader de Valladolid.

Salió de un brinco el que llevaba el nombre de la fiera, y no tardó en volver con un canasto lleno de vasijas de cristal, á cuya vista regocijados todos, empezaron á gritar: Viva nuestro Capitan; vivan el vino y los asaltos.

—¿Qué es eso? nada de bulla, mientras no se desocupen estas redomas, dijo Fortuna: despues podeis gritar hasta despertar al diablo: ya sabeis mis órdenes; habiendo enemigos que combatir chito la lengua; á lo que estamos y buen provecho.

No era gente aquella para hacerse repetir dos veces lo que tan de acuerdo estaba con sus inclinaciones naturales. Embistieron de nuevo á las tajadas, remojándolas con abundantes libaciones, hasta que apurados los frascos, mas bien que satisfecho el paladar de los incansables bebedores, acudieron otra vez á la bota, que pasando de mano en mano, hubo menester henchirla de nuevo, cuya operacion volvió á repetirse, cual si nuestros valientes estuviesen condenados al suplicio de las hijas de Danas. Antes de concluirse la comida, si comida puede llamarse un beber tan infinito, las cabezas de algunos soldados habian dado la vuelta al mundo, y cuando les fué permitido hablar, lo cual, en el diccionario del Capitan, equivalia á decir cuando no hubo ya que beber, un curioso que se hubiera acercado, atraído por el estrépito que se armó en la caserna, diria que todos los trabajadores de la Torre de Babel se habian reunido en aquel punto. Cada cual estropeaba un idioma diferente: unos cantaban himnos á Baco y al amor; otros hacian el acompañamiento con los vasos; éste juraba que sobre las almenas veia un disforme dragon, cuyos ojos y boca vomitaban vino; aquel sostenia que habia temblor de tierra, y que todos sus compañeros, con las mesas y cuanto en ellas habia, daban vueltas en torno suyo jugando á la gallina ciega; mientras Fortuna, cuyas ideas no estaban mucho mas claras que las de sus soldados, se desgañaba por

restablecer el orden, al paso que se entretenia en alargar sus descomunales piernas, cuando alguno pasaba inmediato á él, enredándolas con las de éste alguno, y haciéndole caer de hocicos.

Probablemente hubiera concluido aquella diversion con algunas cuchilladas, cosa harto comun entre aquella gente, si tres récios golpes, aplicados á la puerta por la parte de afuera, no hicieran á todos guardar silencio.

—Apuesto dos francos del grande, dijo Fortuna, á que el seor Rodrigo nos viene á predicar un sermón sobre la disciplina militar, si ya no nos encaja la relacion entera de la maldecida batalla del dia de San Juan del año de qué sé yo cuantos. Veamos. Y diciendo y haciendo, se levantó agarrado á la mesa; conoció que las piernas rebeldes le temblaban, y no queriendo de modo alguno dar á entender á sus súbditos que habia sido tan hombre como ellos, enderezó la talla, limpióse los vigotes y apoyado en la lanza, que rara vez soltaba y que entónces le era indispensable para sostenerse, se encaminó magestuosamente hácia la puerta, á la cual no llegó sin pararse tres veces, en medio de las curvas, que iban describiendo sus pasos.

—¿Quién llama? preguntó con voz entre áspera y burlona. ¿Quién se atreve á interrumpir con tales porrazos el consejo secreto que estoy presidiendo?

—Un amigo, le fué respondido; un desconocido, que pide tener la honra de comunicarse á solas con el Capitan de esa valiente compañía; un cualquiera, si quereis, pero que os trae gloria que ganar y buenas doblas que adquirir.

—¿Ois, muchachos? exclamó el Capitan recorriendo los cerrojos; tiempo es ya de que esa que Artal llama diosa, y cuyo nombre me pusieron, se acuerde de mí. Esto está claro y no puede haber emboscada; embolsar doblas es lo mas bello que en conciencia se puede ofrecer en este mundo á unos pobres diablos como vosotros. Y sin mas preámbulo, abrió la puerta de par en par.

Pero Calvillo, pues no era otro el que habia llamado, entró con desembarazo en la caserna, saludó militarmente al Capitan, paseó sus miradas por todos lados, tosió, escupió, limpióse los labios

como un predicador de nuestros tiempos, que por centésima vez sube al púlpito para repetir á un pueblo entero, que el temor de Dios es el principio de la sabiduría.

—Paréceme, dijo á Fortuna, que sois el mortal mas envidiable de la tierra, y es insufrible que un esforzado aventurero, que tiene á sus órdenes tan arrestada cuadrilla, permanezca encerrado en este nido, entregado al ócio y dejando que el orin inutilice sus invencibles lanzas.

El Capitan creció una cuarta al escuchar tan lisongera introduccion; todos los soldados se pusieron en pié, queriendo dar una prueba de cortesía á quien sabía apreciar con tanta justicia su valor: el espía prosiguió diciendo:

—Soy enviado por el muy poderoso infante D. Juan, llamado vulgarmente *el Tuerto*, porque malas lenguas suponen que solo tiene un ojo, y que á la hora de esta está solazándose á sus anchuras con vuestra amable señora doña Blanca, para comunicaros de su parte, que esta noche, despues de las doce, os halleis reunidos en el patio grande: porque habeis de saber que los castellanos, con su Rey á la cabeza, han jurado tomar este castillo por asalto, y degollar á cuantos en él se encuentren, para lo cual viene hacia aquí apresuradamente un poderoso ejército.

—¡Demonio! exclamó el Capitan en tono balbuciente. ¡Pues hay mas que ganarles por la mano! A las armas, mis leones; vayan afuera esos frascos, que de nada nos sirven ahora; ármese todo el mundo, repito, y yo os conduciré al bosque, por donde tiene que pasar el enemigo, antes de llegar aquí: nos ocultaremos, y si es preciso, subiremos á los árboles. ¡Oh! yo os prometo que haremos buena caza.

—Alto ahí, Capitan, le atajó Calvillo, si no quieres dar al traste con el plan mas bien concertado del mundo. Habeis de saber... pero esto no se puede decir á gritos, añadió en voz baja, é hizo una mueca al gefe, que le comprendió perfectamente.

—Camaradas, dijo el último á los suyos, ya sabeis que cuando se prepara una batalla, solo el general debe conocer el plan de ataque. Por lo mismo, podeis en todo caso limpiar vuestras armas y

pasearos por la muralla, hasta recibir órdenes. Todos obedecieron inclinándose con respeto antes de desocupar la caserna.

—Son unos corderos á mi voz, prosiguió el Capitan frotándose las manos con orgullo; comen, beben, rien, duermen y pelean, y todo á mi voluntad. Soy un verdadero Rey, y no tiene D. Alfonso el oncenno tan fieles servidores. ¿Qué te parece de esto, amigo?

—Cierto, respondió el espía; con una veintena de esos tunantes se pueden hacer prodigios, mas tratemos ahora de lo que principalmente interesa. Doña Blanca quiere entregar el castillo al Rey, para aplacar su enojo, porque D. Alfonso achaca á la heredera de Almazan haber protegido la fuga á Aragon de algunos nobles, que le eran contrarios. Así pues, si esperamos en esta jaula dos dias, vienen los castellanos, doña Blanca nos abandona, se pasa al Rey mientras nos defendemos, y se acabará la fiesta colgando de las almenas, como es costumbre, á todos los que hagan resistencia.

—Mala pintura, malísima por cierto, dijo Fortuna, pasándose la mano por la garganta.

—Óyeme ahora lo que hay dispuesto, continuó Pero. Don Juan penetrará esta noche á deshora en el aposento de las damas y robará á doña Blanca para impedirla que haga traicion á sus fieles vasallos.

—Bien hecho, por San Judas.

—Tú con la compañía espantarás á los hombres de armas y escuderos, que nos estorben el paso.

—Que me place.

—Pediremos á Rodrigo las llaves de la puerta principal.

—Se las arrancaré con el pellejo, si se resiste.

—Y saldremos en buena armonía del castillo, dejando á la vieja doña María y á sus criados el cuidado de entregarlo al Rey.

—No se untará los lábios el de Castilla con tan lindo bocado. Yo sabré destacar media docena de tunos de los de mi gente, para que, mientras desalojamos nosotros, peguen fuego á las torres y todo se lo lleve la trampa.

—Ya dispondremos eso cuando llegue la hora, dijo el espía, no queriendo disuadir de aquel intento al Capitan por entónces, aunque

fuese contrario á las miras que él y D. Juan se proponían. Ahora conviene, añadió tomando la mano del aventurero y metiéndole en ella una sortija de muchísimo precio, que vuestra gente se recoja y descanse, hasta la hora aplazada. La señal será una luz en la tercera ventana de la pared del norte, que mira á la selva, y tres palmadas.

—Entiendo, entiendo, respondió el Capitan, examinando la sortija con avaricioso afán. Es joya rica y regalo propio de un príncipe, que puede contar conmigo hasta el último punto: y cuando digo conmigo, se entiende también con esos perillanes, que solo están pendientes de mis lábios, para hacer y deshacer cuanto se me antoje.

—Adios pues, Capitan; hasta media noche.

—No haré falta; *bonne soir*, como dicen los franceses. ¡Ah, camarada! Un punto esencial. ¿Qué será de mí y de mis guapos, después que acompañemos al Infante á salir del castillo con su robada doncella?

—Sereis libres de vuestros empeños con ella, si ya no preferís seguir á D. Juan á uno de sus castillos de Vizcaya. Para todo caso imprevisto, se os contarán mil doblas apenas dejemos á nuestra espalda el vecino bosque; esa prenda que has recibido es una muestra de nuestro pacto y como por vía de regalo.

Apretóle la mano el Capitan lleno de contento y se separaron. Un momento después llamó á su gente y la encerró en el cuartel, previniéndoles estuviesen prontos para aquella noche, en la cual habria indudablemente qué hacer en su oficio. Dejó escapar como por casualidad algunas palabras acerca de unas mil doblas, como fruto de su trabajo y deseándoles un buen sueño, fué á tenderse él mismo en un enorme sillón, que solia recibir el peso de su cuerpo, cuando éste no se hallaba en disposicion de ser colocado cómodamente sobre la cama de la habitacion, que le estaba destinada al otro lado del castillo.

Ninguna señal hacía presentir á la bellísima heredera la desgracia que aquella noche la amenazaba. El cielo se manifestaba puro; la naturaleza en calma. Largo rato acompañó á su madre, después

que el Infante las dejara solas, y ambas procuraron desterrar del pensamiento la poco agradable plática que habian tenido con aquel orgulloso pariente, hasta que siendo bastante entrada la noche se despidió cariñosamente de doña María y seguida del gracioso pagecillo, que siempre la acompañaba y de la anciana Matilde, cuya fiel asistencia pagaba con la mayor ternura, entró en su dormitorio.

Matilde habia visto nacer á Blanca; sus brazos la sostuvieron en la infancia y mas bien que sirvienta era la compañera de su madre. Juntas lloraron la ausencia del señor de Almazan, cuando impelido de fogoso ardor, voló á tomar parte en la guerra contra Granada, de donde no debia volver; juntas estaban, cuando el buen Rodrigo, volviendo de aquella desastrosa expedicion, llenó de luto el castillo, con las primeras noticias del trágico fin de su querido amo y doña María debió entonces la existencia á los cuidados de la solícita Matilde. La estimacion con que por esta causa la miraba Blanca no tenia límites; era depositaria la anciana de sus mas secretos pensamientos, y si bien de dia sacrificaba el placer de participarle el constante amor que abrigaba hácia el enlutado aventurero, por permitirle que acompañase á doña María, desquitábase por la noche á sus anchuras de tan justa, pero dolorosa privacion. Dormia Matilde en el mismo aposento de la heredera y ¡cuántas veces las encontró el primer reflejo de la aurora, haciéndose lenguas del noble talante y gallardía del arrojado paladin de las armas negras! ¡cuántas suspiraba Blanca, al acordarse de su rendimiento y de las últimas palabras que le dirigió al partir! Aquella misma noche, que tan funesta habia de ser á su reposo ¡con qué dulce emocion enumeraba á Matilde las brillantes prendas de su campeon!

—¿Habrá cumplido ya su juramento? decia embelesada. ¿Habrá desengañado al rey de Castilla? O bien, víctima de su esforzado ánimo, habrá perecido en desigual pelea...? Y una ardiente lágrima se desprendió de aquellos ojos celestiales.

Abrazóla Matilde tiernamente y la respondió:

—Por el conocimiento que mis antiguas desgracias me han dado acerca de los hombres, te afirmo, querida y jóven amiga, que el caballero negro no tardará en presentarse en Almazan, si es real y

verdadero el amor que te ha jurado. Dícelo la presencia en el castillo de ese mal Infante, á quien estás muy léjos de conocer á fondo, y cuyas intenciones, segun me tienes dicho, ha mucho tiempo que no se ocultan á la vigilancia de tu amante. Él sabe, á no dudarlo, que el Infante quiere ser señor de tus estados, para desde ellos maquinan contra el Rey.

—Y á estas nuevas, publicadas en la corte, debo tal vez que D. Alfonso haya formado el designio de arrojarme de la herencia de mi padre.

—Esta es una asechanza de los muchos enemigos, que *el Tuerto* tiene en Castilla: por lo demás nada temas; puesto que el de las armas negras no te ha enviado mensage alguno, el peligro está lejano.

—Sí: quiero creerte, amada Matilde. A pesar de los tristes sentimientos, que algunas veces me asaltan, el corazon me dice que veré presentarse á mi campeon, siempre que algun peligro me amenaza. Así me lo prometió al partir.

—Y añade que, si ha sabido la venida á estas tierras de su despreciable rival, habrá volado ya en su seguimiento.

—Si vuelve otra vez mi amigo, dijo Julio, que habia escuchado el coloquio, yo le pediré, por la orden de caballería, que no nos abandone mas, para que mi hermosa Blanca no se vea espuesta á las visitas de ese guerrero tan feo y tan descomunal. ¡Si vieras que mirada tan horrorosa me ha dirigido al atravesar la galería....! No pude gritar de susto, porque has de saber que me quedé escondido detrás de la puerta y oí todo.... todo ¿entiendes? ¿Con que queria casarse contigo eh? Pues buena la hubieras hecho. ¿En cuanto á mí, ya tenia tomado mi partido. Si mi querida amiga se casa con ese brutal paladin, dije para mis dientes, buen provecho; me escapo del castillo y me voy á encontrar al caballero Negro.

—Calla habladorcillo. ¿Sabes que no me agrada tanta curiosidad?

—¡Oh! Esa no es mucha, repuso el page. Tambien he visto á un criado, que ha traído el feo, atravesar mucho despues el corredor grande, bajar muy despacio las escaleras, pasar el patio y me-

terse después. ... ¿dónde direis? En la caserna, donde los de la compañía franca, con su capitán á la cabeza, se han estado emborrachando todo el día. Yo lo observé bien, y ví salir de allí al criado muy alegre. ... no; espera; primero salieron los soldados, pero él también salió luego, mirando á todas partes, y yo me puse á jugar á los caballeros con un palo entre las piernas, pero aquel tunante me detuvo y me dijo: Mira, bribonzuelo; como cuentes á alguno que me has visto aquí, te he de cortar las orejas.—Yo callé como un difunto y ¡qué! ni podía hablar tampoco, porque se me puso un nudo aquí en el pescuezo.... pero después seguí al criado poquito á poco y ví que se metía en el cuarto, donde está el caballero.

Antes que Julio acabase de hablar, las miradas de Blanca y su amiga se habian encontrado muchas veces.

—¿Tendremos algo que temer de tan vil huésped? preguntó la primera con inquietud.

—No sería cosa imposible, atendido el carácter de D. Juan, respondió Matilde. No hay sin embargo motivo alguno para asustarnos, porque ¿qué puede emprender él solo entre tantos hombres de armas?

—¡Ay amiga mia! todo lo debo temer, ausente de mi defensor. Esa visita á la caserna.... las amenazas á Julio....

No prosiguió. Tres palmadas, que las dos amigas y el page oyeron distintamente, detuvieron entre los lábios la frase que Blanca iba á pronunciar. La campana del castillo acababa de anunciar la media noche.

Abrió Matilde la ventana con resolución, mas ¡cuál fué su asombro, al notar que los soldados abandonaban la caserna, y se reunían en el patio con el mayor silencio!

—¡Somos perdidas! exclamó la doncella al divisar al capitán Fortuna, en medio de ellos; pero impelida al mismo tiempo por una fortaleza de espíritu, que la hacía asemejarse á su desgraciado padre, corrió á la puerta de la habitación, para asegurarla..... ¡Nuevo sobresalto! Acababa de abrirse de par en par y por ella entraba.... D. Juan el Tuerto seguido de Jucef y de Pero Calvillo.

CAPITULO III.

El castillo de Betoño.



— AHORA nos vemos en la precision de anudar el hilo de nuestro relato, volviendo al punto en que dejamos al caballero de las armas negras, departiendo mano á mano con su escudero, cuando ambos se dirigian al castillo de Betoño.

— ¡Absurdos! exclamó el segundo, contestando á las últimas razones de su señor. Pues como iba diciendo, el castillo, de que hablamos, era del infante D. Juan, padre de ese D. Juan, que ora trae tan incomodado á vuestra merced. Dicen que aquel D. Juan se apoderó de él á viva fuerza, pero el sábio Abad creia que lo heredára de un antiguo caballero de la casa de los señores de Lara, con quienes tenia parentesco algo remoto. Mas esto nada hace al caso, como decia el Abad, que está muy al corriente en esto de desatar dificultades y otras cosas. El asunto es, que antes de

partirse el Infante para la guerra de Andalucía, dejó á un viejo escudero en Betoño, con el cargo de cuidar la fortaleza y tenerla por él contra cualquiera enemigo; cosa muy acertada y propia de la prudencia de aquel príncipe, que murió atravesado, ó sofocado, pues en esto no andaba muy seguro el Abad.

—El hecho es que murió y poco importa el cómo, dijo el caballero Negro y si me apuras, ni aun falta hace saber si murió, ó no murió, para tu historia. Al grano y piense el Abad lo que se le antoje.

—Voy allá, voy allá.... ¡Qué génio! respondió el escudero. Pues como digo, el viejo conserge se llamaba.... se llamaba.... Rodri.... no; no era ese.... Enrique.... menos. ¡Voto á mi poca memoria! ¿Cómo diablos se llamaba el escudero....?

—Tampoco interesa su nombre para el caso. Sigue adelante, y llámese Ruy-Pero.

—¡Ruy-Pero! justamente.... ese era el nombre. Se lo oí al Abad muchas veces, pero ¿cómo sabíais que el criado se llamaba Ruy-Pero? Sin duda debeis estar enterado de la historia y si es así, adios el gusto que tendreis en oirla de mi boca.

—Ya te he dicho que prosigas tu relacion. Aunque la escuché hace tiempo, apenas conservo de ella un débil recuerdo y la volveré á oir como nueva.

—Siendo así, voy á anudar el hilo. Sucedió entónces.... mas ¿dónde estaba....? ¡Ah! ya me acuerdo; en el criado: pues bien; el criado se llamaba Ruy-Pero, y Ruy-Pero tenia una hija, que asimismo se llamaba Inés, y Inés era muy hermosa, y por esto y por otras causas, era tenida en grande estima por todos estos contornos. Se me olvidaba decir, que la madrastra de Inés, porque Ruy-Pero se casó dos veces, con harto disgusto de su señor, el Infante, que le aconsejaba cuidase de la muchacha, y la estableciese, dejando para despues el pensar en nuevas bodas; pero de nada servian los consejos, con un hombre mas testarudo y terco que este huracan.

—Bien; se casó ¿y luego?

—¡Oh! luego sucedió toda la historia; señor; tened una poca de

paciencia. Como digo, era el mismo diablo la tal madrastra; no que en sí fuese fea, ni jorobada: nada de eso, sino que era una cara de páscua, tenia el alma mas negra que un condenado. Añadíase que ya no era jóven, por mucho que se ataviase para parecerlo, y hé aquí todo el motivo de aborrecer á Inés y de causar todas sus desgracias. Yo os aseguro, que desde que el buen Abad me contó este suceso, no puedo ver á una vieja, ó que ha dejado de ser jóven, sin horrorizarme.

—¿Otra vez sentencias? Jaime ¿no puedes contar tu cuento sin rodeos? Poco distamos ya de la luz, y aun se me figura descubrir una casa.

—¡Casa! Dios la dé, respondió el escudero deteniendo su caballo. Mirad bien lo que haceis, señor, porque os protesto que en estos andurriales no he visto en mi vida casa ninguna, y mucho temo sea alguna congregacion de esas endiabladas brujas, porque solo ellas ó nosotros somos capaces de arrostrar una tormenta como esta. No me llame yo Jaime, sino son ellas, que se entretienen en alguna diabólica operacion.

—Eso nos toca averiguar, dijo el caballero, y te creeré de todo punto cuando las vea. Decias que era perversa la segunda muger del alcaide de Betoño....

—¿Perversa? y mucho mas tambien. Era Lucifer en persona quien dirigia todas sus acciones, segun contaba mi Abad. Oiréis cosas que os dejarán tieso, si ya no lo estais de frio, como yo, con el baño que vamos recibiendo. Es el caso pues que, envidiosa aquella mala hembra de la belleza de Inés, que traia vueltos los cascos de muchos nobles de por aquí, la cobró tal odio y ojeriza secreta, que determinó perderla y deshacerse de ella á toda costa; y el diablo, que nunca duerme, tardó poco en presentarle favorable coyuntura, para ejecutar su plan, como vais á ver. Una tarde estaba Inés en uno de los torreones mas altos del castillo, á tiempo que el infante Don Juan, no el Señor de Betoño, ocupado entonces en Andalucía, sino su hijo, el mas brutal y descomedido caballero de las dos Castillas, el mismo que desafiásteis en el puente de Arriaga.

—Y por quién ahora pasamos tan mala noche, que habrá de pagar con costas, murmuró el enlutado.

—Sea en buen hora, prosiguió el criado: pues ese mismo, como iba diciendo, hacía muchos días que endemoniadamente enamorado de la hija de Ruy-Peró, la perseguía ofreciéndole montes de perlas, para que se rindiese á sus torpes deseos. Pero Inés era muy mirada en esto de guardar honestidad, y siempre respondía al Infante con desprecios y mofas, hasta que la dicha tarde, última de alegría para los habitantes de Betoño, vió Inés á su eterno enemigo entrar en la fortaleza seguido de hasta media docena de escuderos.

—¿Y robó á la desamparada doncella?

—Peor; mil veces peor: esperaos un poco, y os diré todo lo acaecido; segun me lo refirió el Abad de....

—Maldito sea el Abad y la hora en que habló contigo. O cuenta la historia derechamente, ó déjame en paz con esos cuentos.

—Voy á obedeceros, mi noble señor; por otra parte, si mis ojos son real y verdaderamente los de un hombre de carne y hueso, apostaría á que la luz que nos sirve de direccion sale de algun aposento; pues yo la vislumbro mas alta que nuestras cabezas. A la verdad, no sé qué pensar, porque fuera del arruinado alcázar, no conozco en estos contornos el menor edificio.

—¿Y murió al cabo la hija del conserje? preguntó el caballero, á quien el nombre de su contrario, mezclado en la relacion del escudero habia inspirado curiosidad.

—Desde entonces no se sabe de ella, aunque la venganza que tomó el cielo de su desastre fué bien terrible. Como os decia, el Infante D. Juan, que á pesar de tener solo un ojo, vé á sus áncuras cuanto se le antoja, reparó al instante que Inés se paseaba por el torreón, y sin mas ceremonias, se dirigió hácia aquella parte. Ella, temiendo lo que despues sucedió bajó apresurada á su habitacion, mas no pudo cerrarla por dentro, á causa de que los cerrojos habian sido quitados, la noche antes, por la maldita madrastra. A todo esto Ruy-Peró estaba en Vitoria, despachando ciertos asuntos, y no podia valer á la pobre Inés. ¡Oh! Si se hallára entonces en Betoño, no sucedieran tantas cosas. Hé aquí pues á su hermosa hija, sola y entregada á dos demonios, capaces de revolver el infierno. La primera que entró en el cuarto fué la madrastra, y con

toda la rabia de una bruja, la anunció que era preciso se sometiese al Infante de grado ó por fuerza: y á gran merced puede tener la villana, la dijo echando espuma por la boca, y yacer con tan principal caballero. Asustada Inés con tan feas palabras, se acogió detrás de su lecho, y empezó á llorar amargamente, y á invocar á S. Miguel, de quien era muy devota y á llamar á su padre; pero todos estaban sordos, como sino fueran poderosos á impedir sus lágrimas. En esto entró *el Tuerto* en el cuarto, y con aquella risa infernal, que dicen es igual á la del diablo, cuando atormenta á los réprobos, corrió á la cuitada Inés, y ayudado de la vengativa madrastra, la hizo servir á sus asquerosos pasatiempos.

—Cesa ya, Jaime, cesa, dijo indignado el caballero del puente, al escuchar tan negra maldad. Si esa historia es cierta, bien merece D. Juan la reputacion de vil y mal caballero que le acompaña.

—Yo os juro que el santo Abad del monasterio me la contó punto por punto, segun os la he referido, y era hombre que no diria una mentira por cuanto el sol alumbra. Pero la desgracia de Inés no es lo mas terrible del cuento, si quereis oirme.

—¿Hay mas aun? preguntó el guerrero. ¿No le bastó á ese bárbaro el deshonor de su víctima?

—¡Oh! Si por cierto; le bastó y aun sobró; pero la cólera del cielo es mas temible que la de los hombres, como lo experimentaron aquellos malvados. Porque hé aquí que, cuando mas distraido gozaba el malvado D. Juan de su diabólico triunfo, y que la desventurada doncella gritaba y rogaba á todos los santos la amparasen en aquella terrible amargura; mientras su pícara madrastra saltaba de contento animando con impuras palabras aquel cuadro de condenacion, se oyó un fuerte trueno, que dejó sordos á muchos de los del castillo, y detrás de él cayó un rayo en medio de la sala grande, que habitaba Ruy—Pero desde la ausencia de su señor. Un olor de azufre, queapestaba, se esparció por todo el castillo, y el Abad me juró, que el mismo Lucifer, seguido de una tropa de sus familiares condenados, habia tomado posesion de los subterráneos y avenidas interiores. Sea de esto lo que fuere, no habia tiempo que perder, porque las llamas consumian ya una buena parte de la

fortaleza, despues de haber devorado las ricas galas y aderezos de boda de la muger del conserge, que hartó lo tenia merecido. Todos huyeron, cada uno por donde pudo, y el Infante no fué de los últimos: espantado con aquel castigo de Dios, cogió á Inés desmayada entre sus brazos, y saltando con ella todo el tramo de la escalera grande, que estaba ardiendo, y que por esta causa se llama desde entonces *la escalera del Tuerto*, montó á caballo con su carga y desapareció, sin cuidarse de la maldita bruja, que le habia metido en aquel infierno. De Inés no se volvió á saber mas, y Ruy-
Pero murió á poco tiempo de sentimiento de todas estas cosas. Falta añadir que, en lo mas récio del fuego, se oian en los pasadizos estrechos unos gritos lastimosos, que despedazaban las entrañas; y no se sabe á punto fijo, si la madrastra de Inés se abrasaba en medio de las llamas, ó si los diablos la atormentaban por sus bellquerías, que es lo mas seguro. Lo cierto es, que ya muy entrada la noche, se vió una muger con vestido blanco en la punta de una almena, forcejando con un hombre mas alto que un gigante, de grandes garras y desmesurada cola, y que á mas á mas arrojaba por la boca un rio de fuego; y todos decian que aquel era el príncipe de las tinieblas, el cual abrazándose por último con la madrastra, la precipitó á los fosos, haciéndose primero su cuerpo mil pedazos contra los torreones. Desde entónces no hay alma viviente que se acerque al castillo, como no sean las cuadrillas de foragidos y bergantes, gentes que ni temen á Dios ni al diablo.

Si Jaime hubiera tenido que añadir algunas palabras mas á su pesado cuento, no fuera dueño de pronunciarlas, porque atravesando entonces una cerca, formada por dos hileras de tapias arruinadas, á la estremidad del escampado, se hallaron nuestros viajeros delante de la fachada principal del mismo castillo de Betoño.

—¡Somos perdidos! fué lo único que pudo articular, al reconocer el sitio, en tanto que el caballero Negro se adelantaba sin temor hácia la puerta.

Mucho tiempo habia que esta fortaleza solo servia de hospedage á las aves nocturnas, si se ha de creer, no solo á las tradiciones populares, sino al estado ruinoso en que la encontraron nuestros

aventureros; estado que los años han ido agravando, como sucede á todas las producciones humanas, hasta el extremo de no hallarse al presente en aquella comarca seis personas que, sin equivocarse, puedan designar el parage donde estuvo edificada; ni las oscuras crónicas del siglo xiv lo marcan tampoco, aunque refiere alguna de ellas los hechos de armas gloriosos de sus primeros dueños: y considerando por otra parte que maldito si hace al caso conocer fijamente el sitio, en que se elevaba el castillo, para la inteligencia de esta narracion, no nos hemos devanado los sesos, á fin de averiguarlo, bastándonos saber que aun existia en la época á que nos referimos.

Las dos torres principales que, á lo que se cree, dominaban al que hoy es camino de Vitoria, estaban enteramente destruidas, y lo mismo todo el lienzo de muralla, conservándose únicamente de esta una pequeña parte, que remataba precisamente donde antes tenian su colocacion las primeras troneras. Crecia la yerba abundantemente sobre las tapias que rodeaban el cuerpo exterior del fuerte, y llenaba todas las aspilleras y quebradas, obstruyendo el paso de las puertas, lo que hacía pareciese el castillo un abandonado templo de Druidas. Vista no menos grotesca presentaban las desmoronadas almenas, las pocas ventanas ennegrecidas, y las enormes grietas abiertas por el tiempo y la destruccion en toda la estension de la muralla. Soló la gran puerta habia resistido en intácta á las revoluciones, que transformaron aquel baluarte del feudalismo en imponente morada de salteadores ó de hambrientos lobos. Forrábanla gruesas planchas de hierro con disformes clavos del propio metal, y estaba sujeta á la muralla por medio de largas cadenas, cuyos eslabones, chocando con violencia contra ella sacudidos del viento, producian un ruido casi continuo, que la supersticion, ansiosa de lo maravilloso, atribuia á las almas en pena, que tenian el divertido antojo de solazarse por el castillo, en lo mas crudo de una tempestad. Ocupaban el sitio del puente levadizo anchos tableros de roble, que servian de único punto de comunicacion entre la orilla opuesta del foso y la puerta de que acabamos de hablar, aunque parecia poco probable, que hubiese quien se aventurase á poner los

piés en un edificio, que por su aspecto salvaje y manifiestas señales de ruina, ofrecía tan poco seguro y cómodo hospedage.

No pudo observar el caballero del Zadorra el mal estado de la fortaleza, en tan corto espacio como el que hemos tardado en participarle á nuestros lectores, dirigiéndose toda su atención á encontrar la puerta, que juzgaba cerrada, é impidiendo su investigacion las espesas tinieblas que le rodeaban. Jaime, que sobrecogido de miedo desde el momento de su llegada al alcázar, seguía al caballero, cual si fuese su sombra, conjurábale por todos los bienaventurados del paraíso, que se alejasen de tan funesta morada. Pero no era hombre el desconocido de volver pié atrás en una aventura nocturna, aunque otras consideraciones añadían mayor peso á la resolución, que le animaba, de arrostrar cualquier peligro. La escesiva lluvia y fatiga de los caballos hacíale temer que su marcha del día siguiente se retrasase mucho, si no les daba algun descanso del cual tenía él mismo no poca necesidad. La soledad de aquellos campos no le proporcionaba el menor abrigo, si se exceptúa la pequeña villa de Betoño, algo apartada del castillo; mas érales preciso antes de llegar á ella, atravesar un profundo barranco intran-sitable entónces y peligroso, por el crecimiento de las aguas en él estancadas, causado por el temporal. A esto se añadía, que la luz que al principio de este capítulo habia alarmado á Jaime, sirviéndoles despues de punto de dirección, permanecía en el mismo sitio, que no era otro sino una de las mas altas ventanas de la fortaleza, la única tal vez que se veía adornada con multitud de vidrios pintados de diversos colores, esparciéndose, por esta causa, la claridad, que despedía la bugfa, hasta larga distancia. Semejante circunstancia hacía creer al paladin, que el castillo era habitado, y no dudaba obtener en él hospitalidad, hallándose por otra parte tan dispuesto á solicitarla, á fuer de cortés caballero, como á ecsigirla con la punta de la espada, si le era negada.

Cansado de dar vueltas al castillo, y viendo que sus pesquisas infructuosas le hacían perder demasiado tiempo, sonó la corneta, cuyos ecos resonando por el desierto, fueron á perderse entre la tempestad. En vano aguardó contestacion de las almenas, y en vano

probó dos veces mas llamar la atencion de sus moradores, con sonidos mas agudos: estaba decretado que aquella noche daria al traste con la paciencia de nuestro animoso aventurero.

—Es por demás que os empeñeis en que nos abran la puerta, dijo Jaime, tiritando de frío y de miedo; no hay criatura viviente en este embrujado castillo. No, sino esperad, y nos cogerá el alba en este fangal.

—Si es como dices, respondió el Negro ¿quién ha puesto allá arriba aquella linterna, para engañar á los que andan por estos andurriales?

—El diablo mismo, ó alguna alma en pena. ¿Quién sabe si el espíritu de la muger de Ruy—Pero nos prepara una celada....? Apadad con tiento, amo mio; que esto de cerrarse á cuchilladas con duendes, cosa es harto arriesgada y asustadiza.

—Para menguados como tú y tu villana ralea, replicó amostazado el caballero. Yo te juro por mis espuelas que, ó nos han de responder, ó he de atravesar de parte á parte á los infames que ahí habitan, aunque sea todo el infierno junto. Y diciendo y haciendo, echó pié á tierra, y cogiendo á tientas de entre el lodo una piedra de regular tamaño, la despidió contra la ventana de colores, con tan acertado tino, que hizo pedazos todos los vidrios, arrojando la bugía del sitio que ocupaba: la luz se apagó y la piedra, rodando por el interior del edificio, dejó percibir prolongado ruido, semejante al que produce un trueno lejano.

—Verémos si ahora responden, dijo el aventurero limpiándose las manoplas en las ancas de *Relámpago*; mas antes que acabase esta operacion, se oyó una voz que, saliendo del hueco de alguna de las aspilleras bajas, pareció á Jaime la de la trompeta del juicio final.

—Ya te conozco maldito guarda-bosques, gritó con fuerza el que hablaba; mas no presumas haber adelantado un paso con dejarme á oscuras. Pasadizos hay estrechos y desconocidos, que me ocultarán de tus garras. Así pues, vete en paz; no sea que me den tentaciones de arrojarle un par de flechas, para que vayas á contar á tus compañeros, tan pícaros como tú, la aventura de esta noche.

—¿No lo dije yo? exclamó Jaime; es el diablo, que engañado con la oscuridad, nos toma por guarda-bosques, con quienes siempre está en guerra. Mirad sino, como habla de garras y de tentaciones.

—El miedo te hace ver fantasmas, pobre Jaime, dijo el caballero, mientras yo columbro que nuestro negocio no es tan desesperado; aquí hay equivocacion. Y dirigiendo la palabra á la fortaleza prosiguió:

—Atended, caballero ó escudero, quien quiera que seais, que nosotros no somos, como habeis imaginado, guarda-bosques, ni desalmada cuadrilla de soeces perseguidores. Un caballero noble y principal, fatigado de la tempestad, y sin mas comitiva que la de un escudero, os pide hospitalidad por esta noche. Si os preciais de hidalgo y bien nacido, no sois dueño de negar en justicia esta merced, que se os requiere con toda cortesanía; donde no, mi lanza sabrá castigaros y mi lengua publicará por toda España, que sois el mas descomedido y vil castellano del reino.

—Poca mella hacen á mi armadura semejantes brabatas, señor caballero noble y principal, le fué contestado por la misma voz; pero se conoce á tiro de ballesta que sois valiente, y por todos los gamos de la comarca os juro, que me agrada la gente brava: conteneos con todo un corto espacio, mientras hago saber á Raquel vuestra llegada, que no me costará poco, porque hoy, con este condenado huracan, anda desatada: todo esto en atencion á que sois caballero. Dirigid entre tanto vuestros pasos á la izquierda, y no tardaréis en verme hácia la entrada para serviros de guia.

Hiciéronlo así los viajeros, y aguardaron largo rato el cumplimiento de esta promesa, no sin impacientarse el campeon repetidas veces, hasta que el ruido de unos pasos le serenó algun tanto. No tardaron en ver iluminado el fosó y parte de la fachada principal; un hombre de mediana estatura se presentó al mismo tiempo en el lado opuesto, con una raja de pino encendida; indicóles la entrada, y aun se adelantó á recibirles. Atravesando entónces amo y escudero los tablones, que hacian oficios de puente, siguieron á aquel guia nocturno, que los condujo por un monton de escombros hasta el primer patio de la fortaleza.

CAPITULO IV.

En el que se patentiza como se conjuraba á los espíritus
en el siglo xiv.



¿QUIÉN habita ahora este solitario alcázar? Preguntó á su guia el caballero Negro, mientras subian con trabajo la arruinada escalera del *Tuerto*.

—Pregunta es esa, á la que no es tan fácil responder como parece, contestó aquel. Aquí hay mas gente de la necesaria, para guardar estas viejas murallas, y dias hay que fuera mejor ahorcarse que vivir así.

No digo esto por mis compañeros. Dios sabe y san Casiano, nuestro patron, que todos nos llevamos como hermanos, y tenemos vida de ángeles, á no ser por algunas pequeñas disputas que se arman, acerca de la propiedad de ciertos gamos y otras baratijas de esa especie, porque habeis de saber, que nosotros somos cazadores, contra la voluntad de los guarda-bosques del conorno. Verdad es que de las disputas, que os dije, suelen originarse á ve-

ces cuchilladas de poca monta y aun ha habido varias muertes, lo cual ha hecho disminuir la compañía en poco tiempo; pero estas son cosas sin remedio entre gentes de honra.

—¿Y cómo, estando tan habitada la fortaleza, os hicisteis sordos al sonido de mi corneta?

—¡Oh! Eso nada tiene de extraño. Las fatigas de la caza, á que sin descanso nos entregamos, hacen que la chusma llegue siempre al castillo muerta de cansancio, y este es el momento, en que todos duermen tan á pierna suelta, como sino supieran hacer otra cosa. Yo maldigo de todo corazón la casualidad que me priva de entregarme al sueño esta noche; pero la maldita bruja me hace velar contra mi gusto, pues habiendo tempestad, se arma en su cabeza tal batahola, que Jesucristo nos ampare. Hace mas de tres horas que está gritando como una endemoniada, allá en su pocilga, y sino la amarro, no habrá hoy sosiego en esta casa.

—Será alguna pobre enferma....

—Enferma ¡eh! no es mala enfermedad. Sabe mas que todos nosotros, y es nuestra capitana, aunque nunca sale de aquí, sino cuando se escapa, y entónces tenemos muchísimo cuidado de recogerla, para que no vaya contando á Vitoria mil locuras, que de ningún modo deben escucharse. A mas á mas, tiene sus puntas de hechicera, y lo que sobre todo nos hace respetarla es, que el castillo era suyo y nos acogió en él para librarnos de las tropas y de los guarda-bosques.

—Ya os dije que tendríamos brujas, dijo á esta sazón Jaime, temblando de miedo.

—Poco á poco, señor escudero, replicó el cazador: aquí no hay mas que una, y todos los demás son hombres de bien é industriosos, por mas que se le antoje lo contrario al señor de Urbina, y á los demás perseguidores nuestros.

—Quisiera ver á esa desgraciada, añadió el guerrero; aunque mas necesito ahora un buen fuego para calentarme, porque la noche es cruelísima.

—En la cocina no falta lumbre, respondió el del castillo, y en cuanto á Raquel, no se hará desear mucho tiempo. Todavía no ha

recorrido las almenas, como tiene de costumbre todas las noches, y preciso será que la encontremos ahullando, como una loba sarnosa. Mas ya llegamos al dormitorio de mis camaradas, por donde necesariamente hemos de pasar. Entrad sin hacer ruido, para que no se aperciban, pues es gente de mal humor.

Abrió entónces una pequeña puerta practicada al remate de la escalera, y entraron en la habitacion. Una docena de hombres, tendidos sobre paja y profundamente dormidos, fué lo primero que vieron; mas nada hacía conocer que su ejercicio fuese el de la caza, como habia asegurado el guia. Sendos puñales, colocados en forrados cintos de baqueta, y esparcidos en desórden sobre unos cuantos destrozados taburetes; mugrientas lanzas, algunas de ellas salpicadas de sangre, amontonadas en un rincon; pesados cascos de hierro, y diferentes bolsillos, atestados de oro, que relucian sobre angosta y endeble mesa, manchada con los restos de copiosa cena, indicaban con evidencia la profesion de aquella familia soez y de mala catadura. Ecsaminó el caballero de una ojeada el aposento y cuanto en él habia, volvióse hácia el guia, y notando en su rostro una espresion de maliciosa tranquilidad, le dijo:

—Me has engañado. Estos no son cazadores....

—Suponiendo que tengais razon, le fué respondido, no hay el menor mal en ello. ¿Qué ganaréis en ese caso?

—Yo no sufro que nadie me pregunte, cuando puedo hacerlo, replicó el enlutado, y mi seguridad y la de mi escudero ecsigen que se me conteste la verdad. ¿Qué gente es esa?

—¿Y en efecto solo deseais saberlo por vuestra seguridad?

—Ya he dicho que no me dejo preguntar de nadie; condesciendo empero por esta vez, y repito que únicamente mi seguridad me hace curioso; por lo demás nunca me meto en agenos negocios.

—Seguid pues sin recelo, y os calentaréis en el fuego de la cocina. Nosotros no atacamos á los valientes caballeros, que corren aventuras. Ya sabemos lo que vale una lanza en buenas manos. Por lo demás, os juro á fé de cazador....

—De bandido, querrás decir.

—De modo que.... bien; si.... de bandido, ya que os empeñais.

Tanto monta jurar de un modo como de otro, y por no esponerme á engañaros otra vez, no juraré por la fé de mi oficio; pero si la palabra de un hombre, que jamás ha matado á otro, sino en casos de pura necesidad, sirve de alguna cosa, os la doy de que nada tendréis que temer aquí; antes bien quiero regalaros, y os llevaré despues á donde podais descansar.

—Todo eso es muy bueno en cuanto á tí; mas yo, como caballero, tengo otros deberes muy distintos que cumplir, y así harémos un pacto. Por ejemplo, tú me conduces á la cocina....

—Eso más parece una capitulacion honrosa. Muchos capitanes se valen de ese medio, para encubrir lo que llaman cobardía.

—Despues que oigas mis proposiciones, juzgarás.

—Veamos pues.

—Tú me conduces á la cocina....

—Concedido. Estamos á dos pasos de ella.

—Allí habrá un buen fuego.....

—Concedido. Vamos acordes en los primeros puntos.

—Tú nos harás compañía todo el tiempo que yo quiera....

—¡Rehenes eh! Ya lo dije yo... en fin, concedido.

—Harás venir á la vieja que antes digiste, porque tengo humor de preguntarle algunas cosas....

—Negado. Raquel es antojadiza, y no está en mi poder hacerla dar un paso, si ella no quiere.

—Irás á Vitoria dentro de una hora; buscarás al sepulturero de Santa María y le dirás que me has dado acogida en tu castillo. Él te premiará; alcanzará perdon para tus crímenes y enviará un destacamento, con órden de prender á tus malvados camaradas....

—Negado. Si entro en la ciudad, antes que llegue á Santa María me verán los espías del de Urbina, caerá sobre mí alguno de esos señores de la *Banda*, que no nos dejan reposar, y aprenderé á danzar colgado de un árbol.

—Harás puntualmente cuanto en las anteriores demandas mias se contiene, y juraráslo ahora mismo, so pena de que tu cabeza sea partida en dos por mi espada, y tus amigos cosidos á lanzadas. ¿Qué tal? ¿Es honrosa capitulacion?

Al mismo tiempo asió el caballero la garganta del guía y desnudando el acero:

—Jura, le dijo, jura, que irás á Vitoria, á pedir gente para conducir esos infames. En cuanto á tí, llámate feliz, pues serás perdonado, por haberme dado hospitalidad.

No esperaba el bandido tan extraordinario desenlace. La sangre toda se le cuajó en las venas; apoderóse de él un temblor convulsivo, y obligado mas bien por las terribles miradas del campeón, que por arrepentimiento, se arrodilló ante él diciendo:

—Perdon, perdon, noble caballero, yo haré cuanto me habeis prevenido, en desagravio de los delitos, que he podido cometer en esta mala vida. Yo os lo prometo; yo os lo juro.

—Levántate, dijo el Negro, y ten presente que las entrañas de la tierra no te librarán de mis iras, si piensas burlarme. Salgamos de aquí.... No; espera.

Acercóse con tiento á la puerta por donde habian entrado, y cerrándola con dos llaves que tenía; recogió estas y las entregó á Jaime, espectador mudo de la escena, y á quien el susto habia puesto en un estado de anonadamiento maquinal. Salieron despues por otra puerta, que conducia á las demás habitaciones, y corriendo sus pesados cerrojos con bastante trabajo, por no haberse usado en mucho tiempo, quedó la dormida cuadrilla de ladrones presa, y como suele decirse, metida en una ratonera.

Al entrar en la cocina, sorprendió á nuestros aventureros un espectáculo nuevo. En frente de una gran fogata, cuyas llamas la iluminaban de lleno, estaba sentada una muger, vivo retrato de la inmovilidad. Hablaba sola, gritando unas veces, otras entre dientes, y de cuando en cuando reía descompasadamente. Al parecer no advirtió la llegada del bandido y de sus huéspedes, pues no hizo el menor movimiento, hasta que el primero la dijo, dándole una palmada sobre el hombro:

—Madre Raquel, aquí hay un caballero, que desea hablarte.

—¿A mí? respondió azorada. ¿Con qué tendré yo ahora que recoger mis viejos pingajos, y marcharme á buscar otra madriguera? ¿Y quién te ha dicho á tí, raposo traidor, que los caballeros han de

acertar con mi casa? Yo no quiero mas caballero: no, no quiero; uno me engañó.... Como te holgarás, villano animal, que un rayo te aniquile, como te holgarás, cuando saquen á la madre Raquel por las calles de Vitoria gritando. «Esta mala muger vá á ser quemada por hechicera y por.... ¿Quién grita aquí?»

—¿A qué no tenemos la fiesta en paz y te cuelgo de la chimenea con la cadena de hierro, maldita perra bruja? la respondió el ladron. ¿No ves, ahulladóra de Satanás, que este caballero acaba de llegar al castillo, para pasar la noche?

—Tus narices son como las del perdiguero, que huele de léjos, continuó la vieja; pero eso no impedirá que yo vea correr la sangre de tu inmundo esqueleto, antes que el sueño cierre mis párpados. Acércate, acércate, hijo de Lucifer, miserable tizon del infierno, y verás si tengo maña para introducirte hasta las entrañas la punta de mi cuchillo.

—Es bien desgraciada, dijo el caballero Negro, y acaso tus compañeros no han cometido crimen mas grande, que el de abusar de su estado, para venir á establecer en la fortaleza su detestable conciliábulo.

—¿Un crimen? contestó ella: Librar al mundo de un diablo, peor que todos los lobos que infestan los montes.... crimen... vaya... ¿Y qué importa? He cometido ya tantos...! ¿pero de cuando acá se mete nadie á darme consejos? Veremos quien me sujeta, cuando yo abra por cinco partes el cuerpo de ese tunante, para contentar al espíritu que tengo encerrado en el pozo. ¿Sabeis que luego vá á salir de allí? Pero, silencio.... Él habla.... ¿No le oís....? Bueno; sino es ahora, será otro dia. Y se puso á cantar con descompasados gritos una cancion antigua.

Juzgando el caballero que las ideas de esta loca, á la que miraba con indecible compasion, se dirigian hácia el recuerdo de pasadas desgracias, segun daban á entender las últimas palabras que habia pronunciado, acercóse al guia, para preguntarle alguna cosa relativa á su historia, mas no tuvo lugar.

Acababa entónces la cancion, y toda su fisonomía espresaba el mas completo delirio: parecia en efecto que grandes desgracias im-

primieran en ella las marcas de su terrible paso, segun eran de lívidas y descarnadas sus mejillas. Subia formando arco su punteaguda barba, hasta casi besar la nariz, que describia otro en sentido opuesto, quedando, por la posicion de este doble puente, sumida la boca en el interior, engalanada solamente de tres dientes, uno de los cuales asomaba su afilada punta, siempre que aquella se mantenía cerrada. Cubria sus pocos cabellos cenicientos estrafalaria toca, haciendo sombra á una frente, en que se veían señaladas todas las venas, de color entre azul y negro; sus desencajados ojos parecían aun mas salvages, por faltarles las cejas, y su pescuezo, largo y tieso, á pesar de la edad, en contraposicion de la poca elevada estatura, la hacía tan ridícula, que no se borraba fácilmente la impresion producida por su primer aspecto. El traje era proporcionado á tan bella descripcion, echándose de ver desde luego, que la locura presidia siempre el tocador de la vieja; por la estravagante mezcla de colores y variedad de modas, de que hacía ostentacion en un mismo vestido, componiéndose parte de éste al gusto de siglos anteriores, y el resto al de un tiempo no muy moderno, mas tampoco tan antiguo, que dejasen de existir bastantes originales que lo usasen.

En el momento de que hablamos, estaba fuera de sí, llena al parecer del espíritu á quien invocaba, con un dedo apoyado en la frente y el brazo estendido en toda su longitud. Meditaba profundamente; mas no pudiendo permanecer mucho tiempo en una misma situacion, á causa de la volubilidad de las ideas, que en su mente se sucedían sin interrupcion, se levantó, sacudió la cabeza con rábia, y dirigiéndose á las personas que tenia delante,

—¿Quién es, exclamó, moviendo con extraordinaria rapidéz los ojos, que parecían querer saltar de sus órbitas, quién es el que ha detenido mi brazo, levantado contra Inés....? ¿Has sido tú, maldito espíritu? Para eso te escapaste del pozo? ¡Oh....! yo te aseguro que he de sujetarte bien en el fondo y.... pero no la mataré, porque me hace falta.... sí; me hace falta para entregársela. ¿Y qué mas quiere ella? Calló un momento y luego prosiguió:—Quisiera acordarme de la cancion que cantaba la loca Inés. ¡Ay! entónces

era yo mas jóven, y ella.... ¿Quién le dijo que era mas hermosa que yo? Pero que se alabe ahora, desde el precipicio donde la he arrojado. Él estaba ciego.... y yo tambien, yo tambien enloquecí, cuando la puse en sus brazos. ¿Y qué? despues me he vengado.... No faltaba otra cosa.... ¡Ella mas bella que yo...! pero no; no era yo hermosa, cuando me dejó aquel ingrato.... Y empezó á llorar.

Enternecido el caballero Negro, miraba sin chistar á la demente, en tanto que Jaime, con la boca abierta y haciendo la señal de la cruz con ambas manos, encomendaba su alma á todos los moradores de la corte celestial. Iba ya el primero á dirigir la palabra á la vieja, cuando el bandido le dijo:

—No os dé cuidado oírla relatar de esa manera; está en uno de sus accesos, y ahora no vé ni siente mas que la conversacion de los espíritus. Vamos, Raquel, continuó, cogiéndola por el brazo; el demonio anda suelto y es preciso preparar el conjuro, para cogerlo.

—Sí; vamos, respondió ella apretando con fuerza convulsiva la mano del ladron.... pero ¿qué mas demonio que tú? No te me irás, no; yo te amarraré una gran piedra al pescuezo, y despues te echaré en el pozo.

El bandido, que conocia el peligro, y sabía la extraordinaria fuerza de Raquel, siempre que era atacada del arrebató, desasió suavemente su mano de la descarnada que le asia, antes que ella se apercibiese, y dando un salto hácia atrás, se colocó á razonable distancia. Jaime creyó por el pronto que la bruja iba á coger al primero que encontrase, y de otro salto subió encima de una mesa, donde aun no se tuvo por muy seguro, y empezó á maldecir la flema de su señor, que no se habia movido un paso. Pero Raquel no pensaba en seguirle; sus pensamientos habian variado, ó por mejor decir, habian vuelto hácia la causa que mas afectaba su desarreglada imaginacion.

—Mi hijo.... gritó; sí.... yo tenia un hijo.... ¡Hijo de maldicion! Yo se lo arrancaré de las manos al Infante.... ¡Sus....! ¿Quién ha hablado del Infante? Tambien queria llevarse á Inés.... sí.... y me dejaron los ingratos.... sola.... abandonada. Gruesas lágrimas

se desprendieron entónces de aquellos ojos, que cualquiera creyera agotados para la sensibilidad.—Yo lo he perdido.... lo he perdido sin remedio.... pero ¿por qué me aflijo? Inés tiene la culpa... ¡Pobre Inés! Ya lo ha pagado bien. ¿No es su voz la que se oye....? No; es un cántico de difuntos. Vamos á orar por mi hijo, y luego encenderé lumbre, para conjurar el espíritu, que se ha escapado.

Dicho esto, y sin la menor ceremonia, se apoyó familiarmente en el brazo del guerrero, y seguidos de Jaime y el bandido se encaminaron á un pasadizo, que al fin de la cocina se veía: abrió Raquel una puerta, practicada á su extremo con mucho disimulo, entraron por ella y se encontraron en una reducida habitacion, cuyos adornos se componian únicamente de un mal gergon tendido en el suelo y de una carcomida mesa, sobre la cual estaban amontonados varios objetos, de nombre tan desconocido para nuestro caballero, como el uso á que estaban destinados.

Desde el momento que pusieron el pié en el cuarto de la vieja, pues en él vivia, se puso ésta á mirar con atencion á todas partes, como para asegurarse de que estaban solos; acercóse despues pausadamente, y evitando se sintiesen sus pasos hácia la cama, si tal nombre merece dársele, sacó de dentro del jergon una vasija, que sin duda contenia los ingredientes necesarios para sus operaciones, y examinándola con sorpresa, dijo lastimosamente:

—Se ha escapado.

—¿Quién? gritó el campeon, pensando en el infante D. Juan.

—El espíritu, respondió Raquel.

—Al diablo con el espíritu siempre, murmuró el guerrero, mientras ella, despues de haber ocultado la vasija, y hecho diversas señas de inteligencia, se dirigió á la mesa. Tomó de ella diferentes objetos, que primero indicaba con la direccion del dedo índice, volviendo unas veces la cabeza, como si oyese ruido, y moviéndola otras afirmativa ó negativamente, segun eran de su aprobacion ó desagrado las palabras que creia oir, y despues de haber echado en una calderilla de cobre pedazos de hevillas viejas, botones de metal y otras baratijas de esta especie, sopló tres veces sobre ella, la colocó en el suelo, y cruzando los brazos sobre el pecho, contem-

pló largo tiempo el efecto de tan singular maleficio. Sin duda no fué muy satisfactorio para ella, porque alzando con fiereza la calderilla, sus facciones experimentaron una contraccion horrorosa y repugnante; blanquecina espuma cubrió la lividez de sus lábios y todos sus nervios se entalaron espantosamente; pero este estado cruel fué de corta duracion, hasta que calmándose gradualmente tan repentina fiebre volvió á proseguir sus operaciones. Esta vez lo hizo con mas detencion, volviendo á llenar la calderilla de nuevos ingredientes, arrojando los que primero habia usado, y á cuya virtud se manifestaba rebelde el espíritu conjurado. Sacó de los pliegues de su túnica de raso floreado una arma cortante, con la cual se hirió en un dedo, destilando la sangre sobre los objetos últimamente elegidos para la operacion, y volvió á contemplar con tranquilidad la influencia de esta, contra el maligno fugitivo. Manifestóse satisfecha del éxito, miró á todas partes con una sonrisa, que aumentaba muchos grados de fealdad á su figura, y volvió á examinar la vasija con escrupulosa exactitud. Entónces se puso á cantar unos versos, que de generacion en generacion han llegado hasta nosotros, y hemos coordinado así:

Espíritu escondido

¿por qué de mí te ausentas?

vuelve vuelve á la amiga,

tú puedes solo mitigar sus penas.

¿De una madre querida

no sientes la terneza,

ni las ansias y lloros,

con que fatiga al cielo y á la tierra?

Mira al lobo rabioso

y á la feroz pantera,

holgar con sus hijuelos

y la muerte sufrir en su defensa.

¿Quién conoce una madre?

¿ni quién la triste guerra,

que sufre el alma mia, ,
en llanto, luto y soledad envuelta?

Espíritu escondido

¿por qué de mí te ausentas?

vuelve vuelve á la amiga,

tú puedes solo mitigar sus penas.

—Ya vuelve, dijo alegremente, despues de concluida la cancion: ahora lo encerrarémos en el pozo. Acercóse al caballero Negro y prosiguió:—¿Sabes que he traido al espíritu de mi hijo, que andaba corriendo por los bosques....? Ya lo verás otro dia, porque ahora vá á dormir. ¡Hace tanto tiempo que no duerme en mi regazo! Pero no tengais miedo; no os hará mal y nos dirá qué se ha hecho de vuestra amante.... ¿Teneis alguna amante? Yo juraria que Inés me lo habia dicho.... sí.... tú la persigues y yo sé que la quieres matar. ¿Es cierto....? pues bien, yo te ayudaré.... Estoy celosa ¿lo entiendes....? celosa y te la entrego.... la pongo en tus brazos.... ¿dónde la echarémos despues?

Estas fueron sus últimas palabras. Sacó de debajo del súcio jergon una lamparilla de hierro, la encendió en la tea de pino que el bandido tenia todavia, y haciendo seña al caballero para que la esperase, desapareció. No tardaron mucho en oir sus gritos y el ladrón dijo:

—Ahora recorre las almenas, y no cesará de alborotar hasta que salga el sol.

—¿Sabes alguna cosa de la historia de esa muger? preguntó el Negro.

—Nada absolutamente. Nosotros la encontramos aquí, cuando quisimos establecernos, y si algo se puede sacar en limpio es lo que ella misma declara, cuando está en sosiego. Habla mucho del infante D. Juan, y de Inés, y de pozos, y cadenas, y de otras mil baratijas, que ahora no me acuerdo. Pero volvamos á la cocina, donde estaréis con mas comodidad.

Hiciéronlo así, Jaime habia depuesto algo de su temor, desde la ausencia de Raquel, aunque no dejaba de asustarse, cada vez que

oia sus desatinados gritos; pero queriendo hablar, para mejor disimular el miedo, dijo á su amo:

—Esta Raquel ha de ser precisamente alguna de las criadas de este castillo, cuando sucedieron en él las cosas que me refirió el Abad del monasterio, donde fuí criado, y las cuales os he referido esta noche, mientras atravesábamos el escampado.

—Es probable, respondió el caballero y algo voy creyendo de aquel cuento.

Al entrar en la cocina, reiteró al bandido la orden de partir á Vitoria sin dilacion, y éste le pidió que, pues el sol no podia tardar en salir, y los bandoleros nunca madrugaban, le permitiese aguardar á que fuese dia, para ponerse en camino.

—En ese caso marcharemos á un mismo tiempo; tú á Vitoria, yo á Aragon. Acuérdate empero de lo que has jurado; si lo cumples, alcanzarás la recompensa merecida; sino, huye de que yo te encuentre, y no dudes de que te encontraré, aunque sepa recorrer el mundo entero.

Pronunciadas estas palabras, recostóse junto á la fogata, y lo mismo hizo el escudero, participando antes de una decente refaccion, que les sirvió el bandolero. Tardó poco en dormirse Jaime; mas el guerrero veló, contentándose con calentarse por espacio de una hora. Pasada ésta el del castillo abrió las ventanas, y reparando el Negro que empezaba á amanecer, despertó al criado, y por una escalera secreta bajaron los tres al patio, sin verse precisados á atravesar el dormitorio de los bandidos, que bien ajenos de todo, roncaban á pierna suelta.

La tempestad habia cesado enteramente, y la calma mas profunda reemplazaba sus furores. Azotaba suavemente el penacho del campeon la fresca brisa de la mañana, y el melodioso trinar del pardillo interrumpia de cuando en cuando el silencio de los cercanos bosques. Sacó Jaime los caballos del sitio en que habian quedado abrigados y sin hablar palabra salieron del castillo. Un momento se detuvo el Negro á contemplar la parte exterior de la fortaleza, favorecido por la claridad del dia; oyó nuevos gritos, probablemente de Raquel, que en aquel instante se retiraba de los torreones,

é indicando á su hospitalario guia la ruta de Vitoria, espoleó al corcel; siguió su ejemplo el escudero, y ambos se perdieron en breve á la vista del bandido. Éste tomó desde luego el camino de la ciudad; mas al ver que no era observado, cambió de direccion, y echando pestes y juramentos contra los caballeros andantes, tornó á meterse en el castillo, faltando así á la capitulacion, que habia estipulado con el enlutado del Zadorra.



CAPITULO V.

El combate y el incendio.



El terror, la indignación, el susto y las peligrosas consecuencias, que debían seguirse al desacato de D. Juan el Tuer-to, cuando este atrevido magnate se presentó en la habitación de Blanca, asaltaron de golpe la imaginación de la desconsolada heredera, dejándola como petrificada de espanto, mientras el señor [de Vizcaya, contenido por un resto de vergüenza, que hablaba á su interior, devoraba con la vista aquella nueva víctima que destinaba á su barbarie. Atemorizada la pobre Matilde, ni aun fuerzas hallaba para tenerse en pié; temblábanle las rodillas, y tenía el rostro vuelto hácia el suelo. Julio corrió desde el primer instante á agazaparse detrás de Blanca, la cual miró al Infante con altívez, desvanecida ya la momentánea impresion, que su aborrecible presencia le infundiera.

—Es llegado el momento de obrar, fué lo primero que éste dijo, despues de largo espacio. No os molestaré mucho con mis discursos, bella prima. Acordaos únicamente de que hoy habeis despreciado mi mano, y de que no soy hombre, que cede en arrogancia á la mas encopetada hermosura de estos reinos. Preparaos pues á seguirme, y os juro que no sentireis dejar la solitaria morada de Almazan, á trueque de vivir conmigo en el mas fuerte de mis castillos.

—Acordaos tambien D. Juan, de que primero me brindásteis con todas las riquezas de la corona de Castilla, le contestó Blanca, recobrada su nativa entereza, y de que me prometísteis defender este castillo contra todas las fuerzas del Rey, sin que vuestras magníficas ofertas hayan logrado seducirme. Pensad ahora, si ese insultante y despótico tono será poderoso á arrancarme un consentimiento que me haria infeliz.

—Grandemente, bella princesa. Mas esa repugnancia á concederme tu preciosa mano no estorbará que ahora mismo sigas mis pasos, á donde mi poder tenga á bien conducirte. Ea; basta de chanza, añadió mudando de voz; es preciso que al instante abandones estos sitios en mi compañía, orgullosa Blanca, y esto de grado, sino quieres que tu inútil resistencia me obligue á usar otros medios.

—Julio, exclamó la heredera; corre, vuela y refiere á doña María la violencia que se me hace.

—Quieto ahí, hijo mio, dijo D. Juan deteniendo al page, que iba á salir á desempeñar aquella comision. Si te mueves de ese sitio, te arrojó por la ventana. Y apoderándose de la mano de Blanca prosiguió:

—Vámonos antes que la luz del dia haga patente esta aventura. Tú, Calvillo, ten cuidado de encerrar bien á esa vieja dueña, para que no salga á despertar la gente pacífica de la fortaleza con sus bachillerías; y en cuanto al lindo pajecillo, pónle, si es preciso, una mordaza. Uniendo entónces la accion á las palabras, arrastró, mas bien que condujo á Blanca fuera de la habitacion, á pesar de su resistencia y de los gritos de Julio y de la desconsolada Matilde.

—¡Infame! ¡Mal caballero! exclamaba la heredera, procurando desasirse de sus raptos. ¿Así se trata á una doncella de mi clase? Matadme primero; clavad en mi corazon vuestras viles espadas. ¡Madre mía! ¡adorada madre! ¡Cuál penarás angustiada, al saber el triste trance de tu robada hija! ¿No habrá quien ampare á una doncella desvalida...? ¡Oh! noble y amado campeon mio ¿dónde estás, que no socorres á tu dama?

—En vano llamarás en tu ayuda á todos los paladines nacidos y por nacer, dijo el Infante con infernal sonrisa: mis medidas están bien tomadas. Y cogiéndola en sus brazos, no obstante la desesperada defensa que ella hacía, atravesó rápidamente el corredor, y empezó á bajar la escalera grande, sin que la preciosa carga retardase un punto sus pasos.

—Cobardes, villanos, escuderos traidores, soldados de Almazan ¿cómo no venís al socorro de vuestra señora? decia Blanca; pero sus voces se perdian en el espacio, ó tal vez el eco las llevaba á los rincones mas apartados de la fortaleza, sin traer una respuesta, un consuelo para la triste heredera. Rendida al peso de sus angustias, no pudo soportar mas tiempo la cruel idea de tener que separarse del castillo de sus padres, de una manera que la hacía presentir mayores desgracias. Un rayo de esperanza la habia animado, mientras D. Juan y sus satélites permanecieron en el recinto de las habitaciones; mas al poner el pié en el patio, al ver en medio de él á Rodrigo, Artal y otros fieles criados, presos y guardados con la mayor vigilancia por los vendidos criados de la compañía franca, al reparar que el capitan Fortuna se adelantaba á recibir órdenes del Infante, oprimiósele el corazon, un frio sudor se apoderó de todos sus miembros, y lanzando un ay lastimero, quedó sobrecojida de mortal desmayo.

El sonido de una corneta de guerra, resonando á lo léjos, la volvió á la vida y detuvo los pasos de Pero Calvillo, quien despues de haber encerrado en el aposento de Blanca á Julio y á Matilde, se habia reunido al Infante, é iba en aquel momento á abrir la puerta de la fortaleza.

—¿Habeis oido, Señor? dijo á D. Juan.

—Sí, replicó éste; y aun juraría que no me son desconocidos esos toques. Pero apresúrate con mil diablos á abrir la puerta, no sea que nos coja el día en estas inmediaciones.

—¿No sería mas prudente, observó el espía, permanecer en el patio, hasta saber á punto fijo lo que debemos temer de la parte de afuera?

—No es por cierto hora de pararnos á reflexionar lo que debe hacerse. ¿Temes acaso el encuentro de algun aventurero, que pide hospitalidad? Despues que partamos, se compondrá con él doña María, y el caballero nos agradecerá haberle dejado caido el puente para no hacerle esperar.

Adelantóse Calvillo y abrió. El puente levadizo cayó con rapidéz, y al mismo tiempo se oyó el cercano galope de un corcel, que se dirigia al castillo. Sonó la corneta segunda vez.... no habia tiempo que perder. Montó D. Juan á caballo y lo propio hicieron Jucef y el espía: éste último se encargó de Blanca, la cual, mas muerta que viva, suspiraba con dolorosa ansiedad. Fortuna y sus satélites cerraban la marcha, y ya el Infante tocaba con las cadenas del muro, cuando pasando á escape y tan inmediato á él que hubo de derribarle, se presentó en el patio de Almazan el caballero de las armas negras.

—Que traigan hachas, gritó D. Juan ardiendo en ira, y enseñaré á ese malandrin el respeto con que debe entrarse en el castillo, que ya me pertenece.

—Aquí te tengo pues, miserable enemigo, respondió el recién llegado. Doy gracias al cielo por no haber acudido tarde; no me engañaron las noticias. Despues de haber armado contra la vida del Rey á todos los descontentos, creiste que en la raya de Aragon podias ilustrar tu nombre con mas fáciles hazañas. Ven; aquí me tienes, foragido Infante; sigue el eco de mi voz, y háblame para que yo oiga la tuya; porque juro á mis espuelas, no te ha de valer para huir la oscuridad que nos rodea.

—¡Hachas! ¡hachas! clamaba el Infante, en tanto que Pero Calvillo, escurriéndose con su caballo poco á poco, procuraba arriarse al puente. para pasarlo y desaparecer con Blanca; mas la

llegada de otro personaje estorbó su proyecto. No era otro que Jaime el escudero, que tanto miedo tenía á los aparecidos, y que habia seguido la carrera de su amo hasta la fortaleza, sin ser empero tan osado como él á atravesar el puente al galope, é introducirse en medio de sus enemigos. Parecia, no obstante, un centinela apostado á la entrada de la puerta principal, y las armas de que estaba cubierto hacíanle pasar por un valiente guerrero á los ojos de Calvillo y sus compañeros.

Varios soldados habian encendido teas en el farol de la caserna, á las voces del Infante, y el patio aparecia iluminado. La escena que se ofreció entónces al caballero Negro le hizo salir de juicio. Blanca tendiendo los torneados brazos hácia su defensor y en el mayor desórden, queria y no podia esplicarle cuánto estaba sufriendo. Ya no se hallaba en poder de Calvillo; pero el duro suelo sostenia una de sus rodillas, mientras aquel vil instrumento de la maldad de D. Juan procuraba ocultarse cuidadosamente á las terribles miradas del desconocido. Asustado Jucef con un desenlace, para el cual no estaba prevenido, se habia apeado y permanecia detrás de la heredera, en pié con la boca abierta y los puños cerrados. El capitán Fortuna habia ordenado su tropa, y el Infante armado de lanza y rodela esperaba á su contrario.....

No esperó mucho tiempo.

—Villanos, mal nacidos, gritó el campeón Negro á los de la compañía franca: teneos quedos, ó yo sabré hacer en el que el pié mueva tal escarmiento, que sirva de ejemplo á los demás. Y embrazando el escudo, puso la lanza en ristre y se precipitó sobre D. Juan. Recibió éste con ánimo sereno el choque de su adversario, y le asió la lanza al pecho. Quebróse esta en dos trozos contra la empavonada cota, al paso que el Negro, mas feliz, destrozó del primer bote el yelmo del Infante, dejando sin defensa su cabeza. Mas era demasiado generoso para prevalerse de tal ventaja, contra un adversario ya medio aturdido.

Echaron ambos pié á tierra y empezaron el mas encarnizado combate. Cruzáronse sus espadas, saltaron chispas al encontrarse, y se descargaron desapiadados tajos y reveses. La armadura del *Tuerto*

se tiñó en breve de sangre por muchas partes, y rodaron con estrépito por el suelo pedazos de los cascos y escarcelas. Impacientábanse los dos sañudos rivales de su respectiva resistencia, y cada cual anhelaba poner fin al combate con la destruccion de su enemigo; pero era evidente que el Infante llevaba la peor ventaja. Derramaba sangre en abundancia de diferentes heridas que habia recibido, se hallaba desarmado en muchas partes del cuerpo y peleaba contra un guerrero, que sabia aprovecharse de sus menores faltas en el acometer, y cuya agilidad jamás presentaba un flanco á la contraria espada. Desesperado D. Juan de tan desigual lucha, previó la mala suerte que le aguardaba, si la seguia adelante y resolvió terminarla de un golpe, ó morir. Cojió la espada con ambas manos, levantóla en alto con furia, y hubiera tal vez abierto en dos la cabeza del Negro aventurero, si su escudo, amparándola, no recibiera el furibundo mandoble. Mas el Infante perdió. Partiósele el acero y él fué á medir la tierra, casi á los piés de su enemigo, arrojado por la violencia del rechazo.

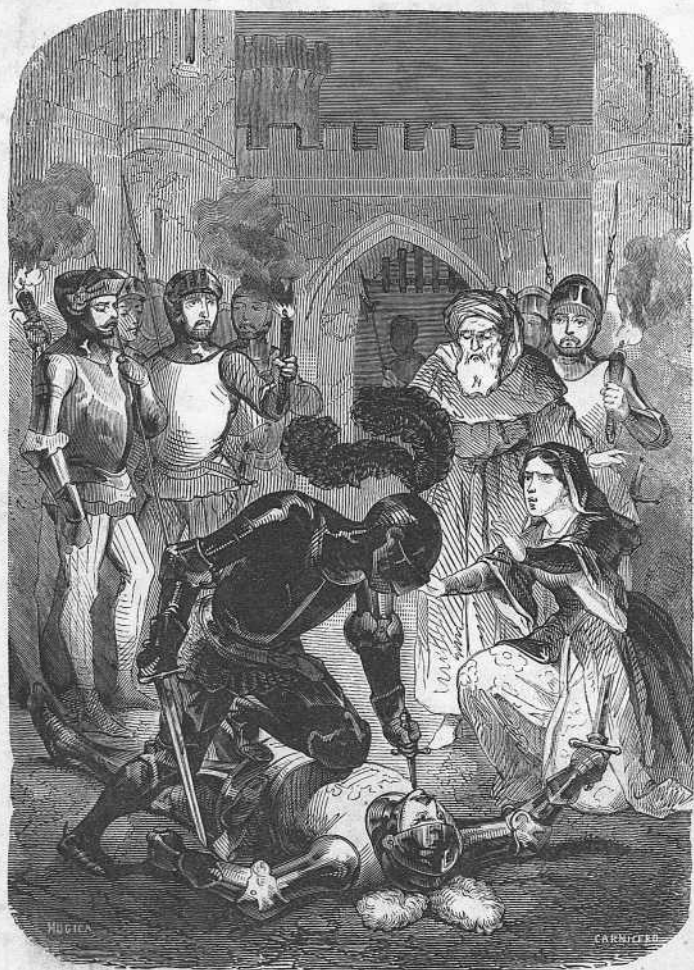
—Ríndete y confiéscate vencido, le dijo el Negro, poniéndole un pié sobre el pecho y la punta de la daga en la boca.

—Jamás, jamás; mátame primero, respondió el malparado señor de Vizcaya.

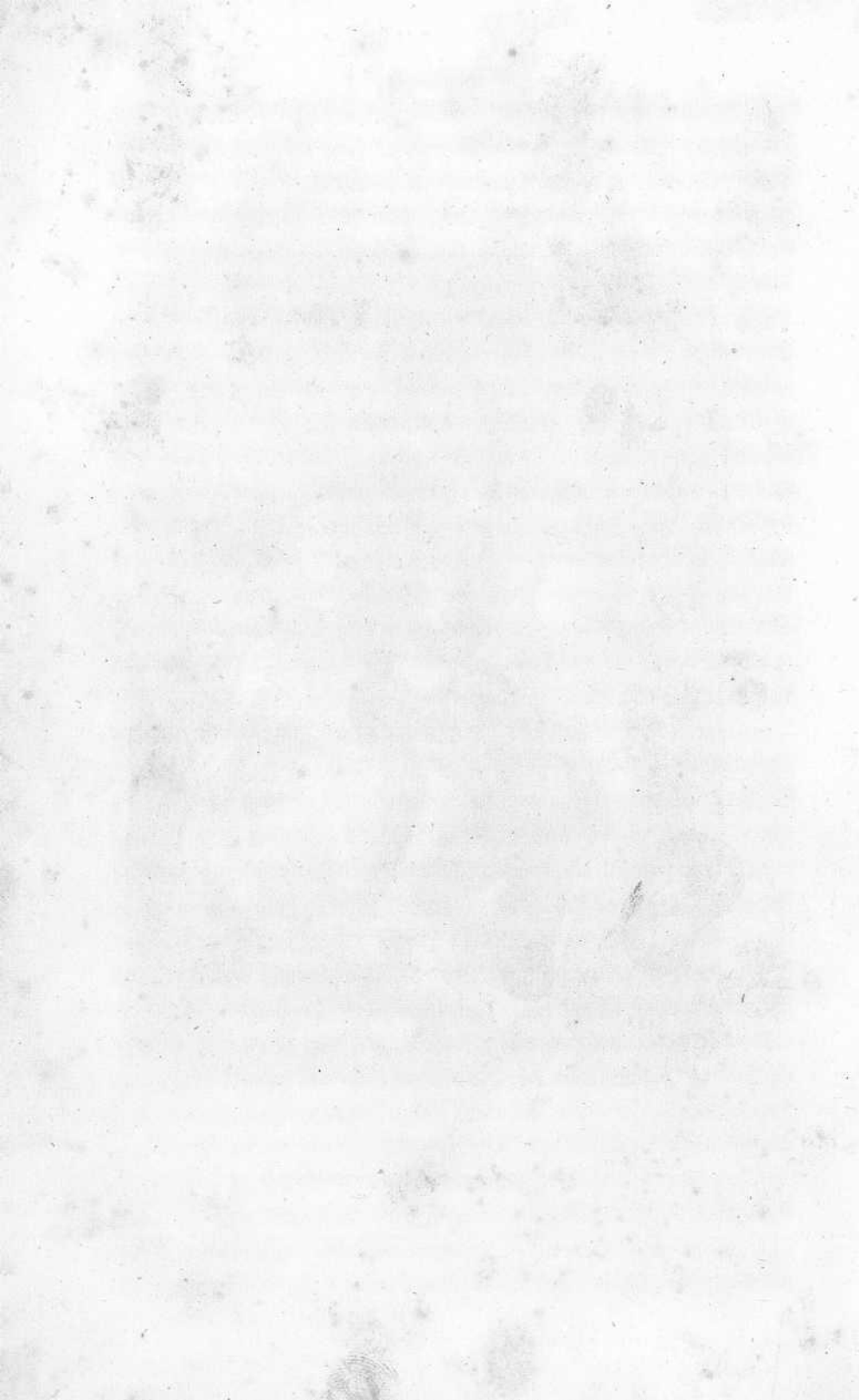
Hubiéralo ejecutado sin duda el caballero, concediendo á su caido rival el golpe llamado de *merced* ó *misericordia*, á no llamar su atencion repentinamente unos agudos gritos, que salian de las habitaciones. Acordóse del peligro de Blanca, figurándose verla arrebatarse en el momento mismo en que él triunfaba de su perseguidor, ó que víctima acaso de alguna nueva traicion, no llegaria á tiempo de salvarla.....

—Escuderos, gritó con voz de trueno, seguidme todos; y tú, añadió encarándose con el Capitan de los francos, no te separes de mí un instante, si quieres que perdone tu pasada traicion. Tu cabeza me responde de la fidelidad de esa gente.

—Demonio, dijo á su vez el Capitan; yo no tendré la culpa, si ellos.... y por otro lado, es capaz de hacerlo como lo dice.... Ya veis, camaradas, el aprieto en que estoy metido; así pues, quieto



Ríndete y confésate vencido.



todo el mundo, si en algo estimais la cabeza de vuestro Capitan.... No hay que pensar ya en las mil doblas.... el diablo se las ha llevado, y voto á todos los santos del paraíso, que solteis á ese buen Rodrigo, y á los demás compañeros, para que cumplan las órdenes de nuestro intrépido y nuevo Señor, pues no dudo que pronto lo sea.

Un gesto del incógnito impuso silencio al Capitan, que así mudaba de partido como de camisa, y sabía hacer lo que muchos políticos, obligándole á subir con él á los aposentos.

El calor de la pelea impidió notar al caballero Negro, que doña María, atraída por los gritos de su hija y el confuso ruido, que desde su aposento se escuchaba, habia bajado al patio. Allí encontró á Blanca en la misma postura que la dejamos al empezar el combate, y la sorpresa de que se halló poseida con la inesperada escena que sus ojos presenciaban, no fué bastante á arredrarla. Arrancó á la desconsolada Blanca de aquel sitio, estrechóla contra su pecho, la cubrió de besos y reparando que los dos caballeros peleaban con encarnizada fúria,

—Vamos, dijo; el cielo hará triunfar la justicia de nuestra causa.

Dirigiéronse hácia aquella parte del edificio que ocupaba la heredera; mas no bien hubieron llegado al aposento, en que Matilde y el amable paje lloraban encerrados la desgracia de su jóven amiga, cuando un vivo resplandor, que salia de la parte mas alta del castillo, iluminó como por encanto la galería. Miráronse sorprendidas no sabiendo á qué atribuir aquella estraña novedad, hasta que reparando la doncella con atencion, vió elevarse las llamas, envueltas entre nubes de humo, por la elevada torre, que miraba al camino de Castilla. Comunicó á doña María y á la anciana aya que la fortaleza ardía, y aterradas todas con tan infausta nueva, dieron agudos gritos, que resonando en los oídos del de las armas negras, acudió presuroso al sitio de donde partian, debiendo el infante don Juan á esta casualidad el no haber perecido á manos de su rival.

El fuego no era de consideracion, porque acudieron á atajarlo antes que tomase incremento. El conocimiento ecsacto que Rodrigo

tenia de los pasadizos del castillo sirvió de la mayor utilidad, para la comunicacion de las diferentes habitaciones. Artal, que ya habia comenzado á componer unas endechas á la cautividad de la *Virgen de Almazan*, no bien oyó las voces de *fuego, fuego á la torre*, trepó las escaleras y trabajó sin descanso. Sacaron agua de los pozos, cortaron vigas, derribaron algunos lienzos de pared, y escitados con la presencia y el ejemplo del Negro guerrero, que daba las órdenes convenientes y obraba al mismo tiempo, consiguieron ver en breve apagado el incendio. Lo mas extraño fué que el capitán Fortuna, por cuyo mandato habian ocasionado aquel estrago unos cuantos de los que él llamaba sus perillanes, segun habia jurado hacerlo, en la conversacion que tuvo con Calvillo, se manifestase tan solícito en destruir su propia obra. Armado de una formidable palanca, recorrió los sitios mas peligrosos, arrojó cuerdas mojadas á los maderos ardiendo, arrancándolos á viva fuerza de su lugar, inundó la torre con un diluvio de agua, que le llevaban en grandes tinajas, y fué el último que se retiró á descansar, despues de haberse asegurado de que nada habia qué temer por parte del abrasador elemento.

Durante este tiempo no se descuidó D. Juan *el Tuerto*. Ayudado de Pero Calvillo, volvió á ponerse á caballo, y sabiendo cuánto le importaba alejarse de allí pues su debilidad era demasiada, para esponderse á un segundo trance, atravesaron el puente, por el cual habia escapado ya Jucef, no estando guardado por Jaime, que habia corrido á ayudar á su señor en el incendio de la torre.

—Ya volveré, exclamó D. Juan rechinando los dientes, al internarse en la selva.... Los pasos de los caballeros dejaron de oirse; volvieron á su caserna los soldados, los escuderos á sus funciones, y el castillo de Almazan quedó tan tranquilo, como si nada hubiera sucedido en él.

CAPITULO VI.

La llegada de un importuno interrumpe el coloquio de dos enamorados.



Es necesario no haber ecsistido, para desconocer el dulcísimo embeleso de dos seres, unidos por simpático amor, que tornan á encontrarse, despues de forzosa separacion. Todo es nuevo para ellos; una cinta, una flor, que jamás escitára la atencion del amante, en el tiempo feliz de la posesion, cautiva ahora su alma, porque contribuye á realzar las gracias del objeto adorado: hasta el aire que respiran está, dicen, lleno de deleite, sin preveer que sus corazones arrobados de amor, reciben las impresiones y las endulzan con sus deliciosos pensamientos. Míranse entónces y no se ven, porque la venda engañosa que los cubre tiene el arte mágico de presentar á sus ojos mentidas ilusiones; se hablan en silencio, y su lenguaje mudo ¡cuántos misterios encierra! ¡con qué elocuencia se hace escuchar! ¡qué convin-

centes son sus razones! No es estudiado este arte, ni es preciso consumir años enteros, para ponerse al corriente de su retórica.... Una maestra suple por todo.... la naturaleza.... nosotros solo ponemos el principio.... el amor.

Recostada la heredera de Almazan sobre un banco de césped, á la entrada del *bosque umbroso*, la tarde siguiente á la noche, en que ocurrieron los sucesos anteriores, se entregaba deliciosamente al peligroso sentimiento, que en compendio acabamos de bosquejar. Contemplábala en pié su amante, sin pestañear, el corazon latiente, cubierto el rostro de vivo encarnado, y los brazos cruzados sobre el pecho. Enumeraba la doncella el gallardo porte y las prendas de su enlutado campeón, mientras éste bebía en sus ojos seductor veneno, que le abrasaba el corazon y constituía su dicha. El último servicio que el caballero hiciera á doña Blanca, estorbando los infames designios del Infante, haciendo á éste morder la tierra y no descansando hasta ver apagado el fuego, con que los soldados de Fortuna habian intentado arruinar el castillo, aumentaba el vivo interés que sentía hácia su generoso libertador, y el sitio y la hora parecían convidar al amoroso abandono en que yacía.

Largo rato permanecieron silenciosos, diciéndose con los ojos todas las ternezas de su corazon; mas el sol, ocultándose detrás de la cordillera de Albarracin y los ladridos del leal *Bravo*, que los llamaba, suspendieron tan interesante escena, haciéndoles conocer era llegada la hora de retirarse á la fortaleza.

Levantóse doña Blanca y ¡Oh Dios mio! exclamó. ¿En qué pensaba yo para detenerme tanto tiempo en esta soledad?

—Si yo fuera nigromante, oh! amada de mi corazon, te diria cuales han sido tus pensamientos, la respondió el guerrero tomándole la mano. Pero no quiera Dios que yo me envanezca con quimeras que sin embargo tú me has hecho creer son realidades.

Miróle tiernamente la doncella. ¿Qué mas pudiera decirle? Salieron del bosque y tomaron el camino del castillo.

La vista del célebre Moncayo, que desde allí se descubría, escondiendo hácia el oeste uno de sus gigantescos picos entre una capa de gruesas y pardas nubes, detuvo sus pasos. El trueno pa-

recia pronto á reventar de su seno y de cuando en cuando un relámpago cruzaba parte de su contorno iluminándolo breves instantes, como celoso de que el ojo del observador intentase profundizar sus maravillas. Rico en producciones, se creeria que la naturaleza lo habia destinado á prodigar con abundancia sus tesoros, y á amedrentar con frecuentes tormentos y huracanes á los mas apartados pueblos, pues hacia sentir sus bramidos á la distancia de sesenta millas. Ostentábase magestuoso en el desierto, uniendo con su inmensa mole los tres estados de Castilla, Navarra y Aragon, y su prodigiosa altura le hacia ser considerado como un monumento antiguo de las pasadas glorias de los Césares, como un testigo irrecusable de las revoluciones de los imperios mas modernos.

—¡Qué hermosa vista! dijo Blanca, que no sabia como hacer cesar un silencio, que al fin la era penoso. ¿No os parece, señor caballero, que esa montaña, cuya cumbre no alcanzan mis ojos, debe presentar objetos dignos de la curiosidad y del valor de los caballeros de la *Tabla redonda*?

—A lo menos, contestó el enlutado, si sus proezas fueron tales como se leen en las historias, no habria uno solo entre ellos, que vacilase en arrostrar los peligros de esa escondida cima.

—No dudo que entre los caballeros de estos tiempos se hallen algunos, que lleven ventaja á los de la antigua corte del rey Arturo, repuso la heredera.

—Valientes hasta la heroicidad y pundonorosos en demasía fueron aquellos ilustres campeones. Los vicios han oscurecido las proezas de los que les sucedieron, y hoy raya en imposible el imitarlos.

—Siempre modesto, como Lancelote del Lago, pensó la doncella.

—Los castellanos y aragoneses, continuó el paladin, rivalizaron en gloria con aquellos dechados de la caballería andante, pero el fuego del entusiasmo, que enardeciera á Rodrigo de Vibar, yace estinguido y las hazañas de los esclarecidos Sandoval y Mendozas sepultadas en eterno olvido.

—La noche se aprocsima, observó Blanca, y no quisiera que me alcanzase en esta soledad. Sigamos hacia el castillo.

—¿A mi lado puedes temer, adorada mía? Eso es hacerme un agravio, que ciertamente no merece mi lealtad.

—Yo temer.... no; jamás: me creo muy segura. ¿Soy acaso dueña de recelar traicion del que tan generosamente espone su vida por mí? ¿Del mas esforzado caballero de estos reinos?

—Siempre reconocida á mi brazo y sorda á las angustias que padezco, dijo con vehemencia el enlutado. ¿Ni una palabra de amor, bellísima Blanca?

—¿Qué mas quereis? respondió ella. ¡Ingrato! Deseas llenarme de confusion, confesándote lo que no puedo ocultar y esto por la centésima vez. Yo creia que la palabra de una dama era sagrada....

—Sí; la tuya lo es para mi corazon, exclamó el Negro con transporte; ven, mira cual palpita de placer.... ¡Oh! ¡que no me sea dado morir por tí....!

—Vive; vive para mi amor; para hacerme la mas dichosa de las de mi secso, decia la heredera, estendiendo involuntariamente sus brazos.

En ellos encontró el caballero del puente el mas dulce premio de sus gloriosos hechos. Los alientos de los dos afortunados amantes se mezclaron por un instante.... sus corazones se acercaron.... sus almas se confundieron.... La presencia de un importuno los sacó de su enagenamiento.

Era Jaime que se dirigia al bosque á grandes pasos.

—¿A quién buscas? le gritó el Negro, separándose de los brazos de su amante.

—Apresuraos á volver al castillo, señor. Acaba de llegar Guzman, y se empeña en hablar ahora mismo con vuesa merced. Por cierto que nos ha hecho recorrer todas las murallas, creyendo que en ellas.....

—¡Guzman! Repitió con estrañeza el guerrero.

—Si señor; Guzman, el sepulturero de Santa María de Vitoria, respondió Jaime; nunca os acordais de su nombre.

—Corramos, apresurémonos, dijo volviendo en sí el primero. Blanca, mi padre.....

Y sin pronunciar otra palabra, aceleraron el paso, llegando en breve al patio del alcázar.



Sus corazones se acercaron, sus almas se confundieron.

Acababa de apearse en él el misterioso personaje, que ya no lo es para nosotros, desde que el amante de la doncella de Almazan hubo pronunciado la indiscreta palabra, *mi padre*, quitándonos desde aquel momento la facultad de seguir amontonando incidentes, y apurando la paciencia de los que este cuento lean, acerca del susodicho personaje. Habia llegado solo y en el mismo traje que tenia, cuando D. Alvar Nuñez Osorio subió á la torre, en que ejercia las funciones de campanero.

—Grandes noticias, dijo al guerrero despues de abrazarle. Perdonad, amable doña Blanca; mis primeros homenajes debieran ser para vos.... preciso es sinembargo que hayais estado sorda, y os aconsejo no deis muchos paseos hácia ese cercano bosque.... debe estar encantado, pues á no ser así, hubiérais sentido los pasos de mi corcel, que ha pasado trotando cerca de un asiento de césped, en el cual adormecida descansabais, mientras un caballero no muy bien armado, os guardaba.

Bajó los ojos hasta el suelo la doncella ruborizada, y nada contestó al anciano. Conducidme, si á bien lo teneis, prosiguió éste, á la presencia de doña María, y allí os enteraré de las mudanzas, que han ocurrido en la corte.

Subieron los tres á la sala, precedidos del pajecillo que habia salido á su encuentro, y hacía mil caricias á *Bravo*, quien por su parte saltaba de contento, y encontraron á la ilustre viuda, acompañada de Matilde, la cual recibió al padre del defensor de Blanca con particular agrado y cortesanía.

—No esperabais verme tan pronto en estas tierras, nobles señoras, dijo el último, despues que tomaron asiento; y bien léjos estaba yo de eso mismo. Preciso ha sido lo que acaba de suceder, para que yo tomase esta determinacion. Antes de todo, añadió mirando á su hijo con alguna severidad, es preciso partir mañana apenas alumbre la luz del día.

—¡Mañana! repitió Blanca tristemente, sin poderse contener.

—Sí, mañana; su honor lo ecsije y tambien vuestro interés, dijo Guzman, á quien continuaremos dando este nombre, á falta de otro mejor.

—Partiré ahora mismo, si es necesario, padre mio, y os probaré así que el honor es para mí antes que la vida y los placeres, respondió su hijo con viveza.

—Creía que la seducción del amor habia enervado la fuerza de tu brazo.....

—¡Ah! No: él me dá alientos para acometer todo género de peligros y de privaciones; la ausencia, la muerte.....

Sus centellantes ojos se encontraron con los de su amada en tan crítico momento, y lleno de entusiasmo púsose en pié y exclamó:

—Sí; yo te juro, por la sagrada orden de caballería que profeso, sacrificarme por mi honor y por tu amor. Si faltaré á este juramento, que hago delante de las respetables personas que me oyen, sea mi nombre cubierto de oprobio, mi cuerpo privado de sepultura, y mis miembros esparcidos en los caminos públicos para pasto de voraces grajos.

—Nadie puede haceros aquí la injusticia de negar vuestro invencible valor, le dijo doña María. Testigos de él hemos sido; no ha mucho, dentro de estos mismos muros, y si el agradecimiento de una madre.....

—Cesad, señora, cesad de prodigarme unos elogios, que no puedo soportar, la interrumpió el Negro. Si mi lanza ha podido ser de alguna utilidad á la preciosísima Blanca, bien pagado estoy, pues he cumplido con el deber de todo caballero. Oigamos ahora las novedades que de la corte desea referir mi padre, y que al parecer motivaron mi ausencia de estos sitios.

—El dia mismo de tu salida de Vitoria, dijo Guzman, se descubrió otra conspiracion contra la vida del Rey de Castilla. Dirigíala D. Juan de Haro, señor de los Cameros, pero fué descubierta por el intrépido D. Lope de VENDAÑA, que ya no se separa de Alfonso. Partieron contra los rebeldes los caballeros de la *Banda* y no dejaron piedra sobre piedra en el castillo de Arlaban. Treinta y siete nobles pagaron con sus cabezas la deslealtad, y en el camino he sabido que el de Haro ha sido degollado en su villa de Agoncillo.

—Término funesto para tan orgulloso magnate, dijo entre dientes el enlutado.

—Sí, pero bien merecido, replicó su padre. Aun hay más. Don Juan Manuel ha huido á Portugal, después de haber atravesado á puñaladas al médico de Alfonso, por causa de la Reina.

—¡Cómo! ¿Ha corrido mas sangre en palacio?

—No; no ha sido en el Campillo, sino en casa del mismo Abenuez, con quien el señor de Villena encontró á su hija, entretenida en ilícitos amores.

—Eso es imposible, señor, repuso la matrona. ¿Tan olvidada estaria la Reina de todo recato y honestidad, que llevase su deshonra hasta el punto de tener trato con un judío?

—Su mismo padre la acusa en un escrito, que ha remitido al Rey desde Morillas, y el astrólogo, antes de morir á manos del favorito, lo confesó así.

—Terrible suceso. ¿Y qué hará el Rey ahora?

—Anular su matrimonio y encerrar á doña Constanza en un convento. Tal es el consejo de Garci-Laso y del conde Osorio; mas no puedo asegurar con verdad los pensamientos de D. Alfonso, porque estos dos aduladores y enemigos vuestros han sido desterrados de la corte.

—Novedades son todas interesantísimas, dijo el Negro, y por Dios que Alfonso empieza á ser Rey.

—No es eso todo, siguió Guzmán. La corte no está ya en Vitoria; pero antes de dejar esta ciudad, ha publicado el Rey el pregon para tu desafío con el Infante, que debe verificarse en Valladolid, á donde ha llevado consigo á los de la Banda. Ya los heraldos publican vuestros nombres por todas las ciudades de Castilla y D. Lope de Vendraña ha jurado que, si no te presentas el día aplazado, combatirá por tí contra D. Juan.

—No lo permita Dios, exclamó el del Zadorra; no cederé yo la gloria de acabar con el Infante al mejor paladin del mundo. Partamos al instante... aunque tengo para mí que llegaré bastante á tiempo, pues las heridas que recibió en el último encuentro no le tendrán muy bien parado.

—Aunque así no sea, es imposible ponernos en marcha antes de mañana, supuesto que debemos escollar á estas damas:

—¿Qué decis, don....?

—Deteneos, doña María, gritó Guzmán, antes que aquella señora pronunciase su verdadero nombre. No sabemos quien puede oírnos, y hasta que pueda presentarme como me corresponde, debo ser siempre el sencillo y oscuro sepulturero de Santa María. Escuchadme ahora. El Rey ha dispuesto celebrar un torneo en Valladolid, el día antes del duelo: asistiréis y D. Alfonso conocerá personalmente á la heredera de Almazan. La estrecha amistad, que me unia á vuestro valiente esposo, mis desgracias, mi hidalguía no desmentida jamás, me dan algun derecho para aconsejaros. El Rey es incapaz, y sería un ingrato en negar lo que mi hijo le pida y, ó yo conozco poco el mundo, ó este viaje debe producir ventajosos resultados para todos. Ceded pues á mi súplica. ¿Acaso no arriesgo yo mas que vos....? ¿Quién me asegura de que mi cabeza.... y sin embargo voy á la corte y me presentaré.... ¡Oh! yo aseguro que D. Alfonso me recibirá, no como á enemigo, sino como á padre del caballero Negro.

—Estoy convencida y sigo vuestro parecer, dijo la noble viuda. Partiremos mañana todos juntos, y desafiaremos cara á cara á nuestros contrarios.

—Ya no los hay. Creo haberos dicho que el de Osorio y el Merino mayor han salido desterrados. De su desgracia ha sido causa un enérgico mensaje, que los habitantes de Valladolid han despachado al Rey, diciéndole que si no separaba de su lado á aquellos dos traidores, le cerrarian las puertas de dicha ciudad. Dábanle cuenta de sus esfuerzos, referian sus ocultos manejos, y ponian de manifiesto sus maldades en tal grado, que convencido Alfonso, los ha mandado desterrar. Añádese á esto, que el almojarife Jucef ha extraído todas las alhajas de la corona, inclusa la primorosa cadena que se guardaba en el real aposento, y ahora no se encuentra; de modo que el Rey furioso ha despachado gente, para buscar al judío, jurando que lo ha de quemar vivo, si llega á sus manos.

—¡Cuántos trastornos en tan corto espacio! dijo el aventurero; mas si ellos libran á Castilla de astutos y mañeros enemigos, los doy por bien empleados. Lo que mas trabajo me cuesta creer es la desenvoltura de la Reina.

—El de Mendibil quiso defenderla, y aun amenazó al que con feas palabras la injuriase; mas el Rey le tapó la boca con el escrito de D. Juan Manuel.

—¡Desgraciada! añadió doña María; la compadezco: si D. Alfonso la hubiera amado mas, ella no sería tan culpable; pero entregarse á un judío... es una acción tan villana, que no la puedo pensar sin horrorizarme.

—Entró á esta sazón Rodrigo en la sala con luces, y corriendo Julio á él le dijo:

—Alégrate Rodrigo. Mañana marchamos todos á la corte, y si de esta no me arman caballero, no lo seré en mi vida. ¿Que te parece? Ya no soy tan niño, y de hoy en adelante tendré mucho juicio, y no te haré rabiár.

—Allá lo veremos, respondió el escudero. Por lo demás, ya sé yo que estos caballeros no pueden venir al castillo para cosa mala, como el otro bribon, que le falta un ojo. Siempre oí decir que ningún tuerto puede hacer cosa derecha.

—Prepara los caballos necesarios, para que mañana á buena hora podamos desocupar el castillo, le dijo doña María. Artal puede acompañarte.

—Yo cumpliré escactamente vuestras órdenes, mi noble ama y señora, contestó Rodrigo; y no será culpa mia, si antes del amanecer, no están los animales aturdiendo el patio grande á relinchos y á patadas. Pero, si vale para vos de alguna cosa el celo de un humilde criado, que sirvió fielmente á vuestro esposo toda su vida, hasta la víspera de San Juan Bautista del año de 1317, en que murió cubierto de heridas, cuando aquello de Granada, os ruego que no dejéis vaya con nosotros ese maldecido capitán Fortuna, con su mas maldecida compañía de ladrones, ni menos los dejéis en la fortaleza, si ya no quereis que se lleven, antes de nuestra vuelta, hasta los plomos de las vidrieras.

—No es mal pensamiento el tuyo, le contestó doña María. Esos malandrines no pueden inspirarnos confianza alguna, despues de lo que ha pasado.

—No es eso, señora, no es eso, replicó el criado; ni se trata

de que yo tenga razon ó no, si no que es preciso echarlos de aquí á toda costa.

—Digo que sí, y que apruebo tu determinacion. Mañana tomaremos nosotros un camino y ellos otro.

—Si digo, señora, que quereis dar al traste con mi poca paciencia, decia Rodrigo, á quien el lector sabe bien era preciso contradecir siempre, para que callase. Todos parece que hoy se han conjurado para hacerme rabiar. Doña Blanca, que anda muy contenta, y yo se lo deseo con todo mi corazón, no responde mas que sí á cuanto yo hago. Artal mismo se ha empeñado en que siempre hablo como un angel, y ahora vos, doña María.... ¡Ah! Esto es insufrible.

Dándose entónces una gran palmada en la frente, salió de la habitacion.

—Es singular manía la de Rodrigo, dijo Guzman; cada dia tiene menos enmienda.

—Y yo aprecio demasiado la memoria de mi esposo, repuso la matrona, para hacer caso de una falta, que no está en manos del fiel escudero remediar. Pero es preciso que descanséis, señor, despues de la larga jornada que hoy habeis traído, y lo mismo haremos todos, para prepararnos á la de mañana.

—Dormid, señora, sin zozobra, pues yo me encargo de que todo esté dispuesto á la hora de la marcha, respondió el caballero Negro. Quizá tendré que sostener algun ataque del buen Rodrigo, en medio del arreglo que hagamos, pero eso me divertirá y á fé que no correrá la sangre.

Todos se levantaron entónces. Las dos damas pasaron á la habitacion de Blanca, precedidas de Matilde que las alumbraba. Julio dió la mano al guerrero, que en retorno imprimió un beso en sus rosadas mejillas, mirando á la heredera enternecido. El paje siguió á las señoras. Los caballeros se retiraron al aposento que les estaba destinado.

CAPITULO VII.

De como el capitan Fortuna tuvo que ir á buscarla á otra parte.



Despuntar la aurora del siguiente día, ya estaba el patio grande de Almazan empachado de hombres y caballos. El capitan Fortuna se paseaba taciturno delante de sus soldados, formados en dos hileras, frotándose los ojos, no bien abiertos del pesado sueño. Artal, mirando al cielo y tropezando á cada paso contra los pilares, se ocupaba en componer una letrilla de despedida, y Jaime, el escudero del caballero Negro, silvaba una antigua balada, en tanto que aparejaba los corceles necesarios: pero el que mas importancia daba á todos sus movimientos, el que mas récio hablaba y contradecía á troche y moche, sin miramiento alguno, era nuestro amigo Rodrigo, cuyo mal humor habia subido de punto con la presencia del Capitan á quien aborrecia de muerte. Complaciase en mortificarle, pasando y repasando in-

mediato á la tropa con diferentes pretextos, levantando la cabeza con arrogancia y eligiéndole por blanco de su desprecio. Incomodábase no obstante cada vez mas, al notar el poco caso que Fortuna hacía de sus necesidades; deseaba que se le presentase ocasion de trabar reyerta, y á falta de poder reñir con él, sufrían todo el peso de sus amenazas los criados subalternos. Sin ser muy valiente el escudero, cualquiera le tuviera por hombre capaz de acometer un lance, mayormente si se le dejaba referir menudamente la batalla dada contra los moros en las cercanías de Granada, el año de 1320, cuya fecha siempre equivocaba; y aunque en el fondo era un verdadero castellano, un hombre honrado; sin penas ni placeres, levantaba el gallo como el que mas en el castillo; lo que no debe estrañarse, por la suposicion en que á si mismo se tenia, y la ilimitada confianza que de él hacian doña Blanca y su madre, pareciéndose á aquellos falderos, que ladran dentro de sus casas á cuantos tienen la mala suerte de desagradarles, validos de la proteccion, que sus amos les dispensan.

Los preparativos de una marcha se hacian, en el siglo que comprende esta relacion, con mas prontitud y facilidad que al presente; no importaba el número de personas que la compusiesen, ni que estas fuesen damas ó caballeros. Como eran desconocidos en aquel tiempo el uso y el nombre de nuestros cómodos coches, y aun lo fueron cien años despues, no hay duda en que los españoles de entonces, y particularmente las españolas, debian hacer sus viajes con mucha incomodidad, porque tenian que sufrir la lluvia, el sol, el viento y el polvo inaguantable de los caminos, de cuyas plagas preservaba al viajero moderno aquella invencion veneciana; y si á esto se agrega el mal trote de pesada mula, y el duro asiento de una malísima albarda, que descoyuntaba los huesos, es preciso confesar que cada jornada podia contarse como penitencia impuesta al cuerpo, para salvacion del alma. Pero como no hay mal, dice un filósofo que entiende á su modo de materia, del cual no pueda sacarse algun bien, resulta que el modo de viajar de nuestros antepasados, tardío, molesto é insufrible, si se quiere, tenia sus ventajas, bajo ciertos puntos de vista. Por ejemplo, no habia despa-

chos de diligencias, y un pobre hombre, que perseguía á su deudor fugitivo, no tenia que ir á implorar, por su dinero, un billete de rotonda, para correr á cobrarlo que de derecho le pertenecía, ni encontraba en el tal despacho á un hombre gordo, posma, acatarrado, con espejuelos verdes, para disimular que no sabe leer, y que despues de hojear el registro, responde:

—No hay asiento hasta el jueves; todos están tomados.

No tenía que volver el jueves dicho acreedor al dicho despacho, á solicitar de dicha señoría el dicho billete, ni volaba despues, sudando como un ganapán, al patio de diligencias, recelando llegar á las doce y un minuto, es decir, tarde, pues el que no se embarca en el arca de Noé á la última campanada de las doce, se queda en tierra; esto es, no camina hasta otro dia, en que tiene que pasar los mismos disgustos, los mismos sudores y los mismos inconvenientes.

Mas como nuestro ánimo no se dirige á establecer ahora una disputa, sobre la conveniencia en los usos y costumbres de tan diversas épocas, sino á narrar los hechos que hemos tomado á nuestro cargo, por entretenimiento, seguiremos el hilo de este verdadero relato, dejando para hombres mas profundos, mas observadores, un empeño superior á nuestra limitada comprension.

—Soy un pollino, amigo mio, decia Artal á su amigo el escudero, verdaderamente un pollino; no puedo atinar con una sola palabra, que se ajuste bien á cierto verso, y hace mas de una hora, que estoy devanándome los sesos en valde.

—Ni yo comprendo, contestó Rodrigo, lo que doña María piensa hacer con esos perros traidores. Ahí tienes al Capitan paseándose como un arzobispo, y por Dios que me dá gana de enseñarle á ser mas humilde, y de llamarle infame en sus barbas.

—En cuanto á eso, hay mucho que decir. Primeramente os hago saber, que yo nunca me inquieto por cosas que no me interesan y así, me importa una higa que Fortuna sea ahorcado, ó admitido á la mesa del Rey, y si doña María le perdona su traicion, allá se la avenga.

—¿Es decir que por nada tienes el habernos amenazado con la

muerte, cuando nos sorprendió en la galería? ¿Te parece una bicoa apoderarse de mi cinturón, arrancarme las llaves de la puerta principal, y luego.... Ya no me acuerdo, hombre, ya no me acuerdo; pero ha sido una infamia, una acción digna del Capitán y de su cuadrilla, y nunca se la perdonaré.

—Si habláis con el capellán acerca de este último punto, os predicará una buena homilía, para convenceros de que el perdón de las injurias.....

—El capellán dirá y repetirá cuanto se le antoje, sin que yo mude de parecer. Déjalo estar y nos veremos. Por lo pronto, te aseguro que si ese capitán de foragidos nos acompaña en el viaje, ha de medirse bien los vigotes, porque hay cierta persona, y no la nombraré, que tal vez se los arranque de cuajo.

—No hay que tomarlo tan á pechos; el Capitán puede apercibirse y.....

—Eso quiero yo; que se aperciba y venga á darme los buenos días. Me acuerdo de que el día de la víspera de san Juan Bautista, día menguado para mí, por la muerte de mi amo el Infante, cuando embestimos á Granada.....

—Maldito si esa cita tiene nada que ver con lo que estamos hablando. Aquí no se trata de la muerte de nadie, ni de la toma de fortaleza alguna.

—Pero hablamos de si yo puedo ó no dar una lección á ese borracho de Fortuna. Dices que puede apercibirse de nuestras palabras, y yo digo que también nos apercibimos nosotros de las maniobras de los moros, la víspera de san Juan Bautista del año de mil trescientos diez y.....

—¡Rodrigo! gritó el caballero Negro desde el otro extremo del puente.

—Y eso no nos privó de ser descalabrados y acuchillados por el terrible Ozmin, aunque si mi esclarecido amo, el infante D. Pedro, no hubiese perecido cubierto de heridas.....

—¡Rodrigo! volvió á gritar el aventurero.

Separáronse los dos interlocutores, á quienes la voz del guerrero impidió armar reñida pelotera, según tenían por costumbre.

Acudió el primero refunfuñando á la llamada del enlutado, y el poeta volvió á pasearse y á invocar á las musas, sin adelantar por eso una línea de la elegía que estaba componiendo en despedida, á causa de que como él mismo confesaba, huían de su imaginacion los consonantes. Pocos minutos despues bajaron al patio las damas, menos Matilde, que con el capellan y algunos criados de confianza debia quedar encargada del castillo. Esperábanlas Guzman y el caballero al pié de la escalera, y Jaime sujetaba por la brida los caballos ya prevenidos. Montaron todos: Rodrigo, que habia recibido sus instrucciones del paladin del Zadorra, y andaba loco de contento, abrió la puerta, desató el puente levadizo y señalando al poeta una mula;

—Vamos, le dijo, déjate ahora de esas coplas, en atencion á que de nada nos han de servir. Apresurémonos, y te prometo que dentro de poco has de ver confirmado el acierto de las razones, que antes te dije contra el Capitan. ¿Qué diablos te detiene? ¿Quieres tambien que te ayude á cabalgar?

—Quiero.... respondió el poeta; nada quiero, seor Rodrigo, sino que me dejeis en paz; y si de nada sirven mis coplas, tanto mejor para vos, mas eso no me quitará la gana de recitarlas á mis anchuras, antes de partir.

Notando entonces que toda la comitiva habia salido ya de la fortaleza, púsose á declamar con voz teatral:

Quedad con Dios esta vez
altas torres de Almazan;
á ganar honor y prez
vuelo en soberbio alazan,
y con tristeza
adios, repito bella fortaleza:
Guárdate del enemigo,
sea morisco ó cristiano;
reciba duro castigo
aquel que ponga la mano
en tus cadenas,
y halle la muerte desde tus almenas.

Si rendido aventurero solicita la hermosura que encierras, vea primero la lealtad y bravura de nosotros, que sabemos lidiar á fuer de.....

—Este maldito consonante á *nosotros* es el que no puedo encontrar, dijo con entusiasmo; y á menos que no diga *potros*, lo cual nos hará poquísimo favor á todos, me veo atascado y sin poder salir del atolladero.

—Y permita Dios te ahogues en él, por villano y por nécio, le contestó Rodrigo. Ay de Judas, que las damas y los caballeros han pasado ya el puente y yo tengo que cumplir una importantísima orden, con respecto al capitan Fortuna, que el diablo maldiga, y no parece, sino que cuando mas atarugado, y desesperado, y condenado me encuentro, entonces te complaces en irritarme y acabarme de sacar de juicio.

—No quiera el ángel de mi guarda, que yo sea reconocido por mis amigos de poco mirado. Pero, hombre, una despedida tan tierna y tan.... vamos; es cosa de darse á todos los diablos.

—Y yo digo que nada tiene de tierna, sino que de cien leguas apesta á cocina, y á patio, y á esas cosas bajas y malsonantes.... Pero, por la lanzada del de Urgel, démonos prisa, y en el camino departiremos á nuestro talante, cuanto nos convenga.

—¿Y al fin he de separarme del castillo sin decir mi despedida? Ea; vamos, y sea lo que Dios quiera.

—Verás en lo que vienen á parar las brabatas del Capitan, cuando lleguemos al bosque, le dijo Rodrigo, mientras atravesaban la puerta principal. Mírale allí cerrando la marcha, y tomando sus disposiciones para el viaje. ¡Pobre demonio! Pronto se vá á llevar el viento las funciones, de que al parecer está encargado.

Llegaba la comitiva al bosque; mandó hacer alto el caballero Negro, dió un silvido, y *Bravo*, el perro que acompañaba á Blanca en su ausencia, corrió á colocarse á la entrada de la espesura.

—No será extraño, dijo el guerrero á la doncella, que encon-

tremos algun lobo en esta selva, y si es así, los dientes de mi fiel mastin nos servirán de algun provecho. Mas en dónde está nuestro viejo Rodrigo?

—Aquí, aquí, gritó el escudero, que llegaba con Artal en aquel momento, desiendo poner por obra vuestros últimos mandatos.

—Bien, llama al Capitán, y dile que vaya á encontrar otro castillo que vender, y otros señores á quienes engañar.

—¿Has oído, Artal? dijo Rodrigo, haz presente al señor Fortuna, que tengo órdenes precisas que comunicarle.

—Oh! yo os aseguro que lo traeré al vuelo, aunque sea por las orejas, repuso Artal.

—No es necesario tanto, señor poeta; él tiene muy buenos piés, para no detenerse mucho.

—Me conformo; le diré simplemente que le llamaís.

—Apostamos á que esta es la última vez que haces burla de mí. Tengo yo acaso precision de tu conformidad? No, señor; y sepan cuantos.

—Y yo reniego de esa apuesta y de ese tonillo intempestivo, que su merced aparenta. ¿Quién le dijo al viejo escudero Rodrigo, que yo he de aguantar sus impertinentes bellaquerías?

—No te enfades, hombre, que no hay motivo para tal; y sino quieres llamar al Capitán, yo mismo iré á anunciarle que no nos moleste mas con su presencia. Ya sabes que juntos hemos sufrido su ley, cuando pudo dárnosla, y á su vez es preciso que me obedezca. Oh! yo te prometo que si resiste, me han de oír los sordos.

—Llegó en esto el mismo Fortuna á donde ambos amigos platicaban y preguntó con sencillez:

—¿Qué significa esta detencion, señor Rodrigo? ¿A qué pararnos en este sitio, tan poco á propósito? ¿Cuánto mejor fuera aprovechar el fresco de la mañana?

—Nadie os impide aprovecharle, ni caminar cuanto os diere gana; señor Fortuna, le interrumpió el escudero; y precisamente tenia que deciros cuatro palabras sobre un cierto asunto. En cuanto á la detencion, significa que no todos podemos seguir un mismo camino, y esto por muchas y muy poderosas razones. Por ejemplo,

nosotros con las damas y el caballero nos dirigimos á la corte del Rey de Castilla, y vuestra alta y acompañada persona, es preciso que desde aquí tome otra ruta, enteramente distinta, á fin de no volvernos á ver en la vida.

—¿Y cuáles son las muchas y muy poderosas razones que, segun dices, han dado motivo á esa determinacion? preguntó algo amostazado el Capitan.

—Primera, porque doña María lo ha dispuesto así. Segunda, porque doña Blanca se espanta cada vez que fijais en ella esos ojos vizcos, á manera de gato montés. Tercera, porque el caballero Negro quiere lo mismo que doña María. Cuarta, porque ese Guzman lo aprueba. Quinta, porque mi amigo Artal, que está presente, y el viejo Rodrigo, que os habla, desean cortar desde este mismo punto toda relacion con vuesa merced y su detestable cuadrilla. Sesta, porque...

—Alto ahí, viejo marrullero de Satanás, le atajó Fortuna; y no piense que somos gente de poco mas ó menos. En prenda de lo dicho, estoy pronto á probarle, que la última de las cinco razones, que ha espuesto para la separacion, me hace tan poquísima fuerza, que alta y fòrmalmente la declaro nula, así como desprecio á un mal tejedor de trobas, propias para dormir chiquillos, y á cierto criado llamado Rodrigo, mas pesado y fastidioso, que el zumbido de un enjambre de abejas.

—Y yo os protesto, Capitan, replicó el poeta, que aunque mi amigo Rodrigo ha dado mi parecer sin preguntármelo, y menos saberlo, soy en un todo de su misma opinion, gracias al cumplimiento que acabais de hacerme, asegurándoos, como de paso, que las fanfarronadas de un traidor hacen muy poca mella en pechos leales, como los nuestros.

—Veamos ahora, añadió el escudero, lo que el Capitan tiene que oponer á las demás razones mias.

—Nada absolutamente. Solo me toca retirarme, si son ciertas; y avanzando hácia donde estaba el caballero Negro con las señoras, el recibimiento que le hicieron y las breves, pero terminantes palabras con que doña Blanca le despidió de su servicio, no le dejaron

la menor duda de que Rodrigo no habia hecho sino dar cumplimiento á las órdenes que tenia. Volvióse cabizbajo hácia su tropa. Artal y su amigo, á pesar de los motivos de queja que contra él habian manifestado, tuvieron la generosidad de no insultarle, cuando pasó inmediato á ellos. Reunió á los soldados, les dirigió una corta arenga, concluida la cual se internó con ellos en los montes, aunque el poeta sostenia á Rodrigo, autor de esta noticia, que probablemente se habia engañado, pues al proseguir su marcha las damas, permanecia aun la compañía franca en el mismo sitio, donde habian hecho alto.

Daba la señal, Bravo como ya queda insinuado, se colocó á la cabeza, registrando con escrupuloso instinto los espesos ramares, que casi impedian el paso del *bosque umbroso*. Seguian luego las damas, cuyos lados guardaban Guzman y el caballero Negro, y algo mas atrás conducia Jaime en la delantera de su corcel al gracioso pajecillo de Blanca: por último, Rodrigo y Artal cerraban la marcha, contento el primero sobremanera por verse libre del Capitan, y cavilando el segundo sobre el consonante que pondria á la tercera estrofa de la despedida, que no acertaba á concluir.

CAPITULO VIII.

En el cual se prueba matemáticamente que Dios los cria y ellos se juntan, y que donde menos se piensa salta la liebre.



HEMOS continuar sosegadamente á la comitiva su camino, y permítanos el lector que llamemos su atencion hácia una pequeña cuesta, que pocas leguas antes de Valladolid, servia de punto de reunion á una partida de descontentos, de los muchos que infestaban las Castillas. Los planes que D. Juan Manuel, señor de Villena, habia formado y cuya ejecucion debia verificarse en Santolalla, solo sirvieron para ocasionar la ruina de los alucinados que, creyendo trabajar en pró del reino, pidiendo con las armas en la mano nuevas honras y cargos para el favorito, se comprometieron incautamente en una insurreccion, falta de orden, de recursos y de gefe; pues aunque el de Villena estaba á la cabeza, no se habia declarado públicamente su fuga de la corte, ocasionada

por la violenta muerte que dió al astrólogo Samuel, y dejó á los sublevados de Castilla entregados á sí mismos, y en una situación verdaderamente crítica. Los robos, los asesinatos y las tropelías que empezaron á cometer en los caminos públicos habian llamado seriamente la atencion del Rey, que en su tránsito á Valladolid acababa de hacer colgar mas de setenta facinerosos; porque los malcontentos, faltos de disciplina, de freno y de union, se esparcieron como una plaga, y perseguidos por las partidas de alaveses hasta en sus mas escondidas guaridas, no tuvieron otro recurso que el de la desesperacion, abrazando el oficio de salteadores. A primera vista parecerá increíble que, sufriendo tan activa persecucion por las tropas del Rey, existiese un bando atrevido, que celebrase sus conciliábulos en el sitio mas público y fácil á las pesquisas de sus enemigos, como la cuesta de que hemos hecho mención: pero calculaban bien los individuos que le componian, pues desde aquel parage descubrian el camino hasta larga distancia, y todas las veredas, por las cuales podian ser atacados, siendo dueños de la retirada, en todo caso, y viviendo seguros de no ser sorprendidos jamás.

Doce hombres, cuya feroz catadura hacía graciosos contrastes con el risueño aspecto, que la naturaleza presentaba, ofreciendo pródigamente al ambiente las mas odoríferas plantas, de que están cubiertos los prados de Castilla, componian entonces la cuadrilla: hollaba esta un suelo alfombrado de matizadas florecillas que, á impulsos de la escasa brisa de la tarde, suavemente se mecian, y tal vez allá, en el silencio de la noche, interrumpida la calma de la elevada pradera con los últimos lamentos de las víctimas, sacrificadas por la ferocidad de los bandidos. El traje que usaban se diferenciaba mucho del que ahora acostumbran llevar los ladrones públicos, pero era análogo al del siglo en que vivian. Vestian uniformemente una especie de chaqueta sin mangas de piel de lobo, sujeta á la cintura por ancha correa de cuero, con grosera hevilla de metal; cubrian sus cabezas mohosos y deslucidos casquetes de hierro y empuñaban prolongadas lanzas, de las cuales se servian de cuando en cuando, para apoyarse y descansar, sin dejar de proseguir caminando hasta el teatro de sus fechorías.

Un manantial de agua cristalina fertilizaba, convertida en multitud de arroyuelos, la deliciosa cuesta, y la pequeña hondonada, en que estos se unían, formando espaciosa concha trasparente y pura, era donde los foragidos se reunían á tratar los lances más difíciles, las empresas más árduas; y desde pensarlas á ponerlas por obra, solía haber muy poca distancia, entre aquella gente feróz y sanguinaria.

En el sitio que acabamos de designar se encontraba, la tarde del quinto día despues de la salida de Almazan del caballero Negro y su comitiva, la docena de salteadores, ocupada con los restos de una parca merienda, compuesta de varios fiambres y algunos puñados de frutas secas. Sentados sobre la yerba, que el rocío empezaba á humedecer, platicaban amistosamente sobre los riesgos de su situacion, que consideraban apurada, desde que el ejemplar castigo de los setenta de su calaña, colgados por orden de Alfonso undécimo, habia llenado de terror el país. Aunque una mas que mediana bota pasaba de mano en mano, haciéndoles olvidar á ratos los tristes presentimientos que les asaltaban, no podían desechár enteramente de la imaginacion la funesta idea, de que tal vez, al día siguiente, servirían sus cuerpos de pasto á las aves de rapiña.

—Esto no puede durar, camaradas, decia el que parecia gefe de la pandilla: no sé qué miedo se ha apoderado de mí hace días, que ni en sueños estoy tranquilo. No me conozco, amigos; os lo digo con toda verdad, y una cosa, un peso que siento aquí, en el corazón, me dice que esto no puede durar.

—Dure ó no dure, es preciso tomar el tiempo conforme viene, respondió uno de los ladrones. Yo por mí, sé decir, que no siento ese espanto, que tanto persigue á *Mano de hierro*, y eso que he vivido con brujas y con hombres, que no eran hombres sino demonios.

—¡Ah pobrecillo! replicó *Mano de hierro*: como se conoce que solo hace dos días que te hallas entre la gente de pelo en pecho.... En Alava, mi amigo, se puede ser valiente, porque nadie persigue á los bravos, y vosotros érais dueños de robar y matar con seguridad á cuantos topábais, sin más trabajo que retiraros á descan-



Yo seré el verdugo, gritó Sorbe-cueros.

Pero en Castilla es otra cosa; el Rey se ha levantado del lecho de rosas, en que ha estado dormido mucho tiempo; ya no hay D. Juan Manuel, ni sabemos tampoco si vive, y en cuanto al Infante, ya has oído lo que nos ha dicho ese pobre diablo de escudero.

—A propósito del escudero, repuso otro ladrón ¿qué haremos de él?

—Perdonarlo, en gracia de nuestros pecados, contestó el gefe.

—A otro perro con ese hueso, Capitan. Si me aseguráis que mañana nos perdonarian á nosotros, por la intercesion de ese menguado, pudiera ser que yo me inclinase por primera vez al partido de la clemencia; pero tiene razon *Sorbe-cueros*; el tiempo se ha de tomar como viene, y si otro dia nos han de ahorcar á todos, es preciso que hoy ahorquemos nosotros á cuantos cojamos.

—¿Sabemos acaso el partido á que pertenece el tal escudero? dijo el que antes habia preguntado acerca de su destino.

—Eso no nos importa un bledo, refunfuñó *Sorbe-cueros*. Despues que se le despache á cenar con Cristo, tendremos lugar de preguntar todas esas cosas.

—En todo caso, hágasele responder á un interrogatorio.

—¡Gran pensamiento! exclamó otro. Manos á la obra; nómbrense los jueces: yo propongo para presidente al Capitan.

—Admito, respondió éste. Veré si con semejante diversion, consigo olvidar los temores que me atormentan.

—Yo seré el verdugo, gritó *Sorbe-cueros*, como ocupacion que me es en extremo agradable; y para dar principio á la ceremonia, voy á conducir al reo.

—Poco á poco; arreglemos primero todo lo demás, le interrumpió el gefe. Ya que nos constituimos en tribunal, hánse de llenar las formalidades. Tú, *Limpia-bolsas* y el *Renegado* hareis de fiscales en la causa; *Garduña* estenderá la defensa del acusado; yo pronunciaré la sentencia y *Sorbe-cueros* la ejecutará. El resto de la partida serán escribanos, alguaciles y tropa. Ea; silencio y vamos á empezar. Acordaos de que soy el presidente y así, comparezca el reo á nuestra presencia.

Cuatro ó seis bandidos se levantaron. Dirigiéronse hácia el sitio

mas empinado de la cuesta, en que perennemente tenían apostado un vigilante, y donde yacía tendido boca abajo el prisionero, que iba á ser víctima de aquella farsa burlesca. Obligáronle á ponerse en pié con groseras amenazas, y maniatándole sin piedad, lo condujeron á empujones hasta el lugar de la sesion.

—Órden, exclamó el presidente, á falta de campanilla, viendo que sus compañeros prorumpían en desmedidas carcajadas; y pasado un corto espacio, necesario para restablecer el silencio, añadió:

—Adelántese el reo.

—*Sorbe-cueros* se apoderó de él y lo presentó en medio del corro.

—Respóndeme ahora con claridad á cuanto yo te pregunte, le intimó *Mano de hierro*, y cuenta sobre todo con decir la verdad.

¿De dónde venias cuando te cojimos?

—Antes de contestar, dijo el preguntado, no será malo que yo os declare ciertas dudas y escrúpulos. Por ejemplo ¿qué me sucederá, si rehuso responder á vuestras demandas?

—Poca cosa.... te desollaremos vivo.

—¡San Bartolomé! ¿quién lo diría....? Pues á fé que no teneis traza de ser tan crueles.... Si fuera otra cosa.... pero desollado vivo....

—Y descuartizado.

—¡Descuartizado tambien! Por San Jorge, que os tomáis bellísimos entretenimientos; yo no pensaba en tales bagatelas y....

—¿Quieres responder ó no á las preguntas que te hagamos?

—Sí, sí; pronto estoy, porque á la verdad.... en fin.... podeis preguntarme, aunque no sé como saldré del paso.

—¿De qué parage venias, cuando te hechamos el guante?

—De la raya de Aragon.

—¿Qué hacias allí?

—Estaba, como os dije ayer, al servicio del infante D. Juan.

—¿Y el infante D. Juan, qué hacía?

—Lo ignoro.

—No es mala plepa el tal Infante. ¿Te hallaste en Vitoria, cuando la sublevacion de Santo Domingo?

—Puede ser.

—No pregunto eso. ¿Quiero decir que si el día, que quisieron matar al Rey los amigos de tu señor, estabas metido en el ajo?

—¿Cómo puede uno acordarse de los sitios, en que se ha hallado durante su vida?

—Dejémonos de pantomimas. ¿Estuviste ó no en el Campillo con los descontentos?

—Yo no soy capaz de negar, que tal vez haya podido hallarme en ese sitio....

—¡Otra vez! aquí no se admiten palabras, que tengan doble sentido. ¿Estuviste, ó no?

—Sí digo.... ¡Válgame el cielo...! Puede ser que mi mala estrella me condujese allí; pero os protesto que, si lo hice, lo cual ¿quién es capaz de asegurar? fué contra toda mi voluntad.

—¿Eres, según eso, amigo ó partidario del Rey?

—En sumo grado.

—¿Y qué te parece del señor de Villena y los otros magnates de Castilla?

—Me huelen á cáñamo de treinta leguas, y ya les tengo pronosticado, acá en mis adentros, que han de acabar ahorcados.

—Atrevido me pareces. ¿Has pensado en tí mismo alguna vez? ¿Cuál imaginas que sea tu paradero?

—Ayer os hubiera respondido, que pensaba ser conde, ó adelantado; pero hoy no me contento con tan poco, y eso dependerá de las circunstancias.

—¿Y si ahora mismo te sentencio á ser colgado por el pescuezo?

—No puede ser.... he reparado que no hay árboles en estos contornos.

—Eres un hombre extraordinario, nada te intimida, pero si nos conocieses bien....

—Al contrario; porque os conozco bien, me hallo tranquilo. Estoy en mi elemento, y vivo seguro de que no sois tan malos como quereis parecerlo.

—No te falta agudeza y me agrada tu charla. ¿Dónde dejaste al infante D. Juan?

—Entre una partida de amigos vuestros, curándose algunos rasguños, que recibió en la raya de Aragon.

—Y tú....

—Yo me dirigia á la corte con el objeto de adquirir novedades.

—¿Cómo te llamas?

—Hace rato que yo esperaba esa pregunta, que me pone en el mayor aprieto; y maldito si acierto cómo responder á ella.

—¿Lo ignoras tambien?

—Precisamente. Nunca he podido saber mi nombre.

—Pues yo sé el modo de hacer que te venga á la memoria. *Sorbe-cueros* aplícale una receta, para que registre su fé de bautismo.

—Ni por esas, Capitan. No sé mi nombre, repito, y todos los azotes del mundo no me harán aprenderlo. A mas de que yo tengo la carne muy flaca, y todo lo chiquitillo que me veis, no impedirá que caiga al suelo, á la vista de la correa, porque os juro que soy una criatura sumamente medrosa y débil.

—Nada, nada; no hay compasion. Cincuenta azotes, si no declara por qué nombre le conocen sus amigos.

—Eso es hablar como un papa, y si desde un principio os hubiérais explicado así, no era necesario emplear medios violentos. Si yo desconozco mi nombre de pila, no ha faltado quien me haya regalado otro, y como todos son buenos, ó malos, he adoptado desde luego el que me han puesto.

—¿Cuál es?

—Pero Calvillo.

—¡Oh! ¡Oh! exclamó *Sorbe-cueros*; el famoso espía del Rey de Aragon y de nuestros nobles.... Ya le conozco, amigos; es mas valiente que el Cid, mas tahur que D. Gayferos y mañero como Sallanas.

—Yo agradezco esos cumplimientos....

—¿Qué cumplimientos, ni que....! vamos; disuélvase el tribunal, admítasele en la cofradía y sus.... ni mas palabra. Él olvidará los mogicones que ha llevado, y nosotros la camandulada de sus respuestas.

—Me place, respondió Calvillo, y éteme ya pronto á servir en la cuadrilla.

No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando levantándose

todos abrazaron al nuevo camarada, quitáronle las ligaduras, que sujetaban sus brazos, y echando mano á la bota, bebieron á su salud. Trataron entónces de solemnizar mas cumplidamente la recepción, preparando al efecto una sabrosa cena; mas se les augó la fiesta antes de empezar, porque llegándose á ellos el que de centinela estaba en lo alto de la cuesta, avisó que una lucida cabalgata se divisaba á corta distancia.

—¿Es gente armada? preguntó el Capitan.

—No, sino de paz.

—Esa necesitamos. Arriba, muchachos; tengo esperanza de que hoy hemos de dar con algun encuentro de provecho.

—Son dos damas y tres ó cuatro escuderos, dijo el de la vigía. Un solo caballero las acompaña, armado de punta en blanco.

—Nuestros son, contestó el Capitan. Pocas palabras y á ellos.

Ya están muy cerca, replicó *Sorbe-cueros*; pero mal año para mí, si el nuevo hermano Pero Calvillo y yo no los desbalijamos á todos, antes que de ello se aperciban.

Aunque los ladrones eran muchos, no habia tiempo para gastarlo en inútiles fanfarronadas. Los viageros habian reparado su mala traza y hostiles intenciones; sin embargo avanzaban siempre, y el caballero, puesto á la cabeza, se preparaba á disputar el paso.

De repente se vieron atacados por las lanzas de todos los bandidos, que no tardaron en conocer se las habian con invencible contrario. Una mirada de la dama mas jóven bastó al caballero para decidirse. Su rostro se cubrió de corajudo sudor; tembláronle un instante los lábios, y poniendo la lanza en ristre, acometió sin vacilar á la cuadrilla, cuya mayor parte, espantada de aquel arrojo, huyó despavorida á guarecerse en la montaña. Solo Pero Calvillo y *Sorbe-cueros* esperaron con valor á su adversario; pero mientras el valiente paladin arrojó al primero de una lanzada espacioso trecho, el segundo sacó de su cinto de cuero un agudo puñal, é intentó clavarlo en la espalda del guerrero; delito que hubiera consumado, á no llamar la atencion de éste un grito de la dama. Revolvió su caballo con rapidéz, y el brioso animal, alzándose sobre las patas traseras, estampó sus férreas herraduras en el cráneo del malvado.

—¡Ay de mí! exclamó dolorosamente al caer; es el caballero Negro, á quien hospedé en Betoño....

—¡Miserable! dijo el amante de Blanca, despues de haberlo reconocido. Si hubieras cumplido tus promesas, no moririas hoy por mi brazo. Quise sacarte de esa vida criminal y burlaste mis órdenes; pero bien te dije que algun dia me encontrarías. Ya has recibido el pago de todos tus delitos.

Nada respondió el salteador, pues acababa de espirar, y Guzman, adelantándose hácia el espía, que mal herido se quejaba;

—Aquí tienes, dijo al caballero, otro pícaro mas malvado que cuantos nos han acometido. Es el famoso mensajero, que acompañó al Conde á la torre de Santa María....

—Por la Virgen de los Siete lugares, señor campanero; tened piedad de mí, clamaba Calvillo; yo os prometo arrepentirme sinceramente de mis culpas pasadas.

—Ya te tengo conocido, infame ladron, y si vives lo bastante para llegar á Valladolid, te prometo que has de bailar en el aire, le contestó el sepulturero: y haciendo una seña á los criados, que volvian de perseguir á *Mano de hierro* y su cuadrilla, siguió caminando al lado de las señoras de Almazan. Rodrigo, ayudado de Jaime y Artal, colocó al espía atravesado en una mula, y así lo llevaron, hasta que á la vista de Valladolid, encontraron la partida de Cañete, que andaba á caza de malhechores. Entregáronlo al comandante de ella, y hé aquí como Pero Calvillo, despues de haber burlado mil veces la vigilancia de los temibles maceros del Rey, vino por último, y cuando menos lo pensaba, á caer en sus manos.

CAPITULO IX.

La órden de Caballería.



Los detractores del espíritu caballeresco, que animaba á la juventud española en los siglos doce, trece y catorce, no han pesado bien las causas que lo motivaron, cuando suponen fué producido por extravagantes caprichos, hijos de la barbárie, en que yacía sumida nuestra patria. Era preciso, para que esto tenga visos de fundamento, que no solo España, sino toda la Europa estuviese tocada de un ramo de locura, pues que el ejercicio de la caballería, con el entusiasmo, heroicidad y demas relevantes prendas que lo distinguieron, era comun á moros y cristianos, á grandes potentados y á simples señores. Examinándolo imparcialmente, es necesario estar poco instruido en la historia, para no conocer que mas bien que demencia é ignorancia, era el resultado de los sentimientos mas nobles, puros y generosos.

El feudalismo, instigador y origen, muchas veces, de la anarquía, lejos de oponer el menor dique al desenfreno de las pasiones, las alizaba, y el débil oprimido por los continuos insultos y demasías de los nobles, no veía seguridad, sino acogiéndose al amparo de un protector. Los reyes mismos, cuyo limitado poder era burlado con escarnio, en medio de tantas revueltas, se hallaban imposibilitados de amparar á sus súbditos, contra las tropelías, á que de continuo estaban espuestos, y anhelaban contener á los poderosos con un freno, que solo podían formar las virtudes y el valor de algunos ricos particulares, que miraban con horror los desgracias de los menesterosos, y cuyos esfuerzos unidos eran solamente capaces de ahuyentar la opresion y la violencia.

Esta relevante generosidad, propia solo de corazones magnánimos, dispuestos á sacrificarse en pró de sus semejantes, y á mirar el punto de honra como principal móvil de todas sus acciones, es la que produjo la institucion de la andante caballería. Llenar las obligaciones de su profesion, castigar la insolencia de los tiranos y opresores, proteger á las doncellas, reprimir las sediciones, volar á la defensa de los huérfanos, prestar mano fuerte al Rey contra los nobles descontentos, hacer la guerra á los moros y vengar todo linage de insultos, hechos á la religion y al estado; tales eran los primeros juramentos, con que se obligaba un caballero, cuando era investido con la órden de la Banda. La cortesanía, el honor, la justicia, formaban el carácter de los que pertenecian á esta institucion, como se vé en sus estatutos. ¿Y habrá todavía quien asegure que la barbárie de la edad media creó las órdenes de caballería? Sin duda los que así han escrito y escriben, confunden los hechos heroicos de nuestra historia con las fabulosas relaciones de Amadis de Gaula, Bernardo del Carpio, Beltenebros y Orlando el furioso; y será muy difícil convencerles de que á la necesidad y á las desgracias de intestinas guerras, hemos debido la gloria de que floreciesen en nuestro suelo, al mismo tiempo y antes que en los estraños, los ilustres paladines del Águila, el Cid Campeador, los Laras, los Henriquez de Mendoza, los Guilleemos de Berquedan, los Ramiros de Linares, los Sanchos Saldañas, los Hernandos de Iscar y los Macías.

Pero sigamos el hilo de nuestro cuento, si es que lo tiene tan enredada madeja.

Era el tercer día, después de la llegada á Valladolid de las castellanas de Almazan, y la corte estaba llena de damas, prelados y caballeros. Varios de éstos, entre los que se notaban el Arzobispo de Toledo y algunas otras dignidades eclesiásticas, se entretenían conversando en una de las antesalas de palacio, mientras otras atravesaban las galerías, mas aprisa que cuando, solo por costumbre ó acatamiento, hacían compañía al Rey. Estaba éste á la sazón en su aposento con D. Lope de Vandaña, el señor de Salinas, don Ponce de Urbina, el de Mendibil y otros distinguidos caballeros de la Banda, todos armados de punta en blanco y todos, hasta el mismo Alfonso, ostentando la roja insignia de la orden. En otra habitación hacían corte á la Reina las más nobles y ataviadas damas castellanas y alavesas, entre las que se sobresalían por su belleza doña Blanca de Almazan, doña Leonor de Urnizar y la agraciada Inés de Velasco.

—Es lástima, decía el Arzobispo á los señores reunidos en la antesala, que tan bravo paladin se niegue obstinadamente á descubrir su nombre.

—Y creo que sin ese requisito, no puede ser armado caballero de la Banda, añadió el Dean de Valladolid.

—No estáis muy impuestos en lo que atañe á los usos de la caballería, muy respetables señores, contestó D. Gonzalo de Mendoza. El de las armas negras puede muy bien callar su nombre, hasta que se le antoje descubrirlo, una vez probado que es caballero principal, y qué por sus hechos merece ser inscrito en el número de los leales servidores del Rey.

—Y el torneo ¿cuándo ha de verificarse? preguntó el Arzobispo.

—Mañana.

—¿Y el desafío?

—Al otro día, aunque mucho temo que el Infante no se atreva á comparecer.

—¡Oh! sí, sí; comparecerá sin duda, repuso el Dean. Un señorío como el de Vizcaya, los blasones ilustres que le distinguen, y el

favor extraordinario de la corte merecen bien probar la suerte de un encuentro.

—Cualquiera diria, señor Dean, replicó el primogénito de Salinas, que acababa de salir del aposento del Rey, que D. Juan os ha confiado sus intenciones. ¿No os ha hecho saber tambien, que en Almazan recibió, hace pocos dias, una buena lección?

—No os comprendo....

—Quería deciros.... pero debeis saberlo mejor que yo y es inútil que os lo repita.

—Os protesto, caballero....

—Vamos, vamos, señor Dean, que no es oro todo lo que reluce. Confesad de buena fé que el Infante os aprecia y....

—Eso no vale la pena de disputarse aquí, le atajó el Arzobispo, que deseaba dar otro giro á la conversacion, conociendo que el que tomaba no era nada favorable al Dean. Hablemos de otra cosa; pero antes sacadme si podeis de mis dudas. Dijisteis poco ha, que un caballero no está obligado á declarar su nombre al Rey, al tiempo de conferirle una órden.

—Y lo sostengo, dijo D. Gonzalo; ni seria bien que lo declarase contra su voluntad. Escrito está en nuestras instituciones, las cuales dicen claramente «que todo caballero puede traer su visera calada, «sin que nadie sea osado á hacérsela levantar, á menos que no sea «con la punta de la lanza.»

—Ya; pero el caso es diferente, porque....

—El caso es igual, señor Arzobispo, porque un campeón suele tener muchos motivos para guardar su incógnito. Un voto secreto, una promesa y otras mil causas influyen en sus acciones, aun las mas sencillas. En el asunto que tratamos se puede por lo mismo, y sin faltar á la cortesía, guardar el nombre; basta con que algun caballero ó dama principal....

La presencia de D. Alfonso XI, que seguido de los caballeros salió á la antesala, cortó las conversaciones, que en voz baja se tenían. Todos callaron, colocándose á ambos lados, para dejarle paso. Ya hemos insinuado en otra parte de esta historia, que el Rey era un completo caballero, y así no nos debe admirar que saludase

cortesmente á los señores de su corte, dirigiendo la palabra á los mas inmediatos, en tono familiar y muchas veces chancero.

—Podeis prevenir á la Reina, dijo al de Urbina, que se traslade desde luego á la Capilla, á donde todos irémos á reunirnos en breve.

Don Ponce hizo una reverencia y se dirigió á la habitacion de doña Constanza.

—La Reina no nos mira de buen ojo, cuando colgamos al cuello nuestras bandas rojas, prosiguió D. Alfonso, volviéndose hácia el señor de Vendaña; pero fuerza será que en estos dias disimule su mal humor, puesto que ellas han de ser nuestras divisas en el torneo. Yo te aseguro, D. Lope, que su vanidad vá á verse bien contrariada; mas fáltale todavia sufrir otra prueba mas dura, que la de ser madrina del caballero Negro.

—Aun no lo ha sido, Señor.

—Pero lo será, Vendaña, lo será. Yo he exigido su palabra y ha de cumplirla, por mas que sea partidaria del bando del Infante.

—La Reina se dispone á salir con sus damas, Señor, dijo en voz alta el caballero de Urbina, volviendo á la antesala.

—Vámonos, vámonos, exclamó Alfonso impaciente; es preciso que por esta vez aparezcamos descortesés, en obsequio de nuestro aspirante. ¿Cuántas horas lleva de penitencia?

—Veinte y cuatro, respondió D. Lope, y en todo ese tiempo no ha probado alimento alguno ni aun agua.

—Tiempo es ya de que cese su abstinencia. Vos, señor Arzobispo, nos aguardaréis con la Reina en la capilla, y puede acompañaros el Dean.

—Despues de pronunciadas estas razones, salieron de palacio.

—El campo de Valladolid, llamado *Grande*, no era en el siglo décimo cuarto lo que ha sido despues; un paseo. No se habian construido en él unas fuentes de mal gusto y casi siempre secas que le afeaban, ni obstruia el paso una multitud de árboles, cuya mayor utilidad consistió despues en cortarlos, para alimentar con sus troncos el fuego de las cocinas. La yerba crecía abundantemente en donde ahora solo se pisa arena y cascajo, y nada impedia la prespectiva de un horizonte sereno, á escepcion de algunas mura-

llas, con que se veían resguardadas las huertas de hasta siete conventos de religiosos, aunque en nuestros días háyamos contado doble número; era en fin una dilatada llanura, que correspondía en todas sus condiciones á la denominación, que todavía conserva, de *Campo grande*.

En medio de él se hallaba hacía veinte y cuatro horas, como había dicho D. Lope, el caballero de las armas negras, velando las lanzas y escudos de todos los caballeros de la orden de la Banda, amontonados sobre el césped. Estaba armado hasta los dientes, según la espresion favorita de aquellos tiempos, y tenía calada la visera del casco. Paseábase á grandes pasos para no dormirse, pues el calor sofocante de los rayos del sol, y la vigilia de la noche precedente, unidos al ayuno indispensable, que requería su admisión, le ocasionaban una pesadéz fatigosa, que le costaba sumo trabajo sacudir.

La vela de armas era, para la recepcion de un caballero de tal importancia, que muchos merecieron ser declarados incapaces de recibir la pescozada, por la fatalidad de no poder vencer el sueño ó el hambre. Estaba prohibido al aspirante el sentarse, hablar, quitarse el casco, levantar la visera para respirar el aire, apoyarse en la lanza y aflojar las hebillas de la armadura. De hora en hora, y mas amenudo durante el silencio de la noche, se destacaban emisarios, para observar las acciones y movimientos del caballero en vela, y era desechado, como indigno, el que faltaba á alguna de las cláusulas referidas; pues alegaban que el que no era bastante dueño de sí mismo para privarse, por espacio de un día entero, de todas las necesidades inherentes á la vida, daba poca muestra de ánimo esforzado para los combates y demás penalidades anexas á la única profesion honrosa de aquellos tiempos.

El caballero Negro salió acrisolado de esta prueba, y no tardó despues de concluida, en verse rodeado de todos los Señores de la corte, que fueron á encontrarle al *Campo grande*. Apoderáronse los caballeros de sus armas y broqueles respectivos, examináronlos con esmero, chocáronlos unos contra otros, para manifestar que ninguno faltaba, y dieron la vuelta sin hablar, tomando el camino de la capilla.

Iba el caballero del Zadorra á la cabeza del acompañamiento, entre el Rey y D. Lope de Vandaña, su constante admirador, agarrado al brazo del primero, que hacia los oficios de padrino, y con los ojos bajos, en testimonio de la humildad y reconocimiento, con que se proponia recibir la alta merced, á que habia aspirado. Todo el pueblo les acompañaba, victoreando al Rey de Castilla, y era espectáculo digno de verse el que ofrecian las encrucijadas que daban salida á la llanura, atestadas de cabezas humanas. Unos agitaban los pañuelos al aire; juraban otros con toda la fuerza de sus pulmones, que los de la Banda eran los mas valientes guerreros del mundo; estos corrian, empujaban aquellos sin compasion; rasgábanse los vestidos de los mas audaces, y ellos, á pesar de todo, se abrian paso á la fuerza, en tanto que el Rey y su comitiva se adelantaban pausadamente, ondeando al viento los ricos y vistosos penachos de mil colores, que adornaban sus cascos, y reflejando á lo léjos las brillantes armaduras, heridas por los rayos del sol.

Pero donde la riqueza eclipsaba la vista, era en la capilla real. Un sordo murmullo precedió á la llegada de los caballeros; mas cuando éstos hubieron ocupado sus sitios correspondientes, todo quedó en el mas profundo silencio. El Arzobispo, revestido con sus sagradas insignias, sembradas de pedrería y oro, esperaba al Rey en las primeras gradas del altar mayor, acompañado del Dean de Valladolid y de otros dignatarios de la Iglesia, y al pasar D. Alfonso á colocarse al lado de la Epístola, donde ya estaba la Reina de hinojos, sobre recamada alfombra de terciopelo azul celeste, le dió agua bendita.

El caballero aspirante se arrodilló á los pies del Arzobispo, y el valiente D. Lope le tomó la espada y la puso sobre el altar, junto al Evangelio.

Las principales Señoras de la corte brillaban tambien por sus magníficos trages y hermosura á la derecha de la capilla, y los caballeros, inmóviles á la izquierda, con las lanzas cruzadas sobre el entarimado y los cascos en las manos devoraban sus gracias y adornos.

Pocas veces habia presenciado Castilla tanto esplendor; pues

queriendo el Rey premiar de una manera digna de su grandeza los servicios y el valor del noble aventurero, habia recomendado á sus Señores la puntual asistencia al acto y el mas riguroso esmero en su compostura, é invitado á las damas, que componian el séquito de la Reina, para que hiciesen alarde, en la ceremonia, de sus irresistibles atractivos. Muchas hubo, cuyas tiernas y amorosas miradas dieron al traste con el desden de mas de un corazon de bronce, y campeones tambien, que rindieron su alvedrío al mágico poder de seductora sonrisa, de trenzado cabello y de breve y delicado talle. A todas no obstante oscurecia la sensible y hermosa heredera de Almazan, cuyo corazon, que palpitaba de placer, se deshacia en impaciencia, anhelando que diese principio la ceremonia de la recepcion de su amante. Veía por fin á aquel generoso paladin, próximo á recibir un premio, que habia merecido con justos títulos; y los elogios que las otras damas le prodigaban sin cesar eran para Blanca otras tantas delicias, que inundaban su alma de contento.

—Sí, murmuraba interiormente; ahí está ese modelo de la caballería; valiente.... pundonoroso....fiel.... ¡Cuántas bellezas suspirarán de hoy mas por el socorro de su brazo! Todas le quisieran... todas; mas él.... solo adora á su Blanca.... ¡Ah!... solo á mí....

Y apretaba cariñosamente las manos de su madre entre las suyas, y costábale amarga pena disimular su indecible placer y turbacion.

Los estrepitosos sonidos de una música guerrera, compuesta de flautas y de añfiles, de trompas y de atambores, anunciaron que la ceremonia daba principio.

El Arzobispo dió la mano al aspirante que, se levantó y subió las tres gradas del altar. Arrodillóse de nuevo y el mismo prelado le administró el Sacramento de la comunión, que recibió con edificante recogimiento. Como para este acto era presiso que se descubriese, al verificarlo, cayeron las hebras de su cabello por la espalda, formando graciosos y negros rizos, y todos los asistentes quedaron agradablemente sorprendidos, al descubrir su bello y varonil semblante y el fuego de unos ojos, que espresaban al vivo los nobles pensamientos, que animaban á su corazon. Siguieron á esto

los Oficios divinos, durante los cuales se mantuvo el guerrero de rodillas, y luego que terminaron, se levantó y fué á arrojarle á los piés del Rey, como Gran Maestre de la Banda, y le rogó con las lágrimas en los ojos, que le hiciese merced de conferirle la referida órden.

Don Lope de Vandaña intercedió por él, segun era costumbre en tales casos, saliendo garante del pñdonor é hidalguía del paladin, y el señor de Salinas exigió á este juramento de ser fiel á la Religion de sus mayores, de combatir en su defensa y la del Estado, hasta perder los bienes y la vida, de amparar á los menesterosos, que al poder de su brazo se acojiesen, de enderezar los agravios de acuitadas viudas, doncellas y huérfanos perseguidos, con las demás fórmulas, que en los estatutos de la antigua caballería se contienen.

Prestado el juramento, el Rey tomó de la mano al aspirante y le condujo al altar, donde el muy Reverendo Arzobispo le leyó una parte de los Santos Evangelios, sobre los cuales repitió por segunda vez sus propósitos de ser siempre leal y buen caballero, dócil á su Rey, sumiso y obediente á la hermosura y defensor de la Religion católica, apostólica, romana. Entonces el Dean de Valladolid, que hacía de primer auxiliante, cogió del altar la espada del caballero y la presentó al Prelado; quien la bendijo tres veces y se la ciñó á su dueño. La Reina se adelantó acto continuo y con muestras de júbilo, calzó al del Zadorra una espuela de oro, quitándole antes la que, como paladin, llevaba puesta; mas ni una sola palabra salió de sus lábios, para contestar á las espresiones de gratitud y de respeto, que el amante de Blanca la dirigia; ni aun se dignó mirarle al rostro ni una sola vez, de modo que todos se convencieron de que la autoridad de D. Alfonso habia tenido mas parte, que su propia voluntad, en las funciones que ejercia.

Don Lope tenia en sus manos el yelmo del campeon; D. Gonzalo de Mendoza la rodela y el Maestre de Santiago, D. Vasco Rodriguez Cornado, la lanza y una de las manoplas, pues la otra, como saben nuestros lectores, se hallaba en poder de D. Juan *el Tuerto*, desde el dia en que se la arrojó su contrario, como prenda de desa-

fio. El Rey, cubierto con un riquísimo manto de púrpura, bordado de oro en realce, con esquisito primor, fué entregando una á una al guerrero todas sus armas, que le presentaban aquellos magnates, ayudandole á vestírselas á guisa de escudero ó page, despues de lo cual le dirigió las preguntas de costumbre:

—¿Cómo os llamais? ¿Qué títulos llevais entre los nobles?

El candidato podia, si tal era su deseo, escusarse de declarar sus timbres y apellido; mas se hacía entonces indispensable, segun los usos de la caballería, que alguno de los asistentes respondiese por él y manifestase claramente que le conocia y que le consideraba digno de obtener la gracia que habia solicitado. El de las armas negras no podia ignorar esta circunstancia, sabida de todo caballero, y así no titubeó en responder;

—Un voto secreto me obliga á no revelar el nombre de mi familia; el término, de esta obligacion toca á su fin; mas si yo lo adelantase antes de tiempo me juzgaria indigno de pertenecer á la distinguida órden; que miro como el colmo de mi ventura.

—Hable entónces por vos la persona que esté instruida de vuestra nobleza, dijo el Rey.

Un silencio profundo reinó en la capilla por espacio de algunos minutos. Nadie se presentaba como fiador del guerrero, y no dejaron muchos de temer que la ceremonia se aguase, como suele decirse; pero cuando mas suspensos estaban todos, D. Lope de Vendedaña, puesta la mano sobre el pecho pronunció estas razones:

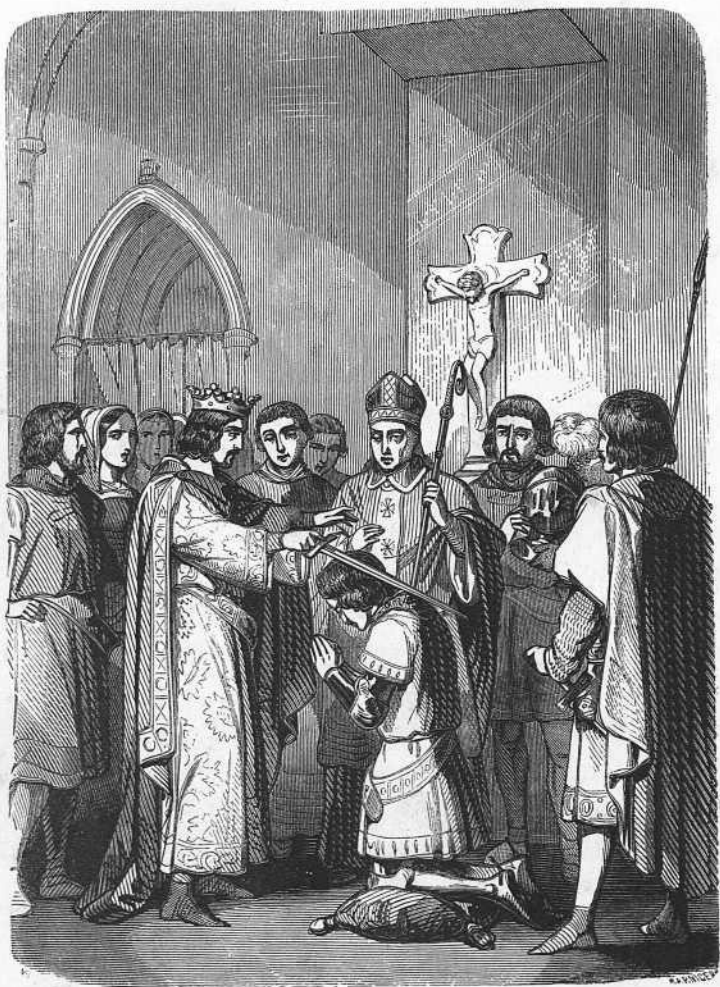
—Por la Banda de la órden, juro que no conozco á este campeon; pero desafio á cualquiera que dude de su hidalguía y del valor de su brazo. Si este testimonio basta para llenar el requisito, que previenen nuestros Estatutos, pronto estoy á sostenerlo con mi sangre.

—No basta, y ojalá bastára, animoso D. Lope, contestó el Rey; pues en ese caso, ya me hubiera yo apresurado á darlo en su pró.

Una mirada del negro espresó á ambos toda su gratitud.

Saliendo al mismo tiempo de entre las damas la infanta doña María, la respetable madre de doña Blanca, se adelantó hasta el altar y dijo:





Yo, D. Alfonso de Castilla, os confiero la órden de la
caballeria de la Banda.

—Declaro que soy depositaria de los secretos de ese noble paladin, que conozco su nombre y esclarecida alcurnia, y que merece obtener, por todos conceptos, la condecoracion de la orden de la Banda.

El testimonio de una dama tan principal, no podia ponerse en duda. La música dejó oír los atronadores ecos, que habia suspendido por causa del último incidente, y el Rey, quitándose la Banda carmesí que tenia puesta, la echó á los hombros del guerrero. Desnudó en seguida la espada y dándole con ella tres fuertes espaldarazos de plano, le dijo:

—Yo, D. Alfonso XI, Rey de Castilla, os confiero la orden de caballería de la Banda, que por mí fué instituida en la iglesia de Santa María de Vitoria, en memoria de la union de los estados de esta ciudad, de Treviño, de Yurre, de Ali y de Subijana á la corona de Castilla. San Miguel y Santiago os ayuden, y el Padre eterno, el Hijo y el Espíritu Santo os concedan su gracia.

—*Amen*, contestó el caballero, y D. Alfonso le estrechó en sus brazos con efusion.

Todos los magnates le abrazaron en seguida, apresurándose á darle pruebas del placer que experimentaban al tenerle por compañero; y si hemos de creer á las antiguas crónicas, pocos dias tuvo nuestro héroe tan felices en su brillante carrera, como aquel en que fué recibido caballero de la Banda.

Entre los asistentes á la capilla habia uno, cuyo trage no dejaba conjeturar á qué clase pertenecia, pues era demasiado modesto para cubrir á un noble, y no tan despreciable, que hiciese pasar por criado al que lo llevaba. Aunque se mantuvo medio escondido todo el tiempo que duró la ceremonia, no bien se hubo concluido esta, cuando sin cuidarse de los grandes y damas, de que la capilla estaba llena, ni aun del mismo Rey, se abalanzó al de las armas negras y le estrechó contra su pecho, derramando copiosas lágrimas.

—Retiraos, Señor, le dijo el último al oído, despues de corresponder con ternura á sus caricias: no ha llegado la hora.

—Adios, dijo Guzman, pues no era otro el atrevido. He visto tu triunfo y ya no temo bajar al sepulcro.

Y arrancándose de allí, desapareció entre el gentío.

Los instrumentos belicosos no habian cesado de tocar, desde el principio de la funcion, y hubieran seguido hasta que el Rey y su acompañamiento despejasen la capilla, si la robusta voz de D. Lope de Vandaña no les obligase á callar.

—Dia es este, poderoso Príncipe de Castilla, y vosotros nobles caballeros que me escuchais, exclamó con vehemencia, dia es este que yo he deseado con ansia, por manifestar al mundo entero el aprecio que hago del esforzado valor de este nuestro nuevo compañero. Yo le ofrezco pues, en prueba de este aprecio, mi amistad toda entera, y le invito á que trueque conmigo una prenda, jurándole fraternidad de armas, hasta la muerte de ambos.

—Fuera bien ingrato, oh generoso y valiente D. Lope, si no aceptase tus nobles ofertas. Hermano de armas me tendrás en vida y muerte, en paz y en guerra; y si un corazon puede dividirse en dos partes, prosiguió dirigiendo furtiva mirada hácia el lado que ocupaba la heredera de Almazan, tuya será una, sin que por eso padezca agravio la sin igual hermosura, á quien dedico mis rendimientos.

Y sacando el precioso anillo que, segun hemos visto en el segundo capítulo de esta historia, habia mostrado al Rey, como prueba de su nobleza, cuando el paso del puente del Zadorra, lo entregó á don Lope, quien en cambio ciñó al cuello de su nuevo hermano un guardado relicario de muchísimo precio. Diéronse el abrazo fraternal, y siguieron al Rey, que en medio de los grandes señores, salía de la capilla.

Llegados á las galerías, despidió D. Alfonso á su corte y quedando solo con los caballeros de la Banda.

—Mañana, les dijo, es necesario hacer ver á los guerreros reunidos en Valladolid, que somos tan capaces de sostener un torneo, como de adornar una fiesta. Podeis nombrar los mantenedores, y haced que desde hoy repitan los reyes de armas el desafio del caballero Negro con el infante D. Juan.

—No creo que este último asista al duelo, Señor, dijo el primogénito de Salinas, pues he oído decir que hace pocos días tuvo un encuentro en la raya de Aragon, del que no quedó muy bien parado.

—Y añadiendo á ese inconveniente el temor, que no podrá menos de tener de presentarse en la corte.... observó el de Mendibil.

—En cuanto á eso no, vive Dios, replicó el Rey. Yo he declarado ya en mis edictos, que sea amigo ó enemigo, todo el que vista armas tendrá derecho de asistir á las justas, y además he aplazado al Infante para combatir con el caballero Negro, no para usar con él de vil traicion.

La llegada de la Reina y las damas hizo cesar esta conversacion apenas comenzada. Los guerreros se retiraron, despues de rendirlas el homenaje debido, y el caballero Negro antes de separarse, pidió al Rey le concediese una audiencia, pues tenia que rogarle dos mercedes, estimulándole á ello el bien estar del reino y el honor de la corona de Castilla, sin lo que, á pesar de las bondades que debia á S. A. y de la prueba de particular estimacion, que acababa de concederle, no se hubiera atrevido á desplegar los lábios.

—Aunque sean cincuenta las mercedes que tengais que pedirme, no habeis menester audiencia para ellas, le contestó el Rey. Yo os la concedo desde el punto que habrais la boca, y aun antes de saberlas, las doy como otorgadas, pues he jurado no rehusaros nada.

El campeon cogió la mano que D. Alfonso le presentaba, la llevó á su corazon y á sus lábios, hizo acatamiento á la Reina, miró á la heredera, cuyo rostro se cubrió de carmin y se retiró.

Esperábele Guzman en las escaleras.

—Albricias, señor, le dijo el Negro. Nada podeis ya temer. El Rey me acaba de dar palabra formal de concederme cuanto le pida.

—¿Cuándo le hablarás? preguntó Guzman.

—Despues del torneo, cuando D. Juan quede muerto.

—¿Será tiempo?

—Sí; si no perezco, conmigo os sentareis en el banquete, que piensa dar S. A. despues de las justas.

—Dices bien. Es preciso esperar la suerte de tu desafío. Si vences, se sabrá mi nombre; pero si te es contraria, me espatriaré otra vez.... iré á ocultar mis pesares en el último rincon del universo.

Dicho esto, salieron á la calle, confundiéndose en breve entre la multitud.

CAPITULO X.

En que se cuenta de qué modo suelen hacer su fortuna los espías.



oco tiempo tardó Pero Calvillo en curarse la herida, que la lanza del caballero Negro le habia hecho, cuando el encuentro de los ladrones; mas no por eso era menos penosa su situacion. Tendido en un hediondo calabozo de la cárcel real de Valladolid, pensaba el mal término en que habian venido á parar sus bellaquerías, y [el mas malo que todavia le aguardaba.

Volvia su memoria á lo pasado, y solo recordaba delitos y traiciones; enumeraba las buenas obras que habia ejecutado, y concluia prudentemente que eran de tal naturaleza, comparativamente hablando, que maldito si hacian inclinar la balanza una pulgada á su favor; sacando en consecuencia, que al fin de la cuenta, sería ahorcado, ó acabaría de otra manera mas innoble y menos natural. Sa-

biendo que todo el pueblo se hallaba reunido alrededor de palacio, atraído por la ceremonia de armarse caballero de la Banda el autor de su desgracia, intentó valerse de algún ingenioso medio, para sustraerse de la funesta suerte que temia; mas fueron vanos todos los que le sujirió su astucia, por carecer de los instrumentos necesarios para tan arriesgada operacion. Cansado de discurrir y de hacer bambolear la reja del encierro con violentas sacudidas, iba á recostarse sobre una mala estera, que le servia de lecho, despues de haber meditado religiosamente, que pues todos los hombres mueren, era indiferente que él lo hiciese diez años antes ó despues, en atencion á que la vida mas larga es un soplo, cuando un pensamiento de nueva especie que le ocurrió, dió con estos propósitos en tierra. Imaginó que su estenuado esqueleto y diminuta figura podian pasar sin mucha dificultad por los barrotes de la reja de su ventana, y aunque hubiera deseado hacer la prueba en el mismo instante, tuvo por mas prudente esperar á la noche, cuyas tinieblas favorecerian su evasion. No contaba empero con la huésped, ni de cien leguas le ocurrió que las tinieblas de aquella noche hallarian á su cadáver rodeado de grajos, despues de haber servido de diversion á la canalla de la ciudad.

Contento sobre manera con el ardid, que habia adoptado para escaparse, trató de dormir algunas horas, previendo que una vez logrado su intento, tendria que caminar sin descanso, hasta ponerse fuera del alcance de las partidas, que sin duda le persiguirian desde el amanecer del siguiente dia, y se tendió boca arriba sobre la estera.

Dice Daddy-Rat, por otro nombre Ratdiffé, el mayor bribon de Escocia, cuando este reino acababa de unirse á la Inglaterra, y quien, si hemos de creer á Walter-Scot, estuvo sentenciado á muerte cuatro veces, que el dia que precede á la notificacion de una sentencia, es imposible que el reo duerma; pero que la noche anterior á la ejecucion se puede conciliar un buen sueño: y alega en apoyo de su aserto, que el mayor de los males es la incertidumbre. Como Daddy-Rat hablaba por esperiencia, no nos atreveremos á contradecirle, con respecto á si Pero Calvillo podia ó no dormir, y como

á este espía-ladron no se le habia leído sentencia alguna, ni tenia prisa para que se la leyesen, es preciso convenir en que su caso no era del todo igual al del bandido escoces. Lo único que podemos asegurar es, que durmió (esto prueba que podía hacerlo) y durmió tan sosegadamente, que ni las voces de la jente que se retiraba de la funcion del palacio, ni los gritos de los muchachos, agolpados á la puerta de la cárcel, ni el aparato que se notaba en su mismo calabozo, tan diferente del que habia dejado, cuando cerró los ojos, tuvieron la virtud de interrumpir su descanso.

Estaba reservado tal poder á las ejecutivas razones, con que Cañete, capitan de los maceros y terror de los amotinados, se hacía entender de los que tenian la mala suerte de caer bajo su férula. Dos latigazos aplicados sobre la barriga de Calvillo le hicieron, el primero encogerse como una bola, y el segundo dar un salto, plantarse en medio del calabozo y últimamente abrir los ojos. Aquí fué su sorpresa. Creyóse transportado al pais de los encantamientos y exclamó medio dormido y medio despierto:

—Bien venidos, caballeros. ¿Por dónde habeis entrado?

El asombro y la pregunta del espía nada tenian de particular, y otro menos temeroso que él la hubiera hecho en igual caso. Mientras roncaba á sus anchuras, se habia concluido la ceremonia de la real capilla, y Cañete, que tenia sus instrucciones de D. Lope de Urnizar, justicia mayor de Castilla, no tardó en presentarse, acompañado de seis soldados de su partida, á la entrada de la cárcel. Llamó al alcaide, enseñóle una orden firmada, y en consecuencia se dirigieron ambos con la escolta al calabozo del sosegado Calvillo. Pocos momentos despues, entró el verdugo con un cordel enrollado al cuerpo, á manera de faja; de modo que cuando el reo se puso en pié, gracias á los buenos oficios del gefe de la pequeña tropa, imaginó (tal tropel de ideas confusas se agolpó á su mente) que aquellos hombres habian entrado á visitarle por arte de hechicería. No le duró mucho tiempo la ilusion, y si alguna duda le hubiese quedado, acerca de la realidad de su destino, alli estaba Cañete para desvanecerla al punto.

—Venimos á ahorcarte, le dijo, y no creo que esta sea hora de

dormir, ni menos de preguntarnos por donde hemos entrado.

—Pero si... yo... en verdad... contestó Pero Calvillo; hacedme la gracia de repetir lo que habeis dicho, pues es imposible que yo haya oído bien.

—Digo que vamos á ahorcarte ahora mismo, y tus oídos no te han engañado.

Rascóse la cabeza el espía, coordinó sus pensamientos, restregó los ojos y pensó que, en vista de las terminantes razones de Cañete, podia salir verdadera tan fatal noticia. Se estremeció á esta primera idea, cubriósele el rostro de mortal palidez y registró con turbias miradas, las paredes de su encierro. Su vista, se dirigió maquinalmente hácia la reja de la ventana, y esta circunstancia, tan pequeña en sí, contribuyó poderosamente á disminuir la penosa impresion de su espíritu; y recordando la ya fallida esperanza, que poco antes concibiéra de escaparse, quiso probar si le sería posible conseguir se suspendiese todo procedimiento hasta el siguiente día.

—Ya veis, dijo hablando con el verdugo, pues sentia invencible repugnancia á mirar de frente al gefe de los maceros, que me hallo muy poco dispuesto en este instante á morir como cristiano. Yo no podia creer que el hilo de mi vida se cortase tan repentinamente, sin darme algun término para prepararme, porque esto es contrario á la caridad cristiana, y por otra parte...

—Por otra parte, le interrumpió Cañete bruscamente, hace mucho tiempo que debias haber hecho tus disposiciones para este trance, pues era obligacion tuya adivinar, que tarde ó temprano tus crímenes te conducirían á la horca.

—Cuando yo podia ó debia adivinar todo eso, señor capitán, respondió el preso; me hallaba ocupado en cosas del todo diferentes, y os ruego, que no toméis tan á mal el deseo que tengo de arrepentirme de mis culpas.

—Mira, bribon, no soy tan malvado como tú, observó el capitán; y así, pídimе otra cosa cualquiera, pero en cuanto á dejarte vivir mas tiempo, no está en mi mano y tengo orden muy estrecha del ilustre D. Lope....

—Solo hasta mañana, por amor de Dios....

—Ni el espacio de un credo.

—Es cosa curiosa, dijo el ejecutor público, haciendo un jesto repugnante, que pudiera pasar por la sonrisa de Satanás. No he visto entre todos los que han manejado estas manos uno solo, que, haya tenido motivo de quejarse de mi habilidad, y no comprendo porque semejante pajarraco, ha de chillar tan alto, por una bagatela, que no dura tres minutos. Yo me envanezco de haber apretado nobles cervices, y mala cosecha tenga de pescuezos este año, sino es verdad que sé ajustar el corbatín, cual ninguno de mi oficio. ¡Qué diantre!.... Si dá gusto despachar conmigo negocios de esa especie. Ea pues; menos escrúpulos: no perdamos tiempo; confíate en mí, bien seguro de que en el último apuro me has de dar las gracias, si tu lengua no es torpe.

—Pero, señores, clamaba el espía, yo no estoy dispuesto todavía á ese paso. Es imposible..... no; yo no puedo morir; yo no quiero morir....

—En eso hay que hacer distincion, repuso el verdugo, que sin duda tenia algunas nociones de lógica, y te prometo que estando yo á tu lado, puedes dar el salto y perder la respiracion; ahora, en cuanto á no querer.....

—En cuanto á no querer, gritó Cañete, yo tengo un buen remedio, que espero surtirá grandes efectos. Vamos; manos á la obra, añadió echándose fuera del calabozo y mirando á los suyos: agarradle, y si no quiere de grado, conducidle en volandas.

Los maceros no esperaron segunda intimacion: cojieron á Calvillo, que ni fuerzas ni tiempo tuvo para defenderse, amarráronle los brazos á la espalda, pusieronle el casquete de acero sobre la cabeza y á empujones lo sacaron hasta la calle, donde les aguardaba el capitán.

—A tí lo entrego, Diego, dijo á uno de los satélites: cuidado con darme buena cuenta. Sobre todo, pocas palabras y al caso. Un cuarto de hora os doy de término. Podeis marchar:

En vano el acongojado reo procuró conmover el corazón de bronce de Cañete con nuevas súplicas; en vano invocaba en su favor á todos los santos y santas del cielo; su plazo iba á cumplirse

y los maceros le llevaron, ó mas bien le arrastraron por las calles hasta cosa de dos tiros de flecha de la ciudad, por el camino que conduce á Cuéllar.

A la derecha de un recodo, que forma este camino, habia una deliciosa arboleda, escojida por la gente baja del pueblo, para celebrar en ella sus libaciones. Una sartenada de torreznos y la correspondiente bota, henchida de clarete, era la señal de reunion, y nunca faltaban los dias de fiesta grupos desde cuatro á veinte personas, sentadas en círculo, haciendo honor á la merienda, atronando con canciones el prado, y rascando la guitarrilla morisca. Bailaban luego hasta muy entrada la noche, con las alegres compañeras, que la casualidad les deparaba, y volvian á la ciudad cantando y danzando, despues de haber hecho lo mismo toda la tarde. Sin embargo, esta costumbre cesó y la arboleda quedó desierta, desde el dia en que fué ahorcado allí Pero Calvillo.

Apoderándose el verdugo de su víctima, le echó los dogales al cuello, pasando primero las puntas por el hueco de dos fuertes ramas del árbol mas inmediato al camino. Viendo el espía que ningun poder humano podia ya salvarle, se resignó á su suerte, no por medio de la religiosa conformidad y sincero arrepentimiento que, atendido su género de vida, le eran indispensables para la salud del alma, sino por la desesperada apatía de un hombre, que deja el mundo como de burla, cual si nada debiese temer despues que cesase de alentar.

—Me parece que tienes mucha traza de abandonar la vida, á guisa de perro sarnoso, mas bien que como cristiano, le dijo Diego. Ahora que no puedes huir y te veo á pique de ser suspendido entre el cielo y la tierra, te daría con gusto unos cuantos minutos, para que te reconcilies con Dios.

—¡Ah! ¡Quién me lo dijera hace cuatro dias! tartamudeó el espía, con dolorido acento: pero eso no puede ser, no; no puede ser, y demasiado sabia yo que el que una vez cae en manos de ese desapiado Cañete, no vuelve á levantarse mas. ¿Qué ventaja conseguiré con prolongar cortos momentos mi pobre existencia? ninguna.... servir de irrisión á la canalla. Vamos, vamos; cuanto antes,

mejor. Yo no puedo aceptar condiciones, sino se me vuelve al calabozo hasta mañana. Si; hasta mañana á lo menos.

—Ni lo creas, replicó el encargado de la escolta. Yo pudiera hacer esta gracia á algun amigo, que se hallase en tal extremo, pero nunca á un desalmado, que sin miramiento á clases ni personas, arroja puñados de arena á los ojos de los que hablan con él.

Fijó entonces Calvillo la vista en quien le hablaba y no pudo conocerle, á pesar de ser el mismo barberillo Diego, que en el Campillo de Vitoria le echó mano, declarándole espía del Rey de Aragón, pocos momentos antes de asistir al suplicio de D. Juan Ponce y D. Diego de Linares, que presenció tambien Calvillo en traje de dominicano.

Diego tenia en aquella época su tienda en uno de los sitios mas escusados de la ciudad, que hoy se conoce con el nombre de calle Nueva, á pesar de ser acaso la mas antigua, la peor empedrada y donde en mayor número se ven casas viejas, construidas sin proporcion y contra todas las reglas de la arquitectura moderna. Las utilidades semanales de su bacía, no eran suficientes, como él mismo confesaba á un su amigo, segundo sacristan de la iglesia de S. Idelfonso, para permitirle asistir el domingo por la mañana á la prueba de novillos, que se capeaban en el patio de la carnicería, donde los aficionados tenian derecho de ocupar su puesto encima del toril, por el estipendio de ocho cornados. Además, nuestro barbero se resentia muchísimo, del espíritu turbulento de su siglo; era amigo de noticias, se unía á los alborotadores, juraba contra las demasías de los grandes, hablaba á cuantos querian escucharle del rey D. Alfonso, ponía en las nubes á los caballeros de la Banda, y á todo esto descuidaba su tienda. Para cumplir con los pocos parroquianos, que el acaso le llevaba y no privarse de sus gustos favoritos, habia tomado un aprendiz, que por su lado se indemnizaba de la sujeción de la barbería, jugando á las bochas con otros compañeros en la acera del frente; y como el ojo del amo no engordaba al caballo, resultó lo que precisamente debia resultar. Diego se encontró un mes entero, sin haber probado sus navajas en mas barba que la suya.; al siguiente despidió al aprendiz, por inace-

sario; al tercero estaba la tienda cerrada y él alistado entre los maceros de la compañía de Cañete.

Segun hemos dicho, Pero Calvillo no le conoció, ni su imaginación estaba para recordar ideas.

—Mírame bien, le dijo Diego; que todavía se pueden notar en mis ojos las señales de la tierra, con que tuviste á bien regalarnos en Vitoria.

—No me acuerdo, no me acuerdo, respondió aquel; mas aunque cierto sea, ese no es motivo, para que se me ahorque de esta manera.

—Ciertamente, y nadie quiere ahorcarte por tal cosa, sino por otras mas gordas: pero esa sola es bastante para que no nos fiemos de tí. Ahora verás lo que es servir á los nobles descontentos de Castilla. Vamos; hacedle bailar y buen provecho para los cuervos.

—¿Con que no hay remedio? exclamó Calvillo. ¿Es preciso que yo muera ahora mismo?

—No hay duda. Hasta aquí llegaste, amigo, como dijo cierto aventurero á un morisco; ó te diré con mas propiedad lo que oí á un fraile dominicano en la plaza de Vitoria, cuando degollaron al alcaide de Iscar. *Ave María gratia plena*: la Virgen María te conceda su gracia.

—Ese fraile era yo, maldito macero, gritó el espía rechinando los dientes; mias fueron las palabras que oiste y que ahora me repites como si saliesen de la boca del infierno. Pues bien, colgadme ¿qué tardais? Sí.... es tiempo de que yo muera, porque sino.... aun podria vengarme.... Mas no espereis que lllore, como una criatura: no; no me vereis guiñar el ojo, ni pedir os compasión; yo sé morir y supuesto ha llegado mi hora, cúmplase. Mi único deseo es que me aborrezcais, cual yo os aborrezco, desde el Rey hasta el último de vosotros, miserables forajidos.

—Sea así, como lo pides, contestó el ex-barbero, apartándose un trecho y haciendo seña al verdugo.

Empuñó éste la cuerda fatal y ayudado de dos maceros tiró con

fuerza. El espía dió su último grito; grito arrancado por el dolor, y quedó suspendido del árbol, entregado á sus convulsiones. Por una consecuencia del odio, con que el pueblo bajo miraba á los nobles y á todos los instrumentos de sus maquinaciones, algunas piedras salieron de entre la multitud agolpada en el camino, y fueron á parar sobre Calvillo, cuando todavia alentaba. Debemos no obstante asegurar, en honor de Diego, que apenas notó el desacato, corrió á la canalla y la dispersó, amenazando á los mas atrevidos con las ramas de otros árboles si no respetaban las leyes del reino y los sentimientos de humanidad.

